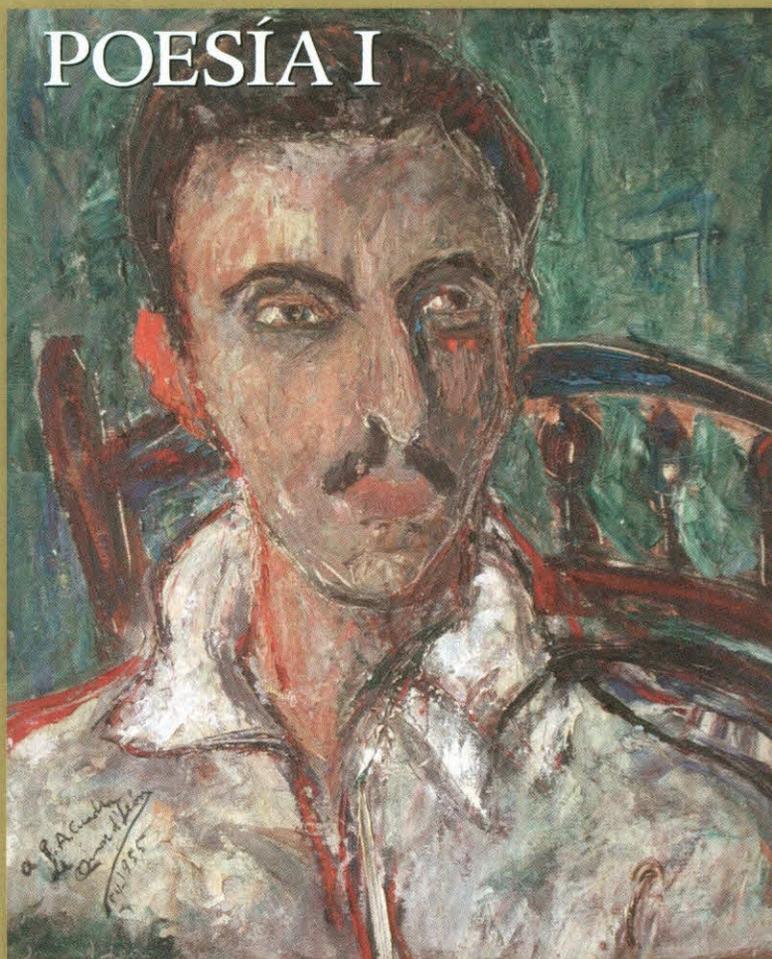


POESÍA I



PABLO ANTONIO CUADRA

N
861.44
C961

Cuadra, Pablo Antonio
Poesía I / Pablo Antonio Cuadra,
comp. Pedro Xavier Solís. —1a. ed.—
Managua: Fundación Vida, 2003
v.1 — (Colección Cultural de Centro América.
Serie Pablo Antonio Cuadra N° 1)
512 p.

ISBN: 99924-53-09-5 (v.1)
99924-53-08-7 (O.C)

1. PABLO ANTONIO CUADRA-POESÍA
2. POESÍA NICARAGÜENSE-SIGLO XX
3. LITERATURA NICARAGÜENSE

Derechos reservados © 2003 Colección Cultural de Centro América

COORDINADORA DE EDICIÓN

Marcela Sevilla Sacasa

Pedro Xavier Solís

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

inFORMA (Managua, Nicaragua) informa@ideay.net.ni

DISEÑO PORTADA

Johnny Villares

IMAGEN DE PORTADA

Retrato de Omar d'Leon

IMAGEN DE CONTRAPORTADA

Retrato de Róger Pérez de la Rocha

Impreso por: Imprelibros S.A.

Printed in Colombia



Colección Cultural de Centro América

El *Fondo de Promoción Cultural del Banco de América* editó en calidad y en cantidad la mejor colección de obras arqueológicas e históricas, literarias y artísticas que se haya publicado en Nicaragua. Quedó interrumpida la colección cuando el gobierno nacionalizó los bancos. Al instaurarse de nuevo la democracia y la economía de mercado, **Grupo Uno**, contando con miembros del anterior *Consejo Asesor del Fondo de Promoción Cultural* y con nuevos elementos de gran valor se propone no sólo reanudar la colección interrumpida, sino centroamericanizar su proyecto, haciendo accesibles al lector de las repúblicas del istmo, aquellos libros que definen, sustentan y fortalecen nuestra identidad.

Esta labor editorial que facilitará la enseñanza y la difusión de nuestra cultura en escuelas, institutos, centros culturales y universidades, producirá simultánea y necesariamente una mayor unidad en la cultura del istmo; unidad cultural que es el mejor y más poderoso cimiento del Mercomún y de cualquier otra vinculación política o socioeconómica de la familia de repúblicas centroamericanas.

Este es un momento histórico único del acontecer del Continente: todas las fuerzas tienden a la formación de bloques regionales, pero la base y motor de esas comunidades de naciones es la religión, la lengua y las culturas compartidas.

Grupo Uno quiere ser factor activo en esa corriente con la publicación de la *Colección Cultural de Centro América*.

Pablo Antonio Cuadra

Colección Cultural de Centro América *Consejo Asesor*

La *Colección Cultural de Centro América*, para desempeñar sus funciones, está formada por un Consejo Asesor que se dedicará a establecer y vigilar el cumplimiento de las políticas directivas y operativas del Fondo.

MIEMBROS

Dr. Francisco X. Aguirre Sacasa
Dr. Emilio Álvarez Montalván
Ing. Adolfo Argüello Lacayo
Dr. Alejandro Bolaños Geyer
Dr. Arturo Cruz S.
Don Pablo Antonio Cuadra (1912 - 2002)
Dr. Ernesto Fernández-Holmann
Dr. Jaime Incer Barquero
Dr. Francisco J. Láinez
Ing. René Morales Carazo
Lic. Ramiro Ortiz M.
Dr. Gilberto Perezalonso
Ing. Ricardo Poma
Lic. Sergio Raskosky Holmann
Lic. Marcela Sevilla Sacasa
Lic. Pedro Xavier Solís
Arq. José Francisco Terán

MIEMBROS HONORARIOS

Lic. Jorge Canahuati
Rev. Manuel Ignacio Perezalonso

Serie Pablo Antonio Cuadra

La admiración que siento por Pablo Antonio es profunda. Su vida fue un ejemplo de consecuencia y la obra que nos legó, es notable por su dimensión y seriedad. Pablo Antonio es sin dudas uno de nuestras inspiraciones. Su poesía tocó la fibra más íntima de nuestra Nación y sus ensayos sobre nuestra historia y sociología le ofrecieron sustento conceptual a su aliento poético. Y cuando la política nicaragüense quedo reducida a los gritos, su voz serena simbolizó la rectitud ciudadana.

Para nosotros, los de la Colección Cultural de Centro América es una obligación gustosa la publicación de la Serie Pablo Antonio Cuadra. Lo hacemos por un fundador de esta Colección Cultural y por nuestras nuevas generaciones, las que deben estar expuestas a la voz de este maravilloso nicaragüense, cuyo vasto legado intelectual recogemos parcialmente en las páginas de esta Serie.

Ernesto Fernández-Holmann

PRESIDENTE

COLECCIÓN CULTURAL DE CENTRO AMÉRICA · GRUPO FINANCIERO UNO

Prólogo

Recogemos en este primer volumen poético de Pablo Antonio Cuadra (1912-2002), tres vertientes que signan su obra:

- 1 Vanguardia y post vanguardia
- 2 Poesía indígena
- 3 Poesía religiosa

1 – VANGUARDIA Y POST-VANGUARDIA

El *Movimiento de Vanguardia* de Nicaragua surgió entre dos formas que marcaron la literatura hispanoamericana de la primera mitad del siglo, factor que maduró una objetiva apreciación de las otras corrientes literarias: entre *Ecuatorial* (1918) de Vicente Huidobro, *Trilce* (1922) de César Vallejo, *Altazor* de Huidobro —publicado en 1931, pero escrito a lo largo de los diez años anteriores—, por un lado; y *Residencia en la tierra* (1935) de Pablo Neruda y los *Poemas Humanos* (1939) de Vallejo, por el otro.

Gestado entre 1927 y 1931, y modulado por la situación histórica —la intervención norteamericana, la gesta de protesta de Sandino, el caos de la post-guerra— esta nueva forma irrumpe en imágenes desmesuradas y dislocaciones verbales, buceos en el universo nativista cuya penetración fermental creó con su palabra de raíz vernácula— como ningún otro movimiento— la expresión de la entidad nicaragüense y su renacimiento cultural.

Debido a su tiempo histórico, el movimiento asume dos tiempos literarios: por un lado, la imaginería libérrima; y por el otro, el del regreso a la construcción estructural del poema, del refugio en la esencia misma del lenguaje. De ahí que Pablo Antonio Cuadra escribiera principalmente en el mismo lapso *Canciones de Pájaro* y *Señora* registro de un idioma neo-popularista, y *Poemas Nicaragüenses* (escrito entre 1930 y 1933).

Si en *Canciones de Pájaro* y *Señora* la poesía se adapta a formas predeterminadas, en *Poemas Nicaragüenses* se adecua la forma al

contenido, y se libera a la poesía de la rima y la métrica. Sin embargo, en ambos libros hay una búsqueda perentoria de la identidad nacional.

Por otra parte, fruto de su viaje a fines de 1933 por Sudamérica, Cuadra escribe *Cuaderno del Sur*. Como apunta Jorge Eduardo Arellano, 'tanto en *Poemas Nicaragüenses* como en *Cuaderno del Sur* realiza un descubrimiento itinerante: hacia dentro de su patria en el primer libro y hacia fuera en el segundo. En ambos preside un ojo viajero que, literariamente, adquiere de las lecturas de los poetas franceses de Vanguardia como Blaise Cendrars, Valéry Larbaud, Paul Morand y, sobre todo, de Jules Supervielle.'

Este ojo viajero se vuelve introspectivo, y escruta el corazón del hombre en *Canto Temporal* (1943). Hay que recordar que a estas alturas del siglo xx se estaba avanzando hasta lo que podía considerarse la última aventura humana: el fraccionamiento del átomo. Si sumamos a esta experiencia nueva, la de la *Segunda Ley de Termodinámica*—o *Ley de Entropía*—que significa que la energía se degrada y que la Tierra será algún día inadecuada como morada del hombre, vemos un escenario en el que la humanidad enfatiza su debate entre la fe en Dios y la futilidad. De esta época data el *Canto de guerra de las cosas* (1943), y alrededor de la idea de futilidad Joaquín Pasos escribió algunos de sus poemas pesimistas; en cambio, alrededor del encuentro con Dios es que Cuadra escribe el *Canto Temporal* y el *Libro de Horas* (1946-1954). Y con ese sentido también funda los *Cuadernos del Taller San Lucas*, órgano de la cofradía de artistas y escritores católicos, cuyos primeros cuatro números—publicados entre 1942 y 1944—completan una parte sustantiva del programa generacional iniciado desde la década de los 1930.

2 - POESÍA INDÍGENA

La vasta obra de Pablo Antonio Cuadra tiene a la vez un valor poético y mitográfico; su *ars poética*—como en el caso de Ovidio—se enriquece por un gran aliento poblado de mitos, lo que es remarcable en su recreaciones de corte indígena.

En 1959 escribe *El Jaguar y la Luna*, donde Cuadra se apropia de la psicología del indio y de la voluntad de su arte, no como empresa arqueológica, sino como proyecto antropológico; recreando con un lenguaje mitológico la fabulación de la historia, registrando fenómenos culturales y situaciones contemporáneas, trazados a partir de las formas pictóricas de las cerámicas precolumbinas, paso esencial en la incorporación del indio y de lo indio a la literatura hispanoamericana. Estos poemas son pretextos indígenas en un contexto diacrónico que lo hace contemporizar con nosotros.

En 1999 publica *El Nicán Náuat*, donde Cuadra trata de recuperar la poesía germinal de Centro América, a través de una figura extraordinaria: el Cacique o *Tlatoani* de Nicaragua, el primer filósofo y el único jefe guerrero de América, que en el primer encuentro con los españoles propuso un diálogo al Capitán Gil González de Ávila, cuyas preguntas y profundas inquietudes humanistas causaron un gran impacto en Europa, de tal modo que Pedro Mártir de Anglería las tradujo al latín para que las conociera el Pontífice de Roma. Esa figura extraordinaria, su pensamiento, el ambiente en que desarrolla su autoridad como jefe de la provincia, el reino náhuatl, lo mismo que los otros aspectos de la vida en este centro de América, son los elementos básicos de este poemario, que nos conduce a la vera compleja de la fe, mediante el proceso de pensamiento de un indio que va convirtiéndose al cristianismo.

Si *El Nicán Náuat* es el libro de nuestros orígenes, ambientado en el increíble momento del encuentro de dos mundos, *El indio y el violín* (escrito en los años 1980) es el libro del comienzo del mestizaje. *El indio y el violín* (debe entenderse *violín de talalate*), se subdivide en dos secciones: *Las metamorfosis*, que como su nombre indica, comprende poemas en los que el objeto del tema seleccionado se ciñe a una metamorfosis, a un cambio de forma o transformación mágica, a lo que los nahuas eran muy dados, según relata Oviedo; y *Memorial de Namotivá*, que es el nombre indígena de la región de San Juan de Oriente en Nicaragua, y que tipifica el mestizaje donde prevaleció lo indio.

De esta manera se consolida la tradición indigenista nicaragüense, que tiene su raíz en el *Tutecotzimi* de Darío, que sigue con *Misterio indio* de Joaquín Pasos, *Barro en la sangre* de Fernando Silva, y a la que se le suma *Acomixtli Nezahualcóyotl* de Salomón de la Selva.

3 - POESÍA RELIGIOSA

El *Libro de Horas* lo comprenden tres poemarios: el *Libro de Horas* propiamente dicho, el *Vía Crucis* y *La Ronda del Año*.

En el *Libro de Horas* Cuadra fusiona el espíritu y la forma de los libros de horas medievales, y la poesía y los cantos de los códices indios precolombinos, en una trama que liga el tiempo y la naturaleza a los misterios cristianos. Como han hecho notar algunos de sus críticos (como Gloria Guardia y José María Valverde), en esta obra su autor vuelve a tomar alguna vez el tono de *Poemas Nicaragüenses*, en medio de otras nuevas experiencias líricas; aunque en el libro primigenio *La capacidad óptica del lenguaje* llegaba a su total eficacia (Valverde).

El *Vía Crucis* fue leído por el Papa Juan Pablo II el Viernes Santo de 1986 desde el Coliseo Romano y traducido a todos los idiomas. En Nicaragua existía el antecedente del *Vía Crucis* de Enrique Fernández Morales, influido en su forma por el de Gerardo Diego; pero el de Cuadra es más teologal—en ese sentido tiene más signos de coincidencia con el de un Paul Claudel o un André Frossard—y es expresión del problema espiritual de estos años de lucha contra el anti-teísmo sandinista.

La Ronda del Año (*Poemas para un calendario*), publicado en 1988, es una obra que da testimonio de las tradiciones históricas, mitológicas y legendarias de Nicaragua, pero no para intravertir lo nacional, sino para universalizarlo. Los doce poemas—uno por cada mes del año—fueron escritos en diversas épocas y registran nuevamente el propósito del poeta de extraer al pasado una función de futuro, ministerio mitológico que ya había empleado en el *Libro de Horas* y en *El Jaguar y la Luna*, pero cuyos principios estructuradores y construcciones míticas habría que buscar también en *Poemas Nicaragüenses*. Pues como anota José Emilio

Balladares, *La Ronda del Año* es una obra hesiódica por su vinculación a la tierra, aun cuando alejada del titanismo del cantor de *Los trabajos y los días*.

La concepción de un calendario poético representa la voluntad del poeta de comprometer su poesía con el tiempo, aunando al sentir religioso de los misterios cristianos, un fervor cívico que nace de su preocupación por la redención de la historia: para Cuadra, 'lo que Dios premia con premio de eternidad, es lo que hicimos por redimir el tiempo.' Asimismo, esta obra es un eco contemporáneo de la obsesión calendárica de los mayas y otras altas culturas centroamericanas.

La *Ronda del Año*, el *Vía Crucis* y su primigenio *Libro de Horas* (escrito en la década de 1940), completan cabalmente el *Libro de Horas*, culmen coherente de su poesía religiosa. Si los renacentistas se supone que dicen: 'ser o no ser, he ahí la pregunta,' de la lectura de esta obra maciza infiero que Cuadra afirma: 'ser, he ahí la respuesta.'

Pedro Xavier Solís



◀ vanguardia y postvanguardia ▶

CANCIONES DE PÁJARO Y SEÑORA

1931-1942

A STELLA -Y A PITÍN-

PRIMEROS CANTOS NACIONALES

Ars poética

Volver es necesario
a la fuente del canto:
encontrar la poesía de las cosas corrientes,
cantar para cualquiera
con el tono ordinario
que se usa en el amor,
que sonría entendida la Juana cocinera
o que llore abatida si es un verso de llanto
y que el canto no extrañe a la luz del comal;
que lo pueda en su trabajo decir el jornalero,
que lo cante el guitarrero
y luego lo repita el vaquero en el corral.
Debemos de cantar
como canta el gurrión al azahar:
encontrar la poesía de las cosas comunes
la poesía del día, la del martes, la del lunes,
la del jarro, la hamaca y el jicote,
el pipián, el chayote,
el trago y el jornal;
el nombre y el lugar que tienen las estrellas,
las diversas señales que pinta el horizonte,
las hierbas y las flores que crecen en el monte
y aquellas que soñamos si queremos soñar.

Decir los que queremos.
Querer lo que decimos.
Cantemos
¡aquello que vivimos!

1930/1935

Jaculatoria al río

Flor de la noche prendida
sobre la frente florida:
te rogamos
por la tierra que cantamos.

¡Tallo de la rosa del silencio!

Lirio de agua:
¡perfuma el dolor de Nicaragua!

1930

He visto entierritos al atardecer

Cunas no hay
 ¿Qué niño pobre
 tuvo cuna
 para nacer? ¡Pero
 hay dinero!
 te lo presta el usurero
 para que el carpintero
 te haga el ataúd.
 Ataúdes hay.
 ¿Qué niño pobre
 no tiene cuna
 para morir? Pero
 clava el carpintero
 —dormite niñoito
 clava el carpintero
 —dormite mi amor
 clava el carpintero
 —para el niño pobre
 clava el carpintero
 —dormirse es mejor.



Pedro Urdemales

Pedro Urdemales, profesor
de aquella misteriosofía
mágica; dulce mentira
que hizo verdad tu boca de hablador.
¡Tus cuentos, Pedro Urdemales:
pantalón de prosa y camisa
de fantasía! ¡Refrán con sombrero
de palma! Fuiste burlero
metiéndote en berenjenales
y llenando de mentira y risa
los caminos de Chontales.

Con tu olor a monte y a sajino
—caminero, logrero, palabrero—
vendedor de cotonas y cususa
cruzaste las lomas
y los llanos. Amor
de los alcaravanes.
Ladino.
Inventor
de los cuentos de camino.

Canto de los cortadores de madera

En San Miguel, al sur, nacimos
desgraciados, el agua a la cintura,
soles sonando sus tambores,
lunas zumbando zancuderos,
chingueros, labradores,
madereros,
fuimos
mojoneando el país con sepulturas.

Trochas maláricas abrimos
cruzando los esteros toboberos
y podridos de frío nos bebimos
el sol en rones coyoleros.

Patria talada tu patria, maderero,
se lleva la madera el extranjero
y al nativo
nos queda el lodazal.
Dimos muebles, altares,
sillas, sillones y sillares
y techos y lechos a millares
a los señores de otras latitudes,
mientras nosotros del fangal
cautivos
quedamos entre tumbas vivos
labrando nuestros propios ataúdes.

El Hijo de Septiembre

Yo pelié con don Gil en la primera guerra nicaragüense. De muchacho era indio y español y al unísono me herían. Tengo el grito bilingüe en las dos fosas porque me dieron flechas en el lado blanco y balas en mi dolor moreno.

Más tarde, en el 21, se batieron mis dos mitades fértiles en sueños: el ORDEN con el Rey, y fui colgado; la AVENTURA —demócrata— a empellones de alegre libertad y... ¡fusilado! ¡Lindo túmulo, Septiembre para flores!

Pasando a sangres más fáciles la pólvora sonó después en funerales bipartitos: Me fueguí liberal hasta el sepelio con discursos en León. Pero en Granada me enterraron de verde y con tambores. ¡Histórica es mi muerte en dos versiones!

Hoy de pobre peleo con el rico: me soy patrón o me declaro obrero en huelga general mi sindicato. ¡Bicéfalo ataúd llevan mis restos, pues cuando quiero libertad me mato y cuando tengo libertad me muelo!

1930/1935

Intervención

poema para pegarse en las paredes

Ya viene el yanqui patón
y la gringa pelo'e miel.
Al yanqui decile:

go jón

y a la gringuita:

veri güel.

República de poetas

Mi bandera pretende,
como el cielo,
unir el azul y el blanco.

Equivocados los próceres
quisieron juntar abajo
lo que solamente arriba
se hermana y no siempre.

Pero algo logras, paisano,
izando el cielo en tu mástil,
¡somos un millón de hombres
con la cabeza a pájaros!

POESÍA LÚDICA

Si la Poesía...

Si la poesía nace junto al verbo
junto a la danza
junto al andar,
 el correr,
 el marchar,
ella verbi gracia, verbi marcha
verbi corre
verbi anda
verbi danza.

Tijera

Desperzando tus brazos
hembra sensual y sadista
te adelantas en conquista
con tus cortantes abrazos.

Metamorfosis cubista
te hizo en piruetería,
pájaro de barbería
que hasta se atreve a posar
con su canto peculiar
sobre la cabeza mía.

1929

La fuente

Parlanchina vendedora
(¿vendes, acaso, la brisa?)
manía de hablar de prisa
(¡como siempre, imprevisora!)
te hace confundir ahora
el reír con el llorar;
por eso oyéndote hablar
ninfa de líquida enagua
no sé si lloras el agua
o si humedeces tu risa.

1930

'Flirt'

De ligeramente ilesos
motivos, por variedad,
olas de carnalidad
sobre arenilla de besos,
su pequeña tempestad
sobre el sexo diferente
desata. Y frívolamente
pasa su viento al descuido
mintiendo tiempo aburrido
o reponiendo al ausente.

1930

Novia del bosque

Selva niña virginal
tan completamente ilesa
que entreteje la maleza
un verde velo nupcial:
¡Verla! ¡Oculta y florestal!
Coronas van fabricando
aves en vuelo, cantando.
Perfume herboso olfatea
el amante... y silabea
tu verde amor vegetal.

1930

Pieza de pianola para tres enamorados

1 El romántico (*tropo lento*)

Trato de ilustrar
 este poema
 con la mano
 blanca
 y sutil
 en que apoya su mejilla
 la luna.

Sólo recuerdo
 aquella
 mano
 que ya para partir
 a
 gi
 ta
 bas.

2 El tímido (*agitado*)

El
Co
Co
Te
Ro

en el río. El Lagarto en el estero

Tú con miedo — Yo con frío

Tiembla Tiembla

tu el

ros- mío.

tro

3 El Burgués (*lentísimo*)

Tu O
 be be
 So
 en bos
 cen te
 di zo
 do aburrido

1929

FÁBULAS

Fábula del Tambor y del Coyote

Cierta vez el Coyote miró a un niño
tocar un tambor abandonado.
Pensó: 'la luna suena a soldado.'

Más tarde, dormido el niño
quiso el animal curioso
tocar la luna. Y lo hizo.
Pero rasgó el instrumento
y al encontrarlo vacío
dijo: 'la luna era viento.'

1929

Fabulilla del antojo

En la fábula del antojo
el niño quería a la niña del ojo.

—¿Quién se la dará?

—Su papá

(Que ponga su barba en remojo)

A la una pidió la luna,

A las 2 pidió el reloj,

A las 3 peleó con Andrés,

A las 4 mató el gato.

—¡Ahora quiero tu pupila,
negra Camila!

(Grita y se queja
la vieja)

Cuando el papá abrió la puerta
encontró a la moraleja
tuerta.

1929

Historia del Alacrán y la Luna

al alimón con Joaquín Pasos

Un Alacrán haragán y campesino
 vivía en un camino
 dedicado con su cola
 al oficio de médico asesino
 hasta que un día vino
 la Luna por la ancha carretera
 y le habló de esta manera:

—Capitán Alacrán
 que comes el pan
 con el sudor de tu cola,
 parte conmigo, amigo.

—¿A dónde vamos, Lola?

—Vamos al trigal del Animal Racional
 a comer la fruta del bien y del mal.

—Vieja Luna importuna,
 eso es pecado mortal.

—Alacrán sin afán, viejo pendejo,
 ¡hijo de la Culebra y del Cangrejo!

—¡Lola,
 gorda como bola!
 ...¡no camines sola!

Juntos partieron el Alacrán y la Luna
 y juntos comieron el pan y la acetuna
 y juntos quisieron el mal capital
 comiendo la fruta del bien y del mal.

Por la parte trasera de la carretera
 llegó la vieja pareja
 al trigal del Animal Racional.

LOS PÁJAROS DE LA GUITARRA

3

Tres pájaros soy y trino.

De pluma si escribo y amo

De luna si bebo vino

De sombra si vivo en vano

¡Más vale pájaro en mano!

1932

La rosa o el solitario

‘Quien se arrima a la rosa
no tiene sombra.’

Yo busqué la belleza
y el sol me quema.

1933

Ella y él

—‘Díselo a él
que no tiene abejas y vende miel.’

—Le dijo a la gente
que te besaba,
lo dijo en el barrio
y yo lloraba.

—Díselo a él
que no tiene abejas y vende miel.

1932



Islas

Las lavanderas lavan al son del agua,
madre, ¡al son del agua!

Bajo los mangos verdes peces de plata
Bajo los vientos altos las olas blancas.

Las lavanderas tienden sobre las ramas
¡ay, pálidas garzas!

1932

Las tres isleñas

Tres olas el Lago arroja
sobre la arena:
María, Marta y Magdalena.

Tres morenas de la Isla,
tres morenas me enamoran,
las tres en la verde orilla.

Tres olas contra la quilla:
Magdalena, Marta y María.

Buscando peces de plata
junto a la quieta ribera,
desnudas las vi en el alba.

Tres olas contra la barca:
María, Magdalena y Marta.

Lavaban junto a las piedras,
junto a las piedras cantaban:
'Pescador, no tengas pena.'

Tres olas sobre la arena:
¡María, Marta y Magdalena!

1933

Baño

'Pajarito que vas a la fuente,
bebe y vente.'

Hay un rostro grabado en el agua,
¡bebe y canta!

Hay un nombre grabado en la arena
¡bebe y vuela!

1932

Me dijeron

Me dijeron que la muerte
estaba en aquella ribera.

Me fui nadando hacia ella.
¡Que no! Que estaba—dijeron—
en la isla de las garzas.

Me fui, entonces, en la barca
navegando a toda vela.

Pero después me dijeron
que ya se fue. Que se iba
aguas arriba con ella.

1932

Europa

Aquel toro, madre
que embiste
salta y cornea
—lo vi manso en el valle,
madre, llevaba en el lomo
un pájaro.

Aquel hombre, madre
que reta
grita y pelea
—le vieras, madre, en el valle
¡qué cara pone cuando
le hablo!

1933

Fray Mástil

Mástil, mástil erguido
—árbol sin primavera—
donde colgar quisiera
temblando el pez su nido.

Ni das fruto de estrellas,
ni luna: flor de sal.
¡En balde baja el ancla
tu raíz de metal!

El aire verde tienta
tu carne vegetal:
murmura ramas quietas
y ausencias de frutal.

Pero eres fiel y pobre,
árbol de castidad.
¡Basta tu cruz de palo
franciscano del mar!

1934

Juanita discreta

Juanita discreta
llégate al agua,
y una vez allí
Juanita discreta,
báñate desnuda.
Detrás de las ramas
Juanita discreta
se asoma... la luna.

1929

Balada del Poponjoche

*Leyenda indígena**

Si fui una niña, ¡ah! no lo sé; pero recuerdo
 los alegres muchachos que corrían
 persiguiendo venados junto al río
 ¡ay, junto al río!
 donde luego, sonrientes, se asomaban
 a mirar mis senos en el agua.

Si fui muchacha no sé; pero recuerdo
 que me estrechaban a solas en la hierba.
 Rudos brazos recuerdo junto al río
 ¡ay, junto al río!
 donde luego, cansados, se asomaban
 para mirar mis senos en el agua.

Si fui mujer ¡ah! no lo sé; pero recuerdo
 las promesas que a mi oído murmuraron.
 En vano esperaba junto al río
 ¡ay, junto al río!
 ¡donde nunca volvieron los amantes
 a mirar mis senos en el agua!

1930

*Basado en la leyenda campesina del
 Poponjoche, árbol que crece a la orilla
 del Lago y de los ríos y da unos frutos
 grandes y morenos.

El gallo de la veleta

El gallo de la veleta
no canta nunca la aurora
porque su trigo es la estrella.

Aunque gire mi fortuna
en los azares del viento,
no canto tu nombre nunca.

¿Comprendes mi pensamiento?
No me pidas la palabra
cuando te di mi silencio.

1930

Palomas de San Nicolás

La terciaria paloma, parda, pica
la migaja de pan.

Pequeña india ave, ¡cuánto vuelo
para este afán!

No cantas tanto arrullo, tanta pluma
en otras tornasol.

Como de barro tú, contenta, callas
caliente al sol.

Mira, cercana amiga, tierra en vuelo:
¡anida tu humildad
en esta piel morena! ¡Quiero el pecho
casto y palomar!

1931



PRIMERA LUNA DEL ENAMORADO

Canción de la naranja

De humilde balanceabas, modelada en tu ritmo
 por el viento del domingo. Te cortó mi mano.
 Y en el milagro del oro en esfera
 yo era un monarca que nació mendigo.

Te comió la boca de mi novia en la mañana.
 Gajo a gajo tu reino deshicieron sus labios.
 ¡Tenías que ser tú, sortija de mi hallazgo
 quien robara su roja caricia temprana!

Recogí tus vestidos caídos en la tierra
 y formaron el sueño de una serpiente mansa.
 Tu ramo tiene un retoño inocente
 que quizás lo corte el Niño de Praga.

¡Nadie sabe tu canción de júbilo
 ni tu balanceo de astro secreto...
 sólo al besar sus labios
 conocí tu dulce misterio!

1928

Cita

Fue tal vez peligrosamente alegre
que caminé de noche por el barrio,
cuando el cielo parecía
arena de la playa.

Figurando el camino mi silencio
sin sonido ni voz, a paso lento
caminaba atraído
por pensada caricia.

Las frescas superficies de su cuerpo
en anhelos de ceñimientos castos,
y la plática dicha
con palabras de aire.

Cita silenciosa, río olvidado
—¡Nadie sabe de dicha peligrosa!—
Sólo la arena del río
sintió frescura de agua.

Blanca caricia clandestinamente dada
por una mano miedosa y retraída,
luna de timidez en cada beso
y hasta en el adiós de despedida!

1929

Noche del ciego

La noche de tus cabellos
le dio posada a mis manos
de ciego. Buscaba en ellos
entre perfumes lejanos
el muro de tu frente.
Dedos de ciegos cariños
palpando, amor, ciegamente
tus callados labios niños.

¿Quién tocó tu cuello, quién,
de nieve que no conozco?
Recorro en tu terso rostro
la geografía del bien.

Tocar, amada, tocar
sin ver, y ver con el velo
del tacto el cielo,
¡es la ceguera de amar!

1928

TRAICIONES & TRADUCCIONES

Composición para piano

sobre el soneto VII de Shakespeare

Música al oído ¿Por qué te pone triste?
 La dulzura no riñe a la dulzura
 ¿Por qué amas lo que acoges sin contento
 y gustas lo que causa tu amargura?

¿Escuchas —solitaria— los sonidos
 que se enlazan en grata compañía
 y en su unión te reprochan que estés sola
 quebrantando la ley de la armonía?

¿Adviertes el delicado desposorio
 de las cuerdas acordes, y comprendes
 que hay un dulce plural en su alegría?

¡Ah! Si su canto sin palabra oyeras
 la música a tu oído, te diría:
 ¡Sola, serás como si no existieras!

1932

Canto mosquito

Pensé
que un pez
saltaba
 pero era
su remo que chapoteaba.

Pensé
que mi amor
pescaba,
pero mi amor
partía.

¡Ya nunca más
la veré! Por su mirada
 lo sé.
¡Ya nunca más la veré!

1930

Carta del joven mosquito a su novia

Yo soy más alto que el cocotero
 porque mis ojos alcanzan sus palmas
 y aún las aves que el cocotero deseara atrapar.

Yo soy más largo que el río Waqui
 porque oigo el lejano rumor del mar
 o cerrando los ojos reconstruyo su brillante playa.

Yo tengo más pecho que el león de Alamikamba
 porque mi dolor escrito llega más allá de su rugido
 hasta las manos de mi muchacha en Bilwaskarma.

1930

Nonantzin

traducción libre de Netzahualcoyotl

Amada, si yo muriera
entiérrame en la cocina
bajo el fogón.

Al palmotear la tortilla
me llamará a su manera
tu corazón.

Mas si alguien, amor, se empeña
en conocer tu pesar
dile que es verde la leña
y hace llorar.

1934?



La lechera

De La Fontaine, mas no todo

El día empieza
y mañanera va Teresa,
erguida, a prisa y sin pereza,
con un cántaro de leche en la cabeza.
Por sentirse más ligera
con su carga,
se recoge la pollera
y optimista va pensando,
caminando,
pierna libre y tranca larga,
lo que puede—con cuidado—
adquirir con la venta de su leche en el mercado.

Vendo la leche,
compro unos pollos,
vendo los pollos,
compro un marrano,
vendo el marrano,
compro una vaca,
pare la vaca,
tengo un ternero,
crece el ternero,
tengo un novillo,
vendo el novillo...

¡Y pierde piel!
Se rompe el cántaro,
se acaba el sueño
de la lechera.
¡Adiós novillo
y adiós ternero,
vaca y marrano,
pollos y leche!

Teresa:
la que sueña, tropieza.
¡Mas no llores lo perdido por soñado,
que lo mismo se pierde lo vivido
y realizado!

CORRIDOS Y CANCIONES

Pregón de la serenata

Ya están quebrando albores.

¡Vamos!

a los alrededores,
vamos los cantadores

y los verseros

¡vamos!

a decir amores

los serenateros,

y los pulsadores,

los atabaleros,

y los tocadores

amigos: los guitarreros,

vamos a los alrededores.

¡Vamos

a cantar amores!

1931

Caballos

¡Caballos!
Caballos lejanos
en la llanura...
¡Suenan en mi pecho
su tambor amargo
bajo la luna!

¡Caballos!
Galopan olvidados
en la sabana.
¡Amor llorado,
cuántos caminos
borran los años!

ACOYAPA, 1935

Toteo

To, to, tooo...
 cantando va el vaquero
 To, to, tooo...
 camino del potrero
 To, to, tooo...
 arriando va su pena
 To, to, tooo...
 pensando en su morena.

¡Ay! Triste amor,
 arriar vacada ajena
 y no poder
 arriar mi propia pena

¡Ay! ¡Qué dolor
 pensar que ella me espera
 y no rumbear
 al rancho de mi amor!



Caballito

Por donde quiera que voy,
te busco y nunca te encuentro.
En la carrera de amor,
en la hierba y en el viento.

¡Caballito mío,
vamos a buscarla al río!

El camino se hace polvo
por ir al aire a buscarte.
El camino donde voy
corriendo por encontrarte.

¡Caballito, sube
a la cumbre de la nube!

No dejas huella en el alba,
ni señas, las naturales:
las hojas, las mismas hojas,
los frutos, siempre frutales.

¡Caballito, corre
a preguntarle a la torre!

La torre estaba tocando
los dobles de la oración.
Una campana por ti,
otra por tu corazón.

¡Caballito!
¡Ay, caballito!

Yo no sé por qué buscaba.
Yo no sé ni lo que siento.
Sólo sé que te buscaba
y busco ¡y nunca te encuentro!

Corrido de la luna equivocada

Como se durmiera el viento
 en las torres de Granada,
 salió la luna escondida
 para mirarse en el agua.

Los grandes peces del Lago
 —los peces no saben nada—
 ‘Comamos luna,’ se dicen
 bajo del agua plateada.

Las nubes que van pasando
 —pasan y no saben nada—
 la miran al paso y piensan:
 ‘La luna está remojada.’

Las aves no saben nada
 y vuelan y pían, pían,
 y al ver una luna abajo
 gritan: ‘¡Está equivocada!’

Y aquel marinero isleño
 ahogado lejos del puerto,
 la mira en el agua y piensa:
 ‘¡La luna sale a los muertos!’

1930

Niña del arroyo

Con dos estrellas hincaba
los ijares de mi potro.

Iba y venía
bajo la luna
sin esperanza ninguna.

La niña que vende puros
y cigarritos de vieja:
un manojito a centavo
y una mirada en pena.

Iba y venía
caminanta vendedora
desde la aurora.

Se cortó con el filo
de la media noche.
¡El delantal con sangre
y el dolor tan pobre!

¡Ay, saltabarrancos!
salta la madrugada,
la niña corre apurada
por vender el maíz,
el arroz
y la cebada.

¿Quién alimenta de flores
el pájaro del pensamiento?
pregunta ahora la niña
perseguida por el viento.

¡Ay! En el camino
las angustias en remolino
y el viento vengador.
¡Ay, Señor, Señor!
al lado de su batea
estaba muerta,
sucia

y fea.



Huida

Yo te llevé, mi vida,
 descalza y casi dormida,
 temprano, al amanecer.
 ¡De niña para mujer!

Corté la zarza florida
 y la espina veranera
 porque te fueras
 conmigo, amor, escondida.

Puse al rayar la mañana
 listo a tu primer amor,
 el caballo en la sabana
 y el pájaro en la flor.
 ¡Porque vinieras, amor!

Bajo del aire liviano
 fresco de puro temprano
 nació el amanecer.
 ...Y te llevé dormida
 ¡ay! que te llevé, mi vida,
 ¡de niña para mujer!

La Virgen y el Niño

Flores con sereno,
leche, pan y centeno.

Desde mi hamaca
canta la gallina pananaca.

Desde mi hamaca,
perfume de albahaca.

¡Ay de mí,
que corro y nunca llego!

Flores de mi naranjal
y flores de granadilla:
de todas las aguas, el mar
de todas las gracias, María.

Voy a cortar un cariño
para llevárselo al Niño.

A llevárselo en diciembre
con el almíbar de toronja.
¡Ay, las brisas de diciembre
como pasitos de monja!

Y voy a sacar del río
el peje y el pejecillo.

¡Quién fuera donde estén
la Virgen y San José!

La mañana está pelando
una naranja de oro.
El peje y el pejecillo
cantan a coro
en el río.

¡Ay, Virgen del campo verde
desde el fondo de mis años
voy a caballo a verte!

1931

Verano

Al camino se lo lleva
el viento ¡ay!
A la llama se la lleva
el viento ¡ay!

Llano tan duro y amargo
como mi pena.

Chontales de las llanuras
secas ¡ay!
Chontales de la sabana
inmensa ¡ay!

Ya sólo me queda
la noche negra
¡Ayayay!

Cantar de Granada y el mar

¡Granada, linda Granada
entre arroyos apresada!

Mercader y navegante
te hicieron de amor y mar;
una mitad para el sueño,
otra para navegar.

Granada, blanca Granada
de sol y cal.

Altas torres divisaban
piratas y marineros;
hoy sólo cantan y cruzan
tus islas lentos remeros.

Granada, puerto de mar,
¡ya no lo puedo olvidar!

Circulan dulces nostalgias
entre tus calles torcidas.
Muchachas de trenzas negras
sueñan con velas henchidas.

Granada:
¡grande y sin nada!

Viajera de monte llano
Granada había una mano
con que tocaba la mar;
Granada
la de la mano cortada
llora en el río San Juan.

Granada, lejano puerto,
con el corazón abierto.

1930/1935

ANIMALES CONSTRUIDOS CON PALABRAS



Murciélago

Mur del cielo, roedor
de la tristeza que me liga
a Shakespeare en un
crepúsculo húmedo
y romántico. ¡Ese opaco
vuelo es casi mi final!
No debiera volar
quien así sublima
los rincones: ¡pero
a cada cual su cielo!

Sapo

No ético
 dietético
 opíparo
 —¡salud y regocijo
 al recargado vientre:
 su trono!—
 Sólo la boca
 va
 de salto
 en salto

 ansiendo esa palabra
 cual—cuas—¿cuál?
 (salta la tuya ¡dila!)

Y no pasar por alto
 que una boca puede
 saltar tanto y sólo
 el engullir, ¡su verbo!

Grillo

Tu fi-
lamento
negro
prende
el gri-
to. Rito
nocturno
Erre
con erre
corta
el hi-
lo
del luz-
Cero.



i

la hormi-
ga li-
terata.

POEMAS GRÁFICOS

Caballito de bamba

tierra mía un caballo volador para el amor un caballo de luna para todas
que ni come, ni bebe, ni anda
Es
Caballito de bamba
sentura un caballo de poesía para



Paisaje impertinente

un-adjetivo-que
cae-sobre-el

mar; un

verbo

que-no-se

puede-conjurar

este-horizonte-manso-mordido-por-el-cielo-y-por-el-mar

l

e a

s n

t c

a h

- a

que-también-nave-

ga-sobre-el

-mar-

...que

todo esto

es un paisaje

no se

puede

dudar

OTROS POEMAS DISPERSOS

Colegio Centro América de Granada

Cóndor de piedra en inicial de vuelo
 abierta el ala en plumas de cemento
 buscas la recia vocación del viento
 por remontar la eternidad del cielo.

Sueños implumes crecen en tu nido,
 aleteo de fe, pichón alado
 de una patria mejor que has prometido
 empollando en el alto acantilado.

Bien que pudieras, pájaro, en la luna
 —maíz de luz—alimentar anhelos,
 pero dejas la ruta de fortuna

y teologal moviendo tu abanico
 traes veloz, al piar de tus polluelos,
 el Corazón de Dios entre tu pico.

Para el cuadro de la mujer ante el espejo de Picasso

'espejo, corriente por las noches...'

—Huidobro

Río de pie, por reflejarla erguido,
profundidad compacta, inexplorada,
en tu corriente al cielo levantada
flota su talle y boga mantenido.

¿Adónde tu vertiente inalterada?
¿Qué mar nocturno espera sorprendido
seca la ola y el viento endurecido
el naufragio de la mujer amada?

Dulcísima sirena nadadora
en grutas del espejo sumergida:
¡ay! te busqué con ansia pescadora
y eché la red con mi pasión tejida,
mas sólo vi mi imagen buscadora
¡flotar ahogada en el cristal sin vida!

JUEGO N° 1
Orfeo

a Guillermo, que tan mal le fue...

Cuando bajé al infierno a rescatarte
sus guardias, por oficio, resistieron
pero, ciego de amor, puse tal arte
en mi canto y tan dulce se movieron
mis dedos sobre el arpa, que me dieron
el ansiado permiso de llevarte.

Yo nunca sospeché cuando cedieron
y corrieron felices a entregarte
las diabólicas artes del averno.
Ahora, sin remedio, en compañía
de lo que yo creí mi amor eterno
comprendo, aunque muy tarde, su falsía,
porque no te sacaba del infierno
sino que era el infierno el que salía.



JUEGO N°2

Leda de Herrera

'Si transformar pudiese mi figura'
como Júpiter fácilmente hacía
no del dariano cisne tomaría
su blanca interrogante arquitectura;

de un obeso burgués la envergadura
idealizado en cerdo fingiría
y números redondos llevaría
como señal de mi feliz ventura.

Porque esta Leda el mito ha transformado
y no cede a la pluma su belleza
sino al sonante tintinear del oro.

Por eso en metamorfosis burguesa
convierto en cheque este soneto airado
y pongo precio a su mayor tesoro.

GLOSAS 1

Del alma dormida

*'Recuerde el alma dormida
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida
cómo se viene la muerte
tan callando.'*
—Jorge Manrique

I

Si en las cansadas veredas
donde desangra la vida,
tu esperanza, confundida,
escuchara voces quedas
que urgidas de claridad
llaman en la oscuridad
a tu espíritu olvidado:
la senda que fue perdida
en el reciente pasado
recuerde el alma dormida.

II

Y ya que la mano ingrata
de este presente inseguro
de cielo a cielo delata
cerrado y negro futuro:
recobre el tiempo que fue
y respondiendo al porqué
de nuestra dolida suerte,
vuelva la fe que la escuda
y dispersando la duda
avive el seso y despierte.



III

Retornará la palabra
buena, sencilla y discreta
que día a día se labra
en la íntima y secreta
máquina de la amistad.
Renacerá la verdad
y el pesebre ignorado.
Y ya volverá luchando
el que vivió recostado
contemplando.

IV

Mira que viene adornada
con la luz de la poesía
aquella cálida espada
con que el Verbo combatía.
¡Ya no descanses cansado!
Mira que llama y convida
¡el porvenir anhelado!
Mira en la rueda del mundo,
entre segundo y segundo,
cómo se pasa la vida.

V

Ha de volver el amor
 que jugará con la rosa;
 la heredada y milagrosa
 rosa de fiel trovador.
 Entonces será constante
 aquella vida bastante
 de la cristiana armonía;
 y no afligirá su suerte
 ver en clara cercanía
cómo se viene la muerte.

VI

Has de estar, alma dolida,
 alma que hoy se despierta,
 ante el porvenir: alerta,
 ante el pasado: advertida.
 Con el ágil paso, temprana,
 has de buscar la mañana
 venciendo amargor y pena.
 Y has de vivir trabajando
 tan lúcida, tan serena,
tan callando...

versión de 1940

GLOSAS 2

Los cuatro gallos

*El gallo que se serena
muy de madrugada canta.
El que duerme en cama ajena
muy temprano se levanta.
—Copla popular*

I

El árbol de la oscurana
produce al quebrar albores
(preludio de la mañana
y término de los temores)
un fruto de sinsabores,
mezcla de esperanza y pena
—de lo ganado y perdido—
que con sabor de alarido
abre en el árbol prohibido
el gallo que se serena.

II

Como el gallo, el amador
recorre la noche entera
y sabe lo que le espera
en lo oscuro del amor.
Mas, si al día, con su ardor
le da su canto: seguro
que la luz su canto espanta
porque el amor es oscuro.
Entonces, por inseguro,
muy de madrugada canta.

III

Como el gallo y el amante
 el que nació en la pobreza
 madruga con su tristeza
 porque le duele su historia;
 y así su vientre en menguante
 y así en creciente su inopia
 hace de tripas memoria
 pues el pobre, por condena
 es el que sufre hambre propia
y el que duerme en cama ajena.

IV

Gallo, pero de pelea,
 amador, mas temerario,
 pobre, pero voluntario,
 también el fiel Guerrillero
 muy oscuro tempranea
 y con él la dignidad,
 el aire, el sol, la lealtad,
 la vida que el poeta canta;
 con él, el país entero
muy temprano se levanta.

El otro

En Managua, capital de los temblores
 por pura casualidad nací.
 Se equivocaron los ángeles pastores
 y un niño campesino pusieron en vez de mí.

Yo venía equipado con la flor de la albahaca,
 la piel de algún vaquero y un sueño de refresco
 para nacer en un rancho, en un viejo tapesco
 y beberme la inocencia de la leche de vaca.

Se equivocó mi abuelo, honrado comerciante,
 se equivocó mi padre, hidalgo y pensador:
 cuando lloré, lloraba buscando a Rocinante,
 el caballito flaco de una aventura en flor.

Canto por eso ahora lo que lloré en mi cuna,
 el corral que no hallaba en mi casa burguesa,
 el arbolón del rodeo donde anida la luna
 y la sabana inmensa que el camino atraviesa.

Canto la vida errante a lomo de caballo,
 la muchacha que espera en la casa del estero
 y la otra que saluda a mediados de Mayo
 y la otra que se olvida a finales de Enero.

Canto el cielo abierto, sin cercos y sin dueño,
 canto el canto libre que siembra cosas bellas
 canto al que laza desde su potro un sueño
 y al pobre que tiene cien millones de estrellas.

Canto lo que no he sido
 porque en mi canto lo fui:
 al ganadero de todo lo perdido
 y al campesino que llevo dentro de mí.

1932

POEMAS
NICARAGÜENSES

Introducción a la tierra prometida

Portero de la estación de las mieses,
 el viejo sol humeante de verdes barbas vegetales
 sale a la mañana bajo una lluvia de prolongados tamboriles
 y vemos su hermoso cuerpo luminoso como un vitral,
 labrador de la tierra,
 abuelo campesino de gran sombrero de palma,
 cruzando con sus pesados pies la blanda arcilla gimiente.
 Ahora estamos ya en el mes de las mariposas
 y, alrededor del grano cuya resurrección ellas anuncian
 disfrazadas de ángeles,
 brotan también las palabras antiguas caídas en los surcos,
 las voces que celebraron el paso de este sol corpulento
 /y anciano
 amigo de nuestros muertos, agricultor desde la edad
 /de nuestros padres,
 propietario de la primavera y de sus grandes bueyes mansos.
 Voy a enseñarte a ti, hijo mío, los cantos que mi pueblo
 /recibió de sus mayores
 cuando atravesamos las tierras y el mar
 para morar junto a los campos donde crecen el alimento
 /y la libertad.
 Aquí, tal vez, al paso del sol, llegó el primer latido
 /de tu sangre,
 cuando una doncella virgen se inclinaba para recoger
 /la espiga
 y una flor cualquiera era suficiente para conectar una sonrisa.
 Hombres valientes nos han antecedido.
 Mujeres fuertes como los vientos de Enero
 que no decaen bajo la ardiente cólera del astro,
 y aquí dejaron sus cuerpos para nutrir tu resistencia desde los pies,
 para subir a tu palabra como crece el maíz a la altura
 /del hombre
 y vigilar desde tus ojos recios en todo este horizonte
 /de nuestro dominio.

*Ellos encendían las fogatas después de la labor
y aquí escuché las estrofas de este himno campal
que entonaban nuestros padres en la juventud de los árboles
y que nosotros sus hijos repetimos, año tras año,
como hombres que vuelven a encontrar su principio:*

¡Oh, tierra! ¡Oh, entraña verde prisionera en mis entrañas!
Tu Norte acaba en mi frente,
tus mares bañan de rumor oceánico mis oídos
y forman a golpes de sal la ascensión de mi estatura.
Tu violento Sur de selvas alimenta mis lejanías
y llevo tu viento en el nido de mi pecho,
tus caminos, en el tatuaje de mis venas,
tu desazón, tus pies históricos,
tu caminante sed.

He nacido en el cáliz de tus grandes aguas
y giro alrededor de los parajes donde nace el amor y se remonta.

¡Oh, sol antepasado!
¡Oh, procesión sumisa
de las alamedas y las siembras!
Vengo a la visitación de tus silencios,
tierra familiar de calores afectuosos,
paterna y castigadora,
tierra lacustre recostada sobre la luna,
tierra-volcán en la danza del fuego.

Y vosotros, árboles de las riberas,
nidos de los pequeños hijos del bosque,
alas al sol de los buitres,
reses en los pastos, víboras sagaces:
dadme ese canto,
esa palabra inmensa que no se alcanza en el grito de la noche
ni en el alarido vertical de la palmera
ni en el gemido estridente de la estrella.

¡Oh! ¡Coger, coger para la pupila
la eternidad azul del espacio
y la mansa libertad de los horizontes!
Nace la hierba y muere en el holocausto
de esa palabra sin voz. Así la flor,
así la bestia y el río
y la más remota esperanza de la nube.

Eres tú, colibrí,
pájaro zenzontle, lechuza nocturna,
chocoyo parlanchín verde y nervioso,
uraca vagabunda de las fábulas campesinas.
Eres tú, conejo vivaz,
tigre de la montaña, comadreja escondida,
tú, viejo coyote de las manadas,
zorro ladrón,
venado montaraz,
anciano buey de los corrales.
Eres tú, ¡oh, selva!
¡oh, llano sin lindes!
¡oh, montaña sin sol,
laguna sin olas!
Eres tú, capitana de crepúsculos.
Noble historia de pólvora y laureles.
Porvenir de trigales y de niños:
¡Amor nicaragüense!

Inventario de algunos recuerdos

a Carlos Cuadra Cardenal

Tristezas comprometidas con nuestros pequeños
 /actos inmorales,
 esparcidos recuerdos alrededor de una vaca vieja que llenó
 nuestros biberones de infancia
 y de la yegua anciana donde cabalgábamos en primeros jinetes.
 Inocentes percepciones del desarrollo atractivo de la moza
 que daba de comer a las gallinas.
 Alegatas por adueñarnos de los potrillos nerviosos;
 caros paseos matutinos,
 o crepusculares carreras en los corrales olorosos a ubres,
 o largos internados en la selva con el mimetismo de sus monos.
 Campo infantil de nuestras imaginaciones excitadas,
 ranchos diminutos alzados por nuestro deseo de propiedad,
 hierbas y potreros oscurecidos silenciosamente
 /por la hora del Ángelus,
 donde nosotros—pequeños campistas—lazábamos
 taburetes o perros domésticos.
 Voraces apetitos derramando en los blancos manteles
 una jícara de tiste;
 nuestras grandes modorras. Durmiendo
 entre el ruido de las pequeñas chicharras y los grillos agudos
 y de las estrellas volanderas que bajaban a las hierbas erectas
 en alas de las luciérnagas nocturnas:
 Poesía de los nueve años.
 Poesía adentro desbordándose ahora por las mismas
 /veredas de antaño,
 bajo el guacal invertido del cielo,
 donde mis manos imaginativas tallan como los indios
 los lejanos pájaros del aire.

Santa Elisa

Patria de tercera

Viajando en tercera he visto
un rostro.
No todos los hombres de mi pueblo
óvidos, claudican.
He visto un rostro.
Ni todos doblan su papel en barquichuelos
para charco. Viajando he visto
el rostro de un huertero.
Ni todos ofrecen su faz al látigo del 'no,'
ni piden.
La dignidad he visto.
Porque no sólo fabricamos huérfanos,
o bien, inadvertidos,
criamos cuervos.
He visto un rostro austero. Serenidad
o sol sobre su frente
como un título (ardiente y singular).
Nosotros ¡ah! rebeldes
al hormiguero,
si algún día damos
la cara al mundo:
con los rasgos usuales de la Patria
¡un rostro enseñaremos!

Posoltega

Iglesita de Chontales

Iglesita de la Virgen María más vieja que el pinol,
 con zacate de gallina en las gradas del altar,
 con bejucos de pitahaya en el tejado,
 y en el púlpito una zarza pequeña y un nido de conejos.

Iglesita de mama Virgen,
 ahora que los yanques nos prohibieron andar
 /con rifles y pistolas,
 nadie puede matar las guatusas y los venados
 que duermen tras de los confesionarios y en la sacristía.

Sin embargo, en tus dos torres, negras de tan viejas,
 como dos guineítos pasados,
 hay una campana
 que hace volar papaloteando un millón de palomas
 y caer una lluvia de basuras sobre todas las bancas.

Y hay una misa de madrugada allá cada tres meses
 y un sermón de las cosas buenas
 que todos lo oímos sentados
 a la orilla de las vacas echadas en la penumbra.

Y dicen que las ánimas vienen por las noches
 porque todas las lechuzas se espantan
 y se dibujan grandes sombras en las paredes rugosas de piedra
 donde corren las lagartijas cazando zancudos.

Iglesita de mama Virgen, más vieja que el pinol,
 cuántas veces en vez de tocar las campanillas del Sanctus
 cantaron las palomas de San Nicolás,
 y cuántos pedacitos de cielo
 vi yo en los agujeros del techo!

Pueblo Viejo, Chontales

Inscripción en un árbol

No temas si no vuelvo, muchacha.
Esta flecha señala también el viento
que arrastrará mi corazón
lejos de ti.

En Noviembre levantaré los pájaros,
los pétalos,
las hojas y los alegres ramos.

Sabrás entonces de mí.

la Cañada

El tío Invierno

El tío Invierno, tembloroso y malárico, sale de su cueva húmeda
arreando sus cabros que atropellan el horizonte.

Pájaros grises chillan en el alba pálida
picoteando el sol como una fruta ya podrida.

¡Oh, mi infancia, insustituible y dolorosa!
Miraba bajo el alero el llanto de las cosas como convertidas
/en recuerdos.

—Mi padre dijo: revisen las goteras.

Y la gran tierra materna nos rebosaba
con su olor a tinaja llena de nostalgia.

El tío Invierno sobaba con sus manos mojadas
las ancas de mi potro.

(Íbamos serpenteando por las colinas
con las ropas pegadas al cuerpo,
entre los moscardones excitados
y rostros como sudando una fatiga feliz,
mientras todo volvía, desolviéndose,
en una estela de ubre lechera
y de hierba recién mascada.)

Las vacas enfermas deben regresar al campamento.
Balidos. ¡Oh, la queja animal, tristemente inútil!
Las andantes siluetas colgaban del cielo pardo como títeres
por largos hilos de agua.

Había una voz impositiva y ronca
—el tío Invierno regañón desde los matorrales del horizonte—
tronando
tronando
mientras nuestros caballos pisoteaban la epidermis resbalosa
comedidos y casi elegantes
hinchando sus narices
en el salvaje olfateo de una humedad infinitamente sabrosa.

El toteo de los alejados campistos.
 (Recuerdo el coro esparcido en el ancho escenario del llano
 repitiendo todavía la velocidad dentro de mis ojos
 y la música tamborilera de las hojas tintineantes
 y el gimiente contrabajo del río
 que se retuerce en las cañadas con su caudal ensanchado).

Tú
 desde la puerta
 —tibia de almohadas—
 ordenabas el aguacero de tu pelo
 con una luna negra y pequeña como el sueño.

Eran tristes tus distraídos silencios sobre la lluvia.
 Tristes y largos los mugidos de las vacas
 por los terneros atascados en los fangos
 y el silbido vegetal de la boa
 —como la raíz de un árbol colérico—
 y la garza incontaminada escrita con tiza sobre tus ojos
 y los pequeños potrillos jugueteando
 a la altura de tu primera comunión.

Luego, en la noche, encerrar nuestra nostalgia
 —la melancolía recostada dulcemente en tu recuerdo—
 secos ya bajo las rojas chamarras
 escuchando los salivazos del tío Invierno
 arrojados contra la tierra que se estremece
 con un rumor de lejanas batallas.

Paso de Lajas, Chontales



Niña cortada de un árbol

Las aves nicaragüenses se forman de los árboles:
de frutas enternecidas por la lluvia
de hojas suavizadas por el viento
de susurros que la savia amansa y pule en trinos.
Mi patria es entendida en vegetales
que cantan; en primaveras
que he besado; en frutales
que tú eres cuando me dices
desde el árbol—¡adiós!— con mariposas.

malacos

Lejano recuerdo criollo

Desde esta distancia a 125 leguas de recuerdo
conociendo que es tuyo el rastro que miro en el camino
/de mis venas
como en la arena lenta la huella de un pie
/devotamente sorprendido
que el viento pule y aligera cual la memoria de un pétalo.

Pero la ausencia es una noche que nos deja al margen
y galopan dudas apasionando su carrera tras de tus ojos.
Tu propia sumisión a veces me remuerde
y la madrugada de tus mejillas
no despierta, ¡ay! no despabila esta sombra
donde te duermes como una desconocida.
Desde aquí, voy reuniendo el rodeo de nuestras
/lunas afortunadas
ganadero de tus besos
y el fierro de tu abrazo candentemente adorable
asegura tu nombre con este ardor rumoroso
como un linaje de abejas.

Lejano es ya decir olvidado.

Pero voy separándome como si persigo
la otra mujer
la otra siempre en que tú te ocultas
¡casi innumerable!

Gran Llano de Apúmpua, Chontales

Monos

En las márgenes del Tepenaguasapa
 donde una mañana vi esconderse los garrobos súbitamente
 y perderse un novillo en las fauces de un lagarto lleno de lodo y de lama
 se levantan unos árboles altos y desnudos
 cuyas flacas ramas tiemblan al viento como azotadas de epidemia.

En su curva más acentuada
 crece un lindo bosque que usarían los enamorados
 si los enamorados conocieran este lugar salvaje y deshabitado.

Aquí es precisamente
 donde yo me detengo admirado
 para cubrir en pocos instantes con un golpe de vista
 esta escena interesante:

En la margen derecha del río Tepenaguasapa
 están celebrando consejo veinte o quince monos amarillos,
 de caras caricaturescas con los rabos erectos e interrogando.

Se han levantado del concilio
 dos ancianos cuyo vello desaparece en ciertas partes del cuerpo,
 y esto, indudablemente, por razones morales.
 He podido observarles y reconocerles
 una pericia verdadera en el cálculo
 porque escogen en este mismo momento
 un árbol paralelo y cercano a otro árbol de la margen izquierda.

Y he aquí que luego
 acuden todos a formar un rosario simiesco y velludo
 que empieza a moverse como péndulo
 rítmicamente y a un compás perfecto de aullidos.

A los pocos minutos el extraño trapecio
 roza las primeras ramas del árbol opuesto.
 Entonces hay un gran silencio
 y cuando suena un alarido superior y autoritario

—al mismo tiempo y matemáticamente—,
enrolla su cola musculosa el último mono en el árbol
de la margen izquierda
y se suelta el primero, que pasa rozando las mansas aguas
del Tepenaguasapa.

Sin embargo,
esta delicada operación les resulta a veces fallida como este poema
porque un cálculo mal apreciado
deja entre las aguas al último mono
—que es siempre el que se ahoga—.

Escrito sobre el 'Congo'

He conocido los antiguos animales que moran en las fábulas:
 el León profético con su gótica estampa de ferocidad coronada;
 la Zorra mucho más literaria que su fina estupidez olfativa;
 la Oveja ¡oh, beatitud! y los pecados plurales del Leopardo.

He conocido la fuerza, la astucia, la mansedumbre
 /propicia a la moraleja
 y el bello placer primitivo
 de cubrir los pensamientos humanos con las pieles zoológicas.

Pero en este ascendente espavel de frescas hojas inéditas
 he mirado la quietud embrutecida que la fábula ignora.
 La velluda fealdad impasible cuya sangre no distingue
 /su ritmo de la savia,
 con el rabo prensil, adhesivo como el crecimiento de las raíces,
 y esa lentitud frutal con que sus ojos advierten,
 o el prolongado monótono rugido
 que es también arbóreo, como el grito de una profunda madera
 sonando bajo el pánico temblor de los misterios terrestres.

De su pereza hablaré. Medular y opaca,
 circula en la aceitosa memoria de milenios
 apegada aún a penumbras de astros ya agotados
 a lunas de tosca piedra girando entre murciélagos;
 y el espacio igual: todavía de helechos,
 de felpuda piel para fríos iniciales
 y la antecesora calavera aproximadamente humana
 apártala y olvida.

Feo como el sol, duro y alto;
 desplaza su pausada órbita del amor al sueño,
 del sueño al alimento,
 y en lenta esfera pasa de la rabia a la estación de la ternura
 y del llanto por el frío, al grito meridiano del esplendor y la brama;
 metódico, siempre metódico e interminablemente cotidiano.
 Sin embargo, el macho—el monarca escarpado—constituye

su régimen familiar,
distribuyendo sus hembras, como frutos negros, sobre las ramas
de un árbol deleitosamente genealógico;
y sus recios colmillos devoran todo vástago macho que florece
/en su sangre.

He visto a las madres huir por las noches o aprovechando
/la perezosa
siesta vegetal del meridiano
de árbol en árbol, con el ansioso dolor de la especie
/en el vértice oscuro de su vientre,
para ocultar en la espesura al pequeño futuro rival del viejo padrote
solitario.

Cuentan fábulas nativas que los jóvenes Congos nacidos
/en el exilio
vagan entre las sombras como oscuros amantes adúlteros
citando con delicadas trampas amorosas,
atrayendo a las hembras ajenas con el eterno señuelo juvenil
para un rapto pasional y silencioso a largos saltos
/aéreos sobre los suaves
trapecios forestales.
Sin embargo, cuando las hembras se niegan temerosas,
cuando la soledad y el verano encienden su sombría
/antorcha de sangre,
ellos raptan a las niñas que atraviesan solitarias los caminos
o a las que se bañan desnudas en la íngrima ternura del riachuelo.

Yo fui testigo de un rabioso duelo entre machos rivales
—un viejo gobernador de los amores de la tribu silvestre
y un joven atleta con el pecho sediento de caricias—,
frente a frente, en la mañana primaveral, sobre un tronco añoso
derribado por el viento.

Recordé la estúpida gloria del golpe en el vértigo muscular
de la lucha romana.

Ojos implacables y vidriosos de la cólera animal.
 El jadeo de los anchos pulmones bombeando la sangre ennegrecida
 /por la rabia
 y los angulosos colmillos descubiertos para una risa funeraria
 para un hambre de odio
 para ese férreo mordisco que el viejo indomable clava en el borbotón
 /yugular de su enemigo.

Reconstruyo la imagen del Congo ensangrentado
 lentamente invadido por un pálido sueño
 mientras la potencia de sus músculos jóvenes
 lucha todavía por apoyar una furia en creciente desangre.
 ...Poco a poco el amante vencido se derrumba del tronco
 y sus brazos abiertos que buscaban amor encuentran la tierra
 donde acaso su sangre preñando una roja semilla
 reflorezca en un árbol de gigantesca memoria
 que rugirá contra la tempestad en la eléctrica brama de la selva.

mombacho

Adormidera

*'Dormite chiquito,
cabeza de ayote,
si no te dormís
te come el coyote.'*

Es la hora del miedo
cuando la noche tiene un ojo blanco de buey muerto
y diez mil ceguas en todos los caminos.

Hemos visto aparecer sobre los árboles
el potro del silencio
donde cabalga el patrón de 'Los Enredos,'
macheteado en el camino de Morrito.

En las trozas podridas
debilitadas por pequeños comejenes
reposan todos los espíritus muertos de los campos.

Y las Siete Cabritas y la estrella vespertina
duermen en la rama remojada.

Una hoja del chagüite bañada de sereno
parte en tajadas a la luna.
Los perros adivinaron los agujeros encendidos
por donde entraron al cielo lejanas codornices:
por eso ladran largamente a las estrellas.

En el borde del potrero
se come el zorro a la gallina,
y en la fogata que prendieron en la tarde
zumban los mosquitos del pantano
—solo el hombre silenciosamente,
silenciosamente—.

Hasta los ángeles sentados sobre el rancho
han llorado en la paja amarilla
y en las copas de los árboles.

Durmámonos pequeño
en la hamaca de pita.

Ya no tarda en venir la madrugada
y las ceguas de todos los caminos
volarán a los cerros del poniente.

Duérmete pelón
en la hamaca de pita.

Hacienda Ánimas, Chontales

Exvoto a la Guadalupana

A María, la Gobernadora de la Luna.
 A la Madre de la Luz: comienzo a cantar.
 Ella se asoma a la ventana de la casa matutina.
 Oíd cómo canto.
 Invocaré al dulce Arcángel moreno de alas de tres colores.
 A Ti ¡oh, Santa María, la Mejor! A Ti, pequeña,
 canto interrumpido por el silencio de tus ojos humildes
 y arranco a tus manos la caricia que deseo
 cuando el dolor vaga por América
 como la hoja del árbol melancólicamente incierta,
 como la mariposa muerta en el itinerario.

¡Ah! Yo me encuentro al margen de la historia
 como la mosca en el borde de la taza consumida
 y hago el esfuerzo de guardar para las nuevas generaciones
 tu sonrisa olvidada en las luchas comerciales,
 tu abrazo despreciado por los hijos ciegos,
 tu voz que sufre la ausencia del sonido.

Buscadnos, Señora, porque sufrimos las equivocaciones
 de la hormiga en los días de lluvia
 cuando una gota de agua
 rompe la trayectoria del camino fijado.
 Porque somos el pequeño desperdicio en el arroyo,
 o la suela del zapato aventada por el barrio,
 o el inútil empeño de las ruedas atascadas en el fango.
 Tu frente abriga la seriedad del camino.
 Sin embargo, ¿adónde caminarán los soñadores?
 Arropa—¡oh Señora!— con el borde de tu manto
 los pensamientos
 arrinconados como niños en el temblor de nuestras voces:
 porque ellos están desperdigados como las piedras en el polvo,
 y bien podrías Tú, que hiciste florecer el monte,
 resucitar de su derrumbe nuestras chozas humildes.

Tu pie conoce la fatiga
 de estos caminantes que vemos partir cargados.
 La palabra del pobre Tú la pronunciaste,
 y aquí te dimos posada, junto a la cama de tabla,

junto a la cocina cenicienta Tú estuviste mirando
 el alimento del anciano, la enfermedad del desposeído,
 la sonrisa conforme de los que
 ‘aguardan el trabajo de la muerte.’
 ¿Por qué escogiste al indio que llevamos
 adentro de nuestros ojos? ¿Por qué buscaste el fondo
 de esta sangre, el origen de esta permanencia?

¡Oh! Ruega por nosotros, Señora,
 Tú que hablas con la dulzura del ternero lejano,
 Tú que miras con el esfuerzo infantil de la lámpara
 del Sagrario,
 Tú que esperas con el mismo incalificable anhelo
 de las hierbas en sequía el agua del invierno.
 Tú que tienes el corazón como el campo
 donde florecen todos los aromas.

Porque vuelan tus miradas como las palomas silvestres,
 porque tus manos son la hamaca acogedora,
 la sombra del ojoche y del laurel,
 el huacal de agua fresquecita,
 el río encontrado a la mitad del llano.

Envolveremos tus llamadas en el alma,
 y al descubrirla
 nos encontraremos con tu imagen pura.
 Porque toda tu tierra nueva es tu ‘Juanito’
 ‘Juandieguito’
 ‘Escalerilla de tablas’
 ‘Gente menuda’
 ‘Hoja’
 ‘Cordel’
 ‘Cola’
 ‘Hombrecillo’
 que volviendo a Ti el amor, ‘oh, la más pequeña de sus hijas’
 —desde ‘este lugar donde no anda y donde no para’—
 sembrará la alegría de tus ojos
 en los surcos que araron sus penas como heridas.

El mencho

Quema

Antes de los aguaceros,
 antes del movimiento de las hormigas y de la floración
 /de los corteces,
 cuando cabe toda la tristeza de los campos en una sola
 /rama desgajada,
 cuando es violenta la rigidez de las hierbas,
 cuando el viento ofende como el vapor de una olla hirviente,
 cuando truenan los horizontes;
 los campistos y jornaleros desnudaron sus musculaturas
 y desmontaron las rondas de las milpas.
 Cortando a tajo el monte y los rayos solares
 que se quebraban sobre las hojas de acero ofuscando la vista
 de los zopilotes y de las oropéndolas.

Montones de extenuadas hierbas y lianas amputadas
 yacían tendidas bajo la investigación de las gallinas y perdices
 que escarbaban curiosas y rápidas como buscando un tesoro
 desconocido.

A las doce del día miércoles 18 de Abril
 avanzó chillonamente una enorme hoguera anaranjada
 y la seca hojarasca
 se levantó aletargada en nubes pesadas y sucias
 como una manada de cerdos
 las llamas como pisándose sus largas túnicas rojas
 avanzaban y caían sobre los siete meses de sequía.

Oprimidas por el humo aplaudieron estrepitosamente
 /miles de alas desesperadas
 con la nerviosa emoción de las grandes tragedias.
 Los cuatro costados del campo ardían avanzando hacia el centro
 y las víboras y los sinuosos cascabeles
 y las gruesas boas atléticas
 y al jaguar entorpecido por las resinas humeantes
 y el congo de quejidos cavernarios
 y el sajino rechoncho y trepidante
 y el coyote aullador de las noches perdidas



acudían a un sólo lugar que poco a poco se enfurecía
 /en su temperatura
 y se llenaba de chispas desprendidas y de explosivos
 /tizones amenazantes.

Rápidamente avanzaba en olas amarillas el mar
 /encendido y ardoroso
 y junto al chirrido chamusqueante de las llamas devoradoras
 vibraban en un trozo de sonoridades lastimeras
 gruesos aullidos
 silbidos venenosos
 ronquidos burbujeantes
 mientras blanqueaba de espuma la trompa rabiosa del coyote.

Nosotros subimos a los árboles circundantes
 para presenciar el cierre completo del círculo infernal
 y miramos en las altas puntas de un pochote único y barbado
 las cabezas pequeñas y ansiosas cuyas lenguas bífidas temblaban
 y en el tronco del viejo gigantón crapuloso y hostil
 al jaguar enloquecido girando y describiendo
 el estrecho horizonte de su angustia
 mientras saltaban hacia el tronco con los ojos
 /inmensamente desorbitados
 los pequeños animales temblorosos e impotentes.

Con furia las llamas y el humo
 cerraron sus mandíbulas candentes
 al tiempo que un grito indefinible y humano
 hería la tranquilidad de los lejanos animales a salvo.

Luego escuchamos la sacudida tremulenta de la tierra
 al caer vencido como un mártir el viejo pochote incinerado
 y las víboras negras y las crispadas raíces
 se confundían en el extenso tormento de tizones
 /y de cenizas encendidas.

Llanerías de Boaco

Horqueteado

'I did not pray Him to lay bare the mystery to me'
—Ralph Hodgson

Solo, en mi potro, que desconocía la tranquilidad
con un movimiento continuo y desconfiado
en una noche como sábana ilimitada y tendida
bajo el puño de una luna amenazante.

Ante el encadenado temblor de los árboles como una fila
/de altos perros friolentos
ante el sonido hueco y vagabundo del Pájaro-león
y ante el doblar repentino de la senda
donde aparecía un extraño jinete sosegadamente
/rígido y silente.

Por compañerismo campestre
hacia un lado del camino detuve el trote ligero
/de mi cabalgadura
esperando aparearme con el advenedizo camarada.

Durante un trecho de saludos
antes de llegar al campo abierto donde la luna rebota
como en un plato de loza
mis tres o cuatro preguntas no encontraron respuesta.
Ignoraba sus facciones
por la sombra de las altas alamedas,
y hasta disculpé por un sueño alcohólico y tremendo
aquella quietud de silencios infranqueables.
Sin embargo, pocos metros después se abrieron
/los árboles en ronda
y fuimos bañados por una mano de cal desmaterializada
mientras aleteaba en mi garganta un miedo insufrible.
Un hombre muerto cabalgaba. Unos ojos solitariamente fijos
como si todos los caminos y las sendas se unieran para siempre
en un último camino.

Las espuelas que rompieron los ijares de mi potro
hasta emparejar mi corazón con el galope,
repercutieron en el caballo compañero:

¡Oh, galope del miedo!,
 ¡Oh, pánico lunar arrastrando como un eco el cadáver
 /erecto y oscilante!
 Yo ignoraba que en las lejanas haciendas
 son 'horqueteados' los muertos sobre una albarda inservible.

Con estacas terminadas en ganchos para sostener
 /sus tiasas quijetas
 y sobre los potros conocedores de las sendas
 vagan hasta el caserío donde son sepultados entre
 /borracheras y llantos.

Por eso, renunciando a libertarme del misterioso compañero
 me entretuve en un trote monótono
 admirando aquellas manos secas y fríamente agrietadas
 que tantas veces habían aventado el lazo a seis metros
 de unos cuernos galopantes
 y que aún hoy mismo se cerraban apretando una rienda.
 Sus piernas arqueadas sobre la panza curva de la bestia
 definían sus largas jornadas campesinas,
 y se dibujaba todavía entre sus labios saltados como
 /por un machetazo

la huella de un chilcagre eterno y apagado;
 mientras aquella rigidez de dos días de muerto
 esculpía en la noche sobre el yeso calcinado de la luna
 al campista de las sabanas
 ecuestre para siempre sobre el lomo recio de su potro
 en el camino de la muerte.

Quizaltepe

El viejo motor de aeroplano

En el valle de Ciudad Antigua
a doce leguas cansadas de la ciudad de Nueva Segovia
los campesinos vendieron un viejo motor de aeroplano.

Era una noche de mil novecientos veinticinco
ceñida de jazmines como las doncellas que mueren sin amante.

La avioneta equipada con ametralladoras y raros telescopios
cubrió de sangre las húmedas espadas del trigal
y el más viejo aviador de la armada
abandonó sus cruces de plata por una muerte
/trágica y violenta.

Nadie reconoció en las palpitaciones noticiosas
/de los diarios
aquella hermosa cerviz californiana
que tuvo la osadía de batirse cuerpo a cuerpo
/con las nubes de Hawaii.

La ciudad hormigueante, a solicitud de los grandes
/avisos de color,
penetraba con vagos anhelos deportivos en los cinemas
/y los bares
mientras a la luz terrosa de los barrios los niños con papeles
reproducían aviones y volvían a la muerte
asesinando las aves forasteras.

Las esquivas coloraciones del inmenso valle anaranjado y violeta
tomaban en la soledad asfixiante de las fotografías
el extraño matiz de los sueños oprimidos por el miedo.
—Ahí estaba postrado el gran esqueleto del pájaro
y la gorra destrozada con las altas insignias militares—.
Se ignoraba el motivo.

Los más antiguos científicos indagaron las capas
/atmosféricas
donde antes solamente vagaban
las ansiosas pupilas de los sembradores

/que interrogan al sol
y los pájaros de tendencias musicales.

Luego durmieron los ricos comerciantes
/y las jóvenes hermosas.

Una dama de negro recibía esquelas enlutadas
y se preparaban los alcaldes para nuevas agitaciones.
Sólo tú—guerrillero— con tu inquieta lealtad a los aires nativos
centinela desde el alba en las altas vigiliass del ocote
guardarás para el canto esta historia perdida.

Nueva Segovia

Poema del momento extranjero en la selva

a varias voces

En el corazón de nuestras montañas donde la vieja selva
devora los caminos como el guás las serpientes
donde Nicaragua levanta su bandera de ríos flameando
entre tambores torrenciales

allí, anterior a mi canto

anterior a mí mismo, invento el pedernal

y alumbro el verde sórdido de las heliconias,

el hirviente silencio de los manglares

y enciendo la orquídea en la noche de la toboba.

Llamo. Grito. ¡Estrella!, ¿quién ha abierto las puertas
/de la noche?

Tengo que hacer algo con el lodo de la historia,

cavar en el pantano y desenterrar la luna

de mis padres. ¡Oh! ¡Desata

tu oscura cólera víbora magnética!,

afla tu obsidiana tigre negro, clava

tu fosforescente ojo ¡allí!

En la médula del bosque

¡500 norteamericanos!

Vienen marchando.

Cantan entre sotocaballos y ñámbaros

Cantan al paso y caen

desde las altas copas las últimas lunas nicaragüenses.

(Rojas lapas hablan lenguas locas.)

En el corazón de nuestras montañas 500 marinos

entran con ametralladoras.

Oigo voces.

Túngala del sapo

Túngala

Túngala

Andrés Regules—'tu escopeta era prohibida'—
 ahora cuelgas del manglar.
 Orlando Temolián
 Fermín Maguel (túngala, túngala).
 Acripena, su esposa (todos miskitos)
 más altas que las palmeras las llamas del caserío.

Quinientos norteamericanos hacen la guerra.

Los árboles tienen su fruto en secreto.
 Oigo voces

Túngala
 Túngala

Los niños en los pipantes
 navegan huérfanos.

Pero hemos dicho que la selva es un viejo animal
 /sobre la tumba de nuestros muertos
 Hemos dicho que en el árbol de la noche
 /el silencio empolla gavilanes furiosos.

Oigo voces.
 Túngala, grita el sapo
 Túngala, clama el sapo-buey
 Top, top, top, atestigua la iniquidad
 el gran pájaro del sotocaballo.
 Y vemos llegar al Pálido,
 al Ojeroso-del-Alba con sus nubes de mosquitos
 /zumbando y saliendo
 de las cuencas de su calavera
 y oímos sonar sus diminutos clarines
 de pantano en pantano.
 ¡Ah, vosotras!, neblinas húmedas
 —grita—. ¡Ah! nubes húmedas
 nubes de inextinguible estridencia

finas espadas de la fiebre
 anófeles
 ínfimas águilas del pequeño escudo pisoteado
 'e pluribus unum'
 ¡Ah!
 presenciamos
 el retiro precipitado de 500 norteamericanos
 pálidamente derrotados
 quemadas las sangres por la última llama del rancho de Acripena,
 temblando el frío de la muerte de Andrés Regules,
 el frío de la muerte de Orlando Temolián,
 de Fermín Maguel (todos miskitos)
 500 norteamericanos van huyendo,
 maláricos
 rastros perdidos de pantano en pantano
 delirantes
 Túngala
 Túngala
 El gran sapo salta, compadre,
 la lluvia llama otra vez.
 Oigo voces: las arañas azules
 tejen una nueva bandera virgen.
 Anterior a mi canto
 anterior a mí mismo,
 en el corazón de nuestras montañas
 donde invento el pedernal y alumbro
 bajo el verde sórdido de las heliconias
 bajo el hirviente silencio de los manglares
 sus blancos huesos delicadamente pulidos por las hormigas.

Alamicamba

Camino

Pasa un hombre cuyo nombre se olvida,
 repicando la tierra dilatada con un trotecito
 lento. El sol tirante y brutal reverbera sobre la meada
 de una bestia desconocida.

—‘¿Cuánto tardaremos?’

—‘Poco, patroncito...’

Y el silencio, arrastrando sus caites, como una brisa anciana,
 se me acerca al oído.

(Junto al camino, llena de sueño, una sombra humilde se echa
 /al pie de un árbol florecido.)

Así es la tarde.

Dobla la senda sin ruido

hasta inquietar a la pupila la lejanía de la sabana.

—‘Ahí nomasito queda, patrón: doblando aquel cerrito,
 como quien va a la montaña.’

Así será su voz y siempre así su extraña

medida, aunque el cerrito azul se nos ofrezca tal vez hasta mañana.

No hay prisa en caminar... El camino

diluye sus formas en la tarde serrana

y se desnuda de luces un aire crepuscular y felino.

Árboles en lontananza y aves nocturnas sin canto

rompen las primeras quietudes del cielo. Mientras tanto

él se persigna como dibujando una flor, y dice: —‘Aquí mataron
 a Juan Hernández, el concierto de San Julián.’

Y yo pregunto:

—‘¿Faltarán tres horas?’

—‘Puede, patrón’

Pero... ¿dónde vagarán

las horas? Ya la distancia pierde su medida en la distancia

y con la luna el cielo tiene una tierna mirada azul como la infancia,
 ¡oh! tú lo sabes, como la infancia.

Llano El Palomo, San Ubaldo

La loquita

El ateperetado barredor de caminos
gesticulante viento, conocido
por su locura amatoria,
nos lo pintaba así, la niña, llorando,
con su cántaro
derramado y roto en el camino:

‘De pura violencia atropella. Le vi
el pelo revuelto. Le sentí
la mano tocándome. Le oí
cosas sueltas que confunden.
Y me hizo caer. ¡De eso me quejo!’

La acompañamos, mientras lloraba,
a la tarde húmeda y opaca
donde ella habitaba.

Y cuando repetía
una vez más su historia
—porque las niñas suceden en la monotonía—
brilló el Relámpago
‘Ya cayó’—dijo.

Y escuchamos
junto al sordo rodar celeste, la risa
subitánea de la muchacha.

Chinandega



Ahora ciñes el tiempo con tu desprecio
—encerrándote en tu destrucción como en la olla funeraria—
momia materna dentro de tu barro inextinguible.

Muerta de ti a golpes de silencio
te miro en el rincón acurrucada como poronga servicial
con tus ojos obligatorios y eternos
subiéndote en el sueño
a la copa de esta noche enarbolada,
para entrar despacio, lentamente
por esos pequeños agujeros luminosos
que perforan el cielo.

Ometepe



El negro

Alto de mí, el sol de sal
 se cierne sobre el mar con su ojo incandescente.
 Yo renuevo una memoria abandonada y canto
 este lugar donde puso su pie blanco
 el negro, el fugitivo de las islas encadenadas
 cuando la muerte levanta su viento crepitante
 para agitar las terribles arenas infinitas.

Sarabasca el naufrago aquí cayó, exánime
 bajo el mismo pico de un sol de rapiña
 desgarrando sus espaldas: cuerpo
 de carbón para el censo de los fúnebres nocturnos.
 Arrojado por las olas y el golpe
 del corazón aquí puso pie en la libertad
 el pescador de lunas con caparazones de carey.
 Aquí besó la tierra, en el húmedo labio atlántico
 de una patria de presagios y obstinaciones.

Sarabasca, más lejos que los ojos de los muertos,
 desmemoriado, lavado
 por los añiles amargos de un mar sin tiempo,
 navegaba en un ataúd de remos sin manos
 bajo la estrella oscura de Aphar o de Magreb
 con una lágrima de sal hiriente
 en sus ojos sin patria. Sarabasca,
 hijo del fuego, herrado a fuego, cuerpo
 de carbón aquí quemó su último exilio
 y miró las selvas con sus banderas verdes
 levantando gritos de papagayos y gavilanes marinos.

Sarabasca: humeante página del siglo, Abraham
 oscuro de músicas óseas, tambores y torrenciales melanco-
 lías.

Sarabasca el negro estaba allí
 frente al Atlántico corsario de verdes aletazos.
 Su viejo ataúd menguante y lunar cruzaba un sueño espeso

—cantos tristes: ¡Oh, tierras de Ophir!
 ciudades celestes defendidas
 por el inmenso caballo que trota en los platanares.
 Sarabasca, fugitivo, dejaba atrás
 el tambor de los barrancos donde un infierno de carbones
 endurece la sombra y el humo de los ingenios;
 dejaba atrás el lóbrego mordisco de las minas,
 de los hierros que esposan,
 de los cañaverales fustigados por un sol capataz y tuerto.

Sarabasca tendido sobre la playa, sentía
 las infinitas distancias del pasado
 desvaneciendo sus piernas adormecidas,
 sus largos pies ignorados bajo los fangos
 donde una subterránea voz clamaba hacia el oro,
 encorvándolo, hundiéndolo en fatigas,
 sin música,
 nevado por indelebles edades
 y por el grito fatal de las fiebres plañideras.

Entonces bajó Miskut, el Fundador, con el cortejo
 /de sus tribus.
 Miró al extraño náufrago de ébano, el primer negro;
 miró la obstinada noche que envolvía su piel
 y dijo:—¿Quién eres? ¿De qué reino
 oscuro te arrancaron las olas?
 Y Sarabasca dio su espalda al rey y el rey vio en su espalda
 tatuado el insomne país de sus exilios.

Bucaneros habían grabado a látigo en su espalda
 la oscura cicatriz del Prinzapolka.
 Sembradores de algodón habían flagelado su negra espalda
 con los afluentes del Huáspuc y los afluentes del Wa.
 Madereros del Caribe habían tatuado en su pecho
 los palenques de Siuna y Carahuala.
 Buscadores de oro habían marcado en sus brazos

el cauce del Cocalaya y el cauce del Curinhuás.
Entonces dijo el rey:—Tienes escritos en tu carne
nuestras peregrinaciones y destierros.
Tienes grabados en tu piel
los caminos errantes de los hijos de los ríos.
Te has posesionado de la piel de nuestra tierra.
Han quemado tu tierra, la han preparado.
¡Ven con nosotros!
¡La semilla del dolor encenderá pronto sus espigas!’

Bluefields, Laguna de Perlas

Albarda

Soy mi memoria.
 Piel errante,
 subsistiendo entre mi último balido
 y mi eterna obligación de partir.

Yo
 Doña Albarda
 Mariposa inválida de mi forma
 sobreviviendo al sueño y al tropel.

Toro en mi torso
 —con mis cuernos en vacío
 como una antigua furia que se cubre de olvido.

Novillo en mi piel
 —deseo limítrofe en mis cascos perdidos
 como un antiguo cansancio que no llega al recuerdo.

Buey en mi cuero
 —testículos arrancados a la sucesión
 conjugando solteramente mi amor con la carreta
 como una vieja madera conyugal quemada por el viento.

Yo
 Doña Albarda
 Vaca en mi soledad y piel
 —con mis fervientes ubres excluidas de la sed
 con el candor de mis pupilas hundidas bajo los ríos
 con mi antigua maternidad creciendo bajo los árboles.

Yo
 con mi linaje
 con mi bandera de muertos
 repitiendo el deseo de horizonte
 caminando
 eternamente sonando el tambor de mi piel
 como la luna.

Caminando sobre la llanura estúpida y fangosa
caminando
sobre la abierta senda pisoteada
caminando
bajo la lluvia torrencial y lacrimosa
caminando
bajo la garúa susurrante
caminando
bajo el sol insolente y fogonero
caminando
entre la música metal de los lecheros
caminando
tras de la tarde herida bajo el ala
caminando
tras de la noche
caminando
tras de la muerte,
de nuevo caminando...

Chontales



Oda fluvial

A la orilla del San Juan desemboca el Río Frío
 hundiendo su tobillo de líquido linaje
 ahí donde el Lago tiene ya intenciones de río
 porque se arroja al mar.

Ha de ser suavemente, humedecida y lenta en su tono fluvial,
 la breve alabanza y la satisfecha voz
 que juzgue de este río su belleza y razón.

¡Ha de ser el tenue roce de este gamalote a la deriva
 en ensueño de humedades
 y el adormecido atardecer de las riberas verdes de
 /infinitas tonalidades!

Porque es aquí—en el seno de la selva tropical—
 donde habita el misterioso dios perdido:

el dios de tierra y de deseo, desnudo y perseguido,
 sierpe de pluma o mágico sol
 azul que vuela como pájaro de mar.

Tirana soledad dormita en las riberas. Apenas la sardina
 víctima del garzón, deja en la fina
 transparencia, su muda agonía en ruedas de cristal.

¡Nunca miré sobre el espacio nuestro
 tanta virginidad! A lirio y luna sabe el verde intacto
 /y su fragancia!

Mas no de agua: de silencio corre este caudal.

Por eso, palpitada de remos, esta corriente tenaz en su vigor
 es alta de misterios y solaz del diestro
 pez.

¡Mira cómo refleja en la fluida distancia
 su tembloroso epitafio el rancho deshabitado!
 Mira el olvido, ¡ay! el olvido construyendo su fábula
 /y su estancia.

Ahora bajan con el río, apenas perfumado
 de orillas, la secreta historia del contrabandista y la constante

hoja desprendida.
Pero, escucha: ¡Hay aquí, distante
—así como reclamo, como llamado en agua y voz
/al navegante—
la margen de la espuma, el esparcido
azul de playas transparentes, el vigilante
Lago, de su misma amplitud tan merecido!

RÍO FRÍO

Ven...

Estamos ya sobre el camino,
sobre la senda que abrieron las pisadas
/de cien generaciones
y tú vuelves a inventarte a ti misma, inesperada
/y trigal.

¡Ah! sube tu sombrero más allá de tu frente
y sentirás palpitar la brisa como un pájaro herido.
Abre los ojos al espacio.

Una fuerza azul atrae hacia el mar
cuyos labios besan las rodillas maltratadas de la patria.
Ya ves: ¡imposible contener el galope de la sangre
ante la majestad de nuestra tierra!

Ella lo sabe.

Las haciendas lejanas la han visto bailar
con un ritmo quemante.

En los caminos se detiene para escuchar a los pájaros
y cuenta las fábulas y los cuentos campesinos.
Todos los pensamientos, todas las voces encantadas,
se posan en sus hombros y vuelan a las violetas
/distancias del ocaso.

Es tuyo el oloroso gemir de las azucenas.

El río busca comida para sus pequeños afluentes
que lo siguen a través de los llanos.

Y tú, sobre ese potro cuyas ancas nos trasladan
/a los mármoles de Atenas

pasas a la orilla de la alameda rumorosa
levantando sus sombras que duermen sobre la tierra...

Serranías del Este, Chontales



La venta de las vocales

La *A* paladial, unguento de la garganta.
Buena para el amor. ¡Muchacha:
cómprame la *A*!, con su oración
mayor a Santa Clara, con el alba
y su azucena de olán.

Al barbero la *E*. A Nicasio, a Perencejo
para el hechizo del pinol. Para librar
del viento sur a la creatura.
¡La *E*, la *E* al pie de la vaca y su ternero!
¡Vendo la *E* con todo y cuero!

La *I* para el piquete. Con su mecatito,
con su candela serenada por el lucero.
Al machetero la *I* le lleva el grillo,
la luciérnaga y la luna bendita.
¡Vendo la *I* prendida en alfileres!

La *O* se cierra sobre el jacinto. Corona
los indudables méritos del difunto.
La doy en cobre, en alfabeto
para el enfermo y su centavo.

Vendo la *U* de hipegüe, dulce, de ocarina.
Se toca apretando el agujero.
Suena a paloma en la garúa.
¡Vendo la *U* de hipegüe!

nindiri

La vaca muerta

No era el amor, ni la rosa, ni la voz del viento
/en el deshabitado
murmullo de la noche.

Era ella, muerta.
Aislada en las serranías ásperas y desvalidas,
bajo el eterno paréntesis de sus cuernos sin amparo,
entre las cuatro sombras de sus pupilas vacías.

Su maternidad en la esfera de sus ubres
dormidas para el hijo,
para la amistad,
la Tierra.

Y luego la blanca llanura de la muerte.

(Yo seguía en el atento afán de la zozobra
aquel recuerdo de nieblas
entre los árboles).

Y cuando lo dijeron,
el niño inocente derramó sus lágrimas en la cocina
y las ciudades del sur,
ignorando,
dormían.

Era ella, la que iba
a solazarse con el cedro.
La que partía, como el clavel sin sangre, a donde nadie sabe
ni duerme
ni espera.

¡Oh, quién buscara la rosa
para adornarle su testa!
¡Para sorprenderla furtivamente
en el bosque sin sendas!
Para que ella fuera de nuevo
rosa, clavel o ceibo.

Santa Elisa, Granada

CUADERNO DEL SUR

POEMAS VIAJEROS

1935



*¿Adónde irá a atardecer
este temprano cantar?
Dulce cantar de sirena
tiene el marino en su pena:
una mitad de mujer,
otra mitad de la mar.*

Profecía

Un día vendrá un marino
gravitando sobre los mares
con la rosa de los vientos
dando vuelta entre sus manos.

Un día vendrá un marino
sobre las aguas del Lago
con sal de la mar Caribe
y olas del Mediterráneo.

Nadie lo verá venir
inclinado sobre la nave.
Entre riberas calladas
un día vendrá un marino.

Sólo tú, pájaro alerta
y tú, puerto cansado
darán la voz a los campos
y a las torres erguidas.

Viene—dirán—sobre el Lago,
viene otra vez un marino
con sal de la mar Caribe
y olas del Mediterráneo.

Mástiles

Mástiles, barcos indeclinables,
 todos sumados (los de antaño
 de silencioso velamen
 y los de hoy con sus atormentados
 émbolos y hélices) apenas
 llenan esta soledad inmensa
 de historia. ¡Barcos!
 lentas agujas del telar
 infinito. Trazos
 apenas iniciales de un mundo
 cruel y nuevo. ¡Tejed,
 mástiles, el tapiz azul
 de patrias mocedades y marinas!
 ¡Oh! Yo amo
 estos altos
 y solitarios
 árboles
 y corto
 aún verdes
 sus rutas
 olorosas a delfín y a gaviota.

Panamá

A Colombia

Yo soy capaz de hacer un poema para Colombia.
Un poema para Colombia se hace
colocando al pie de una impasible cordillera
un inmenso río que llora
como una Magdalena.

Nocturno e invocación de Lima

Candelabros barrocos alumbran Lima.
 Policías con capas rojas flotan custodiando el Virreinato,
 y van mis ojos de balcón a balcón como los jazmines que cantan
 /sus serenatas de perfumes por las últimas Perricholas.
 Yo tengo obsesión por una espada pero tengo miedo de usarla.
 Me entusiasman los aventureros y aquí reposa un quijote
 /desalmado
 sobre cuyos huesos cayeron las inmensas piedras perfectas
 /del Imperio de los Incas.

Con los huesos de Pizarro
 altas señoras hicieron cómodas butacas
 para balancear sus ocios en los años bisiestos.
 Con los huesos de Pizarro
 altos políticos labraron sus bastones de mando
 y generales de plata maciza fabricaron cuarteles.
 Con los huesos de Pizarro le dieron palo al indio
 y palo al español. Yo enciendo el candelabro
 en la oscura capilla de la Basílica Metropolitana
 para mirar la osamenta
 de esta ciudad hermosa y persistente,
 huesos de Lima gimiendo debajo de dos imperios derribados,
 huesos de Pizarro en una urna inmóvil
 llevada sobre los hombros—siglo tras siglo—
 en una lenta procesión burocrática y enlutada.

Oh, si la peluca virreinal dejara pensar a los amanuenses
 y no fuera tan jurídica la escritura de esta historia podrida,
 yo invocaría estos huesos arrepentidos barnizados por el odio
 y llamaría a los huesos del Inca recubiertos por láminas de oro:
 ¡Hagamos un hombre nuevo, huesos inalterados,
 venerables restos de América!
 ¡Hagamos la aventura!

Puerta de la luna

Tiahuanaco

¡Alturas de los Andes!
Estoy aquí y puedo decir
que el mundo está a mis pies.
Aquí dominas. Aquí el hombre
es Rey.
Pero el rey baja la cabeza
para no golpearse contra el cielo.



Nubes andinas

Nubes
 países
 arreados como
 blancas Siberias
 refulgentes Etiopías
 cárdenas Palestinas de Occidente.
 Por oficio
 habitaba vuestros efímeros
 exilios
 y siempre
 el viento
 silbaba
 al tropel
 siempre el viento transformaba
 vuestros mapas
 rápidas erosiones
 allanaban la música blanca de la nieve
 o ríos celestes
 se precipitaron arrastrados de sus cabellos
 por los ángeles.
 Nubes
 bueyes altísimos
 guiados por un San Isidro en algodones
 Ovejas
 de Diciembre
 Llamas
 de plata incaica
 Oscuros cabros
 trepados en los farallones
 de los aguaceros
 ¡oh, rebaños!
 Nubes
 Dialectos
 Idiomas que nacieron con el maíz y la alpaca
 Palabras emanadas por la quena
 Verbos
 agrarios—signos de nieve—
 Voces quíchuas—chibchas—nazcas
 escritas en los aires
 Poemas anteriores
 Papeles ¡oh, nubes! lenguas
 muertas de América
 ¡Volved a mi canto!

Inauguración de los Andes por Dios

Una lágrima de cocodrilo puede ser el comienzo del Nilo.
 En mi tierra un diosecillo llamado Cocijo
 allí donde orina hace nacer un río.
 Un copo de nieve—como una cana al aire—del Chimborazo
 puede haber caído de las sienas de Dios

que mueve
 sus manos bíblicas de alfarero y pule las cumbres.

El indio invoca a Wirakocha
 y un viejo cura de aldea cree sorprender la gran figura
 que se paseaba en el jardín al fresco de la brisa.
 —Pero dice la voz: HÁGASE LA NIEVE.

Yo creí que la nieve era el cementerio de los ángeles
 mas ahora sé que el hielo y el fuego
 son palabras.

En el diccionario de Dios
 el agua es otra palabra
 y el viento es como decir Amor

y gime.
 Esta cordillera es una oración de Dios cuya sintaxis
 sólo fue conocida por los misteriosos aymaras.
 Se paseaba Dios en aquellos días desde las cimas del Hualcalá
 /a la Tierra del Fuego
 y hablaba con su Hijo sobre la importancia de la tierra.
 ‘Ser hombre es cosa seria,’ dijo el Señor; es difícil
 levantar una cordillera que impresione el corazón de un héroe.
 Hagamos los Andes para que puedan producirse
 hombres como Túpac Amaru y Simón Bolívar.
 Estas medidas, estas distancias producirán sueños tan altos
 /como el vuelo de un Cóndor.

En esta tierra
 es posible que algún día el hombre dialogue conmigo.

Quiero un lugar difícil como la poesía;
quiero, dijo Dios, hablando cosas,
haciendo—con palabras— cosas:

Volcanes

Desfiladeros

Nubes

Vientos alineados como ejércitos

Ecuadores

y los ángeles iban detrás escribiendo con sus plumas
/la creación de los Andes.



Bolivia, la prometida del mar

Una muchacha aymara baja llorando en su caballito de totora,
viene de la nieve y me pregunta ¿dónde queda el mar?
Los ojos asombrados de su vicuña nunca han visto un barco
/sobre aguas azules
las húmedas narices de su llama nunca han olfateado la sal
/de las olas blancas,
y la muchacha tiene años de vagar por una pampa gris
buscando en las vetas del estaño los caminos del mar.

(Sólo los ingleses y las indias bolivianas usan el sombrero hongo:
las indias bolivianas porque nunca han visto el mar;
los ingleses para recuperar la flema que perdieron en el mar.)
Desde la Puerta del Sol del Tiahuanaco
un pueblo antiguo hace señas a los marineros.

Desde las nieves
de la meseta las manos de Bolivia agitan banderas de alpaca
banderas de plumas de cóndor con signos desesperados
y el cielo sin nubes eternamente gris guarda un silencio árido.
¡Dadle, americanos, a Bolivia, una playa de azules inocentes
/donde mojar sus pies!
¡Lavadle, americanos, los pies fatigados que bajan de los Andes
los pies pequeños y helados de estos reyes mendigos
encarcelados en un crepúsculo a 12 mil pies sobre el nivel
/de la libertad!

Trasandino

Trepando en tren
 la cordillera
 —de Santiago a Buenos Aires—
 miré desde la veloz ventanilla
 una muchacha bailando en un parral
 bajo de un sol brillante tamizado por las hojas negras de la vid
 y durante un breve inolvidable minuto
 los delirantes ritmos de las ruedas del Trasandino
 fueron la música de su danza.
 Luego, una curva, la hizo pequeña de pronto
 como una estrella
 y brilló en mi ojo
 instantánea y pequeña para siempre.

¡Oh, Dios! ¡No toque el olvido
 este breve parral que guardo en mi retina!
 Esa muchacha habla mi lengua
 Esa muchacha tiene en sus huesos
 la misma música que anima los míos
 y siempre es posible ¡ay, siempre es posible
 una mañana futura, una parra en la falda de una cordillera
 y una muchacha que danza y hace habitable el mundo!

Elogio al vino de Mendoza

El Aconcagua, gigantesco Noé 'desnudo y calvo'
cultivó estos viñedos y se embriagó con sus hijas

Manos pudorosas cubren su sexo
con sábanas de nieve
y enormes aves de tierra y aire
—avestruces y cóndores—
se espantan inventando cantos
de una Biblia geológica.

Aquí Pedro del Castillo fundó Mendoza en 1561
y Juan Jufré fundó otra vez Mendoza en 1562
y la ciudad es una sola pero se ven dos ciudades
cuando el viajero bebe el vino de sus viñedos.

Si el vino de Mendoza se derrama en la cordillera
furiosos terremotos hacen caer las ciudades.
Si el vino de Mendoza se derrama en sus ríos
irrefrenables crecientes inundan las tierras de la pampa.

Aquí los hombres del Ejército de los Andes
bebieron las pujantes sustancias de este vino
y el aliento de cada soldado se endureció en espada
y las espadas fundaron la libertad en el Cerro de la Gloria.

Aquí perdieron la cabeza los oficiosos y honrados
/cronistas
y describieron hombres con colas de pájaros
y mujeres alucinantes con patas de avestruces.

Aquí Carlos Darwin vio una manga de langostas que cubría el cielo
y hacía un ruido como de carros y caballos que corrían al combate.
Aquí Julio Verne llevó de su mano a los sobrinos del Capitán Grant
porque la aventura pasa por este paso
de la América embriagada por la altura
a la América embriagada de horizonte.

Viajero: Si quieres conocer a América
si quieres tocar con tu mano la musculatura
de este continente gigante
o besar su frente andina
o conocer el plexo solar de sus llanuras:
cruza esta comarca bajo la tutela de los cóndores
y bebe este vino que es su sangre
—aurora incandescente—
de la nueva creación del mundo.

Creación de la mujer en la pampa

Atravesando la pampa te llenas de literatura.

Oyes, a los toques de la oración, los esfuerzos de don Estanislao

por contar a lo gaucho los ardides de Mefistófeles;

cruzan en décimas y al compás de la vigüela las aventuras de Fierro con su puñal malévolo;

miras partir como quien se desangra la sombra sentenciosa de Don Segundo;

y al mismo Rubén contemplas acompañando en rígido traje de etiqueta a los Centauros.

Atravesando la pampa

no des puerta al tropel letrado de la memoria.

Deja solo al viento

en esta llanura planetaria.

Llama a un pájaro

y acepta, si acaso, el inevitable

murmullo de las hierbas de enero.

Atravesando la pampa

tú puedes decir:

soy el primer hombre sobre la tierra

y mirar inútilmente la infinita distancia

sometida al silencio de la luna.

Atravesando la pampa

no han nacido todavía los árboles

y en el vientre de tu sueño

tu corazón todavía recibe la sangre del corazón de la noche.

Atravesando la pampa

buscas en la distancia la primera

desconocida palabra

y oyes a Dios paseando en el borde del alba

decir con su voz antigua mientras palpa tu costado:

'NO ES BUENO QUE EL HOMBRE ESTÉ SOLO.'

Descubrimiento de Buenos Aires

A ojo de pájaro Buenos Aires es una estrella caída.
Una inmensa estrella blanca que tropezó con el alba.

Buenos Aires en la noche toca el piano de cola del río
y es una ciudad de negro que canta un tango.

(El General San Martín me presta su espada
para abrir las hojas de esta historia de emigrantes.)

Con aire de albañiles adoloridos
poetas de gris escriben casas tras de casas
y sus rebaños de piedra avanzan a los pastos de la Pampa.

(Yo recorro durante muchos años la Calle Corrientes
preguntando por el Estrecho de Magallanes.)

En la Calle Florida
toda Europa me da la mano
y en ella he conocido las mujeres de la Biblia
y de Checoslovaquia.

Ahora resulta que yo he soñado con Buenos Aires
y no sé cual ciudad es la verdadera.

Ignoro
si este es el Sur donde Rubén hablaba de Mitre.
En la Avenida de Mayo el Sur está lleno de mujeres
y sólo en noviembre, en mi patria, tantos ojos fugaces
cruzan el hemisferio celeste.

(¡Atiéndeme, muchacha! Soy forastero.
Unos versos de Borges y de Molinari
me han extraviado.)

Pensé que Buenos Aires era una diosa nocturna
/de caderas italianas
arrecostada en la ventana rota de la Cruz del Sur.
Pensé que podía entenderme contigo
lejana criolla de la milonga

pero todos los argentinos están ahora tristes
consumiendo en pequeñas tazas un tango entre
dientes.

(Recuerdo una joven porteña—Isolina—, era delgada
como las muchachas que soñó Keats; recuerdo
su barbilla pecosa, imperativa, y su voz filosófica.
Hubiera logrado conocer a Buenos Aires, me hubiera
amado Buenos Aires a través de sus ojos,
si acepto su reto de hablar sobre Emmanuel Kant).

Ahora desvalido, evoco
su candorosa pedantería. Amo
a Gardel. Bajo el puerto
detrás de sus últimos lamentos.
Pronuncio la 'll' con una intensidad
desesperada y mortal.

¡Buenos Aires!
¡Ciudad voluntariamente aburrida,
fervorosa ciudad de la melancolía!
Madona de los siete barrios
coronada de palomas
oigo tu bandoneón
y veo en la tarde a los últimos pájaros emigrantes
empollando sus huevos
en los tejados negros.

Si yo pudiera morir fuera de mi
patria
moriría en Buenos Aires.

CANTO TEMPORAL

1943



COLECCION CULTURAL
BANCO DE AMERICA
NICARAGUA, C.A.

Digitalizado por: **ENRIQUE BOLAÑOS**
FUNDACION
www.enriquebolanos.org

a Ernesto Mejía Sánchez

*‘Todo es vuestro:
lo mismo Pablo, que Apolo, que Cefás,
el mundo, la vida, la muerte,
lo presente, lo futuro.
Todo es vuestro,
mas vosotros sois de Cristo
y Cristo es de Dios.’*

I Co. 3: 21b–24

I

Esa blanca mujer desnuda en la alta noche,
 su pudor—Ernesto—cuando corre como Susana
 y busca la nube cenicienta agitada como un leve velo;
 el ángel silencioso que va de estrella a estrella
 como cruzando un extraño río azul intenso;
 y el viento amigo, el sucesor de los suspiros,
 el elemento doloroso donde gimen los perfumes...
 ¿podría, acaso, desprenderme del misterio que me habita,
 desconocer ese contacto de los éxtasis silentes
 con la rosa del mundo? Universo le llaman...

Yo asistí cuando niño al nacimiento del canto:
 tal vez una llanura,
 un recodo verde-alegre con árboles moviéndose,
 quizá un sentimiento original, quemante,
 una mirada lenta como líquido amor que me llegaba;
 ¡yo no sé si recuerdo! Lo llevaban despierto
 y quizá desde entonces comencé a equivocarme.

Solía florecer en risueñas golondrinas
 hasta ocupar mis labios en nidos, ya sonrientes.
 No fue de la inocencia. El canto me lo daba.
 (¡No volverá jamás en claridad la vida!)
 Y aquella transparente intensidad del cielo
 —como el juego del alba en el rizo del río—
 ¡decidme si regresa!... Entonces, ¡ay! entonces
 las doncellas tenían como la vid su jugo,
 la mañana su tiempo y su temblor cristal.
 Me llenaba los ojos de lumbres pasajeras
 y un ángel de paloma, evitando la noche,
 congregaba en mi frente zenzontles y jazmines.
 Sin embargo, Ernesto, la fecha se ha perdido.
 Un día—no sé cómo—mi sangre palpitando
 en el reloj prendida enumeró la pena.
 ¡Y salí del Paraíso!

Penetraba en el mundo por un siglo caído:
 estaban como tormenta, como noche cuarteada
 filtrándose las edades en hendiduras grises
 y algunos me decían: ¡Esto es! ¡Esto es!
 ¡Gusanos aclimatados a la zozobra de las sombras,
 empecinados habitantes de la cloaca
 se encargaban de pesar los corazones!
 Yo estuve en la balanza. Mi corazón no es de oro;
 era albergue de cosas apenas sostenidas,
 un amor como aire para recorrer las rosas,
 un dolor como el vuelo para agitar el llanto.
 ¡Me encontraron desierto!

Tú sabes que en la usual distribución del alimento
 existen los que gimen por el sabor del pan;
 los que tienen su llaga sin lástima que alivie,
 los que dejan pedazos de nombre en su camino
 cuya sangre es harapo y llanto para olvido,
 los que llevan migratorios polvorientos ojos,
 los que tienen de ausencias y músicas el alma:
 allí me colocaron. Entre ellos, ¡oh, poeta,
 entre ellos, ya soñando, como barridos, vamos!

II

Tiempos de luna como opaca intimidad de lirio
 bastaban al amante para la anunciación de la ternura.
 Las pálidas arenas de largas playas nocturnas
 bastaban al amante.

Los silencios descalzos de la voz rezada en el oído
 bastaban al amante.

El viento lastimado que resbala en la mejilla ya en aliento
 bastaban al amante.

La estrella, ¡ay! la estrella que en el agua del ojo como
 /en el mar naufraga
 bastaban al amante.

Entonces dulcemente en el umbral de la fatiga se recostaba el mundo
 y al nivel de las cosas el corazón reinaba.

Este fue mi lunario de la primer entrega.

(Era cuando las palabras,
 cuando al atardecer todavía se congregan rebaños
 /de mariposas chispeantes
 y estamos irresolutos si escogemos la roja vespéral
 /o la negra nocturna.)

Era antes de la ceniza. Cuando la pulpa salobre
 de la fruta en rotación, inmensa y magullada
 no había sido apretada por la mandíbula hambrienta.
 Cuando el abrazo no es tan fuerte que la doncella se arrepienta
 y queda una capa de polvo de niño sobre el vello reciente del varón,
 porque no ha soplado del Sur el árido viento de Calibán.

Mucho antes de este hombre.

Mucho antes —Ernesto— de que mi poema perdiera sus zapatos
 y tuviera estos pies horadados del viejo lastimoso rey sin ojos.

Porque entonces comencé a sospechar que debajo del amor
 aquello que sentía en mis plantas como tropezando,
 aquel desgaste y aquella lenta hendidura
 me detenían. Era la primera estación del desasosiego.
 Había algo más. Algo más. Algo más.
 La naranja que deponemos porque existe la estrella.

La estrella que destronamos para volver a la manzana.
La manzana que mordemos en compañía, a la puerta
/de las cosas originales,
soñando esa Ciencia y soñando somos candorosos,
/ilimitados y famélicos
y todo es poco o nada para la ceniza que transportamos.

III

Yo quise un orden como columna gigante
 —plenitud de la forma concertando la desquiciada torturante vida,—
 una elevada espaciosa arquitectura de la labor y la razón,
 de la actividad y sus derivados sentimientos,
 del hombre como habitante, generador de sucesiones.
 No siempre la urbanidad carece de poesía:
 una ciudad y una suma de ciudades moviéndose como
 /la coordinada ley de las órbitas,
 un oficio y un cuerpo de oficios con la vinculación
 /de un vasto coral vespertino,
 el yunque sonando como una estrofa de romance
 /que la esposa también canta,
 el rey natural que lleva en la mano una vara de distribución
 /atemperada y paternal,
 las consideraciones sumamente útiles de los burgueses y artesanos,
 reunidos para el precio, para la venta y el ornato.
 Los clérigos y las campanas esparciendo sobre el vecindario
 una reposada bendiciente alegoría de ángeles custodios.
 Todo esto y un poco más:
 unos hombres dignos que tú mirarás bajo las arcadas
 y a la luz irisada de la espaciosa tarde
 sus plateadas sienes y el gesto discreto de la mano
 ordenando las extremas pulcritudes,
 mientras nosotros como los sonrientes jóvenes de Grecia,
 un poco más íntimos y desaparecidos por nuestra fe de crucifixión,
 derramábamos las celestes inquietudes
 y el revuelo de las únicas anhelantes escapatorias.
 Queríamos la antigua satisfacción del equilibrio
 —ese agudo fiel que sostiene al águila y al mirlo—
 queríamos la comunidad de las nobles historias;
 el imperial quehacer en reunidas universales certidumbres.
 ¿No es acaso poesía y majestad su arquitectura?
 ¿Quién desecha la esfera y arroja de la mano
 el fruto en redondez del mundo ya cumplido?
 ¡Ah! ¡Cómo queríamos abarcar con un brazo de mar

las islas que otros navegantes han poseído
y el intacto misterioso archipiélago de las inefables latitudes
donde zarparon hace tiempo las velas indeclinables!
¡Qué misterio de angustia cuando se encuentra el límite!
¡Qué dolor no poseer la tierra y apenas considerarla
desde el ojo, desde la mano, desde el desconsolado
/laberinto del oído
como si no fuera profunda y sumergible,
como si no supiéramos que nos está llamando
/y que estamos clavados,
limitados por los altos muros y una estrella arriba tapando!

IV

¿No has sentido tú esos golpes secretos,
 desconocidas sombras que llegan al profundo hospedaje?
 Yo sé que se han citado en mi perfil sus huellas:
 rostros sobre rostros, linajes desembocando
 que se adhieren a mis actos con sus actos antiguos.
 Asamblea es el pecho y me quedan sus sombras
 como forjando un hombre que encuentro y no recuerdo.
 ¡No siempre soy yo mismo!
 Me acusa esa palabra precipitada al labio
 que se pronuncia ajena y sorprendida.
 ¡Yo conozco esa mano que esculpe mis facciones
 y he sentido esa extraña resurrección de muertos,
 y las voces en suspiro por el pasado ardiendo,
 y el dolor de las cosas ya cumplidas
 en su ausente presencia transformadas!
 ¡No conocí prisión jamás, ni muro espeso
 —sucursal de la muerte— como el tiempo!
 Imagínate las rondas de juglares
 que me llamaron siempre desde el cantar de amor,
 las espadas que tengo entre el sarro y la nostalgia,
 mi amistad con el monje, el rey y el guerrero,
 la romería inédita y la gesta irrealizada;
 imagina mis ángeles en reducido vuelo
 girando en la mayúscula de mi libro de horas.
 Más allá si romano,
 si fluvial y gitano en las églogas del Nilo,
 si judío de salmos, lamentos y profetas,
 si helénico entre fábulas y frisos y laureles...
 ¡Universal quisiera desatarme esta fecha
 que me fija suspenso en obstinado péndulo!

 Pudiera —yo pensaba— proclamar el poema,
 salirme en un silencio como de sueño y canto.
 ¡Oh, coronas de jilgueros, oh, flores pajareras!
 Poesía para el rapto del alma en la ventana,

para la cita con la palabra,
para la amistad,
para el clavel.

¿Habrá sabor más ángel y tacto sideral,
hundimiento al misterio y natación del goce
como esa subitánea revelación del nombre
y el beso de su esencia
y el volumen que ocupa entre palabra y nada?
Cada cosa se esfuerza por desdoblar su signo
—como la luna esconde su incógnita mitad—
y espera en su truncada sustancia de misterio
que el poeta desgarré su enigma y lo pronuncie.
¡Entonces como luz! ¡Como del alba suena!
¡Como quiebra de albores sus límites desnuda
y hay un mundo feliz en su presencia!
El verso es este anhelo de un verso no cumplido,
el verso es el tormento de anunciar el deleite,
la expresión de una sed que se bebe el olvido,
la ley de la palabra que en su piedra desciende.

Mirad, espectadores; mirad, sepultureros,
vosotros los ilesos saludables vivientes,
los quietos y sabrosos analfabetos del ansia,
cómo acecha en la sombra la garra del Arcángel
imponiendo su herida sobre el dorso del canto.
Si vieran cómo vemos la invitación del aire
y sintieran el peso de los pasos en los pies,
si pudieran acechar el vocablo que huye
entre la cosa y la cosa,
o saber que no es fácil decir lo que decimos
o callar lo que llamamos,
que no todo consiste en perseguir la letra
con la vieja jauría gramática y canora;
si un momento llevaran la carga del poema:
¡dadle al poeta—dirían—la palma del martirio!

V

(Aquel hombre del cuervo amaneció sobre la acera
pálido como un príncipe y sucio. Dijeron que borracho.
¡Acaso han confundido
la indefinible coloración deshabitada del ocaso
con la ceniza árida de sus corazones consumidos!
Amigo: ese poeta no ha tenido la culpa;
nosotros muchas veces, regresando con los ecos,
parece que caeremos como un trozo de luna desgastado
y que amaneceremos con la palidez de las azucenas inconformes.
¡Es difícil sostener con la yema de los dedos
este toldo caído y la gravitación de su impávida quietud!)

VI

Necesitamos agacharnos como los campesinos a la tierra,
doblar el cuerpo para tocar como los campesinos a la tierra,
adorar al Señor con esta inclinación como los campesinos de la tierra.

¡Tierra madre conjugada por el misterio de los muertos,
olor de recuerdos imperecederos, raíces vivas
y renovación de las más recónditas podredumbres!
No pretendemos la indecisa dimensión de la ausencia
porque el ojo no penetra si la carne es ileal!
Necesitamos el oloroso tacto, el sudoroso dolor
/de las milpas y los fangos,
esa piel de tormento que rasgan los hijos y los frutos.
Es ahí, en el incesante calor de su honda materia
donde se hinca la raíz del sereno crecimiento,
porque los pies se extienden con ansias subterráneas
para que pueda la palma del cabello mecerse bajo los astros.

Yo corté las maderas de las montañas en Diciembre.
Penetraba en la respiración de las inmensas soledades
sin intentar definirme. Ni a mi nombre llamaba,
porque la selva esparce los contornos del hombre.
¡Era cuando los árboles!
¡Recordemos la columna del níspero silvestre,
del mango, del malinche,
su espontánea vegetal arquitectura
rematando en sus racimos maduros capiteles!
¡Y a la bóveda verde los reunidos silencios
en oración de pájaros y abejas, como templo, oficiando!

Yo sembré con el ardor conyugal de las palomas
en el moreno-tibio perfume de los surcos mojados
las sílabas del pan. Su palabra abundante.
Se cubrieron mis brazos del amargo rocío de la carne
y en el rito solar de las dulces lunas tempranas
me bastaba mirar el cabello de la muchacha campesina
volcándose como un derrame de mieles de jicote.

Consideremos el poema del cortés florecido,
 la desnudez del caoba tendido como las indias sin tálamo,
 el verde enardecido de los platanares banderilleantes.
 A veces una extraña vertiente aparece en el brillo de los ojos
 y adonde vamos mirando depositamos la lluvia y la humedad
 /de su júbilo.

El venado se desprende de nosotros como velocidad que silbamos,
 la ardilla nos recorre las vértebras como la inquietud de una cita,
 la serpiente se aleja de la pupila igual que la dilatada mirada
 /de la cólera

y el pájaro en tu cabellera corriendo agita su libertad.
 Llevamos el animal y nos asciende como una vena más,
 como un golpe más en el pecho y un sonido aún más largo
 /del amor que vincula.

Llevamos una hierba, una hoja, una verde línea de savia
 /y vegetación
 trepando sobre el hueso en madreSelva,
 y así sube y se afianza el corcel complementario,
 el caballo en el cimientto para la exacta estatura;
 caballo en el pecho, caliente de galope
 y los belfos aspirantes y la crin que se esparce como la estela del ansia.

Toda tierra y ser y mar y elemento
 robustecen el límite, al corazón penetran,
 y llevan hacia el mundo, rebotando la vida,
 la múltiple unidad trascendente del hombre.
 La materia es tan dúctil como el torso de la esposa,
 se alimenta la frente como del pez la entraña
 en el oro y el sol, en la rosa y la rueda.
 En el hombre se inscriben la marea y la savia,
 la respiración y el temblor de los metales,
 la inconsciencia mineral de los motores,
 el brusco corazón de los pistones y los árboles.
 ¡La materia podemos recrearla con los dedos!
 El tornillo es una larva con el sueño coagulado,
 y en el avión existen las claves de la pluma.



La máquina es hermosa si el amor la lubrica,
 el aire es como tierra si gustamos su muerte.
 ¡La noche es como el hierro!

Sin embargo, ¿quién confiesa su posesión cumplida?
 El amor es otro amor al cabo ¡y lo perdemos!
 El mundo es otro mundo al fin ¡y lo buscamos!
 y a las riberas en cilicio de la vida
 amargas olas empujan tu naufragio.
 La tierra ya chupada en su bagazo hasta
 y el ojo que no extrae la luz de la presencia
 cierra a la yerma procesión del mundo
 el párpado pesado, inapetente, duro.

Sin el amor no clama el pecho en universo,
 sin el amor no llega al pueblo nuestra voz.
 Sin el amor marchita su música la amada
 y en la rosa inexacta, en la reseca estrella
 se agolpa la ceniza, el harapiiento rastro
 del vacío recuerdo retirado.
 ¿Quién no cuenta un regreso de cansancio y de zarza,
 momentos en que somos la oquedad desesperada,
 indeleble metal que ya no suena
 campana de pavor y sombra intraducible?
 En vano recetamos seguros desenlaces,
 ¡en vano si de rosas y azúcares atiende
 la frente que ha soñado al fresco del laurel!
 Ahora ya comprendes: el camino
 es un río con sed.
 Buscamos lo inasible y también lo cercano,
 y nos duele la prisa y también la lentitud.
 Laberinto de rosas nos confunde el perfume
 de ese aire tan simple al milagro del vuelo.
 ¡No es allí nuestro amor!
 ¡Para saber la vida, la muerte es su secreto,
 su íntima y ardiente vital resurrección!

VII

(Sólo falta decir como el poeta:
que 'el clamor es exiguo para el oído de los dioses...'
Estamos en la búsqueda de la nocturna luz,
en la persecución del que pudiera trasladar
el estancado rumor del universo a su próxima aurora.
Del que puede renacer y renacernos,
del minucioso Fénix de todas nuestras cotidianas experiencias.

Y yo te digo 'es ahí,' pero decirte 'vamos'
me tiembla entre la mano como un rayo de luna.)

VIII

Pon una noche espesa, una alfombra de aroma
 /y densa humillación,
 desnuda tus pies en un simple murmullo de inocencia,
 acércate como el ladrón
 sin despertar su muerte, deteniendo la mirada
 /porque su filo es impuro,
 y asómate a ese pecho colgado de las cuatro líneas del espacio,
 asómate en el ojo de la llave como en el agujero de la estrella,
 al ojo de la puerta, al cerrojo de la hermosura y del reposo.
 ¡Por un hombre se pasa, entre la llaga, al mundo!
 El camino es un hilo de púrpura y de agua,
 la puerta, en el costado, al corazón nos lleva.
 Su nombre lo sabemos.
 Lo pronunciara el ángel, el sueño y la paloma,
 lo revistió de tacto la castidad de un seno
 que nunca fue igualado por línea de mujer.
 Y un día en la blasfemia sus letras colocaron
 entre la espada y la verdad.
 Era el rótulo del reino sobre el dintel de la muerte
 porque su palabra es el nombre de los cielos,
 porque la cruz es una puerta rota,
 un abierto dolor en arco de victoria
 para el paso del hombre y la marcha de su canto.

IX

Poeta: por pequeña que sea la palabra,
 por débil su sonido y pálida su voz
 germina de un amor, de un contacto deseado
 y transcurre su espacio buscando la unidad.
 El pueblo es su morada, la plural comunión,
 la colectiva, universal y hermana
 constelación de los cuerpos y las almas.
 Una gota de hombre nos señala su mar,
 la migaja de un gesto se nos llena de mundo
 porque invadimos tanto con el amor la tierra
 que nos cabe en el pecho como un golpe de aire.
 Pero entonces: los dolientes, los débiles, los tristes
 la humillada multitud, gemebunda, incontable
 ¿en dónde se amará? ¿qué dolor la resiste
 abarcando el torrente de su amor inconcluso?
 Un día el Señor a quien amamos
 —Aquel que nos decía: ‘Tengo piedad de esta multitud’—
 arrojó su resplandor sobre el camino
 y se vistió la piel y el rostro del mendigo,
 se bañó del sudor del que trabaja,
 del dolor del que llora:
 ‘Lo que hacéis con mi hermano más pequeño
 conmigo es que lo hacéis.’
 ¡Jamás se vio que tanto abarcara la ternura
 ni pecho que saltara en trozos de tanta humanidad!
 Acumuló el desprecio y la implorante ruina
 y en el vértice de angustias su cadáver de lirio
 aceptó este derrumbe pavoroso del hombre.
 Acércate de nuevo con el alma pordiosera,
 Asómate al exhausto padecer de la Potencia
 —al vacío corazón que se despoja del latido—
 porque ahí donde es silencio, ahí donde se pierde
 la más larga mirada del hombre temporal,
 ¡aparece por fin el amor sin contorno, sin límite y contagio,
 desmesurado amor, intacto y poseído!



Todo el mito acumulado por los antiguos hombres,
 la gran sed de la sangre por volar en mariposa,
 el intento de la fábula por libar en el lucero,
 la rebelión de la carne contra el tiempo,
 aparece aquí culminando, presente y conseguido.
 La pobreza se despierta en el abril de su dulzura
 arrojando al pesebre entre el estiércol y el ángel,
 y una niñez de silencio nos entrega su humildad.
 Si se inclina como una rama consciente de su fruto
 llega hasta rozar el desperdicio y la sobra de la ciudad.
 Toca al enfermo o reparte en canastos los alimentos,
 o levanta a los muertos como se da la mano al niño que ha caído;
 deteniendo la detonación del milagro al borde de su necesidad
 sacándolo de su prodigio como un beso guardado entre los labios.
 Todo aparece como que así era.

Como debía ser.

Sin desquiciar al hombre, sin demostrar su divino relámpago,
 más bien derivando su corriente más temblorosa de infinito
 a la delicada prueba del Amor y la Justicia.

(¡Cómo cae tu primavera sinceridad, Señor,
 entre la mentira de esta muchedumbre,
 cuya pobreza ha sido conducida a la desesperación
 de una huérfana hermandad!

Nos arrojaron de tu pan, de la uva y del racimo de tu pecho
 y parece que los labios se desprendieron y que las manos
 se cortaron y fueron pisoteadas
 y ya no podemos conseguir que el murmullo del hombre ascienda
 entre las manos de la imploración.

Tú nos recuerdas que pertenecemos,
 que la soledad es un brazo ficticio que nos ciñe,
 que hay un cuerpo de congregación y solidario
 donde una sola sangre comunica las múltiples ternuras,
 donde tu mano tiene la moneda del príncipe y la petición del mendigo,
 donde Tú respiras nuestra respiración

con la nariz de los que se educaron en el perfume
y de aquellos que olfatean las hediondas miserias hacinadas.
Unos pies para los pétalos que arrojan las canéforas
y para el polvo de los que van pisoteando su fatiga.
Un cuerpo acusado de convivir con la gente de mala vida
y de comer en la casa de los ricos.

Una muerte para que muramos la muerte necesaria,
para que el zumo y el tumulto de todas las sustancias
se agreguen a la esfera del ardor del hombre.

Y sobre todo, Señor, tu corazón
donde suena el compás universal de todos nuestros
/corazones esparcidos,

tu gigantesco corazón que crece como el sol en el crepúsculo
inflamándose en la sangre de negras gotas dolientes,
en la púrpura encendida de los sonrientes amadores,
en la contaminada sangre de los lánguidos y los harapientos,
en la bullente y desbordada de los enaltecidos capitanes
y en esa otra simple de la azucena que palpita en las sienes
/de las vírgenes.

Tu corazón donde Tú mismo te das en olas y quejidos,
donde suena como el caracol el océano manso de tu amor,
donde inclino mi frente y duerme mi vagabunda golondrina.)

¡Ay! ¡Cómo duele este querer que quiere!
¡Qué pequeño se muere el intento en el deseo!
¡Qué gravedad retiene el vuelo de la entrega!
Transitamos la noche...

El espectral Caído, su perfil de agonía
abierto como un pájaro que traspasó la lanza
cuando asumía el vuelo, miradlo entre las ramas
desplomado en su canto y huérfano del nido.
Transitaba la noche.

Recorría el nocturno de la muerte
por encender la música matinal de la manzana.
¡Oh, pájaro del Arca, retorno del olivo,



aleluya que despunta con la aurora!
 En su plumón de lino quedará la victoria;
 lo buscarán los ojos en la jaula de la piedra,
 pero el pájaro ha volado. ¡Decidlo a los murientes!
 El pájaro ha iniciado un alba de jardines,
 el pájaro es un fuego de sol, una energía
 infinita y circular para la tierra.
 Su vuelo ya diverso y siempre único
 resucita el minuto, el detalle, la incesante
 caída de muertes sobre el mundo.
 El Hombre es ese Dios de las alas en el alba,
 el Hombre es ese Dios solar vivificante,
 del Hombre es esa sangre, de su carne es la muerte
 y el tránsito a la luz del cuerpo y su habitante!

Si Cristo es una ausencia, arrancad vuestros ojos
 y un derrumbe de llanto nos arroje a la sombra.
 Si el dolor no reposa, si todo es un anhelo detenido en la piel,
 convertidme en un árbol, en guijarro, en saliva,
 arrojadme de mi llama, sopladme como el polvo.
 ¡Un Dios entre las venas, un inmenso alimento
 que sature y trascienda la densidad de mi ser,
 que me entregue el amor y sus vivos enlaces,
 un Dios entre la frente y entre los cielos, dadme!

Ernesto: nuestra senda
 es una sed andante y una luz de aventura
 que al riesgo de una estrella conquista su Verdad.

◀ poesía indígena ▶



EL JAGUAR
Y LA LUNA

1958-1959

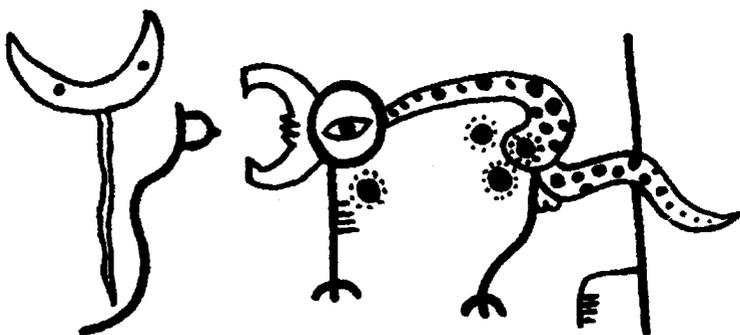


El nacimiento del sol

He inventado mundos nuevos. He soñado
 noches construidas con sustancias inefables.
 He fabricado astros radiantes, estrellas sutiles
 en la proximidad de unos ojos entrecerrados.

Nunca, sin embargo,
 repetiré aquel primer día cuando nuestros padres
 salieron con sus tribus de la húmeda selva
 y miraron al oriente. Escucharon el rugido
 del jaguar. El canto de los pájaros. Y vieron
 levantarse un hombre cuya faz ardía.
 Un mancebo de faz resplandeciente,
 cuyas miradas luminosas secaban los pantanos.
 Un joven alto y encendido cuyo rostro ardía.
 Cuya faz iluminaba el mundo.





Mitología del jaguar

La lluvia, la más antigua creatura
 —anterior a las estrellas—dijo:
 —‘Hágase el musgo sensitivo y viviente.’
 Y se hizo su piel; mas
 el rayo, golpeó su pedernal y dijo:
 —‘Agréguese la zarpa.’ Y fue la uña
 con su crueldad envainada en la caricia.

‘Tenga—dijo el viento entonces,
 silabeando en su ocarina—el ritmo
 habitual de la brisa.’

Y echó a andar
 como la armonía, como la medida
 que los dioses anticiparon a la danza.
 Pero el fuego miró aquello y lo detuvo:
 Fue al lugar donde el ‘sí’ y el ‘no’ se dividieron
 —donde bifurcó su lengua la serpiente—
 y dijo:—‘Sea su piel de sombra y claridad.’

Y fue su reino de muerte, indistinto
 y ciego.

Mas los hombres rieron. ‘Loca’
 llamaron a la opresora dualidad
 cuando unió al crimen el Azar.

Ya no la Necesidad con su adusta ley
(no la luna devorada por la tierra para nutrir
/sus hambrientas noches
o el débil alimentando con su sangre la gloria del fuerte),
sino el Misterio regulando el exterminio. La fortuna,
el Sino vendando a la Justicia; '¡dioses!'
—gritaron los rebeldes— 'leeremos en los astros
la oculta norma del Destino.'

Y escuchó el relámpago el clamor desde su insomne
palidez.—'¡Ay del hombre!'—dijo
y encendió en las cuencas
vacías del jaguar
la atroz proximidad de un astro.



Retrato de serpiente

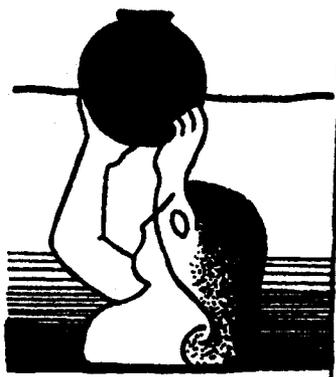
Vi
 en tu
 Ojo
 la fija
 espera del cadáver.

Fría
 fija
 pupila que mira sin ver
 Ve

sin tiempo: víbora, vid
 de tétano
 enrosca pámpanos agónicos
 al fálico sostén
 'Ondula
 y se desliza. Estoy aquí
 o allá.

En mi principio.
 Raíz
 de mi rebeldía
 por donde sube, en savia, la mortal respuesta.
 Oh,
 vieja portadora de la felicidad:

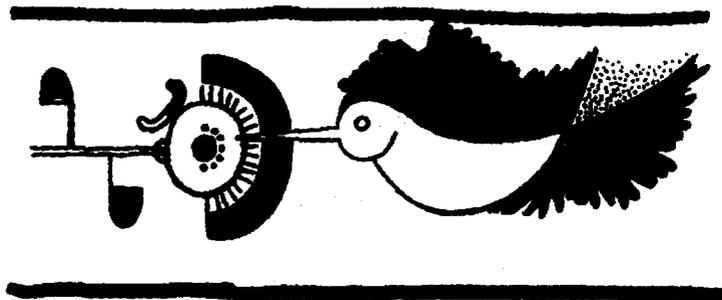
Veneno.
 Vi
 en tu
 ojo
 mi
 ojo
 odiando en ti lo que amo.



Una nueva cerámica india

Los viejos signos
pintados en el barro
se olvidaron. Largos
siglos cayó sobre nosotros
la ignominia. Largos
olvidos, el tiempo.

Entonces
vino un hombre
con su mecapal lleno de ollas.
—Esta tinaja tiene
un signo nuevo—dijo
y la alcé en las manos
y vino el llanto
a mis ojos: el signo
estaba escrito
con la sangre del pueblo.



Escrito junto a una flor azul

‘Temo trazar el ala del gorrión
porque el pincel no dañe
su pequeña libertad.’

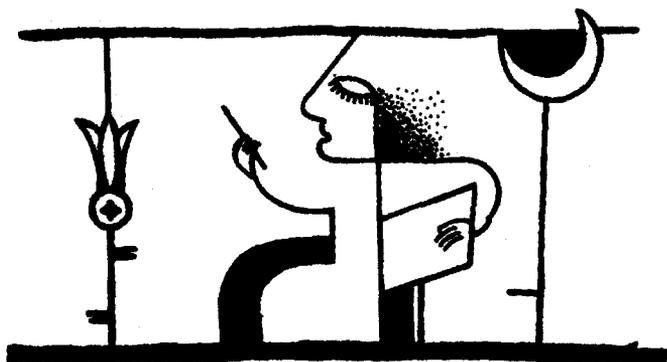
Anote
el poderoso esta ley del maestro
cuando legisle para el débil.

Escuche
este adagio del alfarero la muchacha
cuando mis labios se acerquen.



Jeroglífico en la pared de un templo maya

¿Soy, acaso—como el Maya—
 la blanca
 esbelta
 intacta
 ruina
 ahogada por el tiempo
 o soy
 ese verde fervor
 que oculta templos
 vacíos
 y ciudades
 dulcemente perdidas?
 En el glifo
 del puro existir
 mis signos
 vienen del olvido
 y van a lo inefable.

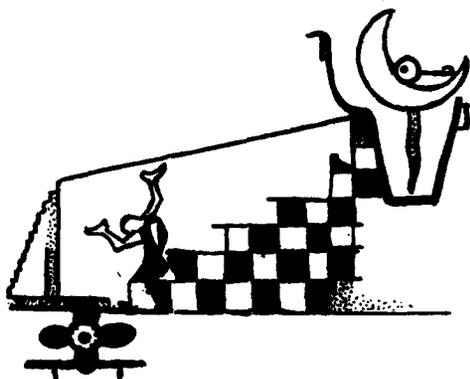


Meditación ante un poema antiguo

Preguntó la flor: ¿el perfume
acaso me sobrevivirá?

Preguntó la luna: ¿guardo algo
de luz para después de perecer?

Mas el hombre dijo: ¿por qué termino
y queda entre vosotros mi canto?



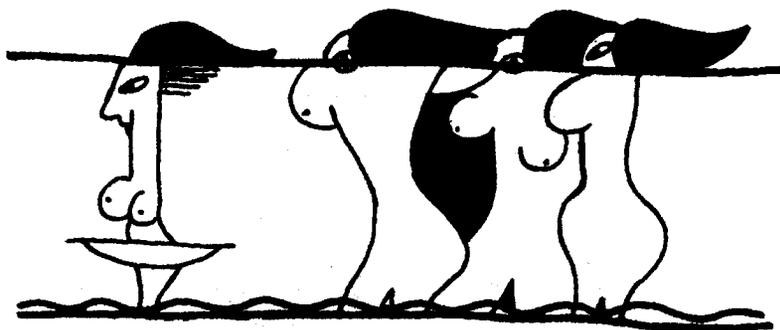
La luna es un poeta embriagado

'Je ne suis qu'un viveur lunaire...'

—Laforgue

El bebedor nocturno ha bebido
la alucinante
palabra
 ha bebido
la ardiente oscuridad
 y cae.

Sobre el mullido azul
 ebrio
 reposa:
No mira el paso
cauteloso del jaguar
 No advierte
 cómo la indefensa belleza
 devorada fue
por los fieros colmillos luminosos
 (joh,
 enemiga
sanguinaria
claridad!)

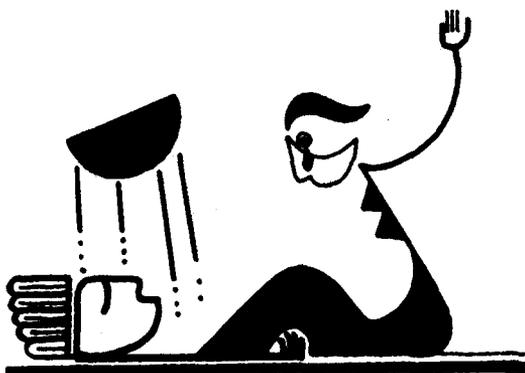


Rostros de muchachas mirándose en el río

Contemplo en el tiempo fugaz
de la corriente mi faz inmóvil. El río
del Este acarrea los muertos, mas la vida
guarda en su espejo transeúnte.

Mañana escucharás mi canto
en labios de muchachas
que bajarán
al río.

Y en las aguas del Este
se asomarán los rostros
que hoy en mi canción se asoman...



Lamento de la doncella en la muerte del guerrero

Desde tiempos antiguos
la lluvia llora.

Sin embargo,
joven es una lágrima,
joven es el rocío.

Desde tiempos antiguos
la muerte ronda.

Sin embargo,
nuevo es tu silencio
y nuevo el dolor mío.

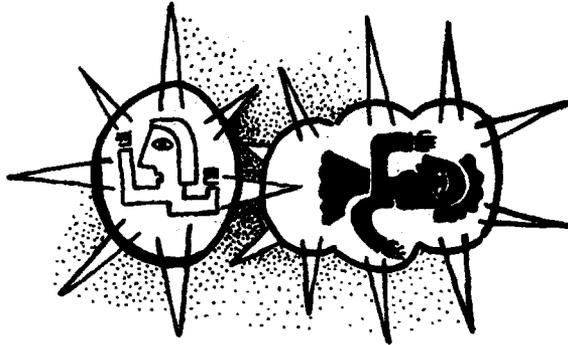


El dolor es un águila sobre tu nombre

¿De quién es mi dolor, si lo rechazo
y me pertenece? Cargo
a mi espalda el águila y su ojo
fija a mi nombre el ser. Mas soy
el otro que huye de su garra y llevo
a mi espalda el águila. Libertad
es tormento.

Aferrada a mi carne
su garra me despierta
para asegurarme que vivo.

Pero su grito es mortal.



Interioridad de dos estrellas que arden

a Mario Cajina Vega

Al que combatió por la Libertad
se le dio una estrella, vecina
a la luminosa madre muerta al alumbrar.
—¿Fue grande tu dolor?—preguntó
el Guerrero.

—No tanto como el gozo
de dar un nuevo hombre al mundo.
—¿Y tu herida—dijo ella—
fue honda y torturante?

—No tanto
como el gozo de dar al hombre un mundo nuevo.
—¿Y conociste a tu hijo?

—¡Nunca!
—¿Y conociste el fruto de tu lucha?

—Morí antes.

—¿Duermes?—preguntó el Guerrero.

—Sueño—respondió la madre.



Vaso con jaguar para el brindis

¡Puso en el barro su marca hostil
pero armoniosa
y yo con cieno y sangre
repito sobre el ánfora
la zarpa!
¡Tal un racimo de cólera
apretado sobre la tierra
para el vino del ebrio azar
que tu muerte celebra!



El mundo es un redondo plato de barro

La suspicaz adversidad rodea nuestro manjar.
 En cada extremo un animal devora:
 El Murciélago en el Oriente desea extraer tu sombra.
 El Caimán en el Poniente acecha tu secreto.
 En el Norte las Águilas aniquilan tu historia
 y en el Sur el Jaguar persigue tu estrella futura.
 ¡Ah! ¡Decidme!
 ¿Quién podrá defender mi intimidad?

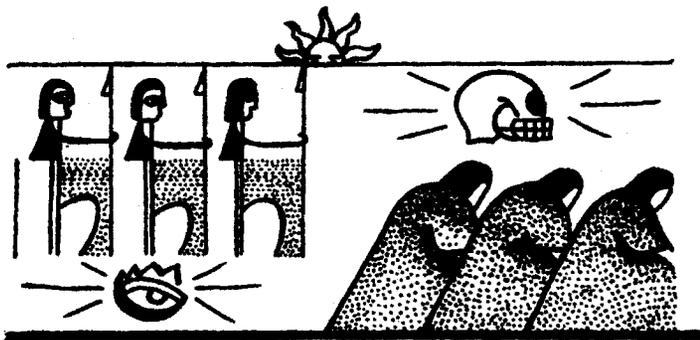


Urna con perfil político

El caudillo es silencioso
(dibujo su rostro silencioso.)

El caudillo es poderoso
(dibujo su mano fuerte.)

El caudillo es el jefe de los hombres armados
(dibujo las calaveras de los hombres muertos.)



La carrera del sol

'Unseen invisible, but not unknown is fear.'

—George Barker

Para ellos escribo, los obligados
a llevar el sol. La procesión de guerreros
que acompañan el ascenso.

'El éxito
es de los fuertes,' nos han dicho.
Y marchan en el cortejo del astro
hacia el mediodía con sus lanzas erguidas.

Todos ellos han de morir—los obligados—
para que el Rey ascienda a su cenit.

(Invisible es el miedo, mas no desconocido.)

Luego tú contemplas su retorno. La procesión
de mujeres, las abandonadas,
vuelven hacia la noche.

'Todo poderío
termina,' nos han dicho.
Y marchan en el cortejo de la tarde
las viudas y las huérfanas arrastrando sus mantos.

Todas ellas han llorado—las abandonadas—
para que el Rey descansa en su lecho.



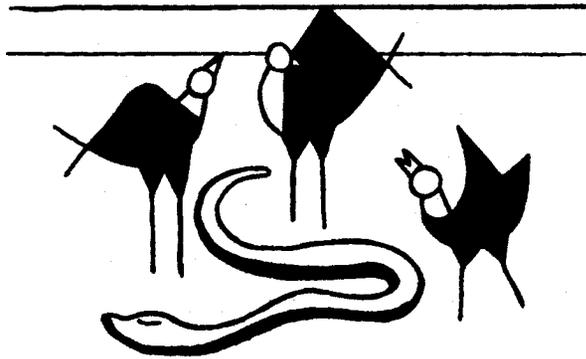
En el suburbio se recuerda a Rubén

Recojo una tuerca
 —porque hay muchas—
 ¡más que espigas!
 y un hueso
 —porque hay muchos—
 porque
 hay muchos
 entre los desechos de la industria
 —*Debes sentirte profeta*
 me dice el recién graduado
 en Business Administration
 pero el lago oscuro
 sus aguas gruesas
 mueve
 envenenado.
 —*La palabra es número* dice

mientras los niños
 buscan desnudos
 en el hediondo detritus.

—*Delicadezas*

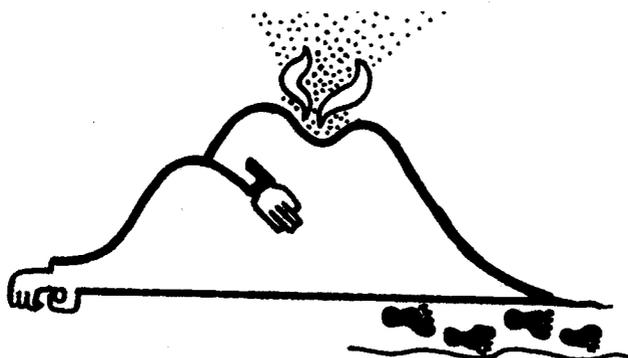
oprimieron el corazón de tus semejantes
Ahora ya estás libre
 y vuelvo
 los ojos cuando los niños gritan
 y levantan
 del fango
 (no sin esfuerzo)
 el pesado cisne muerto.



En el calor de Agosto...

Como las rondas de ángeles que Fra Angélico pintó
 /junto al establo,
 vi a los gráciles, gárrulos y excitados pájaros lacustres
 danzar con ingenua alegría
 alrededor del cadáver de la serpiente,
 como si el Mal hubiera con su muerte terminado
 /para siempre.

Así el pueblo saltó a las calles jubiloso agitando banderas,
 creyendo que un hombre solo resumía su daño,
 danzando al sol
 mientras en la grieta oscura de uno o dos corazones
 calladamente anidaba la nueva tiranía...



Escrito en una piedra del camino cuando la primera erupción...

¡Lloraremos sobre las huellas de los que huyen de Acahualinca!

Aquí comenzó nuestro éxodo.

Oyeron la gran voz cavernosa del monstruo,
desde los altos árboles miraron el sucio gigante decapitado,
la espalda rugosa, solamente el rugoso pecho vomitando ira.

Abandonaremos nuestra Patria y nuestra parentela
porque ha dominado nuestra tierra un dios estéril.

Nuestro pueblo miró el gigante sin mente,
oyó el bramido de la fuerza sin rostro.

¡No viviremos bajo el dominio de la ciega potencia!

¡Quebraremos nuestras piedras de moler,
nuestras tinajas,
nuestros comales,

para aligerar el paso de los exilados!

Allí quedaron nuestras huellas,
sobre la ceniza.



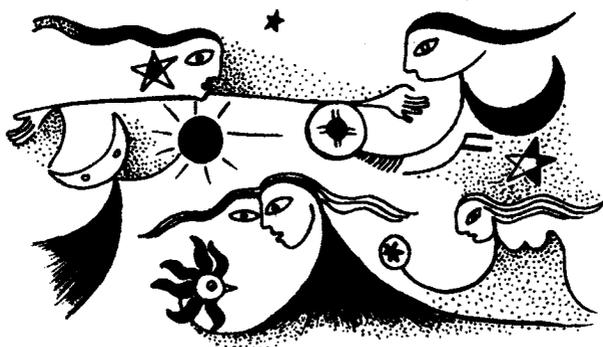
Un tibio rubor te enciende

El pudor
 es un gato
 echado en tu seno
 El ronroneo

Tu pie descalzo
 escondido detrás de tu pie
 es el pudor

Tu ojo
 de astro
 sabio en la espera

El pudor
 es
 tu timidez
 poco antes de comenzar



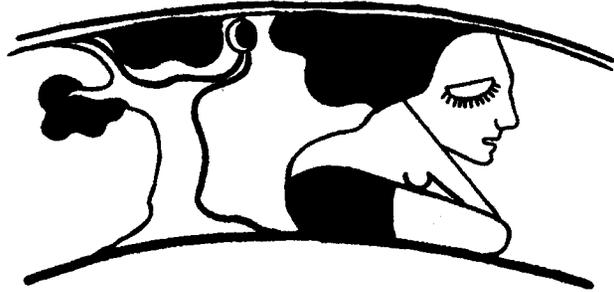
Las muchachas que juegan construyen una astronomía mágica

En el espacio nocturno del gran estadio
diosas jadeantes de fluorescente piel
trazan las nuevas órbitas.

Rosana

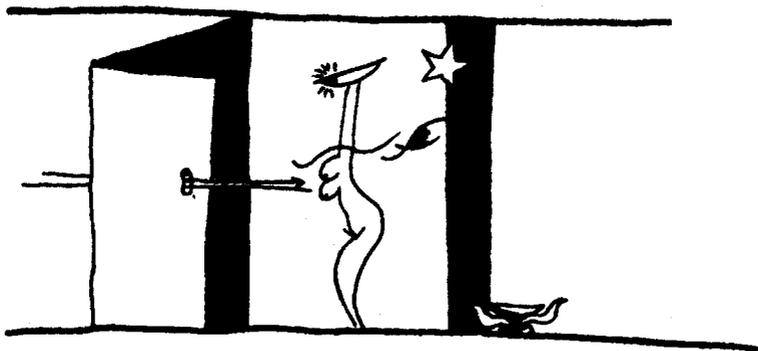
—la vencedora— amplía el universo
y un astro lejano cruza la noche
sujeto a su ley. Venus en su mano
va y vuelve y otras manos
de pálida potestad compensan,
trazan, cruzan sus órbitas: astros
ligeros, dulces, dóciles astros.

Los dioses—los merecidos dueños—
al borde del horizonte
aplauden...



Urna nahoa para una mujer

Sólo dos caminos hay
para el fatigado amante:
el de tu rostro, que impide
mi reposo. El de tu corazón
que lo ofrece. ¡Busco una palabra
que penetre a tu sangre!

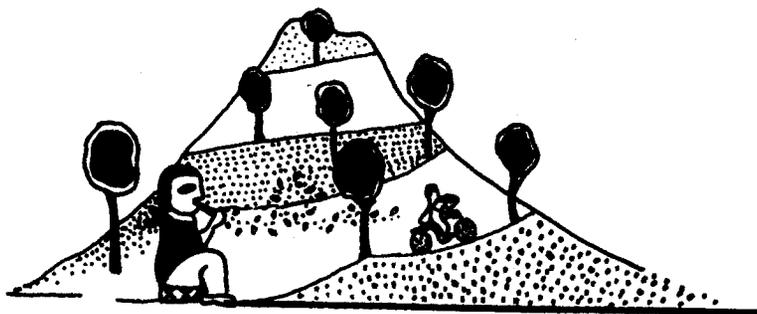


Dibujo en rojo de una muchacha en la madrugada

Las alfareras del alba transportan el rojizo comal
al nuevo fuego.

Como brasas palidecen las estrellas que el viento hace arder
en el nuevo fuego
y el gallo mañanero arroja su canto como crepitante astilla
en el nuevo fuego.

Entonces gira la llave y alguien en puntillas entra en busca
del nuevo fuego.



Cuando suena el diosecillo de la ocarina

El señor de los caminos
 el pequeño animador de los pasos
 el diosecillo guarda-huellas
 ha erigido una puerta
 —la ha cerrado—
 y el camino es soledad.

(¡Por ti venía,
 muchacha!)

Ábreme la puerta pájaro
 simple

mágico Si
 do
 fa

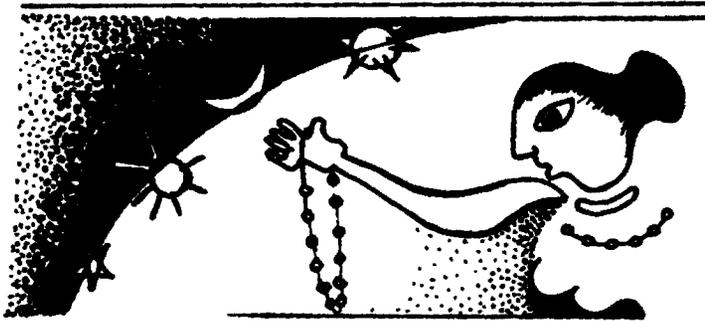
del pajarillo: vea yo
 lo oculto
 lo perdido.

¡Hágase
 una niña en el camino!
 Y baila entonces
 el remolino de las hojas
 baila el airecillo
 liviano de las veredas

con pétalos, pistilos
polen
y perfumes.

Pero no es—no—la danzarina
brisa con su corona de basura.

Es
el endomingado recuerdo
de la infancia, en el mismo
camino, cuando
la llevaba en bicicleta y cielos
locos de brisa golpeaban mis labios
con sus cabellos de colegiala.

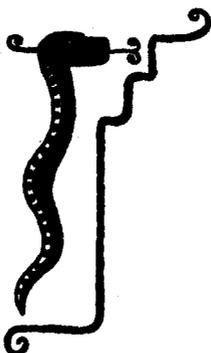


El collar de esmeraldas

Como esmeraldas que perforo
como esmeraldas que ensarto en un hilo
mi canto.

Como esmeraldas que perforo
como esmeraldas que ensarto en un hilo
mi vida.

Mi vida y mi canto en un hilo.



El desesperado dibuja una serpiente

Subí a la colina
al salir la luna.

Juró que vendría
por el camino del Sur.

Un gavilán oscuro
levantó entre sus garras
el sendero.

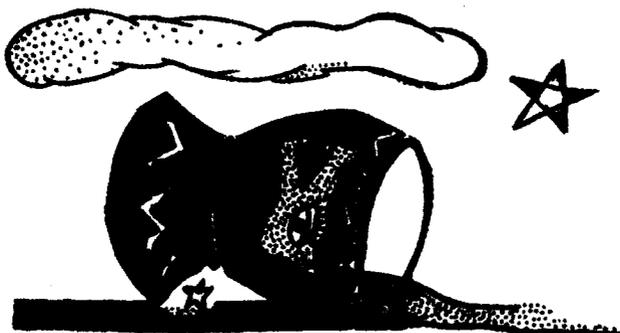


La noche es una mujer desconocida

Preguntó la muchacha al forastero:
—¿Por qué no pasas? En mi hogar
está encendido el fuego.

Contestó el peregrino:—Soy poeta,
sólo deseo conocer la noche.

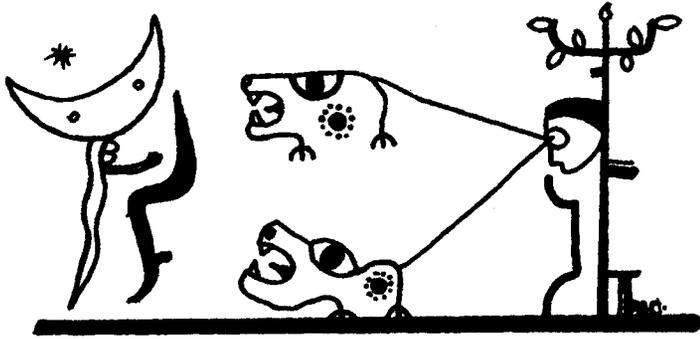
Ella, entonces, echó cenizas sobre el fuego
y aproximó en la sombra su voz al forastero:
—¡Tócame!—dijo—¡Conocerás la noche!



Poema en la noche de aniversario de dos amantes

En la alegre riña, nuestro jarro
de barro cayó al suelo.
Derramó su licor entre las flores
y entre las flores también
vertió su sombra.

¿De qué está lleno el jarro del bebedor
cuya alegría se derrama, cuya sombra
recogen los pájaros que emigran a la luna?



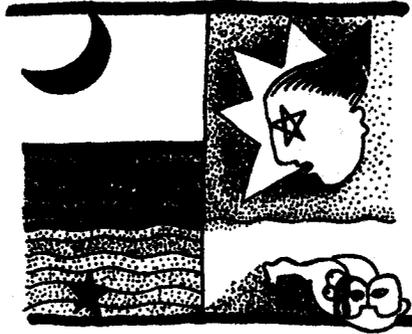
La mirada es un lejano perro que aúlla...

El rey Jaguar envió a mis ojos
dos rabiosos cachorros.

Sabía al poeta
cazador de aves mágicas, levantador
de huellas secretas,
errante arquero.

Pero, dije—pasada mi juventud—al perverso mago:
'Encadena mis cachorros. Fatigado
quiero descansar bajo los árboles.'

'Déjalos—repuso—. Morderán
el tobillo de la diosa que te abandona.
Mi hermana, la manchada Luna, goza
cuando un cansado corazón se apresura.'

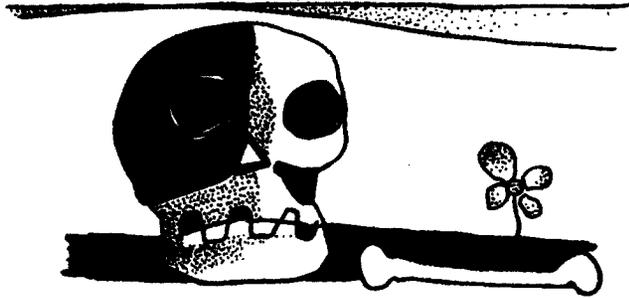


Oda a la estrella de la tarde

En el ardiente engaño
 cíñeme, amada de ayer
 con la memoria de tus brazos

Tan fuerte pudo ser
 tu beso, como palabra
 Tan poderoso su liviano
 aliento
 que todavía enciende
 su brisa
 la brasa vespéral

Sé que es eterno
 o poesía
 lo pasajero.



La calavera de...

Arqueólogos desempolvan interrogaciones
junto a mis huesos.

Mayo ya no es vida

ni sus lluvias
recubren la risa de mi calavera.

¿En balde mi dolor?

¿Sobrancero mi canto? Ríe.

¿Fue acaso lo reído más tuyo, posteridad,
que mi palabra?

Estoy tendido

a la usanza de los creyentes
y busco entre las amapolas
restos de mi corazón. ¡Ah! Mis cantos
¿serán también arqueología?

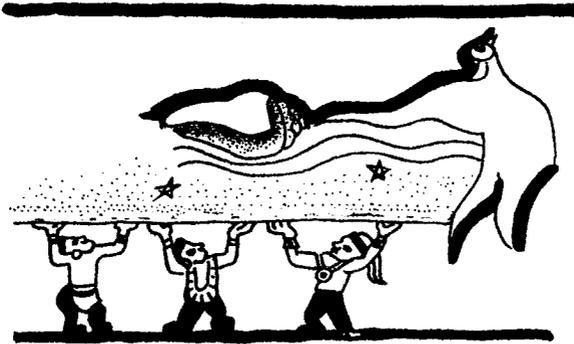
Investigadores

cavan el lugar de mi sueño.

Oigo sus términos. Escucho.

No dicen:—‘Amó como nosotros.’

Miden mi cráneo.



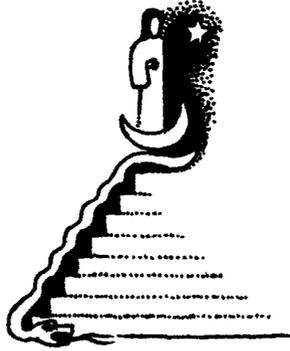
Oda al viento de septiembre

dedicado a los poetas de mi Patria

¡Graznando como un lucero entras en el alba
 salvaje torcaz! Rota la espiral
 de nácar donde anidaba tu acento
 inicias la Danza. ¡Oh, esquiva,
 brumosa pájara del Este! Como cuerdas
 de guitarra suenan tus cabellos
 en el súbito ritmo y eres numerosa
 como te amé en la noche
 cuando encendías el sutil ardor de los astros.
 Sopla donde quieras—mujer de brisa—,
 que yo en ascuas ardo a tu murmullo
 como ardía—deletreando las auras
 con ática nostalgia—el mágico maestro.
 No todo navegante en la derrota
 dio con la dorada isla de tu canto. A veces
 dejaron los extranjeros sobre la arena virgen
 la huella de su pie, mas no la conocieron.
 Otros, embriagados por el delirio
 de la silvestre flauta, pusieron proa al plenilunio.

¡Pero eran sueños!
Sólo aquellos locos, ¡ay! recibieron
de tus rosados dedos el polen
estelar:

Y transportaron la voz
hombro a hombro—pujando bajo la palabra—
arriba de la noche, hundidos
por su peso en el lacerante azul, arriba
del águila, donde el zenzontle se reserva
tu liviano reino: y fue en sus labios
—¡oh, paloma!—viento constante
tu nombre ¡Libertad!



La pirámide de Quetzacoatl

Miré desde la escalinata
la noche
y vi, una

a una

las cabezas de los ajusticiados.

Moría la llama de los ocotes; beodos
los sacerdotes roncaban en sus lechos
hartos de carne, enrojecidas

las manos

y las vestiduras.

—‘Abandonaré este país de mierda.’

—‘Monotza’—dijo

Enderézate.

Volverán a confundir el orden

con el temor. ¡En vano

despejé sus corazones de la oscura servidumbre!

—He de partir.

Sangre en el primer escalón.

Sangre de los aplastados por la palabra

Exigieron grandeza

y alimentaron de sometimiento la potestad.

Criaron gigantes para gemir bajo su peso.

—He de partir.



Sangre en el segundo escalón.

Sangre de los que erigieron el tambor y el testículo.
 ¡Ya fueron liberados! Ya consiguieron
 marcar el paso:

Enfilados
 embriagados
 por la marcha ¡ya llegaron!
 —He de partir.

*Sangre en el tercer escalón. ¿No escuchas
 el grito de los guerrilleros en las serranías?*

Miras en la noche las fogatas y oyes el lejano
 canto... ¡Son ecos!

En el alto
 peñón de hierbas rojas, en el desnudo
 farallón las voces vuelven
 y los campesinos se persignan
 y lloran.

¿No escuchas tú el grito de los masacrados en las serranías?

Sangre en el cuarto escalón. '¿Quién eres?'

me preguntó el investigador
 mientras la bombilla me cegaba.
 Había sido mi amigo.

(Siempre la traición habla de la amistad en pasado)
 —Tezcatlipoca—le dije—yo soy Quetzalcóatl
 ¿por qué te duele mi inocencia?

Sangre en el quinto escalón: En Mojoa
 —camino de Puerto Soley—
 bajaron los militares.
 Lo llevaban atado y descalzo
 atado lo llevaban y vendado.
 ‘Pablo Antonio—me escribía—
 hay órdenes contra mí
 por el epigrama. Avisale a Adelita.’
 Y los que ofrendaban mariposas
 y los tejedores de fábulas
 y las bailarinas
 —con sus figurillas de jubilosa cintura—
 huyeron.

Sangre en el sexto escalón.
 Yo dormía con fiebre cuando penetraron.
 Injurias me despertaron a la orilla de la cama
 —Mirad—dijeron—
 allí duerme el soñador,
 matémosle,
 así veremos de qué le sirven sus sueños
 (¡Ah nelli, ah nelli tinemico
 in tlatítpac!)

Sangre en el séptimo escalón.

Sangre en el séptimo y en el octavo escalón.

(¡Cuida tus pasos!

¡No resbales en la sangre de los tuyos!)

Oh, mis amigos, exasperados por los virtuosos

Oh, aquellos tan lastimeros

que Monseñor los ha clasificado como maleantes:

hermanitos míos de la tarde del viernes

apaleados por la policía

torturados para averiguar los hilos

del último atentado.

Hay sangre de vosotros en todas las escalas

que conducen a la gloria.

Huellas de sangre.

Huellas de sangre.

(Burgueses y burguesas a sus ventanas se asoman).

Y tú te detienes y miras hacia el valle

la ciudad esbelta y blanca sitiada por la miseria

Es Tula que sucumbe

—¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos

como la gallina reúne a sus polluelos!

Y descendí de la pirámide.

Y enderecé mis pasos hacia el mar.

Era ya oscuro
cuando vi a Nuestra Señora hacia el Oriente sobre la alta luna,
—trozos de manto entre los cardos—

‘Vuelve

sobre tus pasos y sube a la colina:
¡mis hijos tienen hambre!’

y bramaba el viento en este valle
de lágrimas.



EL NICÁN NÁUAT

*Quetzalcóatl nos dijo: 'Somos pueblo en camino'
y nos dio el pinol (que se hace del maíz)
y nos dio el tiste (que se hace del cacao y del maíz),
bebidas para pueblos peregrinos.
Porque ésta es tierra de transterrados,
gentes que sólo llamamos patria a la libertad.*

'SIETE ÁRBOLES CONTRA EL ATARDECER'
Pablo Antonio Cuadra

El informe

Salió el Cacique de las aguas matinales
 y volvía al pueblo cruzando las arenas
 bajo el palio de tela cárdena
 transpirando, moviéndose con el paso solemne de tantos años
 rey
 hijo de rey. ‘Cinco Muerte’—su nombre—hijo de Xostonal
 el que expandió el imperio del cacao—moneda vegetal—
 y con el cacao impuso el nahua como ‘lingua franca’:
 no el gorjeante náhuatl de Texcoco
 con sus consonantes enjaulando pájaros,
 sino el arcaico, el que habló Tamagastad el dios barbado,
 el nahua en que cantó Tutecotzimí
 el rey-poeta, señor de los pipiles
 el peregrino
 padre de Ticomega el guerrero
 que batalló con los mangues y les arrebató las tierras del sur,
 padre de Ticomega el tirano
 padre de Xochi-tonal, el signo florido,
 el que engendró a Machil-Miquiztli o Cinco-Muerte
 el rey filósofo
 todos padres y abuelos atados a sus artes
 cada generación un estilo
 —cerámica policroma
 cerámica plúmbea
 loza luna
 ánforas con trípodes para los sueños del grano fermentado
 urnas funerarias para el feto de la nueva vida

 —un sello
 como me dijera después Fray Pobreza:
 ‘Médicis del otro mundo, florentinos de agua dulce’
 y pensaba estos pensares dejando que a mi paso
 me besaran las rodillas mis nietos
 y las mujeres, que reían sin causa
 alejadas en su baño y esculpidas por el viento



/en telas de algodón sus cuerpos,
 gritaran espantando gaviotas y garzas
 —¡Uei tlatoani! ¡Nicaragua tlatoani!
 cuando inclinó ante mí su sombrío rostro
 Chicue-iatonal (Ocho-Agua)
 el artista, el maestro
 que yo saludaría:—Hijo mío, Ocho-Agua
 ¿dónde te escondías? Tu tez quemada
 me dispone a escuchar de tu boca noticias del mar.
 Y Chicue-iatonal tomó una fina rama de espino
 la desbastó y dibujó en la arena una descomunal canoa
 embanderada de telas que el viento henchía
 y me dijo:—En toda la sinuosa costa
 tus súbditos entierran consternados sus piraguas
 y se esconden balbuciendo
 las palabras popolocas del miedo.
 No. No era la gran balsa del Inca
 /con sus mercaderes de almendras de cacao
 ni la canoa de los arponeros sutiabas
 —ancha, covada a fuego de un solo inmenso tronco—
 no era la gran piragua incrustada de jades
 /de los mayas chontales
 que llegó perdida y hambrienta a la bahía azul de los pelícanos
 No. Y trazó redondas en el costado de las gigantescas canoas
 las bocas oscuras por donde a veces vomitaban
 doméstico y poderoso, con su voz de furia, el rayo.
 Y el rey pensó. Y yo Tatloani dije:
 —El Tiempo ha cruzado el mar

 El signo que has trazado en la arena
 hace huir al suspicaz Destino.
 Hace temblar la Historia.
 Un tiempo desconocido ha venido a barrer el tiempo conocido.

Julio 1994

Preludio y rescate de algunas estrellas

Me muestro como soy
sabiendo que un poeta
me recupera.

Soy palabra.

Mi padre Xostonal
ha viajado a la Isla sagrada
donde olvidará las molestias de la tierra.
Ya se presentó ante Ti: Tomacteot
conoció tu silla.
La compartió por un momento
y desde allí vio el llanto de su reino.
(Los ojos de los muertos
nos miran asomados detrás del manto de la noche)
Los ojos de mi padre
eran duros. Nunca borró de su ceño la batalla.
Estudien esa mirada
mis sabios y sajurines
en Nahuatlachtli (la constelación de los dos ojos).
¿Qué destino marcan
las cinco estrellas que me fueron dadas
por el orden sideral?

La Estrella del Tigre, verde en sus ojos, rencor de los humillados.

La Estrella Blanca, donde arde la adusta soledad del mando.

La Estrella Amarilla, la de los exilios y los pies descalzos.

La Estrella Roja y su dura insignia que mata al más amado
/y aleja al próximo.

La Estrella Azul, mística y parpadeante
porque atraviesa las tinieblas hasta el azul de los dioses.

Soy palabra y el poema me pronuncia.

Uei Tatloani

Macuil (cinco) Miquiztli (muerte)

Cacique de Nicaragua.

Un Maya en la Corte del Tlatoani Nicaragua

¿Por qué el lluvioso Chak no me da la gracia de esa nube
que se hace deshaciéndose?

¿o el Tiempo, dios
que me construyes destruyéndome?

¿por qué no soy brisa o invención de mariposas
y cruzo esta tarde hasta Tikal, mi Patria,
con sus escalinatas blancas
y subo y alcanzo el secreto
del astro

o del Cero,
ese milagroso sitio de la exactitud
que es como la invención matemática del beso?

¡Ah! ingrato Uno Imix

¡nefasto día
en que debí abandonar
derrotado

mi ciudad blanca!

Me lo había dicho el maestro:

‘Cuidado con las palabras.’

Y el astuto Cocón Botán venció en la lucha
y puso en mis noches la tristísima estrella
que anunciaron los Balanes para el desterrado.

¡Heme aquí, Señor de la Soledad!

He escogido la tierra del Sur
donde toda flor tiene su pie verde
y donde la anchura de sus aguas dulces
cansa el ala de los alcatraces.

Dijeron los príncipes antiguos:

‘¡También los dioses conocieron los caminos del éxodo!’

Ahora copio en secreto
los signos de nuestra sabiduría.

Yo oí la pretenciosa lengua náhual
y siento que voy mudando piel
trozo a trozo, palabra por palabra
al verterme a esta resonante

lengua guerrera. Digo 'Vida'
 invoco vida y los arqueros disparan
 interrogaciones a la muerte. '¿Adónde
 iremos?', cantan, '¿adónde
 que no haya muerte?'
 O bien preguntan: '¿Me habré de ir
 como la flor que perece?'
 ¡Ah! ¡floridos chichimecas!
¿ca nel pa tonyazque
can on aya micohua?
 ('¿adónde iremos
 dónde
 que no haya muerte?')
 ¡Un maya
 traduce! Un maya en la Corte
 del Cacique de Nicaragua—yo,
 el mago que mide la cauda de los cometas,
 el adivino de los inviernos—
 viviendo entre supersticiosos comerciantes militares
 guiados por un escéptico, burlón
 y sabio rey que hoy me ha dicho:
 —'¡Con nosotros termina la historia!'
 Su ironía
 me acerca y me aleja.
 Los olmecas con sus caras de boxeadores
 inventaron el Dios Viejo, dice burlesco.
 ¡Huehuateotl: la calamidad!
 Y mira el lejano tiangue de las Pléyades
 Y posa su frente sobre su recia mano
 como el que apoya su destino sobre la duda:
 '¿No son las arrugas de la vejez los pliegues de la Muerte?'

 Luego, al anoecer
 sentado en su incómoda silla gobernadora
 dice a su ministro: '¡Que hable el maya!'
 Quiere escuchar mis poemas



¡oh! mis poemas atormentados por unos ojos entrecerrados,
 ojos oblicuos, finos, fijos, de supremo caudillo
 como si un lince se agazapara en su calavera.
 ¿Qué queda de tus alas, águila de Tikal,
 vertiendo tu canto en los adocenados epítetos
 y en el rígido ritmo con chirimías y tambores de esta bélica lengua?
 Traduzco la misteriosa danza que cantan las vírgenes mayas
 cuando llegan al corazón del bosque en el plenilunio
 —¡Que hable el poeta!
 —¡Que cante! dicen
 en voces bajas los príncipes.

*'Ya, ya estamos
 en el seno del bosque
 a orillas de la transparente
 poza azul
 esperamos
 que aparezca la estrella llorosa
 que humea arriba de los árboles.
 ¡Quitaos vuestras ropas, muchachas
 desatad
 vuestras cabelleras
 quedaos como llegasteis al mundo
 vírgenes
 pieles modeladas
 por la rosada mano
 de la aurora!'*

Y mis escrupulosos oyentes nahuas
 despiden a sus mujeres y ríen por lo bajo
 mientras afilan sus pedernales.
 ¡Es la misma sonrisa para la muerte!
 Máscara o flor. Sonríen al amor
 lo mismo que sonríen a la silbante flecha
 que traspasa el aire y el pecho.
 ¡Triste extrañeza!

Cubrir tu lengua
tu más íntima y necesaria desnudez
con el adjetivo tosco
y ajeno, tú,
poeta maya oyes ahora
los cautelosos aplausos de los guerreros nahuas
pero miras, descubres ¡ay! los tendenciosos
ojos de Mazatlín la doncella
ríen
brillan
detrás del tejido de palma del jacal
delicadamente entreabierto
por sus morenos
y delicados dedos
¡Oh! ¿Adónde iremos
que no haya vida?...

Julio 1993



Cerámica luna

Hemos ido al origen.
 Vuestros pinceles regresan con el misterio.
 Que el Conejo no sea conejo,
 sino el fruto de la magia que creó al Conejo
 Que el Conejo no sea conejo,
 sino el pensamiento del Conejo sobre el conejo
 Que la figura del Conejo no sea la que el conejo
 /mira en el agua
 al atravesar el río,
 sino la que el Conejo ve en su sueño
 al atravesar la noche.*

Se escuchó, entonces, un murmullo
 entre los viejos descendientes de los hábiles toltecas
 cultivadores de la policromía
 y de la estilizada perfección.
 Y se extendió el murmullo
 entre los nicoyanos, gente mangué
 —que asimilaron todas las culturas
 y todas las culturas superaron—
 un murmullo de protesta, un discreto
 murmullo que llegó hasta el oído del Cacique
 y el Cacique de Nicaragua se volvió a Metz-Tochtli:
 ‘Diles que hemos detenido la tradición
 cuando la tradición se hizo rutina,
 que hemos ido a los orígenes
 donde la tradición es aventura.’

Y subió las gradas sonriendo
y canturreando:

'Zan ye huitz

ye huitz

in papalotl.'

Ya viene, ya viene
la mariposa!

***NOTA del copista.** *Tochtli*, el que anida en la Luna y se nutre de su luz de leche—el que invocan los bebedores a las puertas del alba—reveló a los hombres este secreto de la mujer-astro: 'Lo mismo que yo muero y renazco, los hombres morirán para renacer.' Pero sólo la Luna y los poetas conocen el agujero de la Liebre.



Llamamos Patria a la tentación de partir

Hemos pensado ¡tantas veces! en la ciudad nueva,
 /en la patria prometida.
 ¡Tantas veces hemos peregrinado abandonando
 /la historia por la profecía!
 que sólo el sabor a futuro impregna nuestros aires
 como una ciudad arrancada del sueño
 llevada en alto delante de nosotros
 como exhibe Aldebarán su joyería
 en el más oscuro rincón de la noche.
 Hemos abandonado Ticomega
 —hacia donde se pone el sol
 que es donde se pone nuestro recuerdo—
 siempre un crepúsculo queda atrás.

(Xoconusco, Maguatega, las altas tierras de Mictlán
 y luego Escuintla y luego Izalco)
 siempre la aurora como alfombra tejida por pájaros
 para entrar a la historia.
 ¡El gusto del día no nacido se ha pegado a nuestro paladar!
 Nos deteníamos a la señal de un árbol
 que levantaba su inmensa república de hojas y de trinos
 como vestigio de aguas vírgenes y serenidades
 /para la Ciudad Justa:
 y allí la pirámide escalonaba su armonía
 hasta tocar los pies infatigables de nuestros dioses.
 Y descargábamos nuestros cansados hombros,
 trazábamos las plazas y posesiones, construíamos,
 fatigábamos las horas en templos y buhíos y casas y pirámi-
 des
 y apenas levantados envejecían sus líneas y volúmenes,
 enmohecían el calendario y el dios Volcán,
 el humeante arquitecto, borraba y borraba
 y volvía el afán de lo inédito, volvía la sed caminante,
 /la llamada de la lejanía
 el decreto de un corazón que persigue el exilio como paraíso.

¡Oh, dioses nicaragüenses! ¡dioses
de infatigables pies!
Dioses hermanos de la peregrina y vagabunda luna
¡cese de girar la órbita de la Mariposa!
¡sus alas sirvan para la insatisfacción
pero también para la trascendencia!
¡Deténgase en estas riberas de grandes aguas dulces y lunares
la acechante zarpa de nuestro Destino!
Sus horizontes incitantes y móviles
abriguen vientos de infinitas profecías,
navigaciones que no den descanso al sueño y al tropel.
Lunas, multitudes estelares, astros donde reposan los poetas
llenen de canto nuestras noches
y no se llame Patria nunca al encuentro
sino a la búsqueda. No la respuesta
sino la nueva interrogación.

Abril 1995

El Príncipe*

'Grabando mis amores en la tierna corteza
 /de los árboles'
 exilado de tus esquivos ojos
 viví ese paso tormentoso y bello
 del niño al recio
 y joven rey rodeado de guerreros
 que no daban reposo al músculo
 mas tampoco
 al impaciente corazón enamorado.
 Tú ignorabas entonces
 que el tímido hondero que te miró a los ojos,
 como el hombre que camina en la noche
 con una luz en la mano,
 con un reino en la mano te buscaba.

*Recitado en sus bodas por el poeta
 cortesano Metz-Tochtli: Conejo-Luna,
 pero luego se encontró el poema
 escrito de la mano del Tlatoani
 Nicaragua, en lengua náhuatl,
 entre sus papeles íntimos.

La Ley

atribuido al Tlatoani

Porque la Ciudad debe recibir su alegría
su orden
del Gavilán que alza vuelo
y lleva en sus garras la venenosa serpiente
y del Colibrí que aletea
y chupa la miel de la flor
y la flor queda ilesa.

El guerrero

Hijo mío Ahua-Coat-ecoani:*
 Te hablo porque pronto estarás sentado
 en la Estera de Poder
 —un anillo de soledad ceñirá entonces tu imperio—
 Hijo mío Ahua-Coat:
 Te he visto la mirada triunfadora
 cuando colocas las calaveras de tus cautivos
 en las estacas ceremoniales de la plaza.
 Te he sonreído. Tu padre, el soberano, te ha sonreído
 pero el orgullo comparte su trono con la tristeza.
 Hemos cortado una vida, hijo mío.
 Hemos apagado en el ceñudo cielo una titilante estrella.
 ¿Cada venablo de tu carcaj cegará una vida,
 devolverá a las acechantes tinieblas
 la difícil, la preciosa y débil luz humana?
 ¿Cada hombre que sube a su gloria
 cuesta un hombre que desciende al silencio?·
 Hijo mío Ahua-Coat: agudiza el oído
 mira a tu derecha y a tu izquierda
 las altas paredes y los severos muros
 que rodean el Poder: escuchan.

Bajo la voz.
 Llevo conmigo un pensador
 que debe ocultarse a los hombres.
 Ser hombre para el Guerrero es ser ministro de la Muerte.
 Me volverían la espalda mis galpones
 si descubren agazapado debajo de mi piel de leopardo
 al Poeta que escondo. El Guerrero
 piensa con los testículos. El Poeta
 levanta sus palabras y trata de alcanzar la altura de su frente.
 Si te sientas en la estera del rey
 tu palabra ya no seguirá el libre curso del pájaro
 la idea se arrastrará por el suelo herida por la flecha
 y el golpe sordo del tambor hará callar a tu corazón.

Debo tronar en voz de mando
 para que los valientes escuchen la fría voz de la Muerte.
 Levantarían sus macanas contra el Tlatoani
 si despliega su ceño y su voz pronuncia la vida.
 La guerra es la abolición de la sonrisa.
 ¡No me oigas, hijo mío, Ahua-Coat,
 el heredero de mi espada de pedernales, no me oigas!
 ¡Lleva las calaveras al árbol ceremonial!
 Mañana, cuando tengas en tus manos el poder
 cuando te sientes, fatigado de matar,
 en la estera real frente a la tarde
 dile a tu esclavo que silabee en su ocarina un himno de alegría
 y sin abrir los labios habla al Padre Sol:
 '¡Guerrero Luminoso!,' dile,
 'dame en secreto a mí, arquero de la muerte,
 lo que sólo das a los poetas, arqueros de la vida:
 ¡poder construir con tinieblas
 como Tú,
 la Aurora!'

**Ahua-Coat-ecoani*: Fiera Serpiente del Agua.

Mayo 1995

La invención de la sirena

Una mujer en aguas dulces.
 Una estrella mojada en el límite del mar.
 Dejar que la sonrisa se desnude
 de su traje de lágrimas.
 Una mujer en el centro
 de todas las navegaciones
 y los vientos. El oleaje
 su poema
 —versos de espuma—
 y alguna gaviota que gira
 arriba
 coronándola
 y alguna mariposa
 que parpadea
 un revuelo de sorprendidos amarillos.

No conocí el aviso clásico:
 'Huye de las playas de Circe.'
 Nuestros antepasados
 no concibieron la sirena:
 ni Chalchiuhtlicue de la falda de agua
 la celeste diosa de los ríos
 ni Huixtocihuatl, la diosa azul
 de las aguas saladas del mar
 dejaron oír al hombre sus cantos.

Nuestros antepasados
 no escucharon la voz de las aguas
 en el vientre de la mujer.
 Pero yo inventé un reino sumergido
 cuya música esculpía en agua
 el silencio del pez, líquido beso,
 y el embeleso de su voz, líquido canto.

En el dulce mar de Nicaragua
 antes de que arribaran a vela las fábulas antiguas
 yo inventé la sirena.

Prosa y memoria de un jarrón azul

*'Sea aquí el mar cortina de aguas amargas
que encierre al hombre con el silencio
hasta inventar otra vez la palabra.'*

—De un canto arcaico a Tlaloc, dios de las aguas

Tres mil años antes de Cristo, Huang Ti
el emperador amarillo
inventó la brújula
y su esposa Si Ling inventó la seda.
Nunca llegó a nosotros esa estrella de acero
para abrir los labios cerrados del horizonte.
Tampoco nuestras mujeres que sintieron en sus cuerpos
las dulces manos de la brisa del Gran Lago
conocieron el tacto volátil de la seda.
Llegó solamente un signo.

Una inmensa nave tejida con juncos por los dioses, que cabeceaba lenta a la deriva, con las velas flácidas. ¡No era visión de zahoríes, no era sueño de hongos! Bajo el sol incendiario de la tarde, con gemidos de velámenes, lento, como cargando el más pesado silencio de los siglos, el bajel se acercaba. ¿Será, acaso, decían, la mágica canoa en que la luna escapa a sus misteriosas infidelidades? ¿O será la nave tejida de serpientes en que volverá Quetzalcóatl el dios pacífico que dará larga vida al Guerrero haciéndolo anacrónico, porque pondrá en su mano el grano que da vida en vez de la flecha, origen de gemidos?

Cesó el octavo viento, el último antes del silencio y las olas en repetida esclavitud aproximaban al navegante invento de un dios sin nombre, temible como todo dios que oculta en el silencio su palabra.

Mistega—el rey abuelo—con dominante voz, ordenó a sus guerreros remar en sus canoas y abordar al monstruo. (Una extraña duda o temor pareció detener por un instante el corazón y el tiempo... pero un grito, unánime y sonoro, destruyó el misterio y avanzaron). Yo creía guardar en la memoria esta visión de niño. ¡Juraría ver con mis ojos de ayer la inmensa nave tejida con los tallos verdes del junco que la serpiente esquiva!, pero llegó a mi reino—metido de polizón en un galeón de España—el locuaz Shang Lei y retrasó la his-



toria siete edades atrás: cuando Chang Ho, Emperador de China, cubrió todas las rutas de los mares, con veinte mil marinos en sesenta y dos inmensos juncos. Se preguntaron los ancianos: ¿Sería en el remoto reinado de Iztac-Mixcóatl, el que condujo a los pueblos nahuas de la opresión olmeca a estas tierras de la libertad y del pinol? ¡Aún no se escribían en libros de cuero de venado nuestros anales cuando la tribu, escondida detrás de los manglares, miró incrédula saltar del junco al agua a los guerreros aullando de terror y asco! De la nave cargada de cadáveres subió una nube de moscas negras y zumbantes. Y entre el hedor maldito, sólo Tezómoc —el mutilado—corrió rengueando en la regala cargando una ánfora colosal de oro y porcelana en cuyo refulgente azul todos vieron enroscado un dragón y en su boca bermeja un signo.

Bajó con lentitud la pesada joya, flotó ladeada en las aguas y Tezómoc nadó remolcándola, tocó tierra, puso en pie la imponente ánfora, miró al Rey y cayó muerto.

Confundido Iztac-Mixcóatl convocó entonces a los sabios del Mayab, a los ancianos sajurines de Sutiaba, a los acreditados estrelleros de Copán y estudiaron el jarrón. Giraron, por tres lunas giraron a su alrededor como danzantes de la hoguera, y callando al fin el obsesivo tambor, dijeron: Este signo—en el profundo azul—es el signo del Mar.

Así se edificó—frente a nuestra costa marina—en la isla de Ome Miquistli—que significa ‘dos muertes’ (y era el sexto mes del año)—un montículo de piedra cantera con ocho gradas—por los ocho vientos del mar—vientos extranjeros que vierten en el jarrón azul un nostálgico quejido, un llamado de lejanías invencibles, un grito de alguna estrella que se ahoga en el horizonte...

Y a veces llegan desdichados, llegan los que arrastran en harapos la vida, suben las gradas del monumento para pagar su promesa, tocan la sonora porcelana—tocan el rencoroso signo—y caen convertidos en un puñado de sal.

Julio 1995

Jardinería del amante

Nosotros conocemos el ánimo de la rosa
en el cauto movimiento de su perfume
porque diverso es el olor de su melancolía
y el de su cólera. Cuando la rosa ama
enciende el pétalo como labio que besa
y vibra al sol y sólo el enamorado
o el colibrí o la pequeña delincuencia del insecto
perciben las volubles voluntades del perfume.

Cuando ella abrió su ventana
yo era pájaro
y mi canto inauguró
la perfumería de Mayo.

1996

Los oficios del rey

Vi a la muchacha—la más cercana
 al sueño de mujer que perseguimos—
 corriendo de pie, y le dije:
 —¡Hija mía, siéntate!
 La mujer que come de pie
 se casa lejos; el amor
 la arrastra a la soledad
 y en la soledad sus lágrimas
 se disuelven sin lograr humedecer otros ojos.
 Un rey
 tiene en su código el cuidado de la Belleza.
 Que crucen las calles y caminos de su reino
 huellas de pies discretos
 que sean tallos de un rostro bello
 y que sea un rostro bello el que sorprenda
 /en la ventana al peregrino
 o el que surja goteante de las dulces olas del Lago.
 Oficio del rey es cultivar la Belleza
 no con la palabra, con los ojos haga su ley
 para que la mujer sea leve en su paso como la música
 y pase erguida llevando en la cabeza el ánfora
 iridiscente
 donde van depositando los hombres
 los invisibles deseos
 que renuevan el mundo.

1995

Muchacha con el agua a la cintura

El viento revuelca
la palabra, juega
como un gato de aire
con su sedosa
zarpa y trata
de lanzarla a mi oído
pero es grave el peso
del verbo
es dura la realidad
del sustantivo
y cae y moja
su texto
y de la palabra
que esperaba
sólo me entrega
rotas las sílabas
deshilachado
el amor
en murmullos.

Mayo 1996



Interrogaciones del Tlatoani en una puesta de sol

*He leído a Nezahualcoyotl
y su angustia es mi angustia.
¿Es que nadie, en verdad,
puede ser amigo del Dador de la vida?
¿Nadie, acaso, puede estar a su lado?
Pero hay que buscar al Dios
que se inventa a sí mismo.
El destino del hombre es buscarlo
Ir tras Él como quien va en pos de alguien
siguiendo entre las flores su perfume.*

I

Ansié de veras encontrar un rasgo
un signo celeste en Tlaloc.
Su trueno es el ruido magno del temor:
la inteligencia no es ruidosa, la palabra
que deseamos oír
no brota de los labios incandescentes del Rayo.
Ansié de veras encontrar un mensaje
en la rápida brisa, el ala susurrante
de un dios concebido como mariposa
pero está vacío el abecedario del viento
no palabrea consuelos duraderos
sólo sostiene el vuelo del ave
y el ave es belleza, no divinidad.

II

Ansié de veras levantar su falda de serpientes y calaveras
a Coatlicue, diosa de la Tierra: su ternura
en el brote de las milpas y las flores
caía marchita ante su hambre traga-carroña.

Ansié de veras ver debajo de su falda
el rostro de mis amigos. ¡Sólo polvo!
¿Alguien ha oído decir que los amigos regresan?
¿Imaginan un dios que se olvida de sus amigos?
¡Oh, melancólica Tierra, esposa del Tiempo! ¿Acaso
Dios se deshace bajo el furioso calor del Astro?

Ansié de veras saber si hay Alguien que esté
/por encima del polvo.

Nicaragua encuentra a Cristóbal Colón bajo la lluvia

Este es un mes de nubes como cíclopes
 que cargan lluvias en sus inmensas
 ánforas negras. En las ventanas
 gime un viento frío del Sur. 'Arco iris
 en el Poniente / ancla tu barca y vente.'
 Esposas y viudas rezan por los navegantes.
 Nicaragua está encapotada y ceñuda
 y un barco negro cruza
 el horizonte gris de los vendavales.
 Un barco cruza la historia o la leyenda
 y hace señales entre la espuma y los relámpagos.
 Un barco se está hundiendo.
 El futuro de Nicaragua navega en aguas adversas
 y a todos nos afecta.
 En las olas desenvainadas
 labios como espadas gritan hostiles presagios
 'Ojos nunca vieron la mar tan alta,
 fea
 y hecha espuma.'
 Pero un loco soñador
 borracho de estrellas
 dobla—por fin—el Cabo
 y entra a puerto
 de rodillas,
 gritando entre los truenos:
 ¡Gracias a Dios!

1987

Pensamiento ante la carabela

Se me había escapado
este oficio de la inmensidad
¡oh, mar comunicante!

Dije al aire: los pájaros aproximan
los veranos—con un hilo
de cantos unen tierras ignoradas—
pero no sospeché que el salvaje mar
hecho de sal y de tormentas
le diera, dócil, al hombre, sus reinos.

Estas lenguas nacidas
detrás del horizonte,
tienen la extrañeza de una estrella.
¿Quién me acompaña, sin temor, a pensar
en esta invasión inesperada
de lo desconocido?
¿Qué dioses pueden entender
las nuevas voces?
¿Qué riesgo corremos
al conjuro
de lo fascinante?
¿Qué ministros, a mi lado,
dilucidan si es fasto o nefasto
este acercamiento de las distancias
esta aproximación de lejanías
que sólo han experimentado los pájaros?



Del Cacique de Nicaragua a Diriangén

Aliado mío, señor, preciosa piedra de jade, consejero bienamado:

Recibo tu manta. Leo tu aviso
 tu consejo:
 'Coloca el pedernal en su tostada vara de huiscoyol.
 Piénsalo. ¡Oiga yo en el amanecer el sonido de los tunes!'

Yo te pregunto:
 ¿Será la novedad como una hembra
 y yo
 rey,
 no tengo otra opción que soltar el agresivo ardor?

Es bueno el fuego, piensas,
 pero el fuego
 vive de aquello que consume.

Oh, cazador,
 has recorrido tus caminos con tus arcos tensos
 matando. Matando y continuando.
 Vuelves tu rostro.
 Y ves tu valor como un rastro de tigre.
 ¿Qué camino hemos enderezado para el hombre?
 ¿Qué hemos cambiado?
 ¿Nos hemos atrevido a tocar el horizonte de las grandes aguas?
 ¿Dónde está ese poder para aprisionar el trueno?

Piénsalo, dices, vecino mío, aliado mío.
 ¿No vieron tus gentes esas inmensas canoas,
 esas mantas de grueso algodón para atrapar los fuertes vientos
 /y las delgadas brisas,
 esas armas, esos metales impenetrables al pedernal,
 esa música, sobre todo esa música que he oído
 aletear en la noche
 como si la luna derritiera sus secretas mieles?
 ¡Prepara el pedernal en la vara!
 ¿No es primero la palabra? Disparas

el venablo y el ciervo muere o se aleja
 y tú quedas sin conocer el misterio
 que arroja un dios desconocido a nuestras playas.
 ¡Espanta tu futuro y repetirás, una y otra vez, tu pasado!
 ¿Sabes el nombre y el lugar donde se crían
 esas bestias fuertes como diez mazehuales
 rápidas como diez venados
 obedientes a un hilo en la boca como diez esclavos?

Pondremos en la vara el pedernal y en la nueva luna
 brillarán nuestros huesos o ellos se habrán ido en derrota.
 ¿No se hizo la palabra para robar los secretos del mundo?
 ¿No fue convencido por la palabra el dudoso Nanahuatzin
 para quemarse en la hoguera
 y revivir el sol y la luz que nos alumbra?

¿No arrebató a la hormiga
 por la palabra
 el secreto del maíz rojo
 del maíz blanco
 del maíz amarillo,
 nuestro Quetzalcóatl, dios dialogante?
 Y él dijo: Nada es difícil de hacer
 si el hombre se aconseja de sus pensamientos.
 ¿Acaso somos prisioneros de lo que somos?
 No dejaré que ellos digan: 'No supieron pensarnos.'
 Hablaré con los desconocidos.
 Algo nuevo anuncia este día.
 Siento que se cierra la puerta de una edad.
 Oigo el zenzontle con un canto inédito
 y un hombre miserable—de voz sublime—
 levanta el signo de los vientos
 y me habla de una extraña deidad
 con la debilidad del hombre
 y la omnipotencia de Dios.



Los cuatro muchachos nicoyanos

Los cuatro muchachos de Nicoya no tuvieron nombre.
 El Tiempo es hermano de la Tierra en sus olvidos.
 No entraron al combate, sino a mitad de la batalla
 cuando los Ángeles o Tamachas, encargados de las Normas,
 conocieron los signos vedados del futuro.
 Eran gentes ribereñas, salidas de la selva
 formados en los cambiantes márgenes de los ríos
 —gentes moldeadas por la geografía de la inestabilidad—
 y pelearon, pero huyeron aterrorizados por los perros,
 subieron veloces y ágiles a los barbudos chilamates
 pero los soldados de Ponce de León los bajaron a tierra
 y fueron llevados prisioneros y entregados a los frailes
 para aprender la nueva lengua que transportara el mar.
 ¡En vano la Piedra fue fundada para endurecer los nombres
 de la desmemoriada historia! Los cuatro muchachos anónimos
 de Nicoya sólo una línea ocupan en la Crónica
 y fueron los primeros centroamericanos que dominaron
 /la lengua de Castilla
 y los que atravesaron el océano no fueron tan lejos como ellos
 /de palabra en palabra
 del ce al ome
 del ome al yei
 (del ‘uno’ al ‘dos,’ del ‘dos’ al ‘tres’)
 del yei al nahui, al maquili, al chicuace
 (del ‘tres’ al ‘cuatro,’ al ‘cinco,’ al ‘seis’)
 y ‘400’ en nahua era cenzontli y ‘ocho mil’ xiquipilli
 y alguno conocía a retazos la ‘lengua secreta’
 —la ticpopolotza—
 en que hablaban los príncipes con la Dualidad Suprema
 o se refan en su cristalina lengua mangué
 cuando Numbú estallaba en la palabra ‘Sol’
 o Nüete—con su ü de flauta—se convertía en ‘Estrella’
 y sospecharon que en la frente del hombre

cabían más palabras que astros en la noche.
¡Lindo salto de pájaro inventar la 'Flor'
con el soplo de aire de una efe perfumada
cuando el manguo la dibujaba con el nombre de Nuij
con una jota final colgante como un bejuco veranero
sin campánulas!
Pero los cuatro muchachos de Nicoya
no sabían que sobre ese puente de sonidos
pasaría la historia. Ignoraban
que iban a ser asignados al Capitán González de Ávila,
en su descubrimiento de las tierras de Nicaragua
y fueron sus intérpretes
en el más notable diálogo entre la flecha y la espada
fueron sus lenguas
fueron los traductores del amargo y misterioso texto del Mar.
¡Palabras! Migratorias palabras
que cambiaron para siempre la casa de los dioses.

Mayo 1994

El Diálogo

(Pedro Mártir de Anglería escribe al Papa sobre un insólito diálogo)

*Hemos de alegrarnos, Santísimo Padre
con el escrito último llegado de ultramar
de ese buen soldado de Dios: Don Gil de Ávila
a cuyas aventuras Su Santidad sacrifica
su precioso sueño, leyendo
mis traducciones de sus cartas.*

*Orgullosas mentes cerraron las puertas de la teología al indio
negándole la naturaleza humana
pero ahora Dios permite
no sólo comprobar lo racional
sino el genio en un jefe guerrero
—hombre sin Salamancas ni Sorbonas—
cubierta su desnudez con una piel de tigre.
Hablo del Tlatoani o Rey de Nicaragua
que todos los régulos y jefes principales de la Gran Nicoya
advirtieron al Capitán de Ávila temiera enfrentarlo
por ser el mayor y más poderoso Señor
de esa provincia. ¡Bello país, Santidad,
dicen quienes lo vieron: país
de volcanes azules y de llanuras arboladas
país custodiado por los aires ligeros
de un vasto y dulce mar de oleajes espumosos
que lamen los pies de este dominio de la Utopía
donde los instrumentos fabriles y rústicos son de oro
(aunque no puro) y el barro como en China es arte!
Transmito ahora las altas cuestiones
que inquietaban al Cacique
y las respuestas del Capitán de Ávila
pues en todas las historias de este Mundo Nuevo
ninguna ha comenzado
como la historia de esta provincia
gobernada por un Rey Filósofo.*

I

Este diálogo cruza el mar de por medio
 uniendo las dos orillas de la historia.
 Se sienta el español
 sobre la seguridad de su fe
 pero su sitial es rústico: un viejo catecismo.
 Su antagonista el Tlatoani
 —que en su lengua significa: ‘el que tiene la palabra’—
 inteligente, indagador,
 sutil de pensamiento,
 filósofo que lo nuevo interroga y de lo viejo duda
 entrecerrando los ojos pero a flor de labio una sonrisa
 presta a la burla y al humor.
 (Algo quiere aprender
 de la inmensa extrañeza
 que le ha caído del cielo:
 naves,
 caballos,
 pólvora,
 música.
 Un pedazo
 de calendario con peso de siglos).
 Y rompe el silencio
 mientras sus ojos recorren, uno a uno, a los presentes:

 ‘¿Acaso de verdad se vive en la tierra?
 ¿Qué habrán de hacer las almas dejado el cuerpo
 puesto que el hombre, inmortal, dura tan poco?’
 Y descubriendo su inagotable sed de luz,
 pasa del destino del hombre al misterio terrestre:
 si padeció su reino el diluvio
 si los sabios de allá conocen
 que amenaza en el futuro
 perder el sol su ardor



y su brillo cándido la luna.
 ‘¿Por qué se alternan auroras y ocasos?
 ¿Por qué natura se excede a veces en calor o frío?’
 Y yo suspendo mi pluma
 y en el silencio acudo, Santidad,
 a su sabia memoria: ¿no escucha
 con este su siervo, un eco
 de los inquietos versos del mantuano?
 El poeta de Roma en la Geórgica famosa
 interroga a las musas:
 aquí un desnudo rey filósofo
 interroga al extranjero
 y coinciden
 en las curiosas raíces del saber.
 Virgilio pide conocer el curso de los astros,
 la causa de los cambios de la luna
 qué fuerza o poder hincha los profundos mares
 ‘... Mas si falto de aliento escudriñar no puedo
 de natura las altas maravillas
 sean el valle, el arroyo, la pradera
 manantial de mi amor con su hermosura.’
 ¿No parece dedicado
 al lejano rey ultramarino
 el verso virgiliano:
 ‘Feliz quien pueda
 conocer la causa de las cosas’?
 ¡Es hermoso, Santidad,
 que atravesando los mares y los siglos
 sean las mismas preguntas
 las mismas inquietudes
 las que al hombre cuestionan
 porque uno es el hombre
 y uno el largo
 camino del misterio.

II

Aquí debiera, benévola y paciente Santidad
 poner punto final a mis informes
 mas no quiero dejar que ignore
 lo que el Tlatoani, dirigiéndose al fraile
 dijo con emoción, puesto en pie:

¡Yo amé lo inmenso!
 Yo amé al Padre Sol en su agonía cósmica
 cuando piadosas las tinieblas
 con sus lienzos lo transportaban al descanso.
 Y yo pensaba: ¿será esa pasión
 cotidiana del Astro
 una extraña pero divina historia
 o será sólo espejo
 o metáfora de otro Sol Superior,
 Señor de otro Reino?

Yo amé lo inmenso
 pero mi corazón dudoso
 pregunta al alfaquí extranjero:
 ¿Tan débil es Dios que necesita
 el humano licor a corazón abierto?
 Mis pasados—en su fe—sacrificaban
 libélulas
 mariposas
 colibríes...
 nunca al hombre, Señor de la Natura.
 Pero venció el militar
 corazón de los guerreros
 y derramó en la piedra
 el misterio de la vida:
 ¡Extranjero! ¿Puedes señalarme
 lo inmenso sin crueldad?

Yo amé lo inmenso en el abismo en que me encuentro
que es el mismo abismo en que me pierdo.
¿Soy o no soy?
¿Me soy ajeno y me traza mi destino
la potestad de un sol o de una estrella,
o existe esa otra Esencia
que se enciende en el beso
fundiendo en los labios la aurora y el ocaso?
¡Extranjero alfaquí! ¿A qué lado
de lo anexo y lo convexo
—del hombre y de la hembra—
la muerte es plenitud,
o nada?
¿En dónde
me soy misterio,
en dónde
claridad y vida y esperanza?

Conversación del Tlatoani Nicaragua con Fray Miseria sobre el viento

Tlatoani

De niño, cuando las cosechas verdeaban,
vientos policromos se ponían de pie
en las cuatro esquinas de la milpa,
saltaban leves, murmuraban, dejaban secretos
de amor en las tusas de las tiernas mazorcas
y partían... ¡dioses los creíamos!

Fray Miseria

Las hierbas se arrodillan
a la llegada del invisible viento
Siempre se producen falsos dioses
cuando las causas se ignoran.

(En la arena las huellas
de la lujosa gutara del Tlatoani
y del humilde pie descalzo del fraile.
Suenan el viento.)

Tlatoani

Le duele al niño que hospeda siempre mi corazón
perder esos diosecillos pastoriles
que llevaban y traían, de milpa a milpa,
amores, sueños, en timideces apenas entreabiertas.

Fray Miseria

Todo corazón comienza su dulce oficio
al pronunciar esa primera sílaba del viento
que llamamos suspiro.

Tlatoani

¿Acaso no encierra un divino misterio
quien puede ser suspiro

o céfiro o soplo
 o brisa
 o aura o susurro
 y luego viento
 que silba en el chubasco
 ruge en el huracán
 o en la agitada tempestad
 que incita al trueno
 o enciende
 la envidia del rayo y del relámpago?
 (Aliento o Yulio llamamos los nahuas a la vida
 ¡y la vida acaba al cesar su aliento!)

Fray Miseria

Cristo amó el viento. En su metáfora
 montó volador al Espíritu
 que sopla donde quiere
 y cuando quiere.

Tlatoani

El viento, el aire
 transporta la Palabra.

Fray Miseria

Le da sus alas al Verbo.

Tlatoani

Y pasa sin delatar su imagen
 pasa lento o veloz
 —¿sólo pasa?—
 y no se sabe
 si el Tiempo es su otra faz
 —invisible también—
 lenta si duele, veloz si place.

Fray Miseria

Pablo escuchó sus gemidos
porque el Amor gime.

Tlatoani

Yo también sentado
en estas rocas
vi pasar sobre las aguas
un gemido... ¿la tristeza
de no ser lo que soñamos,
o el atribulado corazón de un Dios
que ve sin ser visible,
que habla sin ser oído?

Fray Miseria

Cerca estás de su Palabra.
Vendrá en el viento.

Tlatoani

Desde aquellos diosecillos.

Fray Miseria

Llámalos ángeles.

Tlatoani

Desde sus verdes susurros
en el maizal florido
yo decía: Dios no es el relámpago
con su fatuo fuego que devoran las tinieblas.
Dios no es el rayo
que contamina de militar la paz celeste,
ni es el agua que el viento seca,



ni la estrella
—posada de quienes regresan del exilio—
ni es la tierra
sometida a la tiniebla cotidiana...
La luz de Dios no cesa...

Fray Miseria

Presentías que lo creado
no puede ser el Creador.

Tlatoani

Y repasé la historia y vi
que la historia es un cementerio de dioses.

Fray Miseria

Y en ese cementerio
sólo hay un sepulcro vacío.
¡Búscalos, Tlatoani!

El Códice de la Ceniza (en la conversión de Nicaragua)

*'Porque yo sé que el tiempo es sólo tiempo
y el lugar siempre y nada más que lugar
y lo actual es actual no más que un momento
y nada más en un lugar.'*

—T.S. Eliot. *'Miércoles de Ceniza'*

I

Antaño, en el cotidiano duelo del crepúsculo
llorábamos al Sol. Entraba la luz
al peligroso territorio de las tinieblas
donde la inmensa Noche, devoradora de siglos,
nadie sabía qué hijo engendraría en su negro tálamo,
si la Muerte o la Vida.

Ahora el Ocaso es el puerto
donde el Sol embarca a rescatar de las sombras
otras tierras
otros hombres
otros sueños.

Ahora el crepúsculo es paisaje
(un rey escarlata huye
del incendio de su imperio de un día).

Ahora, liberado del dios de lo cotidiano
le sigo su itinerario. Imagino
mis carabelas indias cruzando un mundo ajeno:
Toda una historia bajo llave
(los miles de años que llegan a Tierra Firme navegando a vela).
¿Qué dice del amor, de la infinita frustración,
del gozo, de la muerte
esa otra mitad nacida de otros dioses
y regidas sus vidas por otros astros?

Me acerqué al predicador.
(Ayer me habló de Roma,
la Teotihuacán de donde el sol nace,
la ciudad santa donde el cordero devoró a la loba.)



Me acerqué a Fray Pobreza*
 y me envolvió la multitud en el atrio de la ermita
 —blanca como la posada de la luna—
 y la mano del alfaquí
 alcanzó la frente del Rey y trazó sobre ella una cruz de ceniza.
 —Polvo eres—me dijo
 (y sentí el temblor y el murmullo de la plaza).
 —Polvo soy—pensé.
 Con este polvo sigue Dios haciendo el Cosmos.
 Con este olvido sigue el hombre haciendo historia.
 Lo que pasa queda.
 Y sentí en la leve capa de ceniza el insoportable peso del tiempo.

II

En dos historias partía el mundo el gran disco de fuego.
 Allá—en el otro borde del gran Mar—
 la Palabra, como el susurrante insecto,
 va fecundando pueblos y edades.
 Buda mata dragones y pasiones.
 Sócrates perseguía ideas.
 Extrañas claridades llegan a nuestras mentes
 del otro lado de ese muro salado y azul.
 Pero la historia aquí tiene un rostro adusto:
 gentes ignotas hablan lenguas muertas
 y cruzan el estrecho de los hielos
 de isla en isla
 de naufragio en naufragio
 para encender la primera palabra
 en el inmenso continente del silencio.
 Allá Grecia, allá Roma, allá Jerusalén.
 Aquí el olmeca luchó con los gigantes
 como los primeros pueblos del Libro de los cristianos.
 Aquí Teotihuacán, la ciudad santa
 que no edifica Caín Tezcatiploca sino Abel Quetzalcóatl;
 Teotihuacán: la ciudad celeste que ofrecía mariposas a los dioses.

Aquí Texcoco y su Rey poeta
 Netzahualcóatl:
 acercándose en la penumbra al Inventor de Sí Mismo,
 al Dador de Vidas
 arrojándole adoloridas dudas
 —flechas interrogantes—
 ‘¿Quién, en verdad, es tu amigo?
 ¿Nadie puede estar a tu lado?
 ¿Quién eres?
 Te buscamos y quizás estamos junto a Ti
 como entre las flores
 la invisible brisa.’

¡Ay! he cruzado bajo el peso de la ceniza
 civilizaciones y mares
 De isla en isla he navegado el Mito y la Utopía
 Y donde vuelvo los ojos: ¡ceniza!

III

Pero hay huellas. En la ceniza, huellas.
 Huellas y desiertos y presagios
 y el humilde alfaquí del hábito roto
 me dio la mano y crucé desiertos
 profecías y desiertos
 hasta una aldea silenciosa donde una joven oraba.
 Ella estaba allí
 no edificada por la Gloria ni por la Fama.
 No extraña a su dulcísima juventud
 sino floreciendo de Ella misma,
 Mujer entre todas las mujeres.
 Virgen y bella
 bella y purísima
 cuando la sorpresa abrió la rosa de su oído
 y lo Inefable se expresó por la palabra
 y nació el diálogo más hermoso de la historia humana.



Un diálogo entre Cielo y Tierra.
 No temas, dice el Cielo. Y la humildad asciende
 hasta los labios de Dios.

Ha recibido el beso
 Ha convertido
 lo inconcebible en concebible.
 ¡Una joven mujer encierra en su seno
 la nueva creación del Hombre!
 Eva sumisa entrega la llave del Edén recuperado
 Coatlicue desabrocha su cinturón de calaveras
 y huye a la noche de los mitos.
 Se ha producido
 el descenso
 y el ascenso
 de la Palabra.
 La Verdad es capaz de llorar
 y beber la leche de sus senos.
 Ha sido concebido el Heredero
 en una casa
 en una aldea
 en una pobreza no distinta a la pobreza
 /de nuestros pobres.
 Un Dios más pequeño que la humildad.
 Un Dios de Dios.
 Un Hombre.

La ceniza.
 Polen.

31 diciembre 1996

*Fray Toribio de Benavente vino entre los doce frailes que formaron el apostolado franciscano destinado a evangelizar México. Por su santidad y pobreza los indios le llamaron Fray Motolinía que significa Fray Pobreza. Vino a Nicaragua y dialogó (convirtió) al Cacique.

Ticay

Y habló Ticay, la silenciaría: 'Oí decir
al Quetzalcóatl cristiano
que los Magos descubrieron la estrella del Deseado
que la siguieron y encontraron un niño.'
Y aseguró, señalando el alba:
'Esa estrella es la que pide mi corazón a nuestra Historia:
busca a ese hombre que es un niño que es un Dios
y encuentra a ese Dios
que es un niño
que es un hombre.'

Lo que dijo el Tlatoani a Andrés de Cereceda

'No somos naturales de aquesta tierra, é ha mucho tiempo que nuestros predecesores vinieron a ella, é no se nos acuerda qué tanto ha, porque no fue en nuestro tiempo.'

—Contestación de los trece caciques al fraile Francisco de Bobadilla en 1538.

No somos naturales sino peregrinos.
 Todo este largo mundo, de norte a sur, es tierra de advenedizos:
 Somos fundadores de horizontes.

Somos antiguos.
 Somos los descubridores de América
 y sólo nos precedió la profecía.
 Debíamos detenernos frente a una isla de dos volcanes
 uno dormido: para conquistar el dominio del sueño
 otro activo: para soñar el dominio de la realidad

Pero venimos de donde el sol se pone.
 Nacimos de las primeras civilizaciones.
 Descendemos de los primeros nahuas.
 Nuestros abuelos fundaron, con otros pueblos
 la Ciudad de los Dioses: Teotihuacán,
 donde se abolió la guerra
 y se dio a los hombres una lengua
 para unir a los hombres con los hombres
 y para que los hombres se hicieran oír de sus dioses.

Tus españoles me han llamado bárbaro.
 También nosotros hemos llamado bárbaros a los chontales
 porque cada pueblo tiene su medida de desprecio
 y su tasa de altivez.

Pero somos toltecas, que significa 'artífices.'
 Cruzando las tierras del istmo nos llamaron 'pipiles,'
 que significa 'gente noble': lo que ustedes llaman 'caballeros.'
 Y descendimos al sur cuando la invasión y tiranía de los 'olmecas,'

/'cabezas rapadas'
 y dividimos el destino: los mexicanos
 modelaron su reino bajo el signo de un águila
 /que devora a una serpiente
 mientras nosotros, aleccionados por Quetzalcóatl,
 concebimos la civilización cuando la serpiente que se arrastra
 /cría plumas y alcanza el vuelo:
 cuando se llega a la armonía
 de la idea y del acto,
 de la inteligencia y la fuerza.

El tesoro del Rey y el Rey de los nahuas
se miraron en silencio.

Y pensó Cereceda:

—¡Tanta historia para terminar alucinados por un puñado
/de abalorios!

Y pensó el Cacique:

—¡Tanta cultura y acabar fundiendo las filigranas de los orfebres,
prefiriendo el lingote,
el torpe peso del metal, al arte!

Y uno al otro, cortésmente, se sonrieron.

Y así empezó este pueblo
que todavía se equivoca
entre el abalorio y el oro.

AGOSTO 1995

La huelga del amor

La muchacha que se sentaba en la peña
 al borde del dulce mar de los nahuas.
 La contemplativa de falda azul.
 La muchacha que enterró al pie del tiempo la flecha quebrada
 porque allí quedaron avergonzadas nuestras armas.
 La que mojaba su delicado pie descalzo en las celestes aguas
 y decía: 'Todavía no vence el sol a la fría y desdeñosa luna.'
 La que hablaba desde allí, desde la peña,
 y el eco de la bahía autorizaba sus dictados,
 es la que dijo al pueblo y al hablar puso sus ojos impositivos
 /y severos
 sobre el amado y ya anciano Tlatoani,
 que volvía de Tola con su séquito,
 y poderosa fue su voz. —Me sangra—dijo—,
 me sangra el corazón: He visto
 a mis hermanos pasar cargados de cadenas,
 indios de paz acusados de ser indios de guerra
 para su venta en el lejano Sur.
 Las carabelas del Señor Pedrarias
 llenaban sus bodegas.
 ¿Esta es la palabra que cargan nuestros cuellos como yugo?
 ¿Habló así Don Gil, noble como nacido en un nido de águilas?
 ¿Habló así Hernando, el capitán
 decapitado por su inocencia altiva
 por el mismo regidor de la crueldad?
 Y tembló en el silencio el eco.
 Y el cacique erguido, levantó su mano y dijo:
 —'Dios ha hablado con labios de mujer.
 Ella lo ha dicho: no se acerque
 el varón a su hembra, guárdese
 distancia—la dignidad lo exige—
 no nazcan más esclavos de españoles.'
 Y comenzó la huelga del amor.
 Y rodeó al crimen de la fuerza
 el inmenso silencio de los tálamos.
 ¡Y se continuó la historia
 deteniéndola!

Una raya larga y roja en el polvo de la historia

Era esa nuestra ambición: ser pequeños y diáfanos y libres.

—John Ashbery

I

El hijo del domador odiaba a los leones
 Entraba a la jaula
 —como a la historia de su pueblo—
 lastimado por el fracaso de la mansedumbre.
 Odiaba la excesiva potestad de la melena
 heráldica y hedionda
 y la zarpa con su sello
 arbitrario
 de uñas rampantes
 en el mismísimo escudo de sus reyes.

Odiaba el miedo
 —ese dominio inestable
 entre el rugido y el látigo—

La sonrisa fósil del Rey odiaba

—‘Un león es militar
 y mata en sueños’—
 dijo.
 Y huyó del circo.

II

Unos indios güetares lo descargaron de la hamaca
 náufrago, de blanca sal su barba y azul
 su fiebre. Entonces
 el mar de Poseidón se unía
 con el mar de Chalchihuitl
 —la diosa de las faldas de esmeralda—
 por la aventura de un río oscuro
 y bárbaro, en cuyas riberas
 todavía acechaban
 los pululantes silencios de la selva.

Así se conocieron.
 El horóscopo la hacía inviolable
 a las codiciosas miradas de las Ixcuinanés
 —las cuatro diosas del amor—. Pero el prestigio
 del Mar, ese muro de la casa de los astros
 donde se cría el viento, hirió
 su corazón.

III

En el principio
 todos los caminos eran filosofía.

El hijo del domador decía: no he cruzado
 la mar para encontrar otra vez la espada.
 No he cruzado la mar
 para repetir el mundo.
 Ticay callaba. Venía
 de una áspera geología. (Los bebedores,
 los que rescatan los ocasos:
 es del Golfo—decían—de la sonriente
 tierra totonaca). Pero era Chorotega
 —de Imabite—y bajó de la falda del volcán
 con el andar de pie descalzo
 que es danza y es dominio y adorable
 cautela de jaguar. Por eso,
 porque de niña pasó su mano
 sobre la áspera pelambre azul de Momotombo
 y oyó la voz del monstruo:
 ‘Odio los volcanes—dijo—
 odio la arenga
 aniquilante de su lava
 No tienen mente y se alzan
 sobre las muestras más arcaicas de la indiferencia:
 arena y roca.’

Iban abriendo
 un sendero inédito en la sagrada selva.
 Sentían la misteriosa presión de su silencio
 que igualaba a los hombres. Su desazón
 que impele al viaje
 —desazón del ‘aquí’
 convertido en eterno transeúnte del ‘allá.’—

IV

Por la noche
 al levantarse el primer viento de la Luna
 unieron las riberas de dos mundos.
 —Cavila, español, cavila—
 Dijo Ticay, la silenciaria:
 Hemos juntado tales lejanías
 que he perdido mis dioses.

Ellos iban a la aurora. ‘Esa era su ambición:
 ser pequeños y diáfanos y libres.’

V

Pero rasgó la tiniebla
 un viento oscuro y al ladrido
 nocturno de los perros, respondió
 una luna verdosa y funeraria.

Lejos
 —entre el vocerío y los gemidos—
 las antorchas quemaban
 los harapos de la noche.

Avanzaba una rugiente
 correntada humana y en los vírgenes llanos
 sobre delgadas sendas abiertas por el pie
 dos mil bueyes mugían
 arrastrando la cureña de hierro y el inmenso féretro.

Había muerto Pedro Arias
 el de Ávila, el que antes de tocar tierra
 ahorcó a un grumete en el mástil de su nave.
 El que llevaba, junto al poder sin límites
 doquiera su ataúd; el que salió del Romancero
 a Panamá a cortar la cabeza al muy noble Núñez de Balboa
 —inventor del mar del Sur—. Los mastines
 abrían el desfile. Aullaban
 y el pueblo gemía. (El miedo gime).
 Caballeros con pendones. Alcaldes. Regidores. Jueces
 y tambores. Dos mil bueyes
 con banderolas negras, mugían
 arrastrando al Poder, al Hombre,
 al Justador
 al Bravo
 al Galán
 al que salió del Romancero
 para matar en la plaza de León al buen Don Gil.
 —El que inventó a Nicaragua y su Cacique.
 (*‘El paese scoperto é molto bello’*)
 Y avanzaban los bueyes y los huesos próceres crecían
 Los fémures crecían a fuerza de elegías
 de gritos, a fuerza de mandos, de discursos, el húmero,
 el cúbito, la tibia, el peroné, crecían en futuro, en muerte
 fundaban tiranías
 sonaban en el tiempo
 en el féretro sonaban los huesos y los siglos
 y su mano huesuda y empuñada
 iba rayando el polvo.
 Mano de mando y muerte / su huesuda
 mano / iba rayando una línea adversa,
 como un áspero hierro que rasga su futuro
 una raya
 un surco,
 hondo y sangriento como un grito,
 como una raya oscura
 una raya
 larga
 y roja
 en el polvo de la historia...

Mictlán

¿Conoces tú mi reino?
 ¿El ancho territorio de mi reino?
 Hace siglos ya estaba lleno mi reino de rostros secretos.
 Me decían entonces Mictlán
 y mi sombra era llanto.
 No fui musa. Muchos poetas
 sellaron sus labios cuando se asomaron
 al silencioso mar de mis pupilas.
 No dije palabra.
 Bastaba el oscuro signo de mis ojos
 bastaba su estremecedor abismo
 que no resisten ni los astros.
 Pero el residuo último del hombre no es la tristeza. Ni el silencio.
 No levantaré el velo. He pasado tres veces sin mirarte
 simulando indiferencia
 Pero tus poemas me detienen. Yo recojo
 las palabras que se aproximan al éxtasis.
 Mictlán lee.

Y leyendo a Cacamatzín
 Mictlán detuvo su vejez para escuchar sus húmedas palabras:
Cuicali cuicaqui in noyol nichoca...
 ‘Nuestras vidas son prestadas ¡ay!
 Y hemos de abandonar la tierra...’

Mictlán lee
 Y leyendo escuchó a Netzahualcóyotl
 en el lamento
 de su última interrogación
 —¿Oyes mi canto?
 —Mi canto es mi corazón
 y sin embargo
 ¡mi canto será siempre canto
 cuando mi corazón sea ceniza!
 Mictlán lee. Mictlán espera.
 Así escuchó en el país de las aguas dulces

al soñador imperial meditabundo
y detuvo su precoz vejez
para escuchar bajo la tarde su 'Canto Errante.'
Mictlán lee. ¡Tú escribe!
Y si ves una sombra rondarte
¡escribe!
Mictlanteot me decían los toltecas;
Arali los sumerios
Porque la muerte cambia su nombre,
no su hermosura.

EL INDIO Y EL VIOLÍN



LAS METAMÓRFOSIS

El Texoxe*

*'e platicase en aquella tierra e tienen por averiguado
entre los indios questos texoxes se transforman en
lagarto o perro o tigre o en la forma de animal que quieren.'*
—Oviedo

Un martes en la noche Carnestolendas
estando yo en la plaza que se dice de Gausana
el Cacique Caltónal pidió a don Luis de Farfán, el hidalgo,
un perro, porque tenía miedo a los texoxes,
'un escuintle ladrador y de colmillo
—dijo—pues los chuchos nativos son mudos y apocados.'
No le entendió el hidalgo su jerigonza y ofrecióle
un perrillo de su perra.
Volvióse el indio triste y tomó a su hijo pequeño
—'Llamé a mi chigüín que apenas balbuceaba
y díjele: mi maicecito verde dormirá en la mata'
y lo acostó consigo entre sus brazos
y se echó a dormir rodeado de los suyos
—'Dos lanceros de Yarime,
dos mazehuales con las armas a mano'
Y como fue de día hallóse sin el niño
y llorando y plañendo lo buscaba.
Corrióse la nueva como corre la desventura.
Cerraron sus puertas los vecinos
y solitario quedó el camino
—'Desamparado estaba
como cuando va a aclarar el día'
Y no lo hallaron sino sus huesos en la milpa
—'sus huesecitos comidos por la fiera
y un sartalito de piedrecillas verdes
que el niño usaba al cuello'
Y lo tomó la madre y besábalo
con muchos suspiros y lágrimas y voces:
—'¡Nopiltzé! ¡Nocosqué! ¡Noquetzalé!'
¡Hijito mío! ¡Collarcito mío! ¡Plumaje mío!

* Texoxe: brujo

Fábula secreta

homenaje a Monimbó

Gobernando
don José de Portal
la Provincia de Nicaragua
cautivó en Monimbó a un indio
que decían 'Texoxe'
que es tanto como 'brujo.' Y lo ató
a una cadena. Y acaeció
que al cabo de la noche
encontró al cabo
de la cadena
no un indio
sino un puma.
(Y se mandó guardar secreto del hechizo
para que no se divulgara
que el indio vuélvese león, encadenado).

Elegía al gozque mudo o perrillo de indias

En el V Centenario de su desaparición.

'Per tropo variar, natura é bella'
cita Oviedo a propósito del gozque
prudente de las Indias
que no ladraba
igual que las cigarras de Seripho
—la isla—que son mudas
y que las ranas de Cirene
que no cantan.

Es también el indio inclinado al silencio
por dar posada mejor al pensamiento,
pero llegaron gentes
de climas excitados o locuaces
como algunos abuelos incansables
y amontonaron sonoras
voces en el alto
tono del español hablante
—voces sobre voces—
y el perrillo, invadido de palabras
triste
fuese perdiendo.
Pero
dejó en el alma del mestizo
un respetuoso silencio
que hizo de la Casa del Ser su Templo.

Lycantropías

Los sueños
 son la aventura nocturna del lenguaje.
 Mondoy, el poeta, funda su noche
 sobre la virtud de la palabra.
 Abandona la casa del cuerpo y va diciendo:
 'Sea el amor en el tiempo
 como un tigre en el espacio.' Y un jaguar
 de ojos pardos
 pasa
 a paso de estrofas felinas
 hacia la piedra lunar donde ella yace.
 En las aguas del río
 sus manchas
 dibujan flores. Y el diente
 —espina del beso—
 transforma su ferocidad
 en un verbo lácteo de agazapada inocencia.

Pero en otro espacio la palabra estalla
 su furia. Es Norome, el guerrero
 que cruza el llanto del río, y sus manchas
 son la sangre de una espada que gotea gemidos.

Herirá la noche un grito. Y mujeres
 con ramos fúnebres maldecirán la tiniebla
 en que un tigre se hace corazón.

También sobre el Cadejo la fábula nos dice
 que si es blanco
 defiende perseguidos
 y si es negro
 devora a los amantes.

MEMORIAL DE NAMOTIVÁ

I POEMAS ATRIBUIDOS A NUHYUMBE

Esclavitudes

Esclavitudes: endechas
de vocales plañideras!
Frentes inclinadas
cargan un sol a la espalda
y el mecapal se mancha de crepúsculo.
Ya te aderezas con la flor de tu ira
Ya te cubres el rostro con la máscara ritual
 Tu danza es la cautela
Ya te despojas de tu andar callejero
 Tu paso es el tigre
Ya dispara flechas tu arco
como silbos de serpiente.
Valiente es tu lucha. Y ganas
tu libertad.

 Ahora
a tus ojos eres un dios erguido.
Tu frente en alto
un sol de orgullosa lumbre.
¿Quién podrá con la flor de tu ira?
¿Quién se atreverá a detener el paso del tigre?
Tus órdenes son tajantes como cuchillos.
Has vencido.
Pero otras frentes se inclinan
al peso de tu libertad.
¡Esclavitudes!

El Mestizo

'Mientras que los blancos proclamaban que los indios eran bestias, los segundos se contentaban con sospechar que los primeros eran dioses. A ignorancia igual, el segundo procedimiento es más digno de hombres, ciertamente'

—C. Levi-Strauss
(*Tristes Tropiques*)

a Oscar Acosta

En la montaña las acacias de hojas delgadas
/como dedos de mujer
sorprenden al viento fabricando los más pequeños
/y zumbantes colibríes.

Ticay cruza el crepúsculo y viendo caer el sol reta
/a los dioses:

—He visto morir a la doncella arrojada al cráter terrible
los sacerdotes nos dijeron que se convertía en diosa
pero en su boca se helaba una sonrisa.

—Odio los dioses que engendran muerte,
dijo. Sacrificar una doncella no hace sonreír al Cielo.

Y miró a lo alto nublado por Tláloc y sus pequeños
/ángeles de alas negras

—Yo sé, dijo Ticay, que el Trueno no vendrá a mis brazos
Que ningún dios se atreve a ocupar el trono
/del corazón de una mujer

Pero la sañuda potencia no me intimida
Para morir el hombre no necesita dioses
Si un Dios hay

será para vencer a la muerte. Oye
tú,

dios desconocido,
que has querido ocultarte detrás del follaje
astro asequible y benévolo, ¡ójyeme!

Si despiertas amor ¿por qué me huyes?
¿Eres tú cultivador del temor o conoces la ternura
/que el cielo puso en mi seno?
¿Matas o amas? ¿Eres el dios esperado por las enamoradas,
las que danzamos al rumor del mar envueltas en su
/aliento de dios amante?
¿Conoces la belleza o la destruyes?
Y el dios sonrió detrás del follaje y vino a ella
/iluminado por el astro
y llegó ella a la aldea temblorosa de placer y pálida
y gestó su hijo y cuando ella, inmortal, rememoraba
/su encuentro
el viejo cacique sabio sonreía, informado por sus
/espías del naufragio
de unos hombres de hierro, rubios y barbados
cuyas canoas gigantes fueron destruidas por los
/vientos papagayos.



Atabal en memoria de una historia perdida

En las constelaciones nuestros muertos
 formaron coros titilando sus consejos.
 La sabiduría junta lo vario,
 concilia lo distinto—nos decían.
 Éramos pares
 y en igualdad se regía nuestro pueblo.
 No así los niquiranos, nuestros vecinos
 sumisos a un jefe.
 Colocaban esteras a los pies del Cacique
 para que no tocara tierra.
 Nuestros padres miraron con desprecio
 su gente belicosa
 su cerámica torpe
 la hojarasca de sus cantos épicos
 sus bárbaros festejos
 donde sólo bailan hombres
 —guerreros con lanzas—
 al toque del tambor.

Un día nos retaron
 nos robaron tierras y mujeres
 y el Consejo nos convocó a la guerra
 y conocimos la victoria.
 ¡Ay, lo que fuera nuestro orgullo
 es ahora nuestro lamento!
 Desde las estrellas
 los ojos de nuestros dioses
 ya no se asoman. Con las armas
 vencimos, pero las armas nos perdieron.
 Ahora suena el tambor
 ahora nuestra cerámica perdió su arte
 y preferimos en los bailes los guerreros con lanzas
 y colocamos esteras a los pies de los Jefes
 para que no toquen la tierra.

Dijo Nuhyumbe: 'Cría números y te sacarán los ojos'

Cuando los ricos hacían sus festejos
alguna vez que fui, bostezaba
escuchándolos hablar
de sus negocios. La música
de sus violines
no lograba callar
los precios de los mercados.
Venían de producir
y seguían hablando de producción.

Sucio de cifras, en mi hastío
miraba el cielo ¡oh, luna!
¡oh, luna caliente
de los Dirianes!
¿Para qué empollas?
De la boca
de los amantes
ya no nacen palabras
¡sólo números!

Ahora que el pueblo ha cambiado
de mano las riquezas
he ido a las fiestas del trabajo
y he vuelto a bostezar.
Los que tejen
sólo hablan del precio de los tejidos.
Los fabricantes de ollas
sólo hablan de los precios
de la loza en los mercados.
Las guitarras
inútilmente abren
las cortinas de la noche.
Vienen de producir

y siguen hablando de producción.
¡Oh, luna!
¡oh, luna irredimible
de los Dirianes!
¿Para qué empollas?
De la boca
de los amantes
ya no nacen palabras
¡sólo números!

Poema maya sobre el Tiempo

El Tiempo: un dios
hecho de momentos
y cada momento un rostro
y en cada rostro
la huella del Tiempo
que es un dios
hecho de momentos
y cada momento
un rostro
y en cada rostro
la huella del Tiempo
que es un dios
hecho de momentos...

II POEMAS ATRIBUIDOS A MONDOY

Casa con huerta

Debajo del Malinche de flores bermejas
el carpintero cepilla la alfajía de caoba
y la mujer, sentada, teje el junco de la silla.

Un pájaro manso mira
de reajo. La abuela
encierra jaguares policromos
en sus tinajas de barro.

En los breves silencios voces
vuelan de un solar a otro solar.
Todo el mundo habla. Se cruzan
palabras de enamorados,
de contratistas, de sembradores
que retornan con sus bueyes.
De la herrería vecina el golpe estridente
sobre el hierro cruza las huertas
y atraviesa el calor con sus lanzas.
Un sol como éste pudo presenciar la muerte de César
o el derrumbe de Copán.
La abuela se pone de pie
y nunca acaba de enderezarse.
Mirando la tarde dice:
—El tiempo se cansa.
Y un niño orina junto a la piñuela.

Yo no sé qué ocaso hay en las voces
y en el chorrillo amarillento del niño enfermo
porque la tarde cambia
y las brisas cesan
y los pájaros parten
y el sol se tiende en el suelo
y muere en silencio
como un pobre.



El indio y el violín

Cuando Mondoy toca el violín las nubes de diciembre
 /se desmenuzan en plumas
 y al Este cruzan seres celestes en bandos de Calandrias, de Paujiles,
 /de Jilgueros, de Zorzales.
 Mondoy cierra los ojos y ladea la cabeza como los ciegos
 porque la música es una ceguera dulce,
 una laguna de aguas azules.

Por su escala
 bajan las siete muchachas, las madrugadoras
 a recoger en su red el lucero matutino
 —coletea entre los juncos en el agua orillera—
 y Tonantzin lo toma de las agallas y la ilumina el alba.

El aliento de Tonantzin es el país ilimitado
 donde aletea el violín de Mondoy y gira
 volátil con un plumaje de palabras secretas.

He oído cánticos en las cerámicas chorotegas
 —ocarinas lunares de vientos lentos que levantan
 olas en la laguna como escamas de peces—
 pero no esta lluvia, no esta ternura cuando
 Mondoy toca el violín y llueve
 en Diriomo, en Diriá, en Dirita, en Nindirí.
 (¿Acaso no has tenido en el pecho,
 empapándote en música,
 el rostro de una mujer que llora?)

Volverá, tal vez, Agosto, el opresor
 azuzando sus perros de fuego en la canícula.
 Husmean los caminos del sueño. Saben
 que la libertad es un vuelo. O un pensar.
 O un cantar cuando Mondoy toca el violín.

Pero nada muere. En el aire
hemos sembrado nuestras estrellas y podemos
levantar el pensamiento y sostenerlo
sobre el puro azul. Mondoy
traza una cruz de música en la constelación
del Sur. Mondoy toca el violín
y nuestros pueblos indios peregrinan
al lugar de la promesa.

Una línea blanca marca el borde tiernísimo
/del horizonte
es la hora en que bajan las muchachas
—las soñadoras— con sus sábanas blancas
a recoger el lucero vespertino
y Tonantzin lo toma entre sus brazos
y escuchamos
el llanto de un niño
cuando Mondoy toca el violín.

NOTA 'Tonantzin' (to: nuestra; nantli: madre;
zin: querida). En este caso es la Virgen
(lucero matutino) y Madre (lucero vespertino).

Elegía a la muerte de un zenzontle*

en memoria de Carlos Drummond de Andrade

En el ocaso de la metáfora
allí donde una palabra
pierde el sentido
y cae:

muere el zenzontle.
—el agua
inventó la música
y este pájaro
copió en cristal
sus textos—

400 voces
sostuvieron su ramo
de trinos. Día a día.
Con gorjeos en náhuatl
nic mati / nic itoa / nic ilnamiqui
cuando pienso / cuando digo / cuando recuerdo
¿morirán conmigo mis palabras?
La sirena—mi hermana—
canta triste en los escollos
(una estrella
ha perdido
su silbo). ¿Volverá
tu pajarería de Tula
tus ocarinas ulúas
tu algarabía
—Al—arabiya—
de árabes, tus palomas
de Castilla y síes
de güises nindiríes?
Hijo del aire
pájaro palabra canto
líbranos de la soledad
que incomunica las cosas

del adjetivo malo
 sordo como una tapia
 ¡líbranos!
 ¡Establece
 la relación / el beso
 el símil
 entre el cuchillo
 y el lucero,
 la sonrisa
 y la rosa (curiosa
 suma de labios)
 y entre el mar
 —tan solitario—
 y esta gota
 de llanto!

***NOTA** del náhuatl 'centzontli': 400
 ó multitud y 'tlatolli': voz, voces.
 Ave canora (*Mimus poliglottos*)
 de asombrosa variedad de voces
 y acentuado instinto de imitación (Mántica).

En Tikal

Los estrelleros indios suben
a sus altas pirámides.
Sube también Mondoy
a observar su destino.

Espejo de la tierra
el cielo
invierte en astros y estrellas
el dolor del hombre.
Aquel lucero de cárdeno
ardor—dice el astrólogo—
acusa un crimen. Aquellas
constelaciones: guerra.
Y aquel cometa
de cauda melancólica
registra un subitáneo
amor que engendrará el poema.

Pero invocó Mondoy a Xamán
—señor del sueño—
y fue transportado al centelleante
camino de la galaxia. Allí los dioses
su inverso destino consultaban
en las lejanas pupilas de los hombres.
Fijos estaban los ojos de los astros
en los ojos de los amantes
—para la armonía de sus órbitas,
en los ojos de los guerreros
—de nefastas catástrofes,
en los ojos de los pobres
—donde titilan lágrimas
que encienden liberaciones.

Pensó entonces Mondoy:
—¡Un solo pensamiento

del corazón
puede legislar el Universo!
Y bajó entonces
la inclinada gradería
—¿subo o desciendo?, preguntó
mirando las Pléyades
la Osa, Aldebarán
la Luna, las infinitas
arenas estelares,
el cielo inmenso
Y, abajo, sólo un lecho

El otro cielo.

Letanía náhuatl

El Aire del aire
 El que da un paso y se abre un universo
 El que trabaja de noche
 El Gran Jefe del Misterio
 La mano en alto que hay dentro de todos los árboles
 El Dador de lo Verde
 El Encendedor del Fuego
 El Dueño de la Montaña
 El Inventor de las Islas
 El Propietario de la Música
 El Fabricante de las Pupilas
 El Padre de los Niños
 El que Habla
 El Pescador de Almas
 El que murmura cosas en el viento
 El Existente
 El que no va solo
 El Corazón del Cielo
 Aquel que nos acompaña
 El Antiguo Secreto
 El Cielo de la tierra
 Aquel por quien se vive
 El innombrable
 El Único que tiene nombre
 El Inexplicable
 El Invocado
 El Invisible
 El joven de innumerables siglos
 El Abuelo
 El Padre
 estaba
 mirando hacia el camino
 y me esperaba.

El testamento

Llegó la abuela
con su pausado balanceo de navío.
Cuando ella entraba
la Historia entraba con un fru-frú de páginas innumerables
en el ruido de sus enaguas.

Sus ojos gobernaban por decretos
de dulces mimos
y maternas severidades,
pero esta vez avanzó cargando la mansedumbre con fatiga,
se sentó quejumbrosa
en el monárquico taburete de las amonestaciones
y puso su canasta de tejedora al pie de la silla.

—Hija mía Juliana—murmuró—este delantal de bambas
es para que bailes al Doctor Jerónimo en nombre de tu raza.
Sé que te gusta el baile y la tremolina
¡baila, muchacha! ¡que no se acabe
el ritmo de este pueblo! El día
que nuestros huesos pierdan su música
seremos desplazados por extranjeros.

—Y a vos, Celedonio, te dejo el puño
de plata del bastón de tu padre.
Eres el mayor y tengo años de esperar
que presidas al Cabildo
con la vara de Alcalde en la mano. ¿Qué te pasa muchacho?
¿Se hizo horchata tu sangre de cacique? A la casa
de tu padre el pueblo entraba
y salía a buscar sus palabras!

—A Dámaso díganle que le dejo la cutacha del abuelo.
Está colgada del clavo.
Nunca la saqué de su vaina pero el muchacho es levantisco
y anda metiéndose en problemas.
Me gustan sus azares. Dámaso

es un peligro, pero no será por él
que mi pueblo acepte el yugo.

—Y a vos, rinconero, que te gusta fatigarte con letras
te dejo este libro de cantos
que cantaron tus antecesores.
¡Que no se rompa el hilo! ¡Escribe!
¡Pobre muchacho: cuando tu padre sembraba
y te daba el arado
nunca trazaste un surco derecho! Te dejo
indefenso contra el hambre
pero mi pueblo necesita soñadores!

—Y a vos, Lupita, que te me estás quedando suelta sin tu voluntad
te dejo mi canasta de tejidos con algunos ahorros en el fondo.
¡A ver si te cambias de peinado y empolvas y haces un esfuerzo
Lupita: no hay que ser tan pasiva, hija mía!
Enciende lirios, enciende pájaros,
quema el borde de la noche,
el oficio de la mujer es encender el cielo
de estrellas en el ojo del varón.
...¿Adónde vamos si se apaga la aventura?

Y se recostó en el taburete cansada de su testamento
y se quedó suavemente dormida.

Y nunca despertó.

◀ libro de horas ▶

LIBRO DE HORAS

HIMNO DE HORAS A LOS OJOS DE NUESTRA SEÑORA

I

*'Hija de Dios Padre,
Virgen Purísima antes del parto,
En tus manos encomiendo mi fe
Para que la alumbres.'*

Los ojos de Nuestra Señora eran azules en la Anunciación.
Desde el primer amanecer,
desde las brisas primeras, ya agrupadas,
se dispuso el color. Era la inocencia,
la expectación inefable de las criaturas iniciales
pronunciando el color de la Promesa.

Desde la fe de las alondras, antes aún,
desde las aguas:
el Espíritu Santo flotaba sobre sus ojos.
No había un aire, no había un plenilunio
que al presentir la ternura venidera
dejara de sumar su azul. Iban sosteniendo soledades,
la rosa náutica y el origen cristal de los océanos.
Todo el azul del tiempo, la voz de los profetas,
daban color de virgen y milagro
porque es feliz el azul. Y claro.

Ella era anterior a las lejanías.

Antecedente y victoriosa.

Desde su infancia,
todas las horas giraban reverentes alrededor de su contemplación.
Todas las aves, las herederas de las antiguas,
/volvían a reconocer
la primera exactitud del aire.

¡Oh, cielo de mirar, ave María:
vuelo de azul y fe tan transparente
que el Señor es contigo y bendita Tú eres
entre todas las auroras que cantan tu pupila!

Ha venido el Arcángel por tu mirada limpia,
 el colibrí ha volado y el mirlo y la Escritura,
 y hay un aire amante que cruzan anunciando
 eternos mensajeros.

Nosotros recordamos tu azul en este canto.
 Recibimos la Luz y abrimos tu ventana
 al valle, al empañado valle matinal de nuestras lágrimas,
 deseando recobrar esa mirada,
 esas primeras aguas,
 esa certidumbre azul que cruzan los arcángeles.

¡Vuelve a nosotros esos tus ojos,
 donde los querubines, sentados en tus pestañas,
 contemplan el silencio del Pez en el azul tranquilo!

¡Deja, Señora, que miremos con la fe de tu mirada!
 ¡De mirar y mirar, nuestros ojos alcancen tu distancia!
 ¡Irán bebiendo azul
 llegando a cumbres,
 ascendiendo a silencios,
 encontrando calandrias y ángeles anunciadores
 como de tanta altura, palomas y palomas...!

II

*'Madre de Dios Hijo
Virgen Purísima en el parto,
En tus manos encomiendo mi esperanza
Para que la alientes.'*

Los ojos de Nuestra Señora eran verdes en la Navidad.
Como el cedro que arde en las llamas verdes del Líbano,
como el ciprés delgado que pulsa el viento de Sión,
como la palma que asciende y estalla sus ramas sobre Cades,
como la rosa de Jericó.
Como la espaciosa oliva de lenta sangre sacramental
/y propiciatoria.

Así como el cinamomo y el bálsamo,
como el aroma de mansos vegetales
era tu mirada, ¡la fértil mirada de la tierra!
¡Oh, Madre! ¡Oh, fecunda entre todas las primaveras!,
oigo los bosques musicales, oigo el viento
transportando los dulces vagidos, el llanto tenue de los niños.
Madre luminosa, procesiones felices de vientres florecidos
atravesan la alameda de tus ojos
y van cantando el canto germinal de las mañanas:

Dios te salve, María, congregación de los trigales;
en tus ojos la uva prepara su vendimia
y en tu mirada pasta sonrisas el Cordero.
¡Bendita es tu pupila teñida de esperanza
y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús!

Belén es el nombre de mi infancia, lo adornaban
lejanos elefantes, musgo de montañas
y estrellas al alcance de la mano.
Cuando éramos inocentes, íbamos con las ovejas
y mirábamos en la mirada de tus ojos campiñas en miniatura.
Cantaban los pinares, ¡ah! ¡saludábamos al Infante!
Saludábamos al Chiquito-Dios, al Príncipe de los Presagios,
al Preferido!
¡Verdes caminos llevaban a Belén!

Recuerda los pequeños indios entrando de rodillas
a tus ojos sonrientes. Nosotros jugábamos con el buey.
Y un Ángel recorría a vuelo tu pupila,
adormeciéndonos con fábulas celestes y violines.

Entonces Tú cantabas cantos de cuna para nosotros
y mirabas lejanamente hacia los días futuros
con los ojos humedecidos como los campos con rocío.

¡Esta es la mirada por donde el hombre regresa a su esperanza!
Por aquí partimos, ventura andando, a fugitivos sueños.
Mirábamos desde Belén otras ciudades,
otras estrellas
y noches distraídas de intacta plenitud.

¡Oh, la nostalgia otoñal por tus verdes miradores!
¡Tantas ventanas inútiles para asomar al canto,
para mirar el musical deseo!
Abre tus ojos, oh, Madre del recuerdo,
mírame con Belén, quiero mi infancia!

III

*'Esposa de Dios Espíritu Santo,
Virgen Purísima después del parto,
En tus manos encomiendo mi caridad
Para que la inflames.'*

¡Los ojos de Nuestra Señora eran negros en la Pasión;
negros como incendiados por vastas noches en llamas,
negros bajo el amor soplando inenarrables gemidos,
solitarios ojos, víctimas en ceniza de la encendida pena!

¿De qué remoto llanto baja tanta pesadumbre?...

¡Descienden desde Abel las aguas del lamento,
y atraviesa sus ojos el dolor de la historia
como río funeral en prolongada noche!

Yo no sé si la azucena herida en la penumbra,
o la fatigada paloma que el viento arroja al páramo,
tienen ese temblor de gemido ya desecho,
o ese puñal impalpable en el doloroso cáliz
/de su aliento.

Pero hay un hijo que muere dentro de su propia sangre,
y una frente que se inclina en el dolor de su frente.

¡Tantos besos guardados para caer heridos,
para anidar en llagas y teñirse de martirio!
¡Tanto canto de cuna para mecer su muerte
en el pavor de un ritmo helado y detenido!

¡Decidle, los que pasan; aquellos que han perdido
la dulzura de un nombre donde posar los labios,
decidle si hay dolor más triste que sus ojos
o color más amargo que su oscura mirada!

¡Oh, fondo de tus ojos, Señora de la muerte,
como nocturnas aves las tinieblas acechan
el pálido cadáver que yace en tus pupilas!

¿Quién podrá consolar el cielo que ciñe
los mares de tu nombre? ¡Horizontes de ultraje
han cercado las aguas oscuras del consuelo!

¡Madre de la aflicción, crucificada entraña,
has dado a sombras el fruto de tu vientre
con el dolor de sangre de todas las mujeres!

¡Déjame en este canto asomarme a tus ojos
y encontrar esa sombra donde el amor reside
aquí, junto a la Cruz que se alza en tus pupilas!

¡Oh, Eva dolorosa! ¡Corta el fruto del Árbol
—la manzana encendida que brota del costado—
tengo el pecho con hambre!, ¡tengo el pecho contigo,
abierto por la espada!

ALBA

Capítulo

Cortada la media noche por el filo de la luz (la luz fue creada antes del sol), un aire angélico y transparente toca el agua, anciana como la mujer de Zacarías, la abuela agua Madre de la tierra, y conmueve su vientre una novedad poderosa. Vida necesaria. Tiempo creador. Algo nace—maitines—y sube las escalas del sueño hasta el canto del gallo. Bate éste sus alas, mas no vuela, sino canta. Porque la poesía está detenida por la muerte.

Así, el día se profetiza en vísperas de su creación. Después vendrá el Ángel de la Patria a recrear sus posesiones. Y en el alba comenzará, cotidianamente, la esperanza.

Antífona del soñador

Desde la sangre estamos despertando.
Hemos tejido los sueños postreros. Hacemos guirnaldas
entresofiando. Las sábanas frescas te reciben,
¡oh, anuncio! ¡oh, promesa! ¡oh, serena esperanza!
—Los gallos están cantando.

No despertamos. No hay luz para recorrer
las primeras espigas, las húmedas florecillas
que nacieron a la zarza. Estamos como suponiendo
que nuestras manos tocan dulces flores.
—Y el sereno está cayendo.

No. Este canto no transcurre en el sonido.
¡Yo todavía estoy tan lejos! Tengo sombra.
Pero hay un lento trance que evapora la muerte de este sueño.
Esta es la luz aun antes de su nombre.
—Apenas su sentido.

Coral de los poetas del alba

¡Resurrexit sicut dixit Alleluia !

¡Ah! ¡Ya empezó el mundo a dar su vuelta!
 Los cuatro vientos han hecho girar los perfumes que reposaban.
 El perfume de la luna se ha derramado en las ubres,
 en los pechos de la mujer se ha derramado.
 El perfume de la estrella solitaria se ha movido en las rosas,
 en los labios de las doncellas ha sonreído.
 El perfume del silencio ha recorrido la palabra,
 en la voz de los poetas ha florecido.

Ved a los hombres que piden sus caballos,
 los hombres que dan voces en las sábanas del alba.
 ¡Ah! ya fueron formados los caballos y los caminos nuevos.
 Todos los animales, todos los elementos han encontrado su novedad.
 Esta es la hora en que reconocemos la infancia del niño,
 esta es la hora de la ternura del ternero.
 La hora que está balando, cantando, acurrucando.
 Ya llegaron las mujeres, las madrugadoras, al nido de los ángeles.
 Ya regresan las mujeres, las madrugadoras,
 /con los rostros recién lavados,
 con las gotas de la mañana en el nacimiento de sus cabellos.
 ‘El cielo—han dicho—es el dulce país de la luz.’
 Los hombres han montado sus caballos y se encaminan a su edad.
 Van por sus años andando.

Vamos con la luz a la cintura, vamos chapoteando.
 Nosotros sabemos que la felicidad es una suma de auroras.
 Hemos bebido el vino de la mañana,
 en los corrales, en los establos hemos bebido el jugo del alba.

¡Somos los hombres-nuevos!

Himno Nacional (en vísperas de la luz)

En el límite del alba mi pequeño país toma las aguas tendidas,
 las grandes aguas desnudas que descansan.
 'Haré lagunas este día,' piensa. Cuenta, de dos en dos, sus árboles,
 sus aldeas cubiertas de rocío,
 sus territorios que salen despacio noche afuera.
 Antes del hombre, aun antes de los gallos
 mi dulce país arregla su porción de paisaje:
 'Colocaré este azul sobre una nueva mujer,'
 'este lugar proyecto para mejores vientos'—va diciendo.
 ¡A vosotros os antecede, hombres de mi tierra!
 Pulsa el alba, otras nostalgias pulsa para buscar el ángel
 que circula de sueño a sueño alrededor de nuestros aires.
 Mi pequeño país, entre tantos, va historiando sus flores,
 la difícil biografía de la golondrina,
 fechas de ceibos, de conejos,
 historias de hombres rebeldes, otros destinos
 en una fuente, en una comarca apenas designada.
 Países hay que escogieron calendarios afanosos
 para eclipsar las antiguas escrituras.
 Llámase Imperio el dolor de unos hombres lejanos.
 Se llamará 'Inmortal' un nombre arrojado contra el bronce.
 Pero he aquí que existe este lugar dispuesto para ser eterno
 por la sola palabra que un ángel dicta recorriendo los maitines.
 ¡Mi pequeño país es habitado por vegetales menos solemnes,
 por silencios naturales que van de canto a canto,
 entre hombres así, entre montañas asequibles al llanto
 y ríos prudentes que transportan con mansedumbre sus estrellas!
 Aquí hemos criado olvidos elementales para ser comunes,
 vegetaciones insistentes para cubrir a tiempo nuestras huellas.
 Y existe un ángel que repudia nuestras oportunidades
 —¡cierra con insolencia las sórdidas ventanas de los mercaderes!—
 y viene urgiendo una palabra más, un canto más
 en la pobre aldea que no trasciende,
 donde habita ese niño pálido que nosotros desconocimos.



Por eso el alba toma el hilo al sueño desde los pájaros
 y va penetrando a todos los que tienen inscrito su silencio.
 (Mi pequeño país cristiano se compone de unas pocas primaveras
 /y campanarios,
 de zenzontles, cortos ferrocarriles y niños marineros).
 ‘Tenemos este quehacer, esta palabra entre todos,’ ha dicho,
 y así comienza, a punto de los albores, reclamando
 a ti, zafiro, llamado último lucero,
 al venado, al güís, al chichitote—un pájaro madrugador—
 su coro de claridad para alabar la luz.
 Voy recorriendo a tantos, llamando a cuantos tienen
 /ganado su silencio:
 A ti, José Muñoz, carpintero de oficio, que sabes hacer mi mesa,
 toma este lucero. Sale a guiar su hora. ¡Arréglalo!
 Y tú, Martín Zepeda, pues vas de caminante, arrea
 estos pájaros. Dales canto o diles
 lo que sabes del pan y la guitarra.
 Y a ti, Pedro Canisal, vaquero, muchacho agreste:
 ensilla el horizonte, monta al final la noche, ¡dómala!
 Todos sueñen. Todos muestren que están conmigo
 haciendo este futuro día, esbelto y sin zozobras.
 Busco a Juan, ‘el Chato,’ en este barrio de albañiles.
 A Gumersindo, jornalero de caminos.
 Tengo un ancho espacio que llenar
 de Chontales a León, de norte a río, de río a corazón.
 Esta voz tuya, Gregorio Malespín, cantador de Cuiscoma:
 ¡Levántate!
 Mira la gente que va conmigo. Ya lo están cantando:
 lagos, lagunas, madre selvas
 árboles y campesinos dicen: ‘Alabado sea el Justo
 y Buen Señor que va dando a cada país lo suyo:
 esta noche al nuestro.
 Este descanso conseguido.’
 Por tanto,

en alabanza y canto merecido,
árboles y campesinos digan: 'Alabado sea el Dueño
de esta posesión. Levantó una noche más y fuese
andando, a cubrir otro lugar de más necesidad.'
Porque así agradecemos debidamente este lugar.
Así volvemos a vivir debidamente nuestro lugar.
Mi pequeño país te solicita para la oración y el himno
/de los que vamos a despertar.
Recuerda hermano, las lomas de Colojá y su césped verde.
Tú, Jacinto Estrada, regocíjate de tu isla
con sus frutales que rondan en susurro las abejas.
¡Madre mía, desde el balcón de tu casa bendice mi respiración!
Mientras yo sueño con un canto donde va amontonándose
todo este ritmo patrio de ángeles celestes y verdes palmas,
medidas, de babor a estribor, por un viento de flautas lentas.

MAÑANA

Capítulo

Después del agua, el aire, don-Aire del día.

Galopan los diptongos de las campanas. Es la hora virgen de la Anunciación. Pájaros y torres. Mensajeros. Tiempo elemental del pan y del vino. Del trigo y de la palabra 'nueva.'

En los ritos campales, los labradores reconocen el primer sudor, hermano de la espiga. Sol fecundador.

La mañana es del Espíritu. 'Lumen Cordium.'

Antífona matinal

Un vaso de cristal purísimo es el cielo.
Piensa en esta mañana
que guardas en tu pupila llena de asombro:
estudia los pájaros que enjaula, escruta
su bruñido azul
y dale nombre.
¡Lámala Inés
o Ágata!

Coro matinal de los labradores

Canción para la danza del trigo:
Grito de oro.

¡Planta triunfal!

Flecha sutil del pan. Espada
vegetal en la puerta del paraíso.

¡Trigo!

Cañada de trigo: cetro en la mano del Poder.
Borda la celeste túnica: aguja cereal.
Borda el manto del sol.

¡Trigo!

Enciende el hambre del misterio nuevo
Mata el hambre del terrestre. ¡Liberta trigo!
Cetro en la mano del Amor:

¡Planta triunfal!

Invitación a los vagabundos

*‘Entonces se les abrieron los ojos
y le reconocieron.’*

Lucas 24:31

Torres

Altos pastores del día.

Cencerros del metal celeste, esquilas
para nosotros, vagabundos,
rebaños del roto redil y solitarios
que vimos arder la estrella matinal.

A los que nadie había reunido, ellos llamaron:

—‘Sal a los caminos y cercados
e impele a cuantos halles.’

—‘Tú que no te conoces: eres nuestro hermano.’

Y preguntaban al caminante:

—‘¿Dónde queda la cabaña de los huérfanos?’
y a los boteros que madrugaban sobre las olas:
—‘Danos la ruta de la isla del ciego.’

Oí en el muelle las voces de los pescadores

y el chirriar de las velas matutinas:

‘¿Dónde es la peña en que llora la viuda del navegante?’

Y al sabanero de gritos largos embebidos de horizonte:

—‘Préstanos tu caballo para rescatar al perdido.’

Torres

Arcángeles de piedra.

Voces para los hijos de la inexactitud y la fatiga:

los lisiados, los tristes, los que sufren

persecución por la justicia.

—‘Hemos visto—dijeron—caer en el desgaste las palabras
que trabajosamente elaboramos para nombrar nuestros sueños.’



Esto decían.
 Porque llegaban los vagabundos.
 Porque eran los desengañados y los fugitivos;
 los exiliados que anunciaron la bendecida insurrección
 /de la pobreza;
 y había hombres de ébano segregados en sus reinos nocturnos:
 pastores de ojos distantes
 que enumeraron los árboles legendarios a cuya sombra dormían.

Y vimos al poeta con su inadmisibles traje de melancolía;
 y miramos al ciego con su paso flotante y sus manos
 en busca de un horizonte intocable;
 y al cojo saltando sobre su obstáculo invisible
 y al soldado que es un mendigo de llagas más recientes
 —‘Hemos dado ya demasiados muertos a las preguntas
 /irresolutas
 miramos a un lado y otro y nuestros padres
 y los padres de nuestros padres
 abrieron agujeros en la tierra para enterrar sus nombres,
 para sembrarlos en la esperanza de producir su nombre nuevo,
 un nombre pronunciable y no anónimo, indeleble, memorable,
 /respetuosamente exaltado.
 Sepultaron largos siglos sus humillados nombres,
 murieron largos siglos y abonaron largos siglos la sedienta tierra,
 pero la muerte sólo produjo silencio y el olvido acumuló
 /nuevos olvidos,
 y volvieron a crecer interrogaciones sobre las tumbas
 y preguntas sobre los túmulos
 y otra vez la esperanza es una emboscada
 y la felicidad otra vez un futuro
 que debe ser construido con nuevas sepulturas innumerables.’

Esto decían.
 Y callaron las campanas.
 ¿Quién era el último vagabundo que regresaba de la noche?
 Vimos su sombra larga adelantarse sobre el polvo
 y despertar las flores con trémulos golpes de rocío.

¿Acaso tú has oído al mendigo cuando dice:
 'Inauguración de mis tristezas llamo a la Noche'?
 ¿Ha llegado a tu canto la voz del desterrado que murmura:
 'Patria se llama mi obligación de partir'?

Tal era el último mendigo.
 Y los que le vieron llegar,
 creyeron oír en su silencio lo que no escucharon en las palabras.
 Veíamos a los hombres desconocidos colocar delante de su fatiga
 interrogaciones en idiomas dulcemente extraños.
 Pescadores acostumbrados a la profundidad
 esperaban de sus labios lo que nunca habían esperado
 /de los labios del mar

Y vimos los ojos de la prostituta
 zozobrantes y humildes.

Y unos y otros se decían:
 —¿'Quién es el último mendigo'?
 y unos y otros volvían a él y preguntaban:
 —'Dinos, ¿qué hemos de hacer con nuestros pensamientos?'
 Y él callaba.

Y le vimos avanzar hacia la mesa,
 poner su báculo usado, abrir su alforja
 y al tomar el pan y al partirlo
 se nos abrieron los ojos.



TARDE

Capítulo

Fuego: esencia del mediodía.

La Tarde corre encendida desde la hora de la crucifixión a la hora del descendimiento. El reloj de la Cruz da su hora de sangre. Hora de los mártires. Hora del grito, porque la Palabra ha sido traspasada.

Pero después del fuego quedan todavía el corazón y el regreso. La estrella Vésper silba a los rebaños, y desde los lejanos horizontes del crepúsculo vienen al único Pastor.

Iglesia y Juicio.

Canto coral de los instrumentos de la pasión

'O *Cruce, ave, spes, unica...*'

Comenzaba en los surcos la muerte de la semilla.
Ardía su renovación en la desesperada luz de la púrpura.
Tú llamabas.
Tú escribías, ¡oh letra escarlata!,
retorciendo tus brazos como un árbol que ha perdido sus pájaros.
Tú marcabas a fuego la tarde del mundo.
¡Creced detractores! ¡Cizaña! ¡Esta es vuestra hora!
¿Quién ha levantado su planta sobre esta tierra a cuchillo?
¿Qué árbol mendigo, harapo vegetal, crece en tu silencio?

Y se asentó sobre su edad la gran madre Ceiba
secular y lenta con el testimonio de la madera:
'Conozco la biografía de un árbol—dijo—
su genealogía poderosa en la vegetación del misterio,
su infatigable paternidad de semilla en semilla.
Conozco un árbol sacerdotal, heredero de la oración
y de las manos que imploran,
cuyas ramas han elevado su grito por encima de las espadas.
Conozco un árbol a cuya diestra un ángel ha crecido,
levantando diariamente su estatura.
Sus duras manos excavan debajo del Testamento,
porque las raíces cruzan toda la memoria
y todo el olvido del hombre.'

Entonces se levantó el metal del gran hermano Hierro
—iniciado en el misterio de la sangre—
y arrancó su grito, su estructura penetrante:
'Canta, lengua—dijo—
canta la virtud del leño salvador;
canta la solicitud de la madera
y su flotante piedad para los náufragos.
Todo barco canta; el Arca que arriba al iris,
la navecilla fiel sobre las olas
donde vamos apiñados,
incómodos y hermanos,



protestantes del viento o sabios dictaminadores contra la ruta;
 canta la Iglesia navegante
 el timón en manos del cansado pescador,
 su ensangrentado mástil solitario: cruz de la tempestad
 /y de la osadía.'

Y se levantó el triste hermano Látigo flagelante
 —el estridente ecuador que ciñe al aire débil—
 y en sollozantes coyunturas sus delgados miembros
 cantaban: '¡Oh Cruz,
 buitre sobre los siglos,
 eterna ave de las altas simas,
 insaciable devoradora de la muerte!
 ¿Quién recorre cumbres,
 quién anida en el beso moribundo,
 en el pecho desconsolado,
 en la dura pared hostil contra el hastío?
 ¡Quiero tu aletazo en el grito de la certidumbre
 pájaro del Gran Consejo,
 vuelo de resurrección,
 quiero tu resonante piar en el cenit:
 '¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! de los que habitan sobre la tierra!';
 tu inenarrable gemido,
 ¡oh, Cruz emplumada, empolladora del mundo,
 caliente, misericordiosa, reuniendo tus polluelos,
 celeste Jerusalén!

Y levantó la punzante voz desheredada,
 la hermana Zarza—rústica epiléptica—,
 arrastrando su vegetal destrozo.
 'Pido una estrella—dijo—, pido en su gota de firmamento
 tu brújula luminosa.
 Epifanía de la rosa sideral—signo del gran Rey.
 Aparezca tu luminaria sobre la casa de los humildes,
 goce tu lumbrera el hombre inesperado,
 magia estelar del pan,
 guía del alba ¡oh! broche del horizonte,
 constelación de lágrimas felices.
 ¡Fuego de espada!'

Y se levantaron la hermana Hiel de la Amargura
y la Risa y la Saliva de las sombras:
'Sabemos—dijeron—que este árbol nace de la boca de los hombres.
Sabemos que este árbol crece del silencio de los muertos.
Sabemos que su fruto es el corazón: ¡manzana de la miseria!'

Entonces se levantó el Hombre, culpable y salvador.
El Hombre contra sí—en su agonía y gloria—,
laurel y espina sobre su maldita frente,
verdugo de su sueño
y Dios de su nostalgia:
'Cruz es mi cuna, cadalso del primer grito—clama—:
Cruz el amor del cuerpo, patíbulo del gozo.
Cruz el lecho donde yace la cotidiana agonía.
Soy mi pendiente suplicio del árbol de mis brazos.
Clava mi mano el tacto tentador y prisionero.
Clava mis pies sobre las rutas insaciables
el peso, el tiempo, el cuerpo en cruz,
y aquí clavado a esta suma
—al más y más de muerte—, soy la vida.
Cruz es esta ruptura del ser en tierra y cielo.
Cruz este amor que sale de las manos al nivel de las doncellas,
o que se le eleva del llanto a la altura del ángel.
Cruz porque un hombre ha sido clavado en mi deseo.
Cruz porque un Dios ha sido crucificado sobre mi cuerpo!'

Cuando el Hombre dijo su última palabra,
se levantaron las tinieblas y las sombras.
Todas las criaturas estaban en el cáliz de las tinieblas.
Todas las criaturas eran del linaje de las sombras.
'¡Oíd!—dijeron— ¡Hemos sido construidas a semejanza de este árbol,
y toda flor de criatura fue marcada por su señal!
¡El vértice de los vientos canta su signo,
la unión de los elementos y el cruce de los caminos!
Toda ave que abre sus alas para sostener el canto de su ruta
Toda reunión de estrellas sobre los cuatro puntos del destino
Todo hombre extendido para el amor
conmemoran la impasible balanza de tu juicio:
¡Oh, beato sostén! ¡Oh, fértil equilibrio! ¡Oh, fiel Cruz!'



Cristo en la tarde

Era cuando la vejez de la amapola.
 Cuando la precipitada senectud de la violeta.
 En ese lugar. A la puerta del templo nocturno,
 donde la Madre Tarde, canosa, apoyada en su cansancio,
 deja en la alcancía su única moneda.

En esa hora.

Llamando desde Emaús, desde otras tardes,
 desde playas indelebles, desde aldeas:
 Ved que reúno en el corazón todas las cosas que retornan.

Llamo, convoco en esta hora los rostros que vuelven
 con una capa de tiempo—unas horas derribadas—
 sobre la brillante juventud de la mañana
 Ved que llamo a los puertos, reclamo a las riberas
 donde regresan los navegantes, húmedos de mar,
 todavía caudalosos de las fatigas fluviales.
 Las posadas,
 los nidos colgantes,
 las altas palmas pendulares de las oropéndolas,
 las cuevas bostezantes de la raposa y del caucelo:
 todo lugar que acoge, Yo lo llevo ahora dulcemente
 recibiendo memorias,
 recibiendo los cantos del arribo.

Estoy reuniendo los pasos esperados,
 la aproximación feliz de los retornos
 —madres que asoman a sus propias pupilas, interrogando,
 zenzontles implumes que pían, lactantes cachorros,
 y aquellos que he pronunciado con preferencia
 porque su retorno está marchito de soledad—
 ¡Ah! Yo he venido. Yo he llegado con ellos.
 Ved que acompaño uno a uno tanto desenlace.
 Ved el pecho abriéndose en posada,
 dolorosamente roto para tu descanso de la tarde.
 Ved que llamo.

Es mi voz la que lleva ese pájaro pasajero.
Allí suena: en la rosa a punto de cancelar su exposición,
en esa mano del padre resbalando lentamente sobre la frente del hijo,
en el fuego prudente del pan,
en el calor de lo amado que otra vez acoge.
¡Yo soy el amanecer y el ocaso!
Para vosotros que veis descender el sol y os devora el silencio
—desposeídos de los crepúsculos, andantes sin retorno—
esta es la hora en que Yo he sido descendido hasta mi ocaso.
Bajan mi cuerpo con el vuestro
y Yo comparto con vosotros mi última tarde.
¡Oh, venid! ¡He vaciado de sangre mi corazón
para dar lugar a que los hombres reclinen su pesadumbre!



NOCHE

Capítulo

La noche es de la tierra.

Serpiente que se arrastra en su exilio, buscando el Quetzal complementario de plumas aurorales. Noche como el llanto en este valle de lágrimas. Noche en la siniestra del sueño. Izquierda de la muerte. Silencio de la gran lucha, noche debodas y de agonías. De infinitos goces y de inenarrables espantos.

Noche de Eva, de Pedro, de Judas, del pecador. Noche de la llegada del Esposo: 'media nocte clamor jactus est..'

La noche o el Apocalipsis.

La lucha con el ángel (Primer nocturno)

Cuando llegué al límite de la noche
 —entre el azul de Abel y el azul de Caín—
 a ese límite que te divide
 entre tu pasado y tu futuro,
 yo—Jacob— quedé solo.
 Y vi un hombre. ¿Era yo o era el otro?
 Y este hombre luchó conmigo
 hasta que despuntó la aurora.
 Luché conmigo y conocí
 la fuerza de lo Desconocido.
 Luchó contra mí y supe
 la resistencia de lo Conocido.
 ¿Era, acaso, la Fe
 empecinada en despejar la Duda?
 ¿Era Oriente y sus dorados
 pabellones contra el cárdeno
 Occidente en llamas? ¿Era acaso
 la Historia hundiendo su pie en la arena
 contra el poder de la Utopía?
 ¿O era tu Pensamiento
 deteniendo tu Sueño, o el Logos
 contra Eros? ¡Oh, dime tu nombre
 ángel oscuro! Dime
 quién soy. Dime
 Príncipe de los Itzaes,
 ‘¿soy éste que soy?’
 porque he mirado atrás—a mi diestra—
 y he escuchado a mis hermanos
 a quienes guían los Presagios
 desde que Quetzalcóatl salió de Tula hacia el exilio.
 Y he mirado atrás—a mi siniestra—
 y he escuchado a mis hermanos
 a quienes guía la Promesa
 desde que Abraham dejó su patria
 y emprendió los caminos del éxodo.

Dime tu nombre, tú que luchas conmigo.
¿Tu nombre es Maya o es Griego,
es Náhuatl o Romano? ¿Vienes
del mar o eres aborigen?
Dime tu nombre, te lo ruego.
Mas el otro, viendo que no prevalecía
me golpeó el muslo.
Y el Conocido
fue suplantado por el Desconocido.
Y en mi fracaso encontré mi éxito.
Y nunca más pude, triunfante,
recuperar mi paso de triunfador.

El árbol de la noche

Tú eres virgen y el ángel te detiene
al pie del árbol de la noche.

Aléjate, muchacha, del vástago oscuro
carbonizado por el sueño.
Advierto cosas imposibles.
Advierto frutos solitarios,
lívidos labios que conocen los secretos humillantes,
ojos cerrados,
párpados
caídos sobre el tedio de lo eternamente igual.
Viejas lunas oscuras pudren sus serenatas
impregnando el aire de un olor a tiempo.

¡Vedado para ti está el fruto del recuerdo!
No te llegues al árbol donde cuelgan las calaveras.
Advierto el rostro del fugitivo;
el labio vano cuyas palabras rechazabas;
la luna hostil que labraba tu silencio junto al mar.
Tú posees todavía lo inesperado.
Tú llevas todavía lo intacto y lo desconocido.

Si eres virgen, ¡no mires los ojos de cuyos racimos destila la fatiga,
no escuches las voces que se desprenden del otoño antiquísimo,
no toques las manos que se balancean
cansadas de palpar los muros infinitos!



Exorcismo de las sombras

Exorcizo la abeja negra que liba en el Poniente.
 La flor sofocante del deseo es su tributo.
 En los tálamos, en el silencio de los ocotales, encuentra
 /su desolación.

Exorcizo el pedernal oculto de la tormenta.
 La cólera amarilla es su comarca.
 En los oscuros recodos, a mansalva, arroja su saliva.

Exorcizo la serpiente del humo, cintura de la noche.
 La palidez de la locura es su morada.
 En los sueños intranquilos, en los ruidos alevosos abre sus anillos.

Exorcizo el escarabajo deshonesto de la herrumbre,
 el cuervo tiznado de los eclipses,
 el luto volador del búho, custodio de los asesinos.

Exorcizo la casa de los gemidos.
 Exorcizo el viento de la amargura.
 Exorcizo la ceniza, la discordia de la sal,
 el burdel y el pozo de la luna.
 Tres veces cito contra vosotros la señal del anochecer.

Contra vuestra sombra cito tres veces la sombra de la Cruz:
 Contra la tentación de la mujer iluminada por la estrella.
 Contra la acechanza del puñal empujado por la ira.
 Contra el paso del fantasma cobijado por la cal.

Que esta sombra preparada para el descanso
 sea limpia.
 Que esta sombra preparada para el amor
 sea paloma.
 Que esta sombra preparada para el ensueño
 sea sonrisa.

Sea santa e inocente la criatura noche.
 Ábrase morena su rosa de olvido en la mano del Ángel.
 Sea deleitoso su silencio al Dueño de la Palabra.

¡Sea!

La huida a Egipto (Segundo nocturno)

En las noches del desierto
cuando repasabas las cosas en tu corazón
o el temor
y las estrellas te hablaban
del inmenso Poder que te cubría,
pero el ave que chillaba
no era un ángel, ni el leopardo
o la angustia o el viento antiguo
con los lamentos del Despedazado y la extraña
fuerza del Mal de Mizraím o el puño
del Rey como la nube
de tormenta amenazando en el horizonte;
cuando pensabas—con ánimo de librarle
de sus hermanos—en el Soñador
vendido en Dotaím y, tras sus huellas,
temías bajo la palmera
el ruido de la noche, el apagado
trote de los forajidos o la fiera acechante
y el rostro, el desconocido rostro, del odio
sobre la inocencia, ¡oh, Exilada!,
¿escuchabas,
te llegaba ya como el viento
que arrecia a la salida de la luna
la oración de tus hijos? Miles de labios,
miles de años, de hombres, miles
de madres y exilios
y temores y noches y la misma extraña
fuerza del mal y el estrellado
cielo, ¿escuchabas el cósmico
murmullo, el peso estelar sobre
tus hombros de madre? ¡Ah!
¿Sentías que ese firmamento era
tu pesado manto
y crecer sobre tus brazos
crecer el infinito
peso de un Dios en exilio?

El cirio

Afuera
—entre las sombras—
oímos los pasos
del Visitante.

La hacendosa
y sindical abeja
ofrece la materia
de esta llama:
 luz del pobre.
Arde la miel.
Se enciende
la dulce comunicación.
Nos agrupamos
alrededor de la Palabra.
¡Oh, noche! ¡O vere
beata nox!

Nocturno sobre el tálamo

Las noches nicaragüenses producen dulces certidumbres
/en el inestable corazón.

Booz, el sembrador, desciende hacia los valles.

Viene desde la Biblia y cruza los blancos
arenales del Camino de Santiago. Es hermoso
su pecho de madurez bucólica. Las noches nicaragüenses
producen extraños trastornos y fascinaciones:
mujeres tímidas encienden repentinamente luciérnagas
en sus pupilas

y de sus senos bajan suspiros al seno de la tierra:
entonces nacen alas a las hormigas y vuelan sus
vuelos nupciales.

La espigadora se reclina en la ventana del Sur.

Largos cabellos negros
mecen los vientos de ébano.

Ya se acerca el amado bajo las alamedas.

'Zacuán papalotl con ya chichina'
(Mariposa amarilla liba la miel)
'¡Xochitl cueponqui!'
(¡La flor se ha abierto!)

Ruth invoca la luna
y tiende las sábanas blancas sobre el tálamo.

Las noches nicaragüenses producen extrañas fascinaciones
/y trastornos:

Hombres prácticos, hechos de tosca prosa, fermentan el maíz
y oyen cantar adentro del cereal el gallo del alborozo;

Indios, solemnes como príncipes,
alzan el pie en el aire y giran alrededor de las cadenciosas hembras
como giran los astros y las horas en sus musicales órbitas.

En las noches nicaragüenses muchachas en edad de pájaros inician
/sus primeros vuelos

y caen con el pecho atravesado por dardos y poemas,
no en la tierra, sino en el profundo azul del país de los ángeles.

Esta noche Booz tiene el cielo entre sus brazos.



El cielo y su bullicioso
 enjambre de constelaciones. La rojiza
 mirada de Aldebarán Yohualtecutli, ardiente
 en el lecho como la hembra del leopardo.
 La celeste pupila de Citlalmina
 (la que dispara flechas de reojo).
 O el lacrimoso
 diamante de Venus Hueicatlalli, la dulce
 alcahueta de las reconciliaciones.
 El sembrador ha mirado en los insondables ojos de mi raza
 la primera noche del mundo ¡oh, noche de Tuxtla!
 ¡Lluviosa noche de Copán! Ha mirado el centelleante
 ojo de Iztac Mixcóatl, la serpiente blanca que cruza el cielo negro
 ovando los sueños de los hombres.
 —¡Amada! —dice el poeta— repose en mi pecho tu noche de párpados
 /oscuros!
 —¡Amado! —dice ella— afuera oigo gemir el viento tendido y conyugal.
 ...En el plenilunio los navegantes volvieron sus ojos
 y vieron en los dominios de la luna
 el tálamo de los amantes.
 Iban y venían ángeles ígneos
 portadores de miel.
 Iban y venían.

Salmo de la noche oscura

La noche es antigua y reservada.
 Ángeles oscuros la custodian apagando la comunión
 /de las palabras.
 ¿Dónde encontraré respuesta —¡oh, soledad!— para el grito
 /del abandonado?
 Herido voy, Señor, entre tus viñas invisibles.
 Como un ciego percibo el oscuro murmullo de tus trigales.
 La noche es el velo de tu Gloria y voy cruzando su cautiverio.
 ¿Quién es ese ángel que ahora tañe mi sangre con su mano lenta?
 Yo caminaba por una tierra casi dichosa
 Tú me habías dicho que valía más que un gran número de pájaros.
 Y había amado la Tierra y adquirido el nombre de sus cosas.
 Pero has derribado mi carne sobre la roca
 ¡Ese potro que huye siente el espanto todavía
 Y aquellos que me acompañaban me miraron con tristeza
 /y ya partieron!
 Este es el final de los que han seguido tu camino
 ¡Ay! ¿Por qué se engañan los amantes y aún perduran?
 Me has arrojado de mi deleite para sumergirme en una sed
 /que nada sacia.
 Creí poder confiar en la mano que me tendías
 ¡Y colocaste mi mano donde ha sido para siempre traspasada!
 Si permanecieras conmigo yo me alimentaría de tu presencia
 Pero me has abandonado en el lugar de tu suplicio
 Y sólo quieres que perciba la oscuridad de mi pecado.
 ¡Difícil es amar según tus condiciones!
 ¡Dura es la tierra cuando tú colocas esta espada implacable
 /en sus portales!
 ¡Mira cómo regreso—¡solo entre tanto olvido!—de conocer al hombre,
 Con el costado abierto, manando crepúsculos que enrojecen
 /mi vestidura.
 En vano recorro los muros de tu silencio como un mendigo invernal.
 ¡He arrojado mis gritos contra los ángeles nocturnos!
 ¡Como un ciego he golpeado con los puños la oscuridad
 /de tu santuario!
 No pido que cese este camino cuya distancia he perdido
 /con mi sangre.
 ¡Pido una noche menos honda para estos ojos sin apoyo!

La noche o el Apocalipsis

I La Ciudad

'Y gritaron al ver el humo de su incendio...'
(Ap. 18:18)

Juicio o crepúsculo, tu sangre
 envenena el mar.

¡Sube tu lenta humareda,
 oh, noche, y tanto corazón,
 tanta eficacia

 y las cosas
 dulcemente infinitas que se queman!
 Civilizaciones que dan un día
 al gran fuego.

 Y una rosa
 que solamente basta.

...¡Sube tu lenta humareda,
 oh noche!

II El jinete

'Porque el poder de los caballos está en la boca...'
(Ap. 9:19)

Bajé del potro arcaico ennegrecido por el incendio.
El viento endurecía sus crines
tempestuosas
como ramos coléricos de serpientes.

(¡Grandes gritos manchaban de buitres
el muro lunar donde el océano batía!)

...Yo también había sido jinete,
había embestido contra los nombres
señalados por la sangre!

Yo también derramé cálices amargos
y existen huellas en labios vírgenes dolorosamente
/indelebles
donde el Jinete encendió su resplandor y luego partió
/bajo la noche...



III El amante

'Y no tienen reposo...'
(Ap. 14:2)

En los bancos de la noche
la escolar multitud de los amantes
universal y silenciosa...

Como maestros ciegos
los cavilosos astros interrogan a los hombres
y sonríen antiguos
a la apasionada repetición.

(¡Oh,
el infinito rumor
de manos
dibujando mujeres en la noche!)

...Pero pasarán la esponja
sobre la fría saciedad del alba
porque todo lo perecedero estaba escrito!

VÍA CRUCIS

I ESTACIÓN

Jesús es condenado a muerte

Anás condena a Jesús y es el Poder que condena la Humildad.
Caifás, el Sumo Sacerdote, condena a Jesús como

/víctima propiciatoria,
como Cordero.

Las turbas gritan: ¡Crucificalo! Porque no es el Mesías político.
Pilatos es la cobardía que se lava las manos y condena la inocencia.
Los Zelotes lo rechazan y prefieren a Barrabás
porque Cristo no es subversivo.

Los Fariseos lo acusan de subversivo.

También nosotros juzgamos a Jesús.

Nuestro tiempo juzga otra vez a Cristo. ¿Cuál es nuestro veredicto?
¡Oh, Señor Jesús! Con nuestros pecados nos hemos excedido y
te hemos condenado a muerte;

No permitas, Señor, que volvamos a cegarnos y que condenemos
la Inocencia.

No permitas que nuestro orgullo vuelva a sacrificar al Humilde
No permitas que nuestra mente invente un torpe juicio
para rechazar tu Evangelio.

Que nunca una engañosa excusa egoísta o política,
que nunca la 'razón de Estado,' ni la pretensión científica,
ni el odio de clases,

ni el odio de razas

engañe nuestras conciencias y te condene.

¡Que tu gracia, Señor, limpie nuestros ojos en este tiempo
/de confusión

para reconocerte siempre
en la autoridad de tu Iglesia
en la doctrina de tu Iglesia

en la pobreza, en la indefensión y en la renuncia!



II ESTACIÓN

Jesús carga con la cruz

Te es difícil comprender el anhelo redentor con que Cristo
 toma la cruz y la carga.
 Es lo inconcebible: la total contradicción:
 el Suplicio y la Inocencia.
 La crueldad del hombre ha inventado la Cruz
 Pero el amor de Dios la convierte en 'la señal del Hijo
 /del Hombre.'
 Se han unido Dios y el sufrimiento. Ese signo 'Más' los une.
 El Signo de la Cruz.
 Cristo es el Verbo y aún en su silencio es Palabra.
 Esta es ahora la primera letra en el abecedario de Dios.
 Desde ahora este es el signo integral del Hombre y su destino.
 La Cruz: un Dios que baja a la tierra y redime al hombre,
 y un hombre redimido que puede subir al cielo.
 La Cruz: un Dios que abre sus brazos a todos los hombres
 y unos hombres que por fin saben que son hermanos.
 Este es el signo del Reino. Pero ¿a qué precio?
 ¿Con qué pagaré, Señor, lo que has dado por mi rescate?
 ¡Ven, Cruz, signo del gran Rey! ¡Vénganos tu Reino!

III ESTACIÓN

Jesús cae bajo el peso de la cruz

Has caído en la tierra, la tierra que Tú creaste.
El Dios que imaginamos los hombres es el Dios del Poder.
Y el Mesías que nuestros tercos corazones esperan
es el mensajero de ese Poder.
La prepotencia. La magnificencia.
Pero desde que Jesús carga su cruz comenzamos a ver el reverso
de la trama.
El Dios de Dios, el Dios verdadero del Dios verdadero
es el Dios que ama.
Y su Mesías no exige la muerte de sus soldados
sino que ofrece su vida por sus hermanos.
Un Dios al que se le doblan las rodillas y cae a tierra.
¡Conoce en este Jesús caído la debilidad de tu Dios
la Humildad de tu Dios!
He aquí el incomprensible y maravilloso homenaje de Dios al hombre.
Este es el Dios que te lavó los pies en el Cenáculo.
El que cae para reconocer el valor de tu pequeñez.
Cristiano:
Es así, humilde, de rodillas, aceptando tu cruz,
cuando eres más grande en la medida de Dios.

IV ESTACIÓN

Jesús encuentra a su Madre

La Madre y el Hijo.

En los ojos de la Madre está también la mirada del Padre:

Los dos—cielo y tierra— entregan a su Hijo.

Y el Hijo se da todo.

Nunca se sumó tanto amor.

Este es el Hijo en quien el Padre tiene todas sus complacencias.

Este es el Hijo en quien la Madre tiene todas sus complacencias.

Ellos pierden a su Hijo para que tú lo ganes.

Y el Hijo pierde su vida para que tú la ganes.

¡Oh, Jesús, mi Dios!

atravesado por esas miradas,

acéptame. Arrepentido de mis ofensas: ¡recíbeme!

Yo también quiero darme todo por Ti.

Sólo en Ti quiero tener todas mis complacencias.

V ESTACIÓN

Simón de Cirene ayuda a Jesús a llevar la cruz

Señor Jesús:

Tu Madre se ha asociado a tu Pasión.

Ahora, con Simón de Cirene, es llegada nuestra hora.

Con nuestra torpeza, con nuestras pobres fuerzas,

debilitados por nuestros pecados,

esta es nuestra hora de meter el hombro y ayudarte con la cruz.

De asociarnos a tu Pasión.

Queremos ayudarte a sostener el peso de tu Iglesia perseguida.

El peso del Poder que oprime al Amor.

El peso del Odio que embiste contra la inocencia.

El peso de la Injusticia que soportas en tus pobres.

Es peso del Mal.

Señor Jesús: ¡que esta sea nuestra gloria!

quitarte un poco el peso de la cruz

y cargarlo sobre nuestros hombros.



VI ESTACIÓN

La Verónica limpia el rostro de Jesús

El hombre fue llamado a ayudarte. Ahora la mujer se adelanta,
entre la masa hostil, con audacia y delicadeza femeninas.

Con un velo limpia tu divino rostro
sucio por el sudor, las salivas y el polvo.

Tú premias, Señor, el amor grabando tu rostro salvador
en quien te ayuda.

'Lo que hagas con el más pequeño de los hombres a Mí me lo haces'
Pero he aquí que en el velo de Verónica vemos con dolor
tres huellas en tu rostro.

La huella de la burla, la huella de la profanación
y la huella de la traición.

La huella de la burla—porque nunca se tejió burla más hiriente—
la deja en tu rostro
la Corona de espinas.

¡Señor: nunca tejan nuestras manos falsas coronas
para burlar la pureza de la mujer, la generosidad de la juventud
o la necesidad de tus pobres!

La huella de la profanación queda en tu mejilla inflamada
/por la bofetada.

¡Oh, mi Dios! ¡Que nunca nuestra mano ni nuestra palabra
profanen el rostro del hombre que es tu rostro!

¡Que nunca nosotros, ni nuestros hijos,
seamos inducidos al tenebroso placer de profanar lo Sagrado!

La huella de la traición es la menos visible, pero la más indeleble.
Es la huella del beso de Judas.

¡Oh, Señor Jesucristo: este es el puñal que hiere más hondo:
la traición del amigo!

¡No permitas jamás, te rogamos, que el amor se corrompa en traición
y que el niño se escandalice
y el joven pierda su fe
y el pueblo quede huérfano de su Dios
por la traición de sus discípulos!

Que no se repita jamás en tus labios para nosotros
el reproche que le dirigiste a Judas: 'Amigo ¿a esto has venido?'

VII ESTACIÓN

Jesús cae por segunda vez

En tu primera caída, Señor, nos enseñaste el misterio
de un Dios humilde.

Pero caes de nuevo y en tu nueva caída nos dices:

—La estatura del hombre es la humildad.

El hombre ha equivocado la medida de la gloria.

No es el Poder. Ni la Riqueza.

Si Dios es Amor, la gloria del hombre y el esplendor de lo humano
es el amor.

Cayendo por segunda vez, ¡oh, doloroso predicador!, nos dices:

—Esta caída se llama compasión,

estoy aquí al nivel más bajo,

rostro con rostro del que duerme en el duro suelo de la mazmorra,

del pisoteado, del torturado, del caído como Yo

entre la burla y los gritos de la turba.

Como un gusano, dice Isaías.

Porque has venido a rescatar hasta la última migaja
de la miseria humana;

Oh, Señor Jesucristo, ayúdame a descender las escalas

del orgullo y la vanagloria

hasta este nivel de tu amor misericordioso y compasivo.

VIII ESTACIÓN

Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén

Y entre la multitud unas mujeres se conmovieron y lloraron.
 Y Él olvidó su dolor y su fatiga para decirles:
 'Mujeres de Jerusalén, no lloréis por Mí,
 llorad por vosotras y por vuestros hijos...'
 Y anunció a Jerusalén los días de su destrucción.
 Y anunció a Jerusalén los días de hoy, pueblos en guerra
 pueblos que se matan y se destruyen
 pueblos destrozados por el terror y el crimen y la violencia.
 Porque si el odio se sacia así contra el amor,
 ¿qué será violencia contra violencia?
 Si esto le hacen al leño verde
 ¿qué será al seco?
 Mujeres del mundo:
 no es el llanto, sino el perdón;
 no es la aflicción estéril, sino el amor fecundo
 el que logra la paz.

IX ESTACIÓN

Jesús cae por tercera vez

Hombre asfixiado por la miseria, hombre sin salida.

Hombre torturado.

Hombre en el límite del dolor: te exigen hundir a tu amigo
renegar de tu fe.

Hombre en la angustia de la enfermedad incurable.

Hombre perseguido, acosado, vendido.

Hombre desesperado:

esta es la tercera caída, la última

y Dios cae por estar a tu lado: ¡No desesperes!

¡Es la Esperanza misma la que está a tu lado!

¡Míralo! Ya no tiene fuerzas

pero recurre a su último aliento para estar contigo.

Él es ahora tu Cirineo.

No desesperes.

Un Dios infinitamente misericordioso está a tu lado.

Ha caído, tres veces ha caído, para acompañarte.



X ESTACIÓN

Jesús es despojado de sus vestiduras

Caigamos de rodillas ante la desnudez del despojado.
 Ya no tiene nada, pero es la Verdad desnuda.
 Pilatos preguntó: ¿Qué es la Verdad?
 Mírala. Él es la Verdad.
 El mundo fue hecho por Él
 y el mundo no le conoció. Él es la Luz
 y las tinieblas no la acogieron.
 Ahora puede repetir sus palabras eucarísticas:
 ‘Este es mi cuerpo que será entregado por vosotros.’
 Nada lo cubre. Se ha despojado de todo por ti.
 Se ha despojado de sus vestidos y va a despojarse de su sangre.
 Un joven de treinta y tres años va a ser sacrificado
 Se despoja de su obra.
 No sólo es el condenado a muerte sino el fracasado.
 Le arrebatan su vida pero también su honor.
 Va a morir entre dos ladrones, en un afrentoso patíbulo.

Oh, mi Dios y mi Señor:
 Otra vez se cruza tu mirada con la mirada de tu Madre
 y el universo se sobrecoge.
 La espada penetra hasta el fondo.
 La total pobreza en su nacimiento.
 La total desnudez en su muerte.
 Concédenos Jesús por el misterio de tu expolio
 que comprendamos y cumplamos tus palabras
 que escucharemos de tus labios de Juez:
 ‘Tuve hambre y me diste de comer
 tuve sed y me diste de beber
 estaba desnudo y me vestisteis.’

XI ESTACIÓN

Jesús es clavado en la cruz

'Ya podéis descansar'—dijo Jesús a sus discípulos en el huerto.

Ahora es ÉL, sólo ÉL, quien recibe la embestida del odio,
de la crueldad, de la cobardía y del poder de las tinieblas.

¡Cuánto has sufrido, Señor, pero aún falta lo peor!

¡El Rey ocupa su trono!

Tu espalda llagada por la flagelación la tienden
sobre el áspero madero

y el verdugo levanta el martillo.

Oh, mi Redentor: ese clavo que atraviesa las coyunturas de tu mano
concentra toda la aberración del hombre
y todo el pecado del mundo.

Y esa es la mano que levanta a los muertos,
la mano que cura a los enfermos.

Pero no basta. De nuevo el martillo se levanta y clava.

¿Por qué romper esa mano que ya estaba rota para dar?

¿Por qué hieres la generosidad infinita?

¿No fue esa mano la que devolvió la vista a los ciegos?

¿No fue esa mano la que repartió el pan a las multitudes?

Pero no basta. De nuevo el martillo se alza y clava.

Clava los fatigados pies porque el odio
quiere detener al conductor del rebaño.

Han clavado sus dos pies. Han detenido al Caminante.

¿Se nos han cerrado ya todos los caminos?

Siempre el crimen cree exterminar a su víctima.

Siempre el perseguidor cree que termina al perseguido.

Ahora te levantan, Señor, en un dolor insufrible.

Creen acabar contigo,

y están cumpliendo tu palabra:

'Cuando sea levantado de la tierra
todo lo atraeré hacia Mí.'

XII ESTACIÓN

Jesús muere en la cruz

‘Era como la hora sexta,’—dice Lucas. La hora del Nuevo Testamento.
La pobreza total va a heredar al hombre la riqueza infinita.

El Rey reparte su reino:

—A los soldados que lo crucifican les asigna,
para que se cumplan las profecías: sus vestidos. Y su perdón.

—Al ladrón que lo acompaña en el suplicio: el Paraíso.

—Al discípulo que nos representa en el Gólgota: su Madre.

—A la Iglesia, que es Su cuerpo, le hereda
su sangre y el agua de su costado para el perdón y la gracia.

—Y de nuevo a su Iglesia le da también su sed.

Sed tengo, dijo. ¡Oh, insaciable sed!

¡Oh, sed misionera y salvadora de Cristo!

Pero para Él solo se reserva el último y más amargo trago de su cáliz:
el completo abandono.

‘Padre, ¿por qué me has abandonado?’

Ese grito desolador es dirigido al Padre, pero tú, pecador,
escúchalo.

Nadie ha caído tan hondo que no oiga ese grito.

Ese grito se oye y se seguirá oyendo en los cielos,
en la tierra y en los infiernos.

Este grito es el grito de tu Redentor que estará contigo
cuando todo te falle

y cuando todo te falte.

Es su última herencia. Ha clamado al cielo y el cielo cerrado

se ha abierto de pronto para Él y para todos los que en Él creen.

Escucha: ahora cierra su Testamento:

—‘Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.’

Es la suprema y la última revelación de la Palabra:

Un padre, un Dios Padre te espera con los brazos abiertos.

Porque te has cubierto con la piel del Cordero

y te has acercado a Isaac que te palpa ciego de amor

y te bendice sabiéndote su hijo.

XIII ESTACIÓN

Jesús es bajado de la cruz y entregado a su Madre

En Belén, ¡oh, Madre! diste a luz en la alegría y el éxtasis del amor.
Y se llenaron los cielos de ángeles.

Aquí has sido Madre en el dolor y el sufrimiento.

Y se llenaron los cielos de tinieblas.

Allá José de Nazareth, tu esposo, tomó el niño y lo reclinó
en el pesebre.

Aquí José de Arimatea te entrega a tu Hijo muerto
que reclinas en tu pecho.

Otra vez has dicho, ¡Fiat! y eres nuestra Corredentora.

¡Oh, María: en todos los momentos de nuestra historia de salvación
has estado presente!

Has sido el Silencio junto a la Palabra.

Has sido la Lágrima junto a la Sangre.

El rostro más parecido al de Cristo.

Y el corazón más cercano a su corazón.

¡Oh, María: poderte llamar Madre

es abrir la puerta del Cielo!



XIV ESTACIÓN

El cuerpo de Jesús es colocado en el sepulcro

Esta es la hora de la soledad y la pesadumbre.

Oh, hijos de los hombres—esposas, madres, huérfanos,
corazones deshechos que regresan de los cementerios,
¡enjugad vuestras lágrimas!

¡Esta es también la hora de la victoria definitiva!

El Señor de la Vida ha sido colocado en el sepulcro.

Vuelve su Madre, vuelve Magdalena y la otra María.

Vuelven sus amigos y discípulos. Lloran en silencio.

Pero esta es la hora en que la Fe se hace Esperanza.

Al tercer día, al alba, los ángeles removerán la piedra
y el Señor anunciará su triunfo.

—No fue bajándose de la cruz sino saliéndose del sepulcro que
ganó su victoria.

¡Oh, Señor Jesús: te hemos acompañado en tu pasión:

concédenos que te acompañemos también en tu resurrección!

Levantad, pues, los corazones, hijos de los hombres:

‘porque esto corruptible tiene que revestirse de incorrupción
y esto mortal tiene que vestirse de inmortalidad.’

LA RONDA DEL AÑO



*A mi hermano Carlos, mi más constante
amigo y compañero, que afrontó la muerte,
cuando yo cerraba este libro, con la misma
serenidad y valor con que afrontó la vida.*

INTRODUCCIÓN

Salmo de la tierra prometida*'Dios creó al hombre por Jesucristo'*

'En el principio creó Dios los Cielos y la Tierra.'
 Y dijo Dios: —'Haya luz' y hubo luz
 para que los ojos de Cristo vieran los Cielos y la Tierra.
 El Padre dijo: —Hágase el firmamento
 para que mi Hijo mire las estrellas y los astros.
 Nebulosas, galaxias lejanas, estén pendientes de la mirada de mi Hijo.
 Comiencen, pues, los planetas a girar alrededor del Sol
 Muévanse como una corona de águilas
 alrededor de mi Hijo que ocupará la Tierra.
 Y tú, Luna, encárgate de sus fechas, cuida la oración de sus noches.
 Todos los hombres podrán decir:
 hemos visto el esplendor nocturno de la Luna
 y a través de nuestras lágrimas sabremos
 que los ojos de Cristo se posaron en este astro
 y que toda su luz pálida se acumuló a través de milenios de siglos
 para iluminar las alas de los ángeles la noche de Navidad
 y el perfil del amigo que lo entregaba en la noche del huerto.
 Y dijo el Padre: Háganse los pájaros,
 para que los ojos de su Hijo conocieran el Colibrí, como
 /el vuelo de un beso
 la Golondrina, que aprendió a volar desde entonces
 para arrancarle las espinas de la corona en la tarde del Viernes
 la Paloma fabricada con los restos del aplauso de un Ángel.
 Porque todo fue hecho por el Padre para el Hijo.
 Todo fue hecho por la mano de Dios
 para los ojos de Cristo.
 Un árbol, por ejemplo,
 una Palmera: se ejercitó desde sus primeras palmas
 —desde la primera separación de las aguas y los Continentes—
 para extender sus hojas en abanico
 y cubrir la infancia y el sueño de ese pequeño Dios en exilio
 cuando tuviera que huir a la tierra de Egipto.



Un árbol, la Higuera, por ejemplo,
aprendió para Él la elaboración del higo
y cuando no dio fruto al pedido de Cristo
fue maldita y los mismos vientos secaron con su indignación

/sus ramas y sus hojas.

Un árbol, por ejemplo, para que el Hijo se pregunte:
—¿A qué se parece y a qué compararé el Reino de Dios?
y responderá con una sonrisa. Se parece
a un grano de mostaza que un hombre tomó y sembró

/en su huerta

y creció

y se hizo árbol grande

y los pájaros del cielo se cobijaron en sus ramas.

Y dijo el Padre: el Gallo que no conoció Homero

llegue a Oriente y cante en el amanecer de mi Hijo.

Y cantó a Belén con las palomas, con los grillos y con

/la estrella matutina

y luego le oímos obedecer la profecía

y cantarle tres veces a Pedro en Jerusalén el día de la iniquidad.

Jesús era humilde como la Palabra

y el Padre dijo: Los ojos de mi Hijo verán el desfile del orgullo

y los caballeros de Roma llenarán de estruendo con sus corceles

/las vías imperiales.

Hágase, entonces, el manso borriquito.

Sea su cabalgadura y su símbolo:

¡la Humildad será la estatura del hombre

para entrar a mi reino!

Cristo era peregrino como la Palabra

y recorriendo Galilea subió por los caminos al Norte a mirar el mar

y desde Sidón, el puerto, sus ojos vieron el azul mediterráneo

y miró, de la misma manera que miraba los lejanos astros,

/la lejanía del mar

y supo que detrás de ese mar hecho por el Padre para el Hijo

había otro mar hecho de aguas más antiguas y lejanas

y después de ese mar vio unas tierras
'ocultas desde el principio de la Creación'
y se apresuró su corazón misionero y dijo:
—Levantad los ojos y ved esas tierras que están blancas de mies.
Y fue allí, frente al mar que ocultaba en su horizonte
 /el misterio de América,
donde tocó con su dedo el oído y la lengua
del que no hablaba ni oía
y dijo: —¡Éfeta!, dijo:—¡Ábrete!
para que América oyera y hablara
y miró Cristo en América mi tierra y dijo:
—Es también una tierra de lagos como mi tierra
Conversaré mañana con sus pescadores
Yo estaré con los campesinos de esa tierra.
Y mirando el mar atravesaba los siglos
y atravesaba los horizontes
porque también mi tierra fue creada por la mano de Dios
para los ojos de Cristo.



ENERO
EL HÉROE Y EL POETA

a Octavio Paz



COLECCION CULTURAL
BANCO DE AMERICA
NICARAGUA, C.A.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS
FUNDAÇÃO
www.enriquebolanos.org

Antífona

Las estrellas del Can Mayor—que los Mangués llamaron ‘La Perra Renca’ y los Nicaraguas Xonecuilli o ‘pie torcido’—presiden este mes: es Ehecatl (Chiquinauat Hecat, decían en sunáhuat arcaico los Nicaraguas), dios del Viento, quien cruza el mes con su perro, levantando marejadas en el Gran Lago y polvazales en calles, caminos y eriales.

Oficio de Ehecatl, el Viento, es secar las aguas para que aparezca la tierra: el gran pez—Cipactli—sobre cuyo lomo descansan las islas. Y aparece la tierra; pero Cipactli—que significa ‘comienzo’—es silencio, y en el silencio los héroes no existen porque no tienen nombre.

Es el Viento el que hace las palabras: en los vientecillos, (Ehecatotontín) que soplan entre las ramas, en los vientos sutiles que atraviesan los resquicios, y en las grandes ráfagas que levantan tempestades y doblegan árboles. Es el viento, ‘julio’ de los poetas.

Maderos y robles florecen en lila en Enero. Cortes de café: las cortadoras engendran de los cortadores y los que nacen beberán la leche negra del árbol.

Piñas en los piñales. Y canas tempranas del mes en los algodonaes.

Enero

*Los compañeros de Odiseo cuyos nombres
Homero olvida, no existen.*

Debajo del vasto Lago el gran Caimán dormita.

Soportando las islas
hundido el torpe peso en el fango inicial,
resbalando hacia el Norte, donde el Arquero
noche a noche lanza contra él su inútil dardo,
el gran Caimán arrastra el envés de la luna
¡el insondable azul!

...Ahora cantan
los cazadores cruzando la crujiente arena.
Ásperos, no conocidos
pero ya conocedores de la lucha
—educados por la traidora apariencia—
sostienen los aullantes vientos como canes,
buscan la amenaza oculta de la belleza,
escudriñan la niebla del alba, cuando las islas
que navegaron en secreto bajo la noche
reúnen su archipiélago.

Sus pies desnudos, recios, marcan
la antigua voluntad de los dioses lacustres
el celo de Sagitario, cuya lápida brilla en el alto cementerio,
la sabiduría de los Gemelos, maestros en la pesca del sábalo,
y el famoso arpón de Santiago, cuyo brazo
hirió al Caimán irritando su cólera.

No en vano
el navegante conoció a la meretriz en el ajetreado puerto
y tocó fango su quilla bajo las tersas aguas
aun antes que el fantástico Ulises metiera a su mujer
el cuento de los cerdos.

No en vano bajo el solitario mástil desramado
—como un inmortal que sondeara el corazón—
tiró al abismo el interrogante anzuelo
que fundó la ciencia del mar.

No en vano
la acechancia de hermosura implacable
puso un fulgor alerta, una tensa advertencia en sus doradas pupilas
que el sueño llena sólo a medias como el cristal del abstemio.

Tal vemos al rudo arponero avanzar en el ámbar del alba,
desconfiado, el fierro en alto del puntiagudo lucero
y la espuma abrazada a sus rodillas como la niña
que implora al soldado antes de partir.

¡Ohé! ¡Ohé!—suena su concha y suben al cielo
/las aves en desorden.

Golpean los cazadores a los airosos canes.
Lloran los perros y a la ceiba de su llanto
el gran Caimán arriesga su reposo
removiendo el fango
que mancha de sucia antigüedad las aguas.

Vieron entonces la verdosa pupila
el imposible ojo aflorar en las trémulas ondas
y huyeron del trueno submarino
—proa a las ensenadas—
los temerosos tejedores de redes, los necios mortales
que imprecaban a los osados héroes,
ellos, los que perecen día a día
atrapados por la acechante beldad
—los sumisos mortales que la usurpadora garra besan—
‘¿por qué (gritaban) eligieron el riesgo
y se empeñaron es despejar el misterioso signo?’

¡Ah!
‘varones fuertes, muchos, antes de Agamenón,

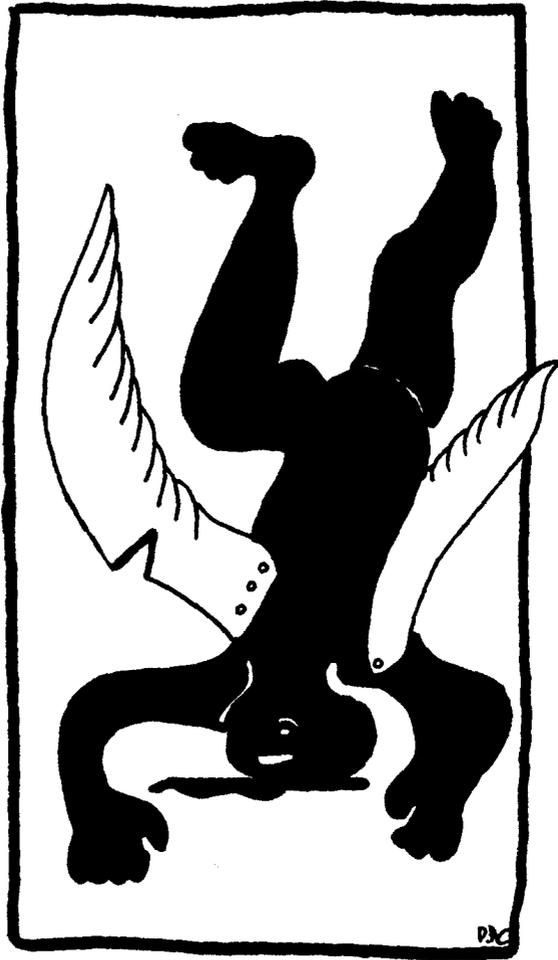
vivieron' ...Mas sus nombres
 con la pesada tierra del temor cubrieron.
 ('Poco difiere, así, sepulta cobardía
 de valor escondido'.) ¿Quién entonces guardará
 tu memoria, osadía? Vencedores del caos, ¿quién
 forjará la palabra
 que los haga vencer el olvido?

...¡En las playas inéditas
 las muchachas futuras te invocan,
 poeta! Ellas sueñan:
 —Si el ardiente exilado arribara, si sus ojos
 miraran, de ola en ola, la sangre inscribirse en la arena,
 si al menos en los últimos vientos
 como un eco escuchara el clamor de los héroes:
 la vehemente aventura,
 la hermosa hazaña vedada a la voz venidera,
 guardaría en su canto.

1950-1983

NOTA En su publicación este poema tenía esta dedicatoria-epígrafe: *'Contra ti, Semíramis, de cuyo salvaje imperio los poetas huyeron.'* Parece, pues, que el poeta adjudica la ausencia de poetas al Poder, que encarna en Semíramis. Los versos 18-23 se refieren a constelaciones que el poeta dibuja con estrellas nicaragüenses. El Arponero, figura zodiacal del Héroe que va, solo, a matar al monstruo, que devora a los habitantes de las riberas del Mar Dulce, es el mismo tema, aunque el héroe aparece desmitificado, del poema 'El Gran Lagarto' de los Cantos de Cifar. En la cita de Horacio (ODAS IV:9. 'Vixere fortes') de los versos 59-63 está sintetizado el asunto del poema. Muchachas futuras siguen esperando al poeta que cante a ese primer héroe: Enero, un libertador.

En la estrofa (versos 42-46) de los canes, el poeta narra una costumbre del Gran Lago de Nicaragua: usan el llanto del perro para atraer al caimán y cazarlo.



FEBRERO
EL DESPEÑADO

en memoria de Joaquín Pasos



COLECCION CULTURAL
BANCO DE AMERICA
NICARAGUA, C.A.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS
FUNDAÇÃO
www.enriquebolanos.org

Antífona

El mes joven: muere corto de días. Mes enamorado e inconstante. 'Febrero loco, de todo un poco,' dice el refrán. Días calurosos, días frescos, días calmos, días ventosos. Días de sol, días nublados. Noches de estrellas encendidas por el aire. Noches turbias de perros friolentos. Hojas secas y polvo giran en los remolinos del viento en los recodos de los caminos. El Gran Lago irritable y cambiante: días furiosos, días perezosos y calmos, de nubes bajas.

Los pequeños Tlamachas—ángeles nahuas—recogen rocío en los amaneceres. Y el Laurel-hembra florece en sus copas blancas, pero rápidamente sus florecillas envejecen, y se tornan color canela. El piñón verde de los Guásimos madura y cae del árbol, negro y dulce, para merienda de los ganados. Dan fruto Caimitos y Zapotes. Flores sexuales del Elequeme. Flores de oro los Corteces. Y los gramales en parte se enrojecen, en parte todavía verde-pálidos, cambian colores según pinta el sol.

En la noche—desde Febrero a Septiembre—cruza el cielo la 'Carreta nahua'—la Osa Mayor—con su boyero maldito. Y un extraño dios brujo asoma sus ojos en la constelación que los antiguos llamaron de 'Los Gemelos.'

Primera floración del Cacao: un árbol lleno de estrellas.



Febrero

*a Ícaro, cuya ardorosa juventud,
incendiando siempre sus límites, me privó de
conocer al más cercano de los hombres.*

Vimos pasar al hijo del deseo
enervado,
de flotante y trival cabellera
persiguiendo por las arduas colinas a la veloz fugitiva.
¿Quién señaló en el valle la febril silueta
rasgando con su bello grito el azul intacto?
...Abrieron sus puertas las cabañas envidiosas:
'Mirad, la juventud—dijeron—
ha encendido su antorcha.'

Pero luego, cuando a lo sumo
la prudente luna iniciaba su pálido reproche
levantaron linternas, y rostros antiguos
desenterrados de sus lechos
rodearon al sangrante despeñado
en la arenosa ribera.

He llorado aparte
oyendo a las añosas devotas de la cigarra
proclamar el crepúsculo:
'La tarde es necesaria'—se decían—.
Y vi a los Maestros aferrarse a su tiempo
fijos en tu ceniza sus ojos usados, reprochando
la efímera llama.

Mas—declinando el sol—miramos en la peña
a la esquivada muchacha.

La luz cansada y terminal
volvía a su virtud matutina, dorando
el vello de su desnudo seno y el rosa
de la pierna trémula y fatigada.
La vimos inclinarse

buscando en el pie la espina
 y el pueblo vació el valle de palabras,
 suspenso de su tembloroso nácar,
 ¡porque sólo a la peligrosa inocencia
 le fue otorgada la desnudez!

—No reconocen—dijo—al que besó en su aleteo
 la alegría, sin encadenarla,
 ¿fue acaso más duradera la estrella
 que el fulgor subsistente de su labio? Ved:
 lo eterno
 sigue ardiendo oculto
 y pródigo llena de hermosura
 a quien tocó su fulminante gozo. Porque ser
 es frustrarse.

Tal dijo
 la que no fue lograda, la que permanece
 intacta en el siniestro borde del abismo,
 y ya no osaron los ancianos murmurar sus dictámenes,
 ya no osaron mirar tu sangrante espalda
 ¡oh, despeñado!
 donde el ala derretida aún humeaba su roce con el límite.

1950

NOTA Joaquín Pasos, gran poeta, primo y compañero de Cuadra
 en el Movimiento de Vanguardia, murió muy joven y en
 el esplendor de su canto.



MARZO
O LA LECTURA DEL CRONISTA

a Jorge Eduardo Arellano

Antífona

Su flor: el Carao, de melancólico color rosa-viejo. Añaden los Robles el lila y los Mangos sus corazones rojos y sus flores amarillas el Vainillo, y el viento caliente, el viento-cilicio de la Cuaresma nicaragüense, destiñe el verde de los campos y todo comienza a revestirse de un estremecido color rojizo y pasionario. Rojas las Veraneras o Bugambilias. Rojizos los horizontes. Rojas las quemas y sus humazales: forman un halo amarillento que el sol hace sangre. Mozotes y ortigas agregan sus penitencias. Persigna el tiempo en la noche: el Crucero (Nauhxihuiztlan) la Cruz del Sur. Pero un carnaval de frutas contradice el tiempo ascético: Naranjas, Toronjas, Mandarinas, Limas, Limones-dulces, Guayabas, Caimitos, Jocotes, Mangos...

En los crepúsculos un sol prepotente y Vulcano forja en su yunque armas y pasiones.

Marzo

*homenaje a Gonzalo Fernández de Oviedo
en el V Centenario de su nacimiento*

‘Aquí donde ningún año passa sin temblar muchas veces la tierra
hay un ardentísimo y espantable monte
llamado el Massaya
que assí se nombra en lengua de aquellos chorotegas
y quiere decir sierra o monte que arde.
Visto he a Vulcano e subido hasta la cumbre.
Oydo he en Seçilia hablar a muchos en aquel Mongibel
que los antiguos llaman Etna,
oydo he también en Grecia, en la provincia Lacónica
del monte Ténaro y de su boca oscura
que algunos pensaban ser boca del infierno
y en la parte meridiana oydo he también del monte que los griegos
llamaban Honocauma (en la mar) el qual siempre arde
y en Liçia arde el monte Chimera, e de día e noche dura la llama
y en el llano de Babilonia, por espacio de una yugada
arde la tierra que parece un lago de fuego.
Y en Ethiopia, çerca del monte Espero
hay campos que de noche paresçe que están llenos de estrellas.
E sé por la autoridad de Olao Gotho
que en la isla de Escocia hay un monte en continua llama
en aquella punta que circuye el mar de Calidonia.
Pero a mí me paresçe que ninguno
de los susso dichos montes es de tanta admiración
ni tan notable cosa, como este que llaman Massaya.’

‘Tenían los indios
por su dios a este infierno
allí sacrificaban indios e indias
e niños chicos e grandes
e los echaban peñas abaxo
en aquel pozo al fuego.’



‘Forma la cumbre o cabeza de esta sierra
 una gran abertura en redondo como plaza
 tan amplia que podían jugar a las cañas más de cien a caballo
 e tan honda que una piedra tirada desde arriba se pierde.
 Farallones y peñas cortados a peso
 son de colores rubios e pardos e negros e otras mixturas.’

‘Hacia el oriente de la plaza vese al fondo un pozo
 de líquido que hierbe y causa espanto
 un bullir o borbollar de metal que parece
 venir de lo profundo del infierno
 porque levanta ola e se alza e se deshace
 con gran ruido como tumbo de la mar.
 Y en lo alto del volcán, al borde
 de la horrible boca, los indios
 tenían sus teocales o altares
 e allí sacrificaban y el pueblo
 allí dejaba ollas, e platos y escudillas y cántaros de loça
 con manjares e potajes para alimentar al monstruo
 porque pensaban que todo su bien o su mal procedía
 de la voluntad de este dios.

E había abaxo, en la susso dicha plaza
 una mujer muy vieja e desnuda
 e llegaron los Caçiques para hacer monexico
 (que es tanto como consejo en su lengua) e preguntaron
 si hacían guerra, si mandaba el dios
 someterse o morir.

E oí decir al Cacique de Lenderí
 que la vieja interpretaba la lengua del monstruo
 (porque el dios era mudo y sin mente)
 y ella era profeta de aquel infierno
 e dijo que bien vieja era e arrugada
 e las tetas hasta el ombligo
 e el cabello poco e alzado hacia arriba
 e desdentada

e los colmillos luengos e agudos como perro
 e salió fuera y a voces dixo a los caciques
 e a los viejos que allí tenyan cuidado de los sacrificios
 que buscaran una mujer doncella
 e la cubrieran de flores
 y fue llevada a la boca de aquel infierno
 e la despeñaron al poço de fuego
 y el pueblo quedó abaxo cantando
 y llorando y decían
 que la que assí sacrificaban
 iba de grado a tal suplicio.'

Cerré el libro del Cronista.

*(Mis hijos miraban la televisión. El cuadro
 de Velázquez: Vulcano
 en su fragua forjando las armas de la guerra
 y de pronto la noticia*

*—eléctrica, como un rayo—
 y en la pantalla una mano tiró de la gaveta de la morgue
 dejando ahí, entre nosotros, el cadáver:
 la hermosa guerrillera de ojos grises
 abiertos, como absortos
 y un pequeño
 profundo
 negro
 agujero en la mitad
 de su frente.)*

Ahora escucha:

Conocí en México al Doctor Atl y me contaba
 que vio nacer al volcán Paricutín.
 Un indio araba en el valle cuando brotó fuego del surco.
 Quiso apagarlo con el sombrero y escuchó un retumbo.
 Pocos días después ya no existía el valle
 sino un monstruo irritado que crecía vomitando cólera.



Ahora el valle anónimo y fértil tiene historia.
 Ahora el valle ha creado una altura y donde crecía el maíz,
 crece la desolación.

Un volcán es la tierra bajo la ley marcial.
 Un volcán es la tierra que te arrebató el Poder.
 (El valle donde nació el volcán Masaya
 ha sido llamado El Valle de la Muerte.)

Toda pirámide se levanta oprimiendo su base.
 Si tú te rebajas, alguien crece.
 La abyecta sumisión crea gigantes.
 Los iguales, los amigos, deben desaparecer
 para que levante el tirano su estatura.

Aléjate, pues, de este mes marcial (el futuro es amor.)
 La guerra no hace nuevo al hombre viejo.
 Aléjate
 de las civilizaciones abiertas por la espada.
 —No vuelvas tu rostro (arde el pasado.)
 —No invoques a Vulcano
 que forjará en su yunque la palabra incandescente
 —la gran palabra a la que no puedes resistir—
 y le entregarás a tu hijo
 o a tu hija
 y otra vez la vieja desdentada historia
 repetirá su ominosa cantinela.

1977-1978

NOTA El texto del Cronista Fernández de Oviedo
 que Cuadra poemisa se encuentra en el
 LIBRO IV de la TERCERA PARTE de su *'Natural
 e General Historia de las Indias,'* CAPÍTULOS V-X.



CÓDICE DE ABRIL

a José María Valverde

Antífona

Abril se anuncia con golondrinas. Mes de flores y frutas. Mes creador y fecundo. Primavera, pero primavera de fuego. Primavera nicaragüense que irrumpe, como una rebeldía, con renuevos, floraciones y frutos entre las llamas del sol: monarca absoluto.

Hierbas verdes bajo la ceniza. Nueva floración de los Corteces, el árbol de oro. Lilas los Robles. Se abren los Corozos en sus palmeras: inmensa flor gualda, cuyo olor recorre kilómetros. Y la Calala, la más linda flor de los suburbios vegetales, morada y blanca, orfebrería botánica que se arrastra en los charrales.

Abril es rojo. En sus crepúsculos parecen derrumbarse imperios. ('Soles del rojo verano,' canta Darío.) Tierras resacas y quemas: humo y polvo. Bajas las aguas del Gran Lago: Pesca de Gasparés. Pesca de Cangrejos. Huevos de Tortuga o Ñoca en los arenales. El Garrobo y la Iguana en la cocina. El pequeño Tisgüís dibuja el borde de las olas en las playas. Chayules en nubes opacas.

Truenan los horizontes. Relámpagos secos. Noches eléctricas. Sólo el amanecer es de seda: pasajero frescor en el que vuelan garzas blancas.

No hay estrellas. El cielo del calor es negro. Y el refrán asegura: 'Semana Santa en Abril, invierno fértil; Semana Santa marcial, invierno fatal.'

Códice de abril

Este es el linaje de Abril, hijo de Marzo, el Guerrillero
 hijo de Sandino y de Blanca, de Yalí, de las Segovias
 a quien engendró Andrés Castro, el hijo de Septiembre
 a quien engendró Amadís, el Caballero
 a quien engendró Cifar, el Navegante.
 Y por generación de mujer Abril desciende de Citlalli:
 la del cesto de flores
 —de la Casa del Rey o Casa de la Estrella—
 a quien engendró Topiltzin,
 a quien engendró Quetzalcóatl,
 a quien engendró Ehecatl, el Viento,
 —‘el Encendido’—en cuya antorcha
 arden el deleite y la muerte.

In ehecatl in chichinaztli,
 dijeron nuestros padres, uniendo
 el viento y el ardor. Y hay testigos
 de que el mancebo gritaba, ya púber,
 en los campos amarillentos: ‘¡Créeme,
 un beso deseado tiene más sabor
 que todos los labios que me ciñen!’

Dijeron de Abril los Navegantes:
 —Elaboró al borde de los lagos
 las plumas escapulares de la ‘Caminanta del Este.’
 Y dio su ramillete de oro a la cola de la ‘Oropéndola’
 Dotó de su copete escarlata al picapalo ‘Carpintero’
 y vistió sus largas caudales a la ‘Viuda’ nocturna.
 Obra suya es el ‘Pitangas,’ devorador de la sardina,
 el ‘Tucán’ pico-feliz y el ‘Relojero.’
 Obra suya el ‘Guacamayo’ y la ‘Lapa’ de occidente,
 el ‘Chocoyo,’ el ‘Gurrión,’ el ‘Güís’ y los irisados
 ‘Siete-colores,’ que amaron las niñas choro-tegas.

Por eso veneraron su paso
 y lo creyeron un rey errante,
 cuya túnica de trinos se mojaba en las aguas del alba.



Los labradores, más apegados a la fatigosa realidad,
 amontonaron para el paso de Abril la hojarasca marchita
 y Abril quemó la hierba muerta, tomó el grano de fuego
 y dijo a la Primavera: '¡Enciéndanse las flores!'

Entonces puso brasas en la frente antigua del 'Laurel,'
 encendió el candelabro perfumado del 'Corozo,'
 hizo estallar la 'Cimarra' y las sartas del 'Sacuanjoche,'
 '¡Quema con tu lengua de estrella!'—dijo al crepitante 'Roble,'
 y vimos encenderse los pistilos numerosos del 'Jilinjoché,'
 la llama alcohólica del 'Carao' crepuscular
 y el fuego milenario del 'Malinche.'

Era la fogata forestal del trino:
 de su antorcha brotó el color de los 'Corteces'
 y dieron luz los 'Elequemes' y los 'Ceibos,'
 el 'Guapinol,' el 'Nance' y el 'Copal.'

—'He aquí—dijeron los labradores— que nos ha nacido un mancebo
 cuyo aliento hace girar la corona del año
 —la rueda multicolor del tiempo—;
 y levantaron estelas de piedra
 con los secretos signos de los perfumes primaverales.

No así los hombres que escribieron la historia
 —gentes que consultaron los manuscritos antiguos—
 documentados en la tradición de los viejos. Dijeron:
 —Cuando descendimos del Norte
 por el río Wa, que pasa sobre ciudades sumergidas;
 cuando peregrinamos al Oeste llevados por los narradores de leyendas
 o cruzamos las vastas aguas lacustres del Este
 transportados por los tocadores de ocarina en sus canoas de Cedro;
 cuando venimos del patrio Sur,
 del río de obsidiana que los pescadores llamaban
 el 'relámpago dormido';
 —allí donde los pueblos acampaban— Abril encendía los doce vientos:
 los cuatro grandes que oyen las órdenes del Rey
 y los vientos menores que recrean a los enamorados.
 Encendió los Nortes

—con sus purísimas garzas—
 como liviano sostén del polen.
 Encendió los Estes para transportar los pájaros
 sobre su intenso añil marino.
 Encendió el Oeste el quejumbroso
 viento de la púrpura, propagador del fuego.
 Y encendió el oscuro Sur, presagio de la noche,
 donde habitan el aullido y el espíritu del Jaguar devorador de la luna.

Luego, cuando llegaron los extranjeros,
 recordaron a Euploia, la del ronco azul,
 o a la latina Hóspita, Vulgivaga, cuya cintura
 ciñera el mirto y la adormidera:
 ‘He aquí la madre de Abril’—dijeron confundidos
 ante la turbadora potestad.
 Mas nunca sospechó la delicada forastera
 venida del océano
 que el hosco brujo lunar mordería su boca
 inoculando violencia al nombre de la Primavera.
 Porque Abril levantó sus flores hirientes
 y alzó a la multitud contra el palacio del tirano.
 Subió el pueblo agitando sus banderas. ‘Felicidad
 fue estar vivo en aquel amanecer,’
 cuando el generoso muchacho levantó su tea
 y las resacas memorias del estío prestas al incendio
 ardieron.—¡No producirás tu fruto
 si no te precede el fuego!
 La flor es fuego, el beso es fuego, la palabra es fuego:
 quemarás a tu mujer, a tu tierra y quemarás tu historia
 y hierba verde nacerá sobre la tierra negra.
 Libertad sobre la muerte. Y el hombre nuevo
 alzará su frente bajo la señal de la ceniza.

Luego las crónicas se dividen.
 El Manuscrito de Tula o Tola habla de Abril
 ‘cuando llegó a la orilla del mar divino
 y al borde del luminoso océano se detuvo y lloró.’
 Y agrega: ‘Tomó sus aderezos y se los fue revistiendo,

su atavío de plumas de quetzal, su máscara de turquesas.
 Y cuando estuvo aderezado, él por sí mismo se prendió fuego
 y se encendió en llamas: es por esta razón llamado
 El Encendido. Y cuando ardió
 y cuando se alzaron sus cenizas
 vinieron las aves de bello plumaje a contemplarle,
 las que se elevan, las que se ven en el cielo,
 la guacamaya de rojas plumas, el azulejo, el tordo fino,
 los loros, las oropéndolas y el luciente pájaro blanco.’

Pero yo aprendí de mi padre lo que el pueblo contaba,
 porque el pueblo supo de su muerte y mi padre, ya anciano, repetía:
 —‘No mires al Norte cuando interrogues tu destino:
 mira esa constelación que gime al Sur de la noche.
 Allí murió Abril, contra la dura espalda del tiempo,
 contra el adverso muro
 balas perforaron la antiquísima sombra.’

1956

NOTA Andrés Castro es uno de los héroes de la batalla de San Jacinto contra los filibusteros de William Walker el 14 de septiembre de 1856.

Cifar el navegante es una referencia equívoca al caballero navegante de la novela de caballería y a Cifar Guevara, marinero-poeta del Gran Lago de Nicaragua, que sería luego protagonista de los *Cantos de Cifar* de Cuadra, publicados en 1969.

‘*In ehecatl in chichinaztli*’ los siguientes dos versos traducen la estupenda imagen náhuatl del ‘aliento que quema.’

Los diversos pájaros y los diversos árboles que cita el poema vuelan o dan sus flores en el aire de Abril.

El río *Wa*, es el nombre miskito del gran río Coco o Segovia del norte nicaragüense. Y ‘el relámpago dormido’ es el río del sur, el San Juan, también llamado *El Desaguadero*.

Los doce vientos es tradición maya y también de los chorotegas.

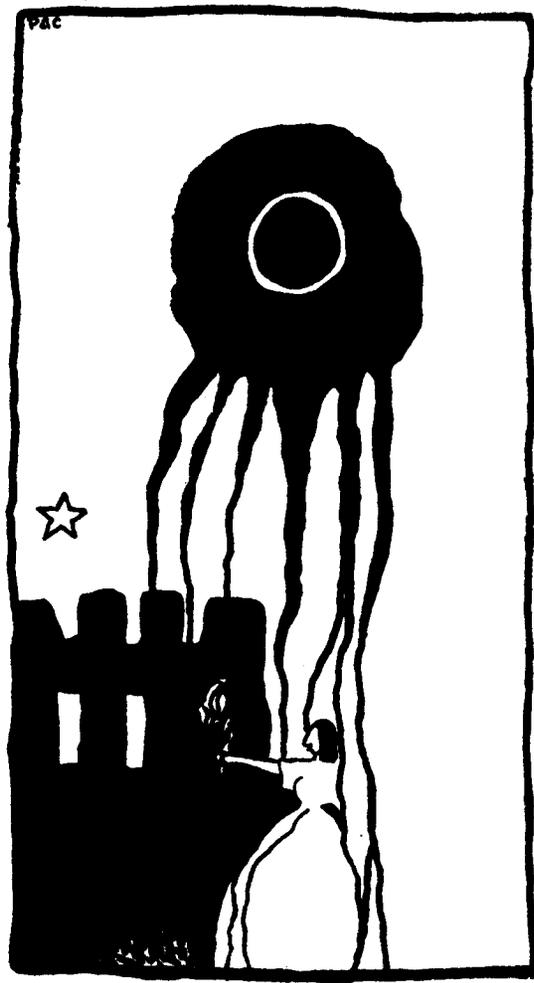
Euploia o la latina *Hóspita* o *Vulgivaga*: es Venus, nacida del mar.

Mirto, arrayán de virtudes mágicas, lo mismo la adormidera.

Abril ha sido el mes de revoluciones en Nicaragua. En Abril fue el primer choque armado hispano-indio, entre Dirianes y tropas de Gil González Dávila. En Abril de 1954 un heroico pero fracasado levantamiento contra el primer Somoza, hecho sangriento y reciente cuando se escribió el poema, ofrece motivos para buena parte del mito encarnado por el mes ardiente. Luego Abril es asimilado, en su trágico final, a *Quetzalcóatl*; pero su última imagen es la del Crucero, o la Cruz del Sur, como fusilado contra el muro de la noche, que evoca la muerte de Sandino.

Este poema fue escrito en 1956 y en septiembre de ese año el poeta Rigoberto López Pérez ultimó al dictador Anastasio Somoza García. La muerte del tirano no produjo ese estallido de júbilo que profetizaba el poema, sino un momento de terror colectivo, pues en toda la República fueron llevados a la cárcel, con lujo de brutalidad, todos aquellos que se habían significado en la oposición, entre ellos Cuadra. El verso del poema: 'Alzó la multitud contra el palacio del tirano' y el siguiente que es una cita de Wordsworth: 'Felicidad/fue estar vivo en aquel amanecer,' eran demasiado comprometedores para la inteligencia de la Policía de Seguridad que investigaba el magnicidio. Por temor a un anunciado registro la esposa del poeta rompió el poema que el poeta, no sin trabajo, reconstruyó de sus apuntes cuando salió de la prisión.





MAYO
ORATORIO DE LOS 4 HÉROES

a Carlos Martínez Rivas

Antífona

Calor incubador. Calores húmedos que exprimen a la naturaleza con manos gigantes.

Las hormigas, los zompopos, los comejenes o termitas crían alas y forman nuevos nidos y aldeas nuevas. Vuelos nupciales. Los 'chocorrone' encandilados son los payasos de los insectos.

Mes hermoso pero desesperante: lleno de belicosos mosquitos. En el campo orquestas minúsculas pero infinitas acompañan las salidas de la luna. Se incendian en rojo sangre o en rojo anaranjado las copas de los Malinches. Último estallido del amarillo: nueva floración de los Corteces. Flor de Mayo. Flor de María. Flor de Nicaragua: Sacuanjoche. Icacos.

Cruzan el cielo los Chichitotes rojinegros. El Brinquino, pajarito negro minúsculo y saltarín, inicia sus vuelos verticales, como chorritos de tinta. En la noche Queiebraplatas y más arriba las Siete Cabritas (Las Pléyades) que los Nahuas llamaban Los Mil-Conejos, se van a buscar otros pastos celestes. También Orión o El Arado termina su oficio en el cielo y baja a tierra. Mayo: mes de bueyes abriendo surcos.

Mayo, mes de transición.

La primera mitad de Mayo es polvo y calor, la segunda calor y fango. Las dos estaciones únicas de Nicaragua—verano e invierno—luchan dentro de este mes y luchan sus vientos: Sure y Surestes contra Nortes y Estes ('Lestes,' dicen los marinos del Lago) hasta que se instala el invierno, a veces con la fuerza brutal del trópico aguaceros interminables, aluviones, llenas de ríos, quebradas y barrancos.

La literatura nicaragüense despierta con los primeros aguaceros. Renace en la poesía la tierra patria al son de las arpas de lluvia.

En este mes debió nacer hace milenios el temeroso culto a Tlaloc: dios de las aguas; y a Cocijo, su ayudante. Sobre los cerros les sacrificaban niños cuyos gemidos todavía parecen llenar las calientes noches como tristes violines implorando lluvia.

Mayo

En Mayo los arados comienzan arando la tierra seca
y terminan en tierra húmeda. Mayo es el paso
del polvo al fango. La lengua cruza en Mayo
del silencio a la palabra. Las hormigas
crían alas. Los pájaros,
crean cantos.

Muchos presagios se reúnen en Mayo.

El niño en quien pensábamos
llega con los zapatos mojados.

—No lo regañes.

Le cogió la tarde aprendiendo a hacer una República:
puso un río al norte, con peces
y al sur escribió otro río, con historias.
Colocó al oeste un mar, con peces
y al este, otra vez un mar, con palabras.

En Mayo es el vuelo nupcial de los insectos.
En el calor de Mayo la lengua incuba
las palabras nuevas. En Mayo termina el reino
del amarillo y comienza el reino del verde.
El gusano se hace mariposa. La estrella
desciende a tierra y se hace insecto.

—No. Mi país no se cansa del mar.

En Mayo llega mi maestra la Lluvia
y sube las gradas de esta reducida República
limpiándose el barro
y sonando sus tintineantes pulseras.

—¡Déjalo! ¿No ves que este niño
está escribiendo?
Ahora la lluvia le da sueño
y en el sueño los tocadores de guitarra
sacuden las hojas llenas de gotas.

Los tamborileros y los danzantes suben a los árboles verdes.

—¡Comencemos!

Todos los niños
aman a Rafaela. Cuando regresan de la escuela
escriben en el muro del Castillo: RAFAELA
Rafaela es la ‘menina,’ la pecosa muchachita
que dispara al bucanero. La que grita
golpeando las baldosas con el pie.

Mi maestra la Lluvia llama por su nombre a Rafaela
—Rafaelita ¿por qué alza usted la voz?
¿por qué se expone? ¿por qué se afana?

*—Yo disparo cañones por palabras.
Defiendo nombres para que no sean sustituidos.
Disparo para que un niño escriba siempre:
Sébaco, Santiago, Camoapa, Momotombo, Colibríes.*

Mi maestra la Lluvia observa al niño.
No se engaña. En su cuaderno
las cosas se van haciendo nombres.
El invierno es historia.
Por eso mi maestra abre su texto
humedecido por tantas lágrimas.

Hemos escuchado tronar los horizontes.
—Me parece que huyen, dice la maestra.
¡Huyen los invasores! Y a la luz de los rayos
vemos sus cuerpos colgados de los árboles.

Mi maestra llama a Estrada, el hombre de Septiembre.
—Dígame, señor ¿qué hace usted con esa espada?

*—Esta espada escribe una República.
De la boca del hombre que afirma su espíritu
ha nacido esta espada. Enciende el fuego del verbo.
Esta espada defiende el sustantivo.*

En Mayo los textos antiguos se cubren de flores lilas.
 En Mayo regamos nuestras palabras con el llanto de los oprimidos.
 En Mayo desfilan las hormigas con hojas verdes
 y los pequeños ataúdes con flores blancas desfilan en Mayo.

Con la lluvia el mar de pie
 pasa arrastrando su túnica.
 Con la lluvia llega del mar Rubén
 a quien llamábamos 'el extranjero' por sus viajes.

—*He saqueado ciudades—dice.*
¡He asaltado adjetivos y adverbios en los mares,
traigo palabras para un siglo!

Y abrió como el Güegüence
 su cajonería de oro y mostró sus piedras y sus perlas
 y mi maestra la Lluvia estaba contenta
 colocándose sus pendientes y mirándose en el espejo de las aguas.

Pero en las aguas de Mayo nada un cisne triste.
 Ha manchado sus alas de lodo y Rubén lo interroga:
 —*¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?*
 Toda palabra es lápida. Mayo
 reverdece los silencios.

En Mayo los soldados muertos tocan lejos sus tambores
 Pero en el campamento de Sandino, al alba,
 no toca su diana el clarín, ni canta
 el gallo. (La guerrilla es silencio).

—*Niños—nos dice la maestra:*
¡Hay que ponerse de pie!
¡El guerrillero ha puesto una emboscada
a las palabras que oprimen, ha derribado
los nombres que avergüenzan!

En Mayo los campesinos buscan con flores
 la tumba del Guerrillero.

Y el corazón del niño se apresura escribiendo
 en su cuaderno una palabra ¿Libertad?
 ¿o Muerte?... ¡No lo interrumpas!
 ¿No ves que el niño está aprendiendo a escribir una República?

En Mayo las palabras caen en los surcos.
 En Mayo comienzan a conjugarse los verbos.

NOTA Los cuatro héroes son:

RAFAELA HERRERA. Muerto su padre, Comandante del Castillo del Río San Juan,—a sus cortos dieciséis años, alentó—en 1772, la defensa del Fuerte contra los ingleses y un certero cañonazo disparado por ella fue decisivo para la derrota de los invasores.

JOSÉ DOLORES ESTRADA. El 14 de septiembre de 1856 defendió San Jacinto, nudo de comunicaciones vital para los nicaragüenses, contra las fuerzas filibusteras de William Walker, derrotando a los atacantes y exterminándolos en su mayor parte en una batalla que Eliseo Reclús llamó ‘el Maratón de América.’

RUBÉN DARÍO. Héroe cultural de los nicaragüenses, débil como Quetzalcóatl pero, como él, hacedor de cultura; abrió la nacionalidad a la universalidad y la dotó de un rico patrimonio verbal y poético.

AUGUSTO C. SANDINO. Se levantó en armas en 1927 contra la intervención norteamericana en Nicaragua. Mantuvo una hostigante guerra de guerrillas y sólo firmó la paz hasta que salió el último de los *Marines* que ocupaban su patria. Poco después fue detenido a traición y ejecutado sin proceso ni juicio alguno por orden del general Anastasio Somoza García, jefe de la Guardia Nacional, la noche del 21 de febrero de 1934.



JUNIO
LA MESTIZA

a Jean-Louis Felz

Antífona

Tierra empapada. Verdura. Es el estreno del verde, la llegada de lo verde. En toda su novedad, brillo, esplendor, fervor y poder de savia nueva. El verde en todos sus matices y tonos y un verde sinuoso que se arrastra en la culebra, y un verde histérico que salta al cielo en alas de loros y chocoyos.

Segunda floración del cacao. Azahares en los naranjos. Malinches que arden como candelabros bermejos. Frutas (todos los colores de la dulzura) sabor rojo del zapote y de la pitahaya, marrón del níspero, blanco de las anonas y guanábanas, rojiverde de la sandía... Aguacates. Mamones...

En Junio se multiplican los insectos de Mayo y vuelan centenas de mariposas blancas y amarillas. Por las noches las relevan, con sus linternas, cocuyos y luciérnagas.

En Junio miles de semillas que yacían marginadas en los bordes de los caminos o de los campos de cultivo, surgen, brotan con violencia, produciendo hierbas subversivas: ortigas, espinas, bledos, barbascos, bejucos, bejuquillos, cadillos, aristides, cañuelas, navajuelas, mozotes, carrizos, escobas, escobillos, ojos de buey, pica-pica, colas de alacrán, colas de iguana, colas de zorro, chichicastes... y crecen y se trenzan y van formando los charriales—nidos de serpientes, de pequeños pájaros y refugios de florecillas de formas y colores milagrosos—. Crece el maíz y en los últimos días del mes es ya un dios púber rodeado de alas vibrantes de mariposas.

En las mañanas el Gran Lago calmo, espejeante. En las tardes, casi siempre, fuertes aguaceros. Crepúsculos húmedos de azules bajos. San Juan y San Pedro lloran. Con las lluvias se limpia el cristal del cielo y las distancias se acortan y los azules escalonan sus matices de lejanía en lejanía.

Cielos nocturnos profundos. Mixcóatl Ohtli—la Gran Serpiente Blanca— el Camino de Santiago de nuestros campesinos, la Vía Láctea, brilla refulgente. Cansado el Can Mayor se echa en la sombra: los viejos mercaderes nahuas le llamaban Xonecuilli, y al ocultarse decían que habían perdido su báculo. Por eso Junio, el fangoso, ya no es mes de caminantes...



Junio

*‘Del lago donde se pescan peces de esmeralda
de la región donde mora la lluvia,
del sitio donde están de pie las flores
viene nuestra Madre, la diosa con máscara’
—Códice Borgia*

Este es un mes de aguas.
De tierra empapada. De azules
húmedos. Este es el mes de los verdes
fúlgidos y de las milpas de jade.
Sucios de fango aúllan los coyotes.
Limpios los astros desovan en la noche.
Nueve de Junio / Nueve Atl. -Roja
la copa de los malinches.
Estamos debajo del aguacero
refugiados en el árbol conyugal
—caen gotas azules y flores rojas—.
Las aguas han hecho crecer el río
y ha roto la bocana.—‘Llévame
a la otra orilla,’ me dice Junio la Mestiza
y veo detrás de su rostro sus dos trenzas
como dos razas
como dos noches
como dos historias insondables y antiguas.

Este es el mes del verdor. Mes del llanto de San Pedro.
Mes del veranillo de San Juan.
Variable es Toci, la abuela de la tierra:
Sus vientos nortes traen lluvias con sol y paren las venadas.
Sus vientos sures traen la silampa: el llanto
de las mujeres que llevan a dormir al sol.
—Mira, muchacha, el mordido de culebra
no debe hablar con la doncella.
Acteón fue hecho venado y devorado por sus propios perros
porque te vio desnuda.
La lluvia te desnuda.

La lluvia esculpe tu cuerpo
 y la geografía nace de ti.
 El paisaje eres tú. El alfarero
 sorprendió tu cuerpo
 y moldeó el ánfora y la tinaja.
 La lira nació de tu cintura
 y la guitarra.
 De tu talle brotó el soneto.
 De tus pechos
 la cúpula y el arco.
 ‘Te hicimos entre todos
 con nuestro sueño’
 —dijeron los Toltecas.
 Pero tú insistes. (¿Has escuchado en Junio
 las voces sueltas de las Ceguas?)
 Las aguas de Junio han roto las bocanas
 y la doncella necesita cruzar en los brazos del varón
 la fugitiva y mortal corriente.
 Es el delta, que en griego es triángulo:
 —sexo del mundo y principio de la vida—
 y en babilonio es ‘pu’ que significa a la vez vagina y fuente del río.
 En náhuatl Chalchiuhtlique es la diosa de las aguas
 —la de la falda de jade—
 y es la diosa fértil—la de las piernas abiertas—.
 En hebreo ‘nequeba’ es fuente de agua y es pozo y es esposa.
 Y el dorio llamó ‘delph’ al útero y al santuario
 Y es Delfos y es el enigma y su adivinación.
 Y dijeron los Mayas:
 ‘De taité (de maíz) se hizo la carne del hombre
 pero la carne de la mujer fue hecha de espadaña,
 de tule—que crece al borde de los ríos,
 de tule—la suave planta con que se teje el lecho.’
 He levantado en mis brazos a la mujer de la falda de estrellas
 y atravieso las aguas con la mujer de la falda de serpientes.

Ella me ha dicho—‘Fabricaremos el horizonte;
 el encuentro del cielo y de la tierra.’
 La mujer ha buscado en el hombre lo cercano.
 El hombre ha buscado en la mujer la lontananza.
 Cuando Ninlil se une con Enlil, la lluvia cae.
 Cuando Démeter se une con Jansón, la lluvia cae.
 Cuando Tamagastad se une con Cipactonal, la lluvia cae.
 He levantado en mis brazos a la tejedora de sueños
 y atravieso las aguas con la tejedora de sábanas.
 Mírala: ella inventó con su sangre el calendario
 —la luna en su vientre menstrua sus fases—
 Ella hizo la casa.
 Inventó el lecho y en su cuerpo el Caos se hizo Cosmos.

He levantado en mis brazos a Muta o Tacita,
 /la virgen del silencio
 y atravieso las aguas con la madre de la Palabra.
 Madre es molde. Es cuna: alumbramiento del lucero matutino
 y es tumba: enterramiento del lucero vespéral.
 Cipactonal es la dueña de la noche
 pero también es la dueña de la aurora.
 En egipcio ‘bi’ es la galería de la mina y es el útero.
 Es el amor y es el oro.
 Es la fidelidad y es la prostitución
 —en su cuerpo el Cosmos se hace Caos—.
 Nueve Atl / Nueve de Junio:
 Por esta fecha emigraron los Toltecas.
 Murió el rey de Tula y peleaban por su hija los guerreros.
 Se incendió la guerra por una mujer
 y un pueblo de amantes fue exiliado.
 —‘Vosotros poblaréis cerca de una mar dulce
 que tiene a la vista una isla con dos volcanes,’
 profetizaron los alfaquies.

También Rodrigo, en el Tajo, con la hermosa Cava en la ribera
 /perdió a España
 Hemos perdido patrias
 por mujeres. Ha ardido Troya
 Por Elena
 'elenas
 elandros
 elépolis'*

Junio ha venido de tierras adentro.
 Junio ha venido del mar.
 Mi simiente ha sido transportada por el deseo.
 Y he aquí que la lluvia esculpe los dos volcanes
 amotinándose en sus pechos
 como dos razas
 como dos fuegos
 como dos historias insondables y antiguas.

*ruina de naves / ruina de hombres / ruina de ciudades.

1960/1978

NOTA *Nueve Atl* (Nueve agua), es la fecha del inicio del éxodo de los nahuas toltecas a Nicaragua.

Llaman los nicaragüenses al Malinche: árbol conyugal, porque un mes da flores y el resto del año, vainas.

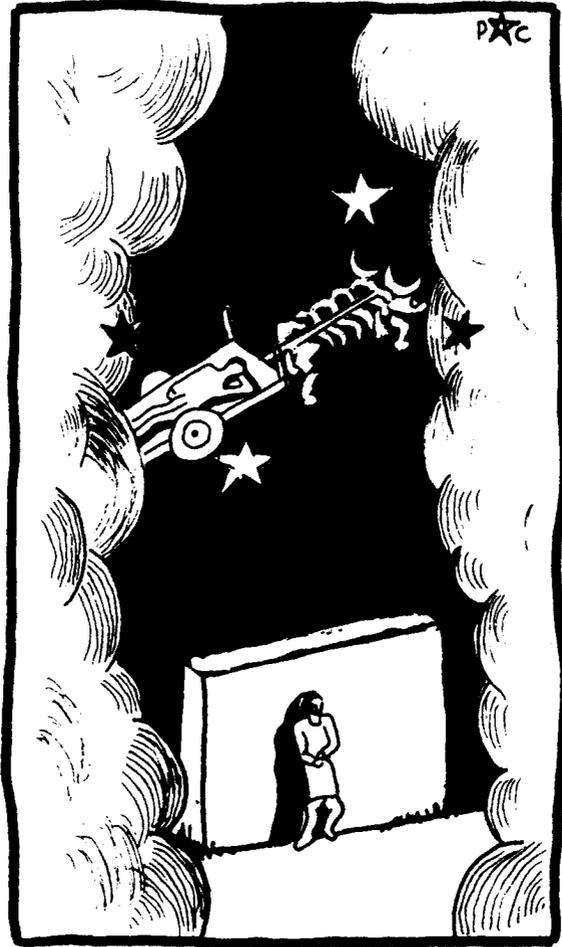
'Lluvias con sol, paren las venadas': adagio campesino.

Silampa. Lluvia o llovizna muy fina, fría y con viento. Es el nombre de uno de los doce vientos.

'El mordido de culebra no debe hablar con la doncella,' creencia campesina.

'Ceguas': Leyenda de mujeres que salen por las noches y al hombre que conquistan lo dejan 'jugado de cegua,' es decir, hecho una piltrafa.

'Junio ha venido de tierras adentro / Junio ha venido del mar': Junio es india, Junio es española.



JULIO
EL BOYERO

a Guillermo Rothsclub Tablada

Antífona

Emigran las garzas en bandadas blancas sobre azules cada vez más intensos. ‘El Carro’—la ‘Carreta Náhuatl’ (nahualli significa bruja)—del boyero dormido, que comenzó a recorrer el cielo en Febrero, brilla como nunca, pero las ruedas es abajo, en la noche rural, donde suenan dando tumbos en las piedras del tiempo. Los Brujitos de la constelación de Nahuatlachtli (Los Gemelos) dejan, cansados, de jugar y abandonan el campo. (Comenzaron su juego de pelota en Enero).

Cielos muy puros y transparentes cuando no hay agua. Pero cuando ‘se pone agua’—hay ‘agua puesta,’ dicen los marinos—la lluvia se apiña en nubes espesas como racimos que chorean humedad, despegan las alas a los insectos y producen dolores en las coyunturas.

En las mañanas se extiende el reino de las mariposas: blancas, rojas, amarillas, azules, negras, doradas. Y por las noches Quietaplatas y Grillos y conciertos infinitos de insectos. Mosquitos mañaneros. Moscas minúsculas que giran alrededor de las frutas y los perros. Zancudos belicosos tocan sus clarines y atacan desde el atardecer. Hormigas cruzan en filas locas los arenales del Lago; las ‘Bravas,’ guerreras feroces, transportan sus huevecillos amarillos.

Aguaceros a cualquier hora, a veces hasta tres o cuatro encadenan sus aguas y cuando cesan, revientan nubes de ‘Chayules.’

Julio es un mes de belleza fulgente en la naturaleza: fango bajo la vegetación. Verdes y rojos espléndidos. Pitahayas. Malinches. Pájaros Zenzontles en cría. Chichitotes... Pero un mes cruel: no hay insecto que no se cite en el aire húmedo de Julio. Y el Gran Lago sucio, aleonado, rugiendo en sus chubascos.

‘Llueva bien o llueva mal / por Santiago, voltamal.’

Julio

*‘Escoge entre el amor y la ciencia;
no hay otra elección.’*

—Unamuno

I

En el cielo de Julio nocturnas abejas elaboran
constelaciones.

En el altísimo silencio las palabras
son astros, (sumergidos
en el sueño los amantes pasan)
son pájaros,
son lágrimas, (atascados
en el fango los generales matan)
y la corneja
grazna a la siniestra.

En el cielo

de Julio, el boyero cruza en su carro
las tinieblas rurales.
Una luna húmeda alumbra a veces
sus bueyes muertos
y se oye el golpe de las ruedas sobre piedras invisibles
y el sonido quejumbroso de sus ejes
desgastados por el tiempo.
(Aúlla el perro,
los caballos nerviosos amusan las orejas).
Lleva siglos errante
—de camino en camino—
soñándose inmortal pero dormido.

Ahora cruza el neblí de las noches segovianas
cruza las selvas del Este
—tinieblas chorotegas entrelazan sus ramas verdinegras
con los húmedos helechos de las tinieblas mayas—
cruza los montes de Oluma y el sagrado
valle de Cuapa; cruza Mancotal;
Somoto, la cima de Kilambé,
los llanos de Acoyapa, Matiguás y sus montes;

cruza la isla los dos volcanes ceñida por las olas dulces,
 mi bella ciudad blanca (ya perdida)
 y la ciudad de Darío y el oscuro
 río patrio del Sur y los parajes
 del Güegüence: Diriomos
 Dirianes
 Niquinohomos

Todos han oído
 sobre las ruedas del tiempo que nunca se detiene
 cruzar la noche el sueño que detiene al tiempo.

II

En la noche de Julio los campistas se reúnen. ¡Míralos! Senta-
 dos en sus pellones, alrededor de la palabra. Calientan café en
 el fuego. Luceros de agudos élitros chirrían. Zumban mos-
 quitos y sacuden sus largas crines los potros. ¡Bájate! ¡Salu-
 da a los jinetes! Son hijos de Chontales. Este es Villagra,
 campista de Acopaya, tejedor de guruperas y de jáquimas,
 que tejió también las hermosas sagas de nuestros orígenes.
 Este otro es Astorga, el guerrero de Septiembre, por cuya
 hazaña tus hijos son ahora libres. Este otro es Juan Rejano,
 el cantor de Teustepe. Y ese otro, llámalo Gaitán, el juigalpino:
 custodia tus leyendas. Son aquellos a quienes Rubén llamó
 Centauros. Ellos hablan de Julio, el boyero. Escucharon en el
 bosque sin sendas el sordo rodar de la carreta náhuatl. Cuen-
 tan su historia:

*Fue en los días iniciales, cuando balaban los primeros ganados
 y el indio se asombraba del toro y de la pólvora. Julio, el poblador;
 el Regidor de Granada, el que bajó de la nao con los setenta funda-
 dores, construye ahora con sus indios el carro de sus bodas. María
 en Tola espera el cortejo anunciado. El carro florido. Los caballeros.
 Los cantadores y galanes que abrirán camino del puerto de la Mar
 Dulce al pueblo de los Toltecas. Maestros carpinteros labran a zue-
 la las piezas del carro (el primer carro). Curiosos aprendices mi-
 ran atentos el sabio golpe de las herramientas. Labran el pértigo en
 la blanca y dura madera de Chaperno. Labran las ruedas—que*

pasman a caciques y vasallos—del tronco del robusto Jenísero y los ejes de Nispero, el árbol de corazón de hierro. Sólo el yugo es ligero, labrado en el liviano Guásimo.

Ahora los poderosos bueyes bajan la cerviz al yugo. Todavía indóciles tiran del carro y van y vienen entre las burlas de los peones. Ahora lo entoldan. Ahora adornan el mueble con palmas y flores. Y parte el tren entre gritos. Los caballeros, los cantadores y galanes. Salen cantando. Son horas naturales de partir.

Subirán la pendiente de La Fuente. Cruzarán el alto y fértil valle de Caña de Castilla. Tierras de pan llevar. Subirán las faldas del Mombacho. Tierras de urracas y tucanes; tierras indias. Dormirán en Nandaimé. Desensillarán los potros. Desenyugarán los bueyes. Encenderán la fogata y las guitarras desmenuzarán la luna en luciérnagas. En Tola, María espera. Y en la espera una noche es como un siglo.

III

Entonces se reunieron los dioses. Se citaron en el tercer cielo donde todavía las palabras conocen el rudo fragor de la polémica.

No cantaban aún los gallos, los primeros gallos, y los dioses hablaron.

Habló Mixcoa, el dios de los caminos y de los mercaderes y dijo estas aladas palabras:

—Desde que salieron de nuestras manos los conflictivos hombres recorrieron su historia

sobre los caminos abiertos por el pie: por alígeras

pisadas. Eran pies caminantes,

pies andadores, peregrinos andantes,

incansables pies

de guerreros, labradores, mercaderes, macehuales.

Filas indias de migraciones y exilios.

La vetusta historia está tejida de caminos de pies

que avanzan

de senderos descalzos, de silentes

pasos que dejan su memoria

y sellan el reino de los hombres.

(Y levantó su voz el dios ceñudo):



—Pero llegan los extranjeros, ¡los malditos!
Y trasladan a la tierra los peligrosos astros
que ruedan en la noche.

Ya no será el hombre quien arrastre su historia
sino la muda máquina. Ya no el pie
ni el vigor del caminante
ni la gloria del cuerpo sino la fría
rueda lunar, forastera de la tierra,
y la prisa y el tropel desquiciarán la vida
¡y el mundo girará en manos de dioses locos y veloces!
Y diciendo esto levantó Mixcoa su mortífera lanza.

—¡Detén tu ira!—gritó Quetzalcóatl, el dios amigo
el que desdobla su hado
entre la estrella matinal y la del dulce silbo vespertino:
—¡No le impongas límites al hombre!
dijo con voz antigua y reposada
—Recuerda que en el dominio de las aguas
el hombre no fue pez
pero inventó la canoa
Que en el dominio de la tierra
el hombre no fue jaguar
pero extendió con la lanza el poder de su zarpa;
Que en el dominio del viento no fue águila
pero cazó las aves con el vuelo de su flecha.
Y los dioses discutieron.
Y habló el lacrimoso Cocijo,
el de cabellos de musgo—dios de la lluvia—y dijo:
—‘El hombre todo lo rinde y lo sujeta
Oprime el mar, se sirve de los vientos
Arranca las entrañas a la tierra,
y, lo que me horroriza al referirlo,
el rayo ardiente a voluntad maneja.’
Mas apenas calló Cocijo alzó el grito colérico Mixcoa:
—¡No serán los hombres como dioses!
Y lanzó contra Julio su obsidiana y lo maldijo:
—¡El boyero jamás despertará!
—¡Despertará cada siglo!—intercedió el benévolo
dios de los toltecas

*y se impuso su voz antigua y reposada:
—Despertará al soñador su sueño
Despertará buscando el rostro de la madre
en el rostro de la hija
y el rostro del ayer en el futuro.
Despertará su ilusión el desengaño.
Despertará la opresión su libertad.*

IV

Eso narraron los jinetes alrededor del fuego bajo la húmeda luna de Julio. Los que Rubén llamó Centauros. Así fue explicado por los contadores de leyendas el misterio de este signo. Sucedió que el mes se levantó para mostrar su hado —no sobre sus pies, sino sobre un rodar inédito— Y en su piedra vimos que su fecha era una historia, pero también un sueño. Y Juan Rejano dijo:—La libertad es sueño. Y Astorga:—El sueño es libertad. Y Gaitán, el viejo, alzó su mano y dijo: —No pongan puertas a la fábula. Al hombre no lo encierra el tiempo / pero cabe en un momento.

Poás, Costa Rica 1979 / Austin, Texas 1986

NOTA El 'Carro o la Carreta nahua' (nahualli significa 'mágica o embrujada') es la constelación de la Osa Mayor y es una leyenda nicaragüense: La leyenda de la carreta maldita y de su boyero, Julio, que despierta cada siglo.

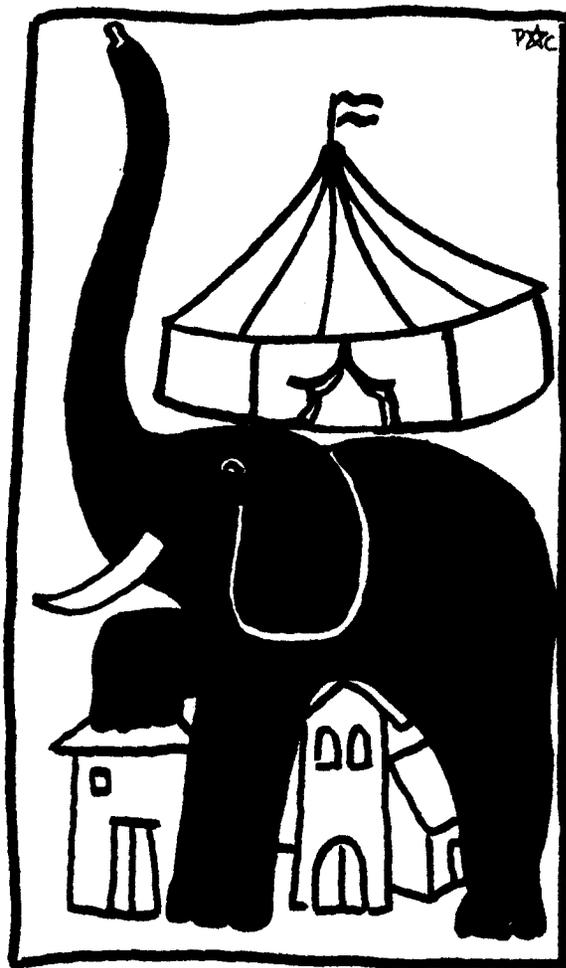
Cuadra vincula la maldición del boyero—que iba a casarse a Tola (un pueblo del Sur)—inaugurando el transporte en carros y carretas en los primeros años de la Conquista, con la leyenda de la novia de Tola, la mujer que se queda esperando, con velo y azahares, al novio que nunca llega.

La carreta halada por bueyes muertos se oye cruzar los caminos y calles de toda Nicaragua.

Pero el boyero despierta cada siglo y cada despertar es una nueva leyenda que inventa el pueblo y es imagen de su destino.

El poema en su CANTO III sobre la maldición de los dioses parodia el barroco sacro del XVIII, e incorpora, para darle sabor de época, una estrofa de Fray Matías de Córdoba de 'La tentativa del león y el éxito de su empresa.'





AGOSTO
APÓLOGO CON ELEFANTE

a Steven White

Antífona

Mira hacia el Sur: son las últimas noches del Crucero luminoso, Nahui Nauhxihuiztlan: las cuatro turquesas, las cuatro piedras azules de la Cruz del Sur. Este es 'el broche del manto de Nuestra Señora.'

De pronto entra el calor dentro de la humedad como una divinidad que vuelve disfrazada y vengadora. Agosto con sus perros: La Canícula. A veces el dios entra irritado produciendo ciclones o grandes chubascos. Las tortugas asoman asustadas sus cabezas en las aguas del Gran Lago. Las costas y playas enfangadas y sucias. Gamalotes.

Los mosquitos se envalentonan: se adueñan de los crepúsculos.

Las quiebraplatas en los potreros o en los llanos parecen aquelarres de estrellas.

Nancites, jocotes inverneros, pitahayas, sandías, melones, mangos, flores en los achiotos, los malinches alcanzan la plenitud del rojo.

'Arcoiris en el poniente / suelta el arado y vente.' (Los marineros cambian el refrán y se aconsejan: 'Amarra tu lancha y vente').

Agosto

'Elephas Aeternitas Auggusti'
 —Inscripción de una moneda de Filipo, Emperador

'Allí donde la razón adapta monstruos.'
 —Roberto Juarroz

A través de los agujeros de la carpa
 vimos tendido al Empresario
 con el rostro todavía enharinado y su gran boca roja de payaso
 envenenado por el Domador (dijeron):
 la vieja lucha entre el Poder y la Sátira
 reinvestida luego por una aura de leyenda
 cuando cruzó galopante las calles del pueblo
 el caballo blanco
 y se perdió en la noche
 llevando de pie en su silla de plata
 a la pecosa amazona de cabellera opalescente.

Se disolvió el Gran Circo Augusto:
 Desaparecieron los trapezistas, los enanos y los prestidigitadores.
 Los perros maromeros, sabios de hambre,
 buscaron las casas de los ricos
 y en los cofres abandonados los trajes de luminoso esplendor
 resultaron harapos con lentejuelas de brillo fatuo.
 Solo quedó el elefante.

El pueblo lo hizo suyo.
 Amó su forma huérfana, sin orígenes,
 que convertía en habitual lo exótico.
 Allí donde pasaba con su pesado paso lento
 creaba un paisaje insólito.
 Los indios viejos, sentados bajo los almendros,
 escrutaban, suspensos, indicios de la deidad
 que el tiempo destronara. Y temían
 la azarosa amistad de su potencia.
 El elefante les tendía su trompa desde una edad remota
 meneando en su extremo un dedo anacrónico y deforme
 como si el oler y el tocar pertenecieran
 a un reino todavía indiviso.

En las noches de silencios rutinarios
 los estudiantes y los enamorados lo veían moverse
 como una oscura enciclopedia
 de piel rugosa y texto indescifrable.
 Sus pequeños ojos eran tristes,
 prisioneramente tristes bajo su enorme frente comba
 como si un peñasco o un vetusto
 árbol abriera el secreto párpado de lo inanimado.

Comenzamos, entonces, a inventar nuestros recuerdos.
 Comenzamos a notar que nuestras casas reducían su estatura,
 que nuestros árboles degradaban la elevación de sus anhelos,
 que crecía un dominio,
 que crecía la incontrollable fascinación de lo gigante.

¿Qué puede un pueblo de musas rústicas
 y pesadumbres provincianas
 cuando recorre sus noches con sus colmillos blancos
 la corpulencia del Orden
 con el sello lunar de su pezuña
 y el manto de su piel, el ominoso
 manto de un pasado insondable como el tedio?

Los poetas preguntaron: ¿es lúcida
 o es ciega la potestad que rebasa nuestras formas?
 Porque el tiempo iba pesando, denso y paquidermo.
 Y su peso era un arma. Y su tamaño un reino.
 Y mendigaba como todo rey.
 Extendía su trompa imponiendo el tributo
 demoledor de su desmesura.
 Los sembradores dijeron: 'Pisotea nuestras milpas'
 Las vivanderas del mercado: 'Destruye nuestros tiangues'
 Y el párroco abrió el Libro
 donde Eleazar, hijo de Saura—el Macabeo—
 mató con hacha el mamut de Siria
 y pereció aplastado por su masa.

¡Mas ya era tarde!

El plenilunio
 hirió su sexo con el salvaje filo de su hoz. Y fue el amor
 su furia. Olfateó en el viento hacia oriente
 —donde rugía el mar—la hembra inaccesible
 y embistió sobre nosotros
 barritando su brama.

Con gritos
 con piedras
 con antorchas
 la multitud lo echó del pueblo
 al cenagoso páramo.

Costó vidas su muerte.
 Como antaño aplausos
 levantó aleteos y chillidos
 de aves agoreras.

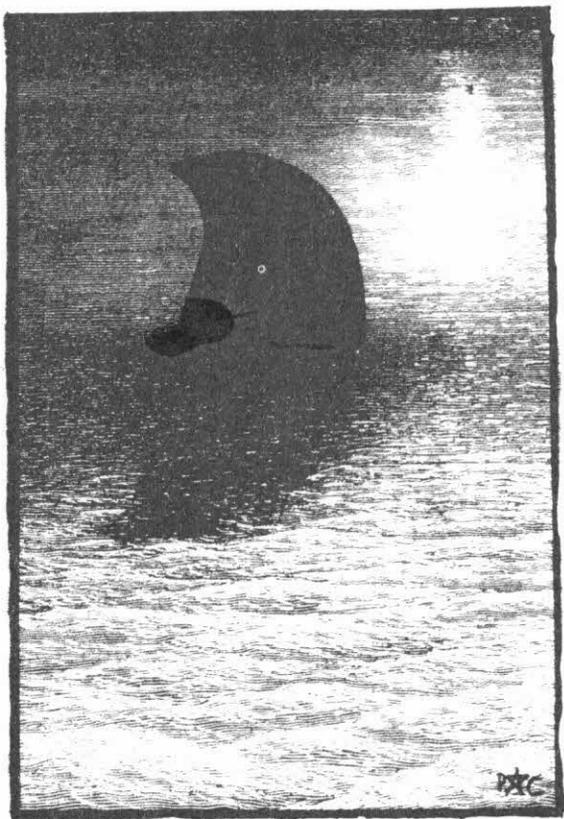
Y lo vimos hundirse por su propio peso
 fangoso sol arcaico
 deforme
 y extranjero.

1981/82

NOTA 'Me contaron la anécdota del elefante, de un circo que se disolvió por un crimen, hace muchos años, en Comalapa, Chontales;'—cuenta Cuadra.

Agosto es el mes dedicado a Augusto. Y el elefante, como un arma pesada y temible —formando las aplastantes elefantarquías— fue asociado a la idea de Poder: Así Filipo acuñó monedas con un elefante y esta inscripción: '*Aeternitas Augustus, Aeternitas Imper.*'





SEPTIEMBRE

EL TIBURÓN

a José Emilio Balladares

Antífona

Cristóbal Colón llegó al Cabo Gracias a Dios el 12 de septiembre de 1502, después de ochenta y ocho días de espantosa tormenta. Allí cambió el tiempo y tornáronse favorables los vientos y las corrientes.

‘Este es un mes de nubes como cíclopes
que cargan lluvias en sus inmensas
ánforas negras.’

Tiburones en las bocanas. Sábalos.

Septiembre: mes patrio. El día 15 la Independencia. El día 14 la costosa confirmación de esa Independencia por la Guerra Nacional para expulsar a Walker y sus filibusteros: victoria de San Jacinto.

En las noches ya no se ve el Carro (la Osa) con su boyero, pero comienza a brillar Malinalli—el manojo de zacate—(Casiopea). Y Xochil (la Flor) que es la constelación de Andrómeda: su brillo nos recuerda su fábula: Casiopea, su madre, dice que Andrómeda es la más hermosa de las Nereidas, esto irrita a Neptuno que envía una inundación y luego un monstruo marino a acabar con su tierra etiópica. Temeroso Cefeo, su padre, la encadena para entregarla al monstruo. Pero Perseo—el matador de la Medusa y el jinete de Pegaso—salva a Andrómeda y se casa con ella. La libertad en Nicaragua ha sido fiel a este mito.

Septiembre

*Los nicaragüenses llamaron al Gran Lago:
‘Cocibolca’ —Coatl-pol-can, lugar de la gran sierpe—,
y los españoles, al cristianizar la región dieron a sus
principales puertos los nombres de Santos que
vencieron al dragón: San Miguel, San Jorge y la Virgen.
—Alejandro Dávila Bolaños*

*Creyeron los de la lengua mangue que la Noche,
todavía doncella, tropezó cuando transportaba
el ánfora de la luna. Y derramó estas aguas pálidas, dulces,
donde el niño que yo fui
se asoma por mis ojos
y lee sin cansancio el arcaico himno
de las olas—en el Principio
fue el verso—olas: estrofas
para idiomas inéditos, ritmos
que modelaron, como un caracol
el laberinto del oído.
Un niño vuelve al vientre. Vuelve infante
al aire llorado de los peces: aves húmedas
sin canto
y pluma endurecida por una crueldad purísima.
Aquí ova la muerte desde el principio
su silencio incesante. Aquí
la siniestra aleta—al filo de la luna—
rasga la tersa superficie del génesis.*

1

Recuerdo a un viejo pescador
carpintero de ribera, trabajando en la ensenada.
Golpea con el mazo y el cincel sobre la estopa
Sonríe oyendo la risa alegre del niño
que salta entre las olas
Y todo como siempre. ‘Sobre el dolor
nunca se equivocaron los antiguos maestros’¹

¹ W.H. Auden—‘Palais des Beaux Arts.’

La brea borboteando en el jarro sobre el brasero.
 El velero y sus disipadas
 voces acercándose al puerto. El susurro
 del viento. Y el grito. Y la garza
 inmóvil en la rama.
 ¿Dónde diablos se ha metido este muchacho?

2

Fue en el mes de Septiembre
 y 'yo, Ismael, formé parte de aquella tripulación.²
 Bajaron de las islas los pescadores
 y rastrearon con lámparas las aguas.

Aguas antiguas
 donde los signos se borran. Aguas
 negras, anteriores a la luna, donde pasa
 como la culpa, al fondo, la ominosa
 sombra.

¿No fueron ya vencidos
 los gigantes?—murmura el marinero.
 ¿No cayó bajo el agudo arpón de Enero,
 Cuajipal—hijo del fango— el que soporta
 sobre su lomo el peso de las islas?
 —Es Escila—dijo el extranjero,
 aquella que vio Odiseo y ladra
 en las olas negras que baten los Alisios.
 Otros decían:—¡El Kraken!, ¡el engañoso!,
 sobre cuyo lomo—creyéndolo isla—
 celebraron misa los sacerdotes del Altísimo.
 —O Cipactli—dijo el anciano
 recordando al temible advenedizo, hijo del mar,
 y levantó su lámpara
 iluminando la roca del acantilado
 donde una mano india grabó hace siglos

² Melville: 'Moby Dick'

John Davis entró con ellos por el río
 y cruzó el Lago en bongo y cayó sobre Granada dormida.
 Sonaron a rebato los campanarios
 pero ya el humo de los incendios
 levantaba coronas de buitres sobre la ciudad destruida.
 Así conocimos el inconfundible ruido de los imperios:
 el hierro,
 el crepitar de ciudades
 y un ceniciento aullido de perros.
 Porque va

y vuelve. 'Y es muy suelto en el agua
 y carnicero.' Como el Olonés,
 que cruzó también el río
 con su cohorte de cetáceos.

Este es el que partía en dos a los prisioneros
 /de un solo tajo de espada.

Y gritaba:— '*¡Mort Dieu! ¡Les espagnols me le payeront!*'
 La dulce doña Inés de Quirós llevada en rehén por la selva
 en su traje de novia.

Los trozos de encajes en los espinos guiaron a los indios
 y le armaron una emboscada y lo coparon
 y lo descuartizaron y lo quemaron y esparcieron al viento
 sus cenizas.

Pero va

y vuelve.

500 vacas por una dama cobró Davis
 150 por un caballero el ilustrado Dampier
 (el terror siempre ha sido negociable)
 y escribía con bella letra sobre nuestros árboles
 y luego colgaba de sus ramas a los prisioneros.
 Pero la dama ya llevaba en su vientre tu semilla
¡Carcharhinus leucas!

y regaló su hijo a una india y el niño
 fue corsario, 'el hijo de la hembra del tiburón
 cuya hambre es amiga de las tempestades.'³

Este fue Gallardillo el que tomó y quemó otra vez Granada,

³ Isidoro Duchase, Conde de Lautremont: 'Cantos de Maldoror.'

el que cantaba romances mientras decapitaba prisioneros.

Y así Coxon

Y así Harris

Y así Horacio Nelson (el de Trafalgar)

—el oro de las hebillas de sus zapatos
era robado a la diadema de Nuestra Señora—

Y así Sharp

y Bourmano. Porque va
y vuelve.

En la casona familiar, antes del alba
sonó el pesado aldabón del zaguán y se oyeron voces
y los criados corrieron con los candiles

y no conocían al sucio Ulises,

al hijo —prisionero de Coxon, el corsario—

diez años esclavo en las islas del Caribe,
musculoso, magro, con las huellas de su desventura.

Y la mano cortada por voluntad propia
para borrar la marca a fuego de su dueño.

—‘De los tiburones

y de su increíble voracidad me maravillé con razón’

—dice Acosta en su historia.

4

Al fondo del país nicaragüense
en la colina junto al río,
el viejo Capitán Samuel Sherpherd
apaga, como un íntimo crepúsculo, la oxidada
lámpara y entra a la noche
arrastrando los pies. Eternamente
iluso sonrío al sueño que retorna:

Barcos de altas quillas

luces en los puentes,

roncas voces

de los timoneles, lenguas

escandinavas, germánicas, sajonas,

barcos de Bretaña

*con tripulantes hindúes
y el viejo Karol con su humeante pipa
agitando la mano.*

En el cementerio de Greytown yace la gentil Elizabeth puritana y pálida. Los dos niños también partieron a los mares antiguos. ¡Oh, tierra áspera! Flautas nocivas levantaron como serpientes lianas y enredaderas. Selvas resucitan de sus tumbas para ahogar lo que tus manos alzaron. Ciudades mayas bajo tus ríos. Puertos febriles, dragas, aduanas, mástiles de los activos consulados asimilados por la vegetación, nidos de raíces constrictoras, hierbas, y bajo las hierbas, lápidas:

*Elizabeth Cross
1830-1866
Devorada por el escualo*

En una pequeña caja, como un feto su mano y su delicada calavera.

5

Aldebarán no brilla. Ninguna de las constelaciones del amante, sólo el avispero de las Furias y la cola del Dragón, crepitan. Has doblado otra página de tu historia. Has ganado tu libertad y otra vez la siniestra aleta rasga tus aguas.

En la penumbra del puerto se acercan remando los Filibusteros. La blanca ciudad que tú amas verá otra vez su aurora abierta a filo de cuchillo.

Madres sustituirán las estrellas con sus ayes
y los fusilados volverán a abrir sus brazos contra
/el muro de la noche.

Lloro por los hijos de Septiembre.

Isidora, Blanca, Guadalupe,

entran al salón de la casona requisada por el usurpador.

La luz de la ventana ilumina el pálido rostro de Walker.

(Mañana será otro rostro—porque va y vuelve—)

Han implorado misericordia por los condenados a muerte.

(La siguen implorando).

Es la misma luz verdosa de las aguas profundas

y no oyen las palabras crueles del extranjero

sólo ven sus ojos fríos—*Carcharhinus leucas*—la impasible pupila.

¡En vano intentaron reconstruir su paraíso!

Volvió la luna

y encontró sus besos en ruinas!

6

—En el aniversario de la victoria
el corpulento dominador de la isla
me preguntó por el selacio.

—‘*Carcharhinus nicaragüensis*,’

—Pero no es de aquí—le dije yo—.

Copula en las aguas amargas

y vuelve a las aguas dulces.

Y tocó mi brazo. —‘Me interesa

todo lo que me digas.’

Pero era él quien hablaba.

Me habló del mar.

—‘Nadé ocho horas en las aguas solitarias

celebrando mi cumpleaños,’—dijo. (La soledad del océano
igual a la soledad de las multitudes).

Su perfil arcaico, barbado

como la máscara de oro de Agamenón

flotando en este mediterráneo donde no domina Poseidón
sino Huracán

el dios papagayo con ojo de tormenta.

—¿No es nicaragüense?—preguntó de nuevo.
 —Va y vuelve, dije yo.—Explota
 su poder de adaptación. Depreda
 en un reino usurpado.
 Y habló de nuevo del mar.
 Estaba sentado con el plato sobre las rodillas
 desconchando el camarón con dedos expertos.
 ‘Luego se limpió la cabeza del adarce
 que en ella había dejado el mar estéril.’⁴
 Y salió de las olas, fortalecido por la Soledad.
 La utopía con su látigo.
 —Me apasiona esta tierra—dijo,
 y el ojo vivaz, inquisitivo, preguntando por el selacio
 de las aguas dulces.
 Y abajo acechando desde la profundidad,
 la otra mirada,
 el implacable ojo
 que ‘domina el funesto lugar bravío y desolado.’⁵

7

Nacimos en el cruce de los caminos. Puente
 sobre volcanes. Por aquí pasan los dominadores y los dominados.
 Los perseguidos y los perseguidores.
 Pueblos del Norte llegaron a la puerta de tu casa.
 Pueblos del Sur entraron a tu alcoba. Eres el hijo
 del éxodo y como tú los peregrinos
 árboles cruzan tus selvas. Flores rojas
 dejan en tus caminos los Malinches
 —Vienen del Anáhuac
 Flores negras dejan en tus montañas los jaguares
 manchados por la luna
 —Transportan las leyendas Mayas
 y pasan pájaros—emigrantes del zodíaco—
 —algarabía de las lenguas Chibchas

⁴ Homero: ‘Odisea.’

⁵ John Milton: ‘El paraíso perdido.’



fabricando con picos arquitectos
 nidos redondos como los círculos del cosmos.
 Aquí se citan las mariposas y las tempestades.
 Aquí, como las aves y las lenguas, vienen
 los migratorios peces, soñadores
 de rutas ¡peces—misteriosos exilios—especies
 que cruzaron de isla en isla tanto silencio
 hasta este íntimo mar en el pecho de tu Patria!
 Mira el arcaico Gaspar, con su dentada boca de lagarto,
 con la armadura de sus escamas impenetrables
 —palimpsesto del oscuro Mezozoico—
 vino del norte al archivo de tus aguas.
 Mira el plateado Sábalo del Sur.
 O el inmenso Pez-Sierra
 ‘Con su ferosísima espada llena de colmillos
 que yo he visto tan grande
 que un par de bueyes
 tiene asaz carga en tal pescado.’⁶

Mira en tus aguas los que dominaron por su ferocidad
 y los que dominaron por su adaptación
 (porque ellos fueron como nosotros
 hijos del diálogo e hijos de la protesta)
 los que remontan los ríos,
 de colores que soñarían los ahogados
 —Guapotes, Mogas, Mojarras, Laguneros—
 los que descienden de la sal
 —Guabinas, Sardinas, Sabaletes—
 ¡aves húmedas sin canto!
 ¡Pero, he aquí! La velocidad y la potencia
 —*Carcharhinus leucas*—latín de erres ásperas
 para su piel de lija; cinco hileras de dientes,
 elástico, incansable en la agresión, y en su ojo
 frío
 mares de todas las tiranías.

⁶ Oviedo: Historia Natural.

...Entonces huyen.
 Se hunde en la arena la Machaca,
 se eriza el Bagre. Salta el Sábalo.
 Huyen...
 ¡Oh, Thánatos!
 Entonces tú también alzas tus ojos
 y buscas el barco
 ebrio de rutas.
 ‘Sólo en el muelle desierto (en esta mañana de Septiembre)
 miras hacia la entrada del puerto, miras hacia lo Indefinido.’⁷

El navío llega de lejos y rejuvenece tu corazón.
 Te citan los horizontes con sus húmedos astros.
 Eres tú—¡oh desconocido!— el extranjero
 de pie, en la proa,
 aproximándote a la aventura y la promesa.
 Súbitamente la delgada quilla
 corta el tiempo y se abre en dos el mar para tu éxodo.
 ¿De quién huyes?
 —En tu corazón llevas tu tierra.
 Y a donde vayas transportas tus exilios.
 ¿De quién huyes?
 Y volví el rostro.
 Y vi en la estela espumante la ominosa sombra:
 ‘Por cargada de velas que vaya la nao
 —dice Oviedo—
 le va siempre el tiburón a la par.’

Granada, Gran Lago, 1983

⁷ Fernando Pessoa: ‘Oda Marítima.’

Coda

'Bajó el muchacho al río para lavarse cuando saltó del agua un gran pez que quería devorarlo. Tobías gritó, pero el ángel le dijo: —'Agarra al pez de las agallas y tenlo sujeto.' Y el muchacho se apoderó del pez y lo arrastró a tierra. Entonces le dijo el ángel: 'abre el pez, sácale la hiel, el corazón y el hígado y tira sus entrañas, porque su hiel, su corazón y el hígado te servirán para remedio.'

Tobías 6, 1-5

NOTA Para los nicaragüenses Septiembre es el mes patrio y Cuadra, en los siete cantos de este poema, traza los principales cuadros de la dramática historia de su pueblo, convirtiendo al Tiburón en símbolo del Mal que 'va y vuelve,' depredador y mensajero de la destrucción y del homicidio.

El niño devorado por el escualo es 'el hijo de Septiembre,' el nicaragüense, y el poema todo es una persecución contra este 'Moby Dick' de agua dulce, que anida en el Gran Lago y que sale al mar y retorna representando la agresión de los imperialismos y codicias de todos los signos.

El Canto 4: Greytown o San Juan del Norte, puerto de Nicaragua al Atlántico cuando el esplendor del Tránsito (antes del Canal de Panamá), ahora una ciudad muerta devorada por la selva.

El Canto 6: Conversación con Fidel Castro en Managua.

El Epígrafe del poema sugiere el arma para combatir al escualo y la Coda parece descifrar el mal y el bien del Tiburón, algunas de cuyas entrañas sirven, mas otras deben tirarse a la noche exterior.



OCTUBRE
CANTO ESPAÑA

a Félix Grande

Antífona

‘Octubre lluvioso, año copioso.’

Mes de vendavales, mes de discursos. El último mes de lluvias y el primero del idioma.

*‘La memoria se despereza en Octubre
de sus habituales melancolías.
Habla de genealogía.
Y chocan los blasones de los hijos de algo
y de los hijos de nadie.*

*Octubre, es un mes de discursos:
afanas abuelas zurcen las desgarraduras de los apellidos,
afanosos abuelos cubren de retórica
los viejos pecados capitales de la raza.
Todavía las selvas, las tiranías y las distancias
guardan trozos inmensos de silencios
pero Octubre desata la lengua y teje patrias
de una hermandad inconsútil.’*

—PAC

Alrededor del 4 de Octubre se produce el ‘Cordonazo de San Francisco’: chocan los vientos Sures con los Nortes y Estes, en una imponente batalla de rayos y truenos, y queda ‘el tiempo metido en agua.’ Aguas de semanas enteras: lluvias, lloviznas, aguaceros, chubascos, silampas o simples ‘pelusas de gato.’

‘Sol con barbas, vendaval con aguas.’
‘Sol de luto, aguacero puto.’
‘Luna nueva tronada, nueve días mojada.’

Tardes y noches de fría humedad; mañanitas de soles picantes y refulgentes azules.

A finales del mes se abren multitud de flores amarillas en los bordes de los caminos. Amarillo también—sobre verde—el Sardinillo.

Aire sur y nostálgico.



Octubre

*‘Niños del mundo, está
la madre España con su vientre a cuestras;
está nuestra maestra con sus férulas,
está madre y maestra,
cruz y madera, porque os dio la altura,
vértigo y división y suma, niños...’*
—César Vallejo
(‘España aparta de mí este cáliz’).

1

*‘El abuelo español de barba blanca
me señala una serie de retratos ilustres:’*

Este es don Gil—el extremeño—hijo de Gil
pastor de cabras. Cruzó la mar
cuando Cipango, Catay y la legendaria Antilia
disipaban su mito y daban paso
entre burlas y maldiciones de marinos,
a la inmensa tierra ignota
donde todo era distinto
y todo era posible

—Hi de puta aquel que llamó Castilla del Oro
a esta tierra de pantanos y loco
el Genovés, borracho de estrellas,
que pintó pajaritos
y aires sabrosos donde yo cogí lepra de montaña.
Creyó encontrar en Indias como feudo un reino.
Murió en un catre de varas en Tustega
rodeado por sus diez indios encomendados
y por Josefa Potoy su india,
soñando en su retorno a España
con oro y perlas, pregonado por la fama
en una corte que sólo conoció en versos de troveros.

Tú llorabas, silente, barro amante,
apenas dueña de palabras de alcoba
—las necesarias—
para un amor que discierne:
‘Ñugo’: mi hombre. ‘Noji’: tu mujer.

'Naneya': los niños. Y el Regidor anotando:
'Sancho, su hijo; Santiago, su hijo;
Josefa, su hija. Y don Gil su primogénito
que ahora ciñe espada.'

Abrieron luego el viejo baúl de cedro
mientras la pluma escribe:
'Una toca de camino, casera, con cabos de grana,'
'Una capa negra, vieja (la que él pensaba
llevar, con su jubón de raso, para entrar a palacio,)'
'Una escuba limonada guarnecida de pardillo,'
'Unas calzas negras viejas,'
'Dos sayos de damasco rotos,'
'Una rodela,'
'Una espada mellada (la que él pensaba
mostrar en testimonio de sus hazañas)'
y 'el viexo sombrero de pluma' que ahora
sonriendo entre lágrimas se cala
don Gil, su primogénito.

2

Este don Gil no amó el mar de ruidos numerosos
ni fundó solar sobre nostalgias
sino que plantó sus pies como raíces en tierra de pan llevar
e dexía que un pie suyo era extremeño zapaterrones
e el otro indio, sembrador de milpas.
Y fue territorial como un árbol
y fundó civilización con bueyes
—los primeros bueyes el Bermejo y el Morro
que abrieron los primeros surcos en un Mayo virgen y moreno—
(‘Y los más solemnes triunfos de la grandeza de Roma
no fueron tan aclamados que los bueyes ese día’)

Y no amó la espada, origen de gemidos
sino que reposó su corazón en las inmensas
noches nicaragüenses, cuyas estrellas
imaginan otras fábulas
y danzan otras músicas.
Y sus oídos no escucharon pájaros provenzales
—que don Gil, su padre, burlaba en los cronistas—
sino chorotegas de nombre y canto:

lindos ñuris
 tucanes
 píticocos
 pijules
 y paujiles
 y aquella trémoloparda paloma de pluma de barro
 y el güís de estridente canto amarillomañanero
 y la caída del limón en su patio
 como si el sol le arrojara su autógrafo.
 Casó con viuda castellana, doña Ubalda, y decía:
 —Reclama, Gil, al Rey lo que tu padre
 ganó con sus batallas;
 pero él, miraba sus ganados y decía:
 —Del Rey y del fuego, lejos.
 Y así, su Castilla fue su lecho
 y sus bueyes de Castilla
 y sus puercos y gallinas de Castilla
 y sus rosas de Castilla
 y su vino de Castilla
 —Que su madre llamaba ‘Silián Castila’
 y sus indios ‘Silián tipotani’ —chicha de dioses—
 cuando lo servía en su mesa sobre manteles de Castilla.
 Murió este don Gil de años en el pueblo que fundara
 oyendo las campanas de su iglesia doblar en su agonía
 y miró desde su cama al pueblo
 invadiendo su casa en lágrimas y rezos
 y se volvió a doña Ubalda y díjole:
 —Oye, mujer, mis campanas me lloran. Muero cumplido.
 No fundé señorío sino vecindario.

3

Fue heredero su vástago Don Gil, tercero,
 doncel barbarrubio y espigado.
 Mirábalo su madre
 doña Ubalda y decía:—‘No quiero
 que un nieto de Conquistador adormezca su hidalguía entre vacas.’
 Y escribió al Deán de Santiago de León de los caballeros, su pariente:
 ‘Creo que al servicio del Gobernador mi hijo deprenderá hidalguía.’
 Cata, pues, al doncel con jubón de terciopelo y capa de finísima lana,

cátalo en el Cabildo; no lleva un mes de paje
y ya el Justicia le toma juramento ante un Cristo de peña
/sobre paño carmesí

—‘Eran tres embozados—dice el paje—armados iban
de cotas, espadas, y rodelas
y don Alonso gritó:
¡Ah, señor don Luis! ¿no erais por ventura mi amigo?
y lo acuchillaron dejándolo por muerto.’

Y llegó a oídos de doña Ubalda el nombre del nuevo sastre
instalado en León con telas de Cataluña
y ordenó a Pedro Campo para el hidalgo paje
un jubón de paño tornasol
y al Deán otra carta: ‘Tío muy querido
espero que a su sombra mi hijo tenga letras
y maneras y lengua de caballero.’
Pero otra vez bulle el Cabildo, ‘e hice comparecer al testigo’
—dicta el juez al escribano—
y juró y no negó ante el Santo Cristo
que ‘venía a recogerse por la calle de La Merced
—era el día en que celebraban el regocijo de San Fausto—
cuando el tal Juan Díaz, hombre acelerado,
sacó la espada y gritando improperios
dio de estocadas a doña Ana de la Cueva’
mujer de altos vuelos y de alta parentela.
El caso acabó en la horca. Y escribió a su madre el paje
con el pecho melancólico y mohino:
‘Entre riñas, armas y caballos
las letras del Deán se me disipan...’

...Y así partió este Don Gil a España...

Y apenas puso pie en el navío y oyó los vientos navales
y el crujir de trinquetes y mesanas
se le abrió el corazón de provincia a universo.

Y bajó en el puerto de Sevilla.

Y enloqueció de España.

Y navegó en Catedrales y Castillos
—naos son de piedra para trascender el tiempo—.

Pero ‘miré los muros de la patria mía
si un tiempo fuertes, hoy desmoronados’
y golpié la mesa con el puño
y llamé dejativa a la milicia
declinante al imperio
y juré por el cántabro Pelayo
por aquellos de la guerra fieros Martes
el Cid famoso
Wamba el rey de prócer policía
y la castellana Ysabel que superó a Semíramis...
‘Mocito—díjome, apenas en Madrid, mi tío don Fadrique—
¡guarde su espada que aquí héroes nos sobran!’

...Y fue el indiano.

Le vieron la pluma del indio bajo el sombrero
y un sospechoso relumbre judío en sus doblones.

Empiné mi admiración por oír a Lope
y fui al corral y me dio en el rostro
el desdén de don Bela.
(¡Oh, loco imperio! ¡Allá del mar
tu gloria es el mestizo y el cristiano nuevo,
aquí la limpieza de sangre y el cristiano viejo!)
Y conoció la burla de la Corte.

Y conoció la soledad del Inca.

Y el silencio de España.

4

Volvió don Gil tan abatido
—desespaña llamó a su desengaño—
que su tío don Fadrique, ya en la nao, le dio un libro
y le dijo:—Lee a Cervantes. Ninguna desilusión agota a España.
Y llenó Cervantes
sus ‘horas de pesadumbre y de tristeza.’

Allí aprendió que la historia
no es el ayer sino el mañana.
Y ocupó su corazón otra vez su centro
que es el centro del mundo
Y entre Sancho y Quijote
dirimió la 'larga querrela entre la tradición y la invención
el orden y la aventura.'

*'La libertad, Sancho amigo,
es el máspreciado don que a los hombres
dieron los cielos.'*

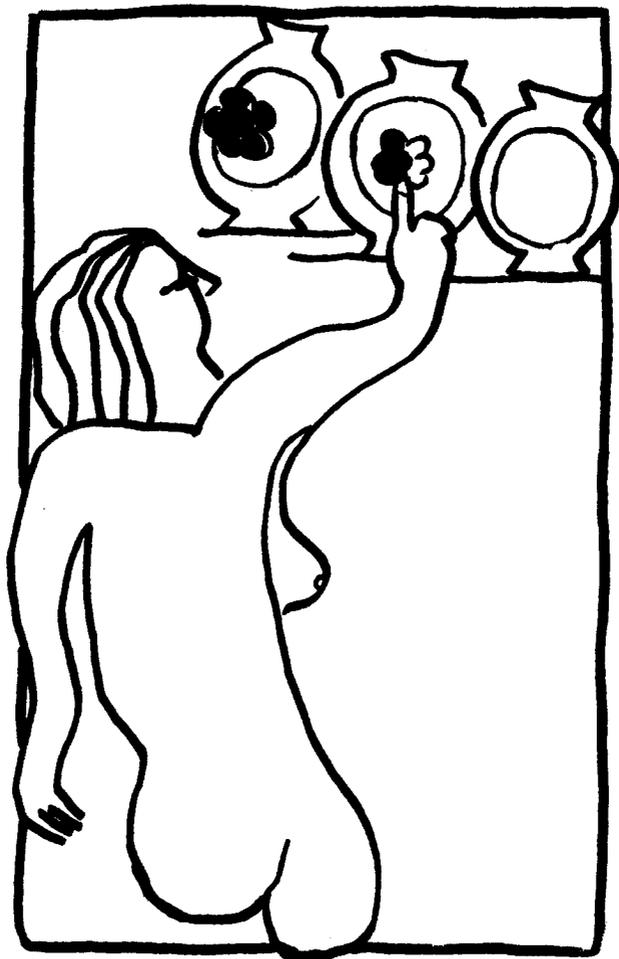
Y tocó tierra
—ansioso el pie de abrir camino—. Y cerró el libro
y dijo: ¡Ánimo, don Gil!
¡América es la tercera salida del Quijote!

Así fue este don Gil, vecino de León de Nicaragua.
Su lápida la cubre la ceniza de un volcán.
Su rostro lo cinceló el idioma.
Y fue padre de don Gil
—poblador de Piura
Abuelo de don Gil
—poblador de Quito
Bisabuelo de don Gil
—soldado de Bolívar.

1987

NOTA El poeta no canta a España sino descompone el espectro de 'lo español'—y del amor a España—en una sucesión de Giles. (Los descubridores de Nicaragua fueron, Cristóbal Colón por el lado Atlántico y Gil González Dávila por el Pacífico, pero los personajes del poema,—aunque históricos—, 'los cinceló el idioma.')

Quien cuenta el canto es un personaje dariano: 'El abuelo español de barba blanca' de *Prosas Profanas*. Por él vemos que 'no la conquista sino la independencia es el acto más español de España,' como escribió en otro sitio el cantor de 'Octubre.'



NOVIEMBRE
LA MUERTE DEL GUERRILLERO

a Fernando Quinones

Antífona

‘El tiempo es viento,’ dice el refrán marinero. Después del predominio de los Sures, rompen los Nortes que cortan las lluvias invernales, instalándose el tiempo seco. Aires frescos. En la región de los lagos, los vientos predominantes se llaman ‘Brisas’ o ‘Lestes’ (Estes) que secan el fango de los caminos. El refranero se vuelve aéreo:

‘Viento que se queda a cenar / toda la noche ha de soplar.’

‘Viento que se acuesta al anochecer / se levanta al amanecer.’

‘Canta el Guás y cambia el tiempo.’

Llegan las golondrinas de tijereta: rosado el pecho y largos caudales que cortan el aire.

Aparecen grandes gusanos en la corteza de los árboles.

El Anzuelo (o Escorpio) deja de verse.

El viento enciende los luceros como brasas. ‘Cuando canta el tecolote, el indio muere / esto no será verdad pero sucede.’

Noviembre

El guerrillero muerto fue llevado a su cabaña.
 Jinetes que interrogaban se devolvieron de las polvosas sendas.
 '¡Muerto!'... '¡Muerto!'—repetían, aumentando entre los breñales
 el vagabundo quejido de Noviembre.

Manos que apresaron la elipse en el barro
 y fijaron perpetuamente la perpetua inquietud
 ciñeron ahora las blancas mortajas de hilo
 espantando el zumbante azul del ala de la mosca.
 Pero un poco de sangre, una gota insistente,
 abriéndose,
 como el ojo húmedo del manantial,
 extendió lentamente sobre el pecho su mancha púrpura.

Las alfareras miraron la creciente rosa
 sobrepasando su tiempo,
 fluyendo cuando lo Definitivo
 era marcado ya como Ineludible por sus ásperos llantos.
 ¡Oh! desgreñados rostros, ¡oh! silencios
 oscuros junto al barro seco, interminado
 —ánforas suspensas entre las pobres manos abatidas—
 y afuera, donde Noviembre
 pasa con su polvo hostil y funerario,
 sólo sombras, memorias dicen
 los tristes jinetes que regresan.
 ¡Cuántos tuvieron nombre
 —sarmientos de su vid espesa
 duraron—
 por el caliente cañón de su revólver,
 por su mano
 poderosa
 llamando al fuego,
 o su grito
 que llenó el calendario de batallas!



La rosa crece de vidas: mancha el hilo
 con sangre que ya no es suya! Allí derraman
 su última sílaba los que ya no tienen
 cantos en la noche; los que ahora guardan
 con temor sus armas acechando un ruido
 o pasos
 del enemigo que sólo por él con gestos ajenos afrontaron,
 o aquellas
 —las ilesas, las forjadoras de Abril—
 las que bajaron a las fiestas con su nombre
 escrito de esperanza!
 ¡rosas del pueblo!, las alfareras
 tocan el tiempo y ven su mancha púrpura,
 duración que ya no tiene sostén,
 silencio que invade y borra la comarca
 mientras ellas lloran, ¡ay!, y sus manos
 vuelven mecánicas a girar las negras ánforas del mes mortal.

Dejad que el barro encierre su historia en signos,
 que Noviembre seque el barro con su ululante quejido.
 El guerrillero muerto fue llevado a su cabaña
 y sólo una rosa roja lenta se repite
 en las ánforas indias.

1938/1950

NOTA Este poema es el más antiguo de este libro y uno de los primeros cantos a la gesta de Sandino de la literatura nicaragüense, mas no se refiere—según ha expresado el autor— a la muerte de Sandino, sino de Miguel Ángel Ortez, el valiente joven guerrillero que entusiasmaba a toda la juventud de esos años y que mereció un hermoso soneto de Manolo Cuadra, compañero de Pablo Antonio en el Movimiento de Vanguardia.

El poema 'Noviembre', sin embargo, más que un canto laudatorio es la creación del mito del desamparo y del desaliento cuando sucumbe 'el hombre' que sostiene, con su valor y personalidad, una época o una causa. Envuelve a la elegía el ambiente funerario de noviembre, mes de difuntos en la liturgia católica y de hojas que caen...



DICIEMBRE
NUESTRA SEÑORA DEL REBOZO AZUL

a Madre Ana

Antífona

Diciembre es la segunda primavera nicaragüense: la primavera blanca, con sus aires livianos y frescos que son el donaire del mes. No existe la nieve en el trópico, pero la naturaleza la inventa: Nubes blancas como rebaños de Corderos. Nubes de palomas. Flores blancas de los Madroños. Flores blancas de las Pascuas. Algodonales. Y la nota roja del año que termina alrededor de una cuna, de un pesebre: las grandes flores rojas de los Pastores y de las Llamas del Bosque.

Mes de María: la Virgen y la Madre. Alrededor del 8, las Purísimas: novena a la Virgen Inmaculada que termina el día de 'La Gritería' (el 7 al atardecer). En las calles y caminos de toda Nicaragua el pueblo grita '¿Quién causa tanta alegría?' y el pueblo se responde:—'¡La Concepción de María!'

Luego, la tradición de las Posadas. En cualquier camino, en cualquier barrio se puede encontrar a José y a María a lomo de burro o de mula pidiendo posada. Los acompañan niños con faroles.

Y la navidad. Los 'nacimientos' o pesebres.

Mes infante.

Mes de dulces y golosinas.

Mes de pitos, panderetas, ocarinas y lloronas.

Mes de pólvora: cohetes, triquitraques y bombas.

Mes de estrellas.

Y las breves lluvias que caen se llaman 'cabañuelas.'

Diciembre

*'Allí comenzó el trabajo de destrucción
en medio del pueblo, la miseria de todo
el mundo. Allí se alzó el bien de la palabra
de Dios, el mensaje venido de la boca de
Dios. Allí llegará una blanca criatura
venida del cielo nombrada la Mujer Virgen.
Su casa son siete estrellas rojas.'*

—XV Libro del Vaticinio de los Trece Katunes.
CHILAN BALAM DE CHUMAYEL
(Trad. A. Mediz Bolio)

Descalza pones tu pie sobre los viejos domingos
para cruzar el río de lágrimas:
tus campesinos
aprenden ese paso —un éxodo—,
las mujeres con sus canastas, airosamente
saltan tras de Ti levantando un poco
con dedos sabios, sus enaguas. Los hombres,
torpes en la danza, miran las piedras
que la corriente del tiempo pule. Y pasan.
¿Adónde
vamos, tras de Ti, Señora del rebozo azul?

Tras de la huella de los héroes
se han hecho sangre nuestros pensamientos.
Hemos querido construir el 'aquí'
—un ancho, un alto
edénico 'aquí' nunca satisfecho—
y relevamos nuestros brazos, cansados
de sostener el estrellado toldo,
el infinito peso de lo finito.
Y llamamos al mármol a detener nuestro cansancio.
Llamamos al bronce. O a la palabra
que también, por su propio peso, cae.

Tras de la huella de los amadores
también se han hecho sangre nuestros sentimientos.
El recuerdo es un sitio lleno de lágrimas.
¡Tantas veces intentamos
sujetar el instante

...pero pasa! Y el puñado de polvo que recoge mi mano
 fue una pupila. Una mirada. ¡Esa es la muerte:
 lo que subsiste como estrella y ya no es!

No en mi muerte
 sino en la de aquella que amo
 se revela la muerte. Botticelli
 moja sus pinceles en el llanto
 mas su Venus—lacrimosa—
 no repone la mortal ausencia.
 ...Llueve en Tikal y pensamos en las dulces jóvenes mayas
 ofrecidas al dios impávido del tiempo.
 No en mi fin sino en el fin del amor
 se rebela la muerte. En el canto que calla
 pero también en el que permanece.

Estábamos, pues, sentados junto al torrente
 y corría una fugaz teoría crepuscular de árboles,
 brisas, besos, pensamientos
 y jubilosas muchachas
 con rosas percederas entre sus años.
 No sólo cuando recuerdo mi muerte (que es futuro)
 sino cuando olvido el pasado
 ¡soy mi muerte!

Señora: por muchos años mi numeroso corazón
 se llenó de rostros y palabras
 y yo llené, a mi vez, mi canto
 de pueblo. Corrí el riesgo
 de no ser oído
 porque la poesía es también un pedazo de pobreza.
 Corrí el riesgo
 de ver mi corazón vacío y despoblado
 cuando el Poder puso su pie sobre la boca de los humildes.
 Pensé que mi epitafio
 sería equivalente al del mendigo.
 ¿No escuchaste a Elifaz, a Baldad y a Sofar?
 Eran mis amigos, pero ahora,
 volviéndome la espalda me maldicen.
 Y multiplican los interrogantes.
 Y los halcones en el páramo.

Buitres. ¿Por qué ese gemido
del inocente? ¿Por qué ese lamento materno
como espada? ¿Y por qué la tiranía, el oprobio,
la crueldad, el ojo de leopardo de mi hermano
que tortura
y la cal impecable blanqueando su sepulcro?...

En la noche el viento, que sopla donde quiere,
forma palabras que susurran: 'Si tu fe es vulnerable
es porque existe.' Pero vuelven las interrogaciones
a coronarme de espinas.

Y de nuevo el Viento: 'El escándalo del mundo
no es el sufrimiento sino la libertad.'

Y entonces leímos la Escritura.

Y al filo de la noche bajó el Ángel a correr la piedra
que cubre la memoria, la presencia y la promesa.

—Porque no hay utopía sino Resurrección—

Señora: el poeta reprocha a los ángeles que a menudo
/se confundan

y no saben si andan entre vivos o muertos. Es delgada
la puerta que separa la Despedida del Encuentro.

Lloro la ausencia y creo que ha partido,

pero mi mano todavía toma la mano de mi padre
y mi padre la mano de su padre.

No te has soltado de la historia.

De mano en mano estás cogido de la mano de Abraham,
/el de la Promesa.

De mano en mano estás cogido de la mano de Quetzalcóatl
/el del Presagio,

y en medio de las edades Cristo extiende sus manos
y se unen en Cristo el Pretérito y el Futuro.

De esa gloriosa procesión descendiendo y en ella marchó.

Las más sutiles esencias de mi canto vienen de esas manos
que transmiten el ágape.

Ahora vamos tras de Ti, Señora.

¿Quién me diría que tu pie—descendiendo al tiempo—



tocaría mi desangrada tierra?
 Mi amigo, el campesino,
 recordó que no había dado de comer a los animales
 y 'cogió en dirección de los palos de Coyal'
 cuando brilló el relámpago

'—DA

DATTA!' un siglo de prudencia

no callará nuestra verdad!—
 'Levanté la vista—me dice—y sobre el arbolito de Morisco
 vi la nube resplandeciente
 y sobre la nube sus pies descalzos
 —¿Será que estoy dormido?—dije en mis adentros.
 Pero vi que parpadeaba y que la orla del vestido
 /doblaba las hojas del Morisco
 y quise hablarle pero la voz se me entumía.
 Entonces Ella sonrió y yo pude preguntarle
 —¿Cómo se llama Usted, Señora?
 y Ella con una voz dulcísima que nunca había oído
 me contestó:—María.'

Señora, has colocado la escala de Jacob entre tu cielo y mi tierra
 y nosotros hemos llegado tras de Ti a Diciembre: término y principio.
 Hablo de Ti, la mujer entre todas las mujeres
 Aquella cuyo rostro más se parece al de Cristo.
 Cuando hablabas con Bernardo
 tu mano jugaba con la borla del rebozo.
 Tu mano que nos entreabre la puerta de la noche
 y vemos—entre lágrimas—que el sepulcro está vacío.

Hemos llegado tras de Ti a Belén. Y nace
 (que es morir) y muere
 (que es nacer) el que redime el tiempo.
 'Por Él la vida se transforma, no fenecer.'
 Por Él renace el Ser y el Estar (el tiempo
 que me hizo y el que hicimos). Recuperamos
 lo efímero. El niño, el joven, el poeta
 que murió tantas veces.
 La vida toda en sus muertes sucesivas
 vuelve por Él. Los ángeles mueven la pesada piedra.
 Y por Él la ley de gravedad se invierte:
 vamos cayendo

en un espacio de dulcísimas alturas.
Cayendo en el azul. Vamos
cayendo como el Pez
—que cuando muere, flota—
en el abismal azul que los ángeles custodian.

Managua, Nicaragua 1984
Austin, Texas 1986

NOTA El poema cierra el año con un canto de resurrección. 'No hay utopía sino resurrección'—dice el poeta. Y José María González Ruiz escribe: 'Si en la lucha por unas situaciones mejores de la sociedad los cristianos aportan algo específicamente, es precisamente esto: el entusiasmo por la materia hasta creer en la resurrección, y al mismo tiempo, la relativización de todo movimiento producido antes del final de la historia.' El poema es, por tanto, paulino, como lo fue otro gran poema nicaragüense: 'El Canto de Guerra de las Cosas' de Joaquín Pasos (Pablo: Romanos, 8; Corintios, 15; y Tesalonicenses.)

Pero la figura sagrada y confirmante del poema es María—'Janua Coeli', puerta del cielo—, cuyas pisadas refuerzan las huellas de Cristo, abriendo al hombre el secreto camino del Tiempo a la Eternidad. (El poeta en un escrito había dicho: 'El hombre actual ha desprestigiado la palabra eternidad por falta de imaginación'). Y María aparece en el poema en su manifestación en Cuapa (Chontales, Nicaragua) a un campesino, cuyo relato se entreteje con los versos del poema y cuya aparición se abre con el estallido del trueno de 'Tierra Baldía' de T. S. Eliot:

-DA
DATTA!

en su doble sentido y sonido de trueno (que se produjo en la aparición) y de amonestación al amor y a no callar. De labios de Bernardo el campesino vidente, escuchó Cuadra el delicado detalle de la mano de María, jugando con la borla del rebozo mientras le hablaba, que da título al poema.

El epígrafe recoge una sorprendente y misteriosa profecía mariana del CHILAM BALAM DE CHUMAYEL.

TIKAL es la bellísima ciudad maya del Petén, Guatemala.

Elifar, Baldad y Sofar son los amigos de Job.

'El poeta (que) reprocha a los ángeles que a menudo se confundan / y no saben si andan entre vivos o muertos' es Rilke.

'Aquella cuyo rostro más se parece al de Cristo': Traducción del verso de Dante: '...ch'a Cristo piú si somiglia' (Paraiso, Canto 32).

'Por Él la vida se transforma, no fenecer': Versículo del SANCTUS de la Misa de Difuntos.

Es importante señalar la concepción teológica de la Resurrección —no sólo del 'ser' sino del 'estar,' que alumbró el poema— como derrota total de la Muerte. Es decir, lo que Cristo, Hijo del Hombre, rescata no es solamente la persona, sino también su contexto cósmico indisolublemente ligado a ella ya que Cristo, además de Dios Salvador es Dios Creador. San Pablo escribe que 'el universo gime como dolores de parto esperando su liberación.'

Canto final a Nuestra Señora

Si te nombro en el día
 el día se me llena de alegría
 y se llama María
 la alegría total
 concebida sin mancha original.

También cuando en la brisa
 matutina mi ruego elevo alado
 la aurora es la sumisa
 esclava a tu dictado
 y tu sonrisa enciende todo el prado.

Todo el prado cantando
 se concreta en los labios de la rosa
 y el perfume girando
 su rueda deleitosa
 al tiempo enseña su medida airosa.

Por eso te decimos
 Reina del Tiempo y de su ley Señora
 porque en Caná te vimos
 adelantar la hora
 y a tu ruego la noche se hizo aurora.

Tu voz es la que inicia
 el místico gemir de los jazmines
 nostalgia de violines
 y es música y caricia
 y es canto y es amor y es delicia.

Pero es más tu mirada:
 escala de Jacob que yo prefiero
 al cielo levantada
 de lucero en lucero
 para subir al reino del Cordero.

Cuando el Señor te dijo
 —colgado por amor en el madero—
 ‘Madre he ahí a tu hijo,’



yo fui el heredero
de la Madre del Hijo verdadero.

Por eso en el dolor
—si se cierra la noche en llanto—
te inclinas con amor
y me cubre tu manto
¡el que llevaste, Madre, al Monte Santo!

Vuelva, pues, a Belén
mi vida pecadora
para nacer de nuevo en su portal,
y pues tu mano santa y maternal
abre la puerta del Supremo Bien:
déjala, Señora,
entreabierta ahora
y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Prólogo VII

« vanguardia y postvanguardia »
Canciones de Pájaro y Señora

PRIMEROS CANTOS NACIONALES

Ars Poética	7
Jaculatoria al río	8
He visto entierros al atardecer	9
Pedro Urdemales	10
Canto de los cortadores de madera	11
El Hijo de Septiembre	12
Intervención	13
República de poetas	14

POESÍA LÚDICA

Si la Poesía	17
Tijera	18
La fuente	19
'Flirt'	20
Novia del bosque	21
Pieza de pianola para tres enamorados	22
El tímido	23
El Burgués	24

FÁBULAS

Fábula del Tambor y del Coyote	27
Fabulilla del antojo	28
Historia del Alacrán y la Luna	29

LOS PÁJAROS DE LA GUITARRA

3	33
La Rosa o El Solitario	34
Ella y él	35
Islas	36
Las tres isleñas	37
Baño	38
Me dijeron	39
Europa	40
Fray Mástil	41

Juanita discreta	42
Balada del Poponjoche	43
El gallo de la veleta	44
Palomas de San Nicolás	45

PRIMERA LUNA DEL ENAMORADO

Canción de la naranja	49
Cita	50
Noche del ciego	51

TRAICIONES & TRADUCCIONES

Composición para piano	55
Canto mosquito	56
Carta del joven	
mosquito a su novia	57
Nonantzin	58
La lechera	59

CORRIDOS Y CANCIONES

Pregón de la serenata	63
Caballos	64
Toteo	65
Caballito	66
Corrido de la luna equivocada	67
Niña del arroyo	68
Huida	69
La Virgen y el Niño	70
Verano	71
Cantar de Granada y el mar	72

ANIMALES CONSTRUIDOS CON PALABRAS

Murciélago	75
Sapo	76
Grillo	77
<i>	78

POEMAS GRÁFICOS

Caballito de Bamba	81
Paisaje Impertinente	82

OTROS POEMAS DISPERSOS

Colegio Centro América de Granada	85
Para el cuadro de la mujer ante el espejo de Picasso	86
JUEGO NO. 1—Orfeo	87
JUEGO NO. 2—Leda de Herrera	88
GLOSAS 1—Del alma dormida	89
GLOSAS 2—Los cuatro gallos	92
El otro	94

Poemas nicaragüenses

Introducción a la tierra prometida	97
Inventario de algunos recuerdos	100
Patria de tercera	101
Iglesita de Chontales	102
Inscripción en un árbol	103
El tío Invierno	104
Niña cortada de un árbol	106
Lejano recuerdo criollo	107
Monos	108
Escrito sobre el 'Congo'	110
Adormidera	113
Exvoto a la Guadalupana	115
Quema	117
Horqueteado	119
El viejo motor de aeroplano	121
Poema del momento extranjero en la selva	123
Camino	126
La loquita	127
India	128
El negro	130
Tigre muerto	133
Albarda	134
Oda fluvial	136
Trazo	138
La venta de las vocales	140
La vaca muerta	141

Cuaderno del sur

Profecía	145
Mástiles	146
A Colombia	147
Nocturno e invocación de Lima	148
Puerta de la Luna (Tiahuanaco)	149
Nubes andinas	150
Inauguración de los Andes por Dios	151
Bolivia: la prometida del mar	153
Trasandino	154
Elogio al vino de Mendoza	155
Creación de la mujer en la pampa	157
Descubrimiento de Buenos Aires	158

Canto temporal

I	163	VI	172
II	165	VII	175
III	167	VIII	176
IV	169	IX	177
V	171		

< poesía indígena >

El jaguar y la luna

El nacimiento del sol	185
Mitología del jaguar	186
Retrato de serpiente	188
Una nueva cerámica india	189
Escrito junto a una flor azul	190
Jeroglífico en la pared de un templo maya	191
Meditación ante un poema antiguo	192
La luna es un poeta embriagado	193
Rostros de muchachas mirándose en el río	195
Lamento de la doncella en la muerte del guerrero	196

El dolor es un águila sobre tu nombre	197
Interioridad de dos estrellas que arden	198
Vaso con jaguar para el brindis	199
El mundo es un redondo plato de barro	200
Urna con perfil político	201
La carrera del sol	202
En el suburbio se recuerda a Rubén	203
En el calor de agosto	204
Escrito en una piedra del camino cuando la primera erupción...	205
Un tibio rubor te enciende	206
Las muchachas que juegan construyen una astronomía mágica	207
Urna nahoa para una mujer	208
Dibujo en rojo de una muchacha en la madrugada	209
Cuando suena el diosencillo de la ocarina	210
El collar de esmeraldas	212
El desesperado dibuja una serpiente	213
La noche es una mujer desconocida	214
Poema en la noche de aniversario de dos amantes	215
La mirada es un lejano perro que aúlla...	216
Oda a la estrella de la tarde	217
La calavera de...	218
Oda al viento de septiembre	219
La pirámide de Quetzacóatl	221

El nicán-náuat

El informe	229
Preludio y rescate de algunas estrellas	231
Un Maya en la Corte del Tlatoani Nicaragua	232

Cerámica luna	236
Llamamos Patria	
a la tentación de partir	238
El Príncipe	240
La Ley	241
El guerrero	242
La invención de la sirena	244
Prosa y memoria de un jarrón azul	245
Jardinería del amante	247
Los oficios del rey	248
Muchacha con el agua a la cintura	249
Interrogaciones del Tlatoani	
en una puesta de sol	250
Nicaragua encuentra a Cristóbal	
Colón bajo la lluvia	252
Pensamiento ante la carabela	253
Del Cacique de Nicaragua	
a Diriangén	254
Los cuatro muchachos nicoyanos	256
El Diálogo	258
Conversación del Tlatoani	
Nicaragua con Fray Miseria	
sobre el viento	263
El Códice de la Ceniza	267
Ticay	271
Lo que dijo el Tlatoani	
a Andrés de Cereceda	272
La huelga del amor	274
Una raya larga y roja	
en el polvo de la historia	275
Mictlán	279

EL indio y el violín

LAS METAMÓRFOSIS	
El Texoxe	285
Fábula secreta	286
Elegía al gozque mudo	
o perrillo de indias	287
Lycantropías	288
Esclavitudes	293

MEMORIAL DE NAMOTIVÁ

i. Poemas atribuidos a Nuhyumbe	
El Mestizo	294
Atabal en memoria de una historia perdida	296
Dijo Nuhyumbe: 'Cría números y te sacarán los ojos'	297
Poema maya sobre el Tiempo	299
Casa con huerta	303
ii. Poemas atribuidos a Mondoy	
El indio y el violín	304
Elegía a la muerte de un zenzontle	306
En Tikal	310
Letanía náhuatl	310
El testamento	311

< libro de horas >

Libro de Horas

Himno de Horas a los ojos de Nuestra Señora	317
---	-----

ALBA

Capítulo	326
Antífona del soñador	327
Coral de los poetas del alba	328
Himno Nacional (en víspera de la luz)	329

MAÑANA

Capítulo	334
Antífona matinal	335
Coro matinal de los labradores	336
Invitación a los vagabundos	337

TARDE

Capítulo	342
----------	-----

Canto coral de los instrumentos de la Pasión	343
Cristo en la tarde	346

NOCHE	
Capítulo	350
La lucha con el ángel (Primer nocturno)	351
El árbol de la noche	353
Exorcismo de las sombras	354
La huida a Egipto (Segundo nocturno)	355
El cirio	356
Nocturno sobre el tálamo	357
Salmo de la noche oscura	359
La noche o el Apocalipsis	
i. La ciudad	360
ii. El jinete	361
iii. El amante	362

Vía Crucis

I ESTACIÓN	
Jesús es condenado a muerte	365
II ESTACIÓN	
Jesús carga con la Cruz	366
III ESTACIÓN	
Jesús cae bajo el peso de la Cruz	367
IV ESTACIÓN	
Jesús encuentra a su Madre	368
V ESTACIÓN	
Simón de Cirene ayuda a Jesús a llevar la Cruz	369
VI ESTACIÓN	
La Verónica limpia el rostro de Jesús	370
VII ESTACIÓN	
Jesús cae por segunda vez	371

VIII ESTACIÓN	
Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén	372
IX ESTACIÓN	
Jesús cae por tercera vez	373
X ESTACIÓN	
Jesús es despojado de sus vestiduras	374
XI ESTACIÓN	
Jesús es clavado en la Cruz	375
XII ESTACIÓN	
Jesús muere en la Cruz	376
XIII ESTACIÓN	
Jesús es bajado de la Cruz y entregado a su Madre	377
XIV ESTACIÓN	
El cuerpo de Jesús es colocado en el sepulcro	378

La Ronda del Año

INTRODUCCIÓN	
Salmo de la Tierra Prometida	381
ENERO	
El Héroe y el Poeta	385
FEBRERO	
El Despeñado	393
MARZO	
La lectura del cronista	399
ABRIL	
Códice de Abril	407
MAYO	
Oratorio de los 4 Héroes	417
JUNIO	
La Mestiza	425



JULIO	
El Boyero	433
AGOSTO	
Apólogo con Elefante	443
SEPTIEMBRE	
El Tiburón	451
OCTUBRE	
Canto España	467
NOVIEMBRE	
La Muerte del Guerrillero	477
DICIEMBRE	
Nuestra Señora del Rebozo Azul	483
Canto Final a Nuestra Señora	492
ÍNDICE	495

OBRAS PUBLICADAS

SERIE ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS

- 1 **Nicaragua Antiquities** ED. BILINGÜE
Carl Bovallius
Traducción de Luciano Cuadra
- 2 **Investigaciones Arqueológicas en Nicaragua** ED. BILINGÜE
J.F. Bransford
Traducción de Orlando Cuadra Downing
- 3 **Cerámica de Costa Rica y Nicaragua** VOL. II
Samuel K. Lothrop
Traducción de Gonzalo Meneses Ocón
- 4 **Quetzalcóatl**
César Sáenz

SERIE FUENTES HISTÓRICAS

- 1 **Diario de John Hill Wheeler**
Traducción de Orlando Cuadra Downing
- 2 **Documentos Diplomáticos de William Carey Jones**
Traducción de Orlando Cuadra Downing
- 3 **Documentos Diplomáticos para servir a la Historia de Nicaragua**
José de Marcoleta
- 4 **Historial de El Realejo**
Manuel Rubio Sánchez *Notas de Eduardo Pérez Valle*
- 5 **Testimonio de Joseph N. Scott 1853-1858**
Introducción, traducción y notas de Alejandro Bolaños Geyer
- 6A **La Guerra en Nicaragua según Frank Leslie's Illustrated Newspaper** ED. BILINGÜE
Selección, introducción y notas de Alejandro Bolaños Geyer
Traducción de Orlando Cuadra Downing
- 6B **La Guerra en Nicaragua según Harper's Weekly Journal of Civilization** ED. BILINGÜE
Selección, introducción y notas de Alejandro Bolaños Geyer
Traducción de Orlando Cuadra Downing
- 7 **El Desaguadero de la Mar Dulce**
Eduardo Pérez Valle

A

OBRAS PUBLICADAS

SERIE LITERARIA

- 1 **Pequeñeces... Cuiscomeñas de Antón Colorado**
Enrique Guzmán
Introducción y notas de Franco Cerruti
- 2 **Versos y Versiones Nobles y Sentimentales**
Salomón de la Selva
- 3 **La Dionisiada** *Novela*
Salomón de la Selva
- 4 **Las Gacetillas 1878–1894**
Enrique Guzmán
Introducción y notas de Franco Cerruti
- 5 **Dos Románticos Nicaragüenses:
Carmen Díaz y Antonio Aragón**
Introducción y notas de Franco Cerruti
- 6 **Obras en Verso**
Lino Argüello (Lino de Luna)
Introducción y notas de Franco Cerruti
- 7 **Escritos Biográficos**
Enrique Guzmán
Introducción y notas de Franco Cerruti
- 8 **Los Editoriales de La Prensa 1878**
Enrique Guzmán
Introducción y notas de Franco Cerruti
- 9 **Poemas Modernistas de Nicaragua 1880–1972**
Introducción, selección y notas de Julio Valle Castillo
- 10A **Darío por Darío: Antología Poética de Rubén Darío**
Introducción de Pablo Antonio Cuadra
- 10B **Cartas desconocidas de Rubén Darío**
compiladores: José Jirón Terán y Jorge Eduardo Arellano
- 11 **El Movimiento de Vanguardia de Nicaragua
–Análisis y Antología**
Pedro Xavier Solís

SERIE HISTÓRICA

- 1 **Filibusteros y Financieros**
William O. Scroggs
Traducción de Luciano Cuadra

B

OBRAS PUBLICADAS

- 2 **Los Alemanes en Nicaragua**
Freiherr Götz von Houwald
Traducción de Resi de Pereira
- 3 **Historia de Nicaragua**
José Dolores Gámez
- 4 **La Guerra en Nicaragua**
William Walker
Traducción de Fabio Carnevallini
- 5 **Obras Históricas Completas**
Jerónimo Pérez
- 6 **Cuarenta Años (1838–1878) de Historia de Nicaragua**
Francisco Ortega Arancibia
- 7 **Historia Moderna de Nicaragua**
–Complemento a mi Historia
José Dolores Gámez
- 8 **La Ruta de Nicaragua**
David I. Folkman Jr.
Traducción de Luciano Cuadra
- 9 **Hernández de Córdoba, Capitán de Conquista en Nicaragua**
Carlos Meléndez
- 10 **Historia de Nicaragua TOMO I**
Tomás Ayón
- 11 **Historia de Nicaragua TOMO II**
Tomás Ayón
- 12 **Historia de Nicaragua TOMO III**
Tomás Ayón
- 13 **Reflexiones sobre la Historia de Nicaragua**
José Coronel Urtecho
- 14 **Colón y la Costa Caribe de Centroamérica**
Jaime Incer Barquero y otros autores
- 15 **Un Atlas Histórico de Nicaragua**
–Nicaragua, an Historical Atlas ED. BILINGÜE
Francisco Xavier Aguirre Sacasa

C

OBRAS PUBLICADAS

SERIE CRONISTAS

- 1 **Nicaragua en los Cronistas de Indias, siglo XVI**
Introducción y notas de Jorge Eduardo Arellano
- 2 **Nicaragua en los Cronistas de Indias, siglo XVII**
Introducción y notas de Jorge Eduardo Arellano
- 3 **Nicaragua en los Cronistas de Indias: Oviedo**
Introducción y notas de Eduardo Pérez Valle
- 4 **Centroamérica en los Cronistas de Indias: Oviedo TOMO I**
Introducción y notas de Eduardo Pérez Valle
- 5 **Centroamérica en los Cronistas de Indias: Oviedo TOMO II**
Introducción y notas de Eduardo Pérez Valle
- 6 **Descubrimiento, Conquista y Exploración de Nicaragua**
Crónicas de fuentes originales, seleccionadas y comentadas por Jaime Incer Barquero

SERIE CIENCIAS HUMANAS

- 1 **Ensayos Nicaragüenses**
Francisco Pérez Estrada
- 2 **Obras de Don Pío Bolaños VOL. I**
Introducción y notas de Franco Cerruti
- 3 **Obras de Don Pío Bolaños VOL. II**
Introducción y notas de Franco Cerruti
- 4 **Romances y Corridos Nicaragüenses**
Ernesto Mejía Sánchez
- 5 **Obras VOL. I**
Carlos Cuadra Pasos
- 6 **Obras VOL. II**
Carlos Cuadra Pasos
- 7 **Raza**
Estudio Preliminar y notas de Carlos Molina Argüello
- 8 **Relación Verdadera de la Reducción de los Indios Infeiles de la Provincia de la Tagüisgalpa, llamados Xicaques**
Fray Fernando Espino
Introducción y notas de Jorge Eduardo Arellano

D



OBRAS PUBLICADAS

9 **Muestrario del Folklore Nicaragüense**
Pablo Antonio Cuadra, Francisco Pérez Estrada

10 **El Sendero Incierto – The Uncertain Path** ED. BILINGÜE
Luis Poma
Traducción de Armando Arias, prólogo de Ricardo Poma

SERIE GEOGRAFÍA Y NATURALEZA

1 **Notas Geográficas y Económicas
sobre la República de Nicaragua**
Pablo Lévy
Introducción y notas de Jaime Incer Barquero

2 **Memorias de Arrecife Tortuga**
Bernard Nietschmann
Traducción de Gonzalo Meneses Ocón

SERIE VIAJEROS

1 **Viaje por Centroamérica**
Carl Bovallius
Traducción del sueco por el Dr. Camilo Vijil Tardón

2 **Siete Años de Viaje en Centro América, Norte
de México y Lejano Oeste de los Estados Unidos**
Julius Froebel
Traducción de Luciano Cuadra

3 **Piratas en Centroamérica, siglo XVII**
John Esquemeling, William Dampier
Traducción de Luciano Cuadra

4 **El Naturalista en Nicaragua**
Thomas Belt
Traducción y notas de Jaime Incer Barquero

SERIE COSTA ATLÁNTICA

1 **Narración de los Viajes y Excursiones en la Costa
Oriental y en el Interior de Centroamérica, 1827**
Orlando W. Roberts
Traducción de Orlando Cuadra Downing

E

OBRAS PUBLICADAS

SERIE BIOGRAFÍAS

- 1 **Larreynaga: Su Tiempo y su Obra**
Eduardo Pérez Valle

SERIE TEXTOS

- 1 **Declaraciones sobre Principios de Contabilidad generalmente aceptados en Nicaragua**
Colegio de Contadores Públicos de Nicaragua

SERIE MÚSICA GRABADA EN DISCO

- 1 **Nicaragua: Música y Canto** BALD 00-010
CON COMENTARIOS GRABADOS
Salvador Cardenal Argüello
- 2 **Nicaragua: Música y Canto** BALD 011-019
SIN COMENTARIOS GRABADOS, CON FOLLETO IMPRESO BILINGÜE
Salvador Cardenal Argüello

SERIE EDUCACIÓN

- 1 **La Poesía de Rubén Darío**
José Francisco Terán

SERIE TESIS DOCTORALES

- 1 **La República Conservadora de Nicaragua, 1858-1893**
Arturo Cruz S.
Traducción de Luis Delgadillo, prólogo de Sergio Ramírez

F



SERIE PABLO ANTONIO CUADRA ~ POESÍA I
Pablo Antonio Cuadra

DISEÑO

inFORMA (Managua, Nicaragua)
informa@ideay.net.ni

TIPOGRAFÍA

textos ITC Legacy Serif Book®
Esselte Letraset Charlotte
encabezados ITC Legacy Serif Book®
Adobe® Briem Akademi MM®
Adobe® Briem Script MM®

Agosto 2003



Poesía
68.

Pablo Antonio Cuadra (1912–2002)

“Pocas veces se puede afirmar, como en el caso de Pablo Antonio Cuadra: él hizo de su vida un perenne testimonio de su relación con la palabra, con la revelación y con el devenir espiritual y ciudadano; y, en esa medida, concibió su proyecto poético como lo que fue hasta la fecha de su muerte: un diálogo trascendente con el *Ser* y una defensa instauradora de la subjetividad del *otro*”. *Gloria Guardia de Alfaro*.

“Entre el americanismo sombrío y feroz de Neruda y el desamparo y trágico de Vallejo, surge el americanismo cristiano de Cuadra: su poesía vive la tierra con fe, con serenidad, con alegre ironía en la palabra, pero no por ello es ajena al dolor de su pueblo, si no solidaria con su esperanza”. *José María Valverde*.

ISBN 99924-53-09-5



9 789992 453094